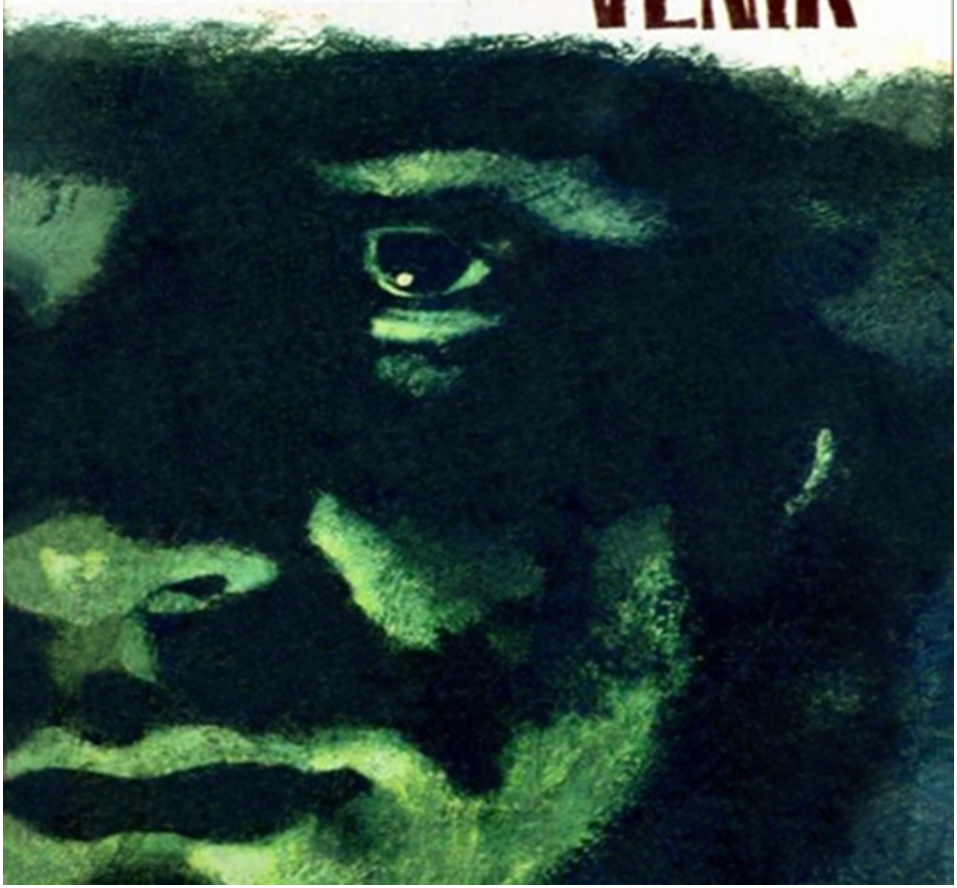
GALAXIA
Ciencia Ficción

TIEMPO POR VENIR

EXTRA

I. ASIMOV-POUL ANDERSON
PHILIP K. DICK



Recopilación de historias de los grandes del género.

AA. VV.

Tiempo por venir

Galaxia - 75

ePub r1.2
Titivillus 29-12-2016

Título original: *Time to Come*
AA. VV., 1954
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Entich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

BUTCH

Poul Anderson

CAPÍTULO PRIMERO

Como todo el mundo, leí las noticias sobre el Meteoro de Nova Scotia con cierto interés, aunque reconoceré que mi primer pensamiento fue que era una lástima que hubiese caído en el Atlántico de manera irrecuperable. Cualquier cosa lo bastante grande para producir tan fuerte ruido debería haber tenido un real valor científico. Fue Valerie quien me destacó las granjas, ciudades y personas sobre las que, por suerte, no había caído. Luego lo olvidamos.

Unos pocos días más tarde, los periódicos estaban llenos de historias acerca del Monstruo Bangor. Y recordaron el terror que reinó durante una semana en la zona de levante de Maine: dos hombres y un muchacho fueron encontrados muertos en lugares solitarios y cierto número de perros y vacas aparentemente desgarrados por zarpas afiladas como cuchillos; huellas no identificables aparecían en torno a los cadáveres, que podían haber sido hechas sólo por algo que caminase sobre dos pies; historias de haber visto vagamente la cosa, historias de esa cosa persiguiendo a la gente, diez mil historias diversas y descripciones sobre toda la costa este; la policía estatal por doquier, periodistas por todas partes, la Cosa (ahora ya con mayúsculas) también simultáneamente en diversos sitios. Como siempre, cualesquiera que pudieran ser los hechos quedaron enterrados bajo las historias y las mentiras de los que buscaban publicidad. Luego la súbita desaparición de noticias, la historia relegada a las páginas postreras, los psicólogos diciendo pomposas tonterías sobre alucinación en masa y el olvido. Muy pronto dejamos de parar mientes en aquello también.

Fue un par de meses más tarde, cuando volví a casa en una de

esas crudas e inhóspitas tardes que sobrevienen en el invierno de Chicago y encontré que teníamos un visitante. Abrí la puerta de nuestro apartamento, pensando más que nada en la cena, en un escocés caliente con limón, la pipa, las zapatillas y nuestra Novena de Beethoven recién adquirida. Valerie me salió al encuentro y yo la saludé con todo detalle. Incluso después de dos años de matrimonio, uno no se cansaba de aquella mujercita vivaz e imaginativa cuya figura queda mejor descrita haciendo signos ondulados con las manos. Además, también sabe cocinar.

—Bob… —dijo—, Bob, cuidado con mi peinado… ¡Eh, cuidado!… Oh, bien… ummmm… —Librándose de mi abrazo añadió—: Tómatelo con calma, hombre de las cavernas. Tenemos compañía.

—¿Oh? —Pasé junto a ella y entré en la sala de estar. El doctor Urquhart estaba sentado debajo la Vista de Toledo, era una figura bajita, redonda, con cabeza grande, que conocía desde hacía cuatro años—. ¡Bien, que me condenen!

—Cosa muy probable —dijo Valerie.

El doctor se levantó y me estrechó la mano. Nos conocimos durante la guerra, cuando él era médico y trató de descubrir lo que puede soportar un piloto humano y yo ingeniero explicándole por qué el piloto tendría que soportar un poco más que aquello y desde entonces conservamos la amistad.

—Me alegro de verle —dije de corazón—. Pero ¿por qué diablos no nos avisó que venía? Le hubiéramos preparado…

De pronto me di cuenta de lo serio que estaba su rostro y me interrumpí. Durante un momento hubo silencio.

—Esto es comercial, Bob —dijo por último—. Quiero ofrecerle un empleo.

—Gracias, pero ya tengo uno —respondí.

—¿Pueden darle una excedencia?

—¿Por qué?… Bueno… ¿qué es lo que quiere de mí?

El doctor sacudió su gran cabeza gris.

—No se lo puedo decir. Aquí no. Pero nunca habrá trabajado en nada más importante.

—Le aseguro, doctor Urquhart, que no tenemos rusos bajo el sofá para tomar notas —intervino Valerie.

—Lo siento, señora Muir. Es que, bueno, es que no puedo hablar

del asunto. De hecho, tendré que pedirles que no mencionen que he estado aquí o que Bob ha sido consultado.

—Eso sí lo acepto —dije enojado.

—Mire, Bob —respondió el doctor—, usted me conoce bien. Aquí está el trato. Necesitamos un individuo como usted y yo le recomendé personalmente. Por fortuna, trabaja usted de momento con datos clasificados, así que su permiso del FBI se puede dar por concedido. Buena paga y el trabajo es, bueno, es la clase de cosas que uno pagaría por realizar. No le empleará mucho tiempo, quizás unas seis semanas. Vine a entrevistarlo personalmente y a ver sí encajaba usted en las calificaciones requeridas. El hablar con su esposa me ha convencido de que así es.

—Tendré que pensármelo —dije con reservas.

El doctor cambió de conversación y tuvimos una velada agradable, la ciase de veladas que en mis días de soltero hubieran durado hasta el alba. Al final, claro, acepté su oferta. Dos días más tarde, estábamos en un taxi en dirección al aeropuerto en donde nos esperaba un avión especial.

—¿Y ahora puede decirme de qué se trata el trabajo? —pregunté.

—No hasta que estemos en el aire —respondió—. Pero sí le diré por qué está usted calificado para realizarlo.

—Adelante.

—He advertido que sigue usted leyendo ciencia-ficción.

Resultó que el avión era un aparato de la Fuerza Aérea, muy rápido, con una tripulación joven pero taciturna. No me hicieron sentir importante, de cualquier manera; en su lugar, tuve la absoluta idea de que era un pececillo insignificante capturado por una enorme maquinaria.

* * *

—¿Cuál es nuestro destino? —pregunté humildemente.

—El Instituto Danton. Es un hospital mental en la parte superior del Estado de Nueva York —el doctor encendió su pipa y comenzó a expeler nubecitas de humo azuladas.

—¿Y qué vamos a hacer allí?

—Formaremos parte de una comisión sanitaria.

—¿Eh?

—Tenemos que decidir si un ser del espacio extraterrestre está cuerdo o no.

El Instituto Danton había sido elegido principalmente a causa de su aislamiento. Se alzaba en las onduladas colinas por encima del valle del Hudson, con un par de centenares de acres de jardín y parque rodeándolo; una vez había sido la hacienda de un millonario. La ciudad más próxima era un pueblo a unos quince kilómetros, por lo demás sólo había algunas esparcidas granjas. Una gran tapia de piedra rodeaba la casa principal, que fue la mansión y en su alrededor habían brotado otros edificios mucho más pequeños. En total, debía haber sido bastante placentero, con una clientela exclusiva y cara. Todos estos pacientes se trasladaron a otra parte y ahora el Instituto parecía más un campamento armado. Los centinelas estaban en todos los accesos, los centinelas patrullaban las tapias, «jeeps» y tanquetas y unos cuantos tanques ligeros estaban aparcados con sus conductores con expresión aburrida siempre vigilando la cerca; los helicópteros se posaban en la parte posterior, los soldados habían convertido los dormitorios en cuarteles; esos soldados y paisanos de apariencia importante entraban y salían de la gran casa…

—¡Santo cielo! —exclamé—. ¿Y todo esto para un ser extraterrestre?

—Si usted recuerda su ciencia-ficción —dijo el doctor—, este ser extraterrestre puede en cualquier instante comenzar a partir por medio los hombres por telequinesis. O quizá decidir que no le gustamos y trasladarse a Rusia… con toda su sabiduría. O puede llamar al Kremlin por telepatía y hacer que se le envíe una brigada de paracaidistas para libertarle de aquí.

—Me pregunto quién será el loco —murmuré. Nuestros pases los estaba ahora revisando el cuarto y consecutivo M.P.

El doctor se encogió de hombros.

—Supongo que usted le daría la bienvenida con una banda de música y las llaves de la ciudad… después de que hubiese asesinado a tres ciudadanos desarmados en Maine, incluyendo un niño de diez años, y desgarrado la garganta de un psiquiatra de aquí, que sólo trataba de conseguir un encefalograma.

—Ummmm. Sí —contesté—. Eso es.

Un joven teniente de Inteligencia, de aspecto tenso, nos pastoreó a través de pasillos de alto techo y paredes de robles, hasta el cuarto en donde se encontraba la oficina principal del Proyecto Brujo. Este nombre, junto con otras pistas equívocas, había sido elegido con malicia después de mucha meditación: en caso de que hubiese alguna filtración, se esperaba que «ellas» resumieran que habíamos adoptado el Instituto meramente para estudiar algo en la línea del ESP que podía tener valor militar. Escuché retazos de conversación entre hombres. Nada tenían que ver con las estrellas o la ciencia adelantada un millar de años con respecto a lo nuestro o al destino de la raza a la que pertenecíamos; principalmente se hablaba del aburrimiento de hallarse confinados aquí indefinidamente, sin excesivas caras de mujer alrededor. Nadie, excepto el jefazo, podía abandonar el Instituto hasta que se hubiese conseguido algo de Butch.

El brigadier general Harmon J. Leslie tendría unos cuarenta años, era un hombre corpulento, de aspecto rudo, con cabello hirsuto corto y gris y gafas de concha. Era en realidad un simple administrador; el verdadero jefe del Proyecto Brujo era el doctor Hamilton Moran. Ambos me saludaron cuando entramos, dijeron que estaban satisfechos de conocerme y nos pidieron que nos sentásemos.

—No se me han dado muchos detalles —dije—. Ni siquiera estoy seguro de que puedo ayudarles.

—Todo el asunto no tiene precedentes —empezó Moran—. Tenemos que elaborar nuestras propias reglas sobre la marcha. El doctor Urquhart dijo que usted tenía la clase de mente que podría proporcionar nuevas maneras de abordar el asunto, frescas ideas… eso nos basta. Aunque no fuese otra cosa, usted quizá pueda decidir si está muy adelantada la tecnología del pueblo de Butch.

Era un hombre delgado, moreno, de rasgos marcados, cuya voz gentil no encajaba con su aspecto casi puritano. El doctor dijo que había sido elegido para dirigir el proyecto a causa de su prominencia como psiquiatra investigador. Tenía mucho que ver con el desarrollo de las técnicas del «choque» y la lobotomía, igual que con el trabajo fundamental de encefalografía y neurología. En la actualidad, no había muchos hombres trabajando en el problema.

Un gran número lo único que habría hecho sería interferirse mutuamente. Moran y sus ayudantes estaban manipulando el aspecto psiquiátrico, mientras que el personal del doctor Urquhart aún consideraba la anatomía y bioquímica de Butch. Yo era una especie de último recurso; quizá Butch era entre su gente el equivalente a un ingeniero y yo pensaría bastante como él para comprender lo que ocurría en aquel cráneo no humano.

—Supongamos que empiecen ustedes por el principio —sugerí —. Adivino que el Meteoro Nova Scotia era en realidad una espacionave que se estrelló en el mar. No ha sido recuperada, ¿verdad?

—Con unos cuantos millares de kilómetros cuadrados en los que pudo haber caído y unos pocos centenares de millares de palmos de agua encima… a duras penas —la voz del general era seca—. Seguimos intentándolo, pero es desesperanzador. En apariencia perdió el control y Butch fue el único superviviente. Logró escaparse…

—¿Cómo?

—¿Y cómo voy a saberlo? Se le encontró en Maine a quinientos o seiscientos kilómetros de distancia, prácticamente desnudo. Puede que sea… ¿cuál es la palabra?… telequinesis.

—Entonces él no se quedaría aquí —dijo Moran con brusquedad —. No hubiese sido capturado en absoluto. No, me imagino que tuvo… un… podríamos llamarlo paracaídas antigravitatorio… que le llevó hasta Bangor. Luego probablemente se quedó sin combustible, lo enterró y continuó a pie. Vagó durante una semana, poco más o menos, presumiblemente escondiéndose de día y viajando de noche.

—Eso suena como si tuviese miedo de nosotros —sugerí.

—Bueno —repuso el doctor—, ¿no lo tendría usted si aterrizase en un planeta extraño? Él no tenía la menor idea de cómo éramos. Quizá, si hizo la comparación con los otros planetas que había visto, las máximas posibilidades era que fuésemos hostiles. Enterró su paracaídas para no damos ninguna información que no tuviéramos y comenzó a merodear tratando de aprender en qué clase de mundo había caído.

—Es una buena hipótesis —saltó Moran—, pero no encaja con los hechos. Hechos que constituyen la muerte de varias personas y

animales sin provocación alguna.

—Debió matar las vacas para conseguir comida —dijo el doctor —. En realidad estaban parcialmente comidas. Los perros puede que le ladrasen y no quisiese correr el riesgo de armar tanto escándalo.

—¿Pero y la gente? Debió haber sabido que eran la especie dominante aquí y que, al matarlas, despertaría un gran terrorismo entre nosotros.

—Eso no lo puedo explicar —admitió el doctor con una voz débil.

—Ni tampoco ha sido nada cooperativo desde que lo pillamos — dijo Moran. Sus tonos suaves de súbito se volvieron fríos—. Debería haber sido capaz de comprender dónde reside su única ventaja. Pero no hace nada que tenga sentido. La mayor parte del tiempo se muestra del todo pasivo. Rehusando la comunicación en cualquier forma. Ocasionalmente, sin motivo en absoluto, entra en furias asesinas. Hemos tenido a un hombre muerto y varios malheridos.

—¿Y cuál es, pues, su teoría? —pregunté, aunque conocía la respuesta.

—Está loco, claro. Probablemente recibió alguna herida en la catástrofe y eso le ha hecho perder el juicio.

Leslie sonrió con algo de tristeza.

—Dios sabe cuál es el problema —dijo—. Butch representa una civilización mucho más adelantada que la nuestra, más de lo que podríamos imaginar, ya que nos sería imposible soñar en lo que ellos han conseguido. La energía atómica, el control de la gravedad, el viaje probablemente más rápido que la velocidad de la luz… ya puede usted redactar su propia lista. Necesitamos conseguir su conocimiento, tanto en bien de esta nación como por el de toda la maldita raza humana. Su civilización podría con toda probabilidad aplastarnos como si fuésemos escarabajos, si así lo desearan. ¿Pero querrán? ¡Tenemos que saberlo!

Extendió las manos.

—Sólo que Butch está loco. Primero necesitamos curarle. ¿Cómo curaría usted a un miembro no humano de una civilización que nunca estuvo en la Tierra?

El doctor Urquhart dirigió un ceño sardónico hacia Moran.

—Creo que hay una cuestión más fundamental —replicó—. ¿Cómo sabrá usted cuándo está curado? ¿Qué es lo que constituye

la cordura para Butch?

* * *

La acolchada celda estaba en el piso superior, al final de un corredor cuyas puertas se abrían a laboratorios atestados con más equipos de pruebas de lo que yo podría citar. Un par de centinelas estaban plantados en el rellano y otro par franqueando la puerta exterior de la celda, y todos se pusieron en posición de firmes cuando los cuatro nos acercamos.

La habitación de allí era grande. Había sido cortada en dos por una pared recia aunque levantada apresuradamente. El extremo opuesto era la celda. Moran señaló con un gesto una tronera y yo miré por ella. Había lentes de gran angular que cubrían casi todo el espacio, pero yo miré sólo a Butch.

Estaba plantado en medio de la habitación, los brazos colgando, la gran cola, como la de un gato, caída, su estructura era retadora. Mi primera impresión fue que se trataba de un gigante. Luego reconocí la ilusión común a los que medimos uno noventa y que nos hace creer que cualquiera de su propia estatura es más alto. Según las medidas, Butch medía uno noventa y dos y pesaba unos noventa kilos. Su dorso parecía casi humano, amplios hombros y músculos lisos; sus patas no eran del todo tan humanas, era un ser de dos pies y caminaba con una postura inclinada sobre las tres zarpas de cada uno de sus pies. Tenía espolones óseos en los talones y cuando los cuatro nudosos dedos de su mano se unían, sobresalían entre ellos las zarpas retractiles. Un pelo hirsuto, gris azulado, le cubría toda la forma; por lo demás llevaba sólo una especie de alforjas de algún tejido suave, de aspecto metálico, en apariencia indestructible. La bolsa estaba vacía cuando lo capturaron.

Su cabeza era la cosa más extraterrestre de él. Tenía un buen tamaño, redonda, con una gran frente abultada y largas orejas puntiagudas. Los ojos eran oblicuos y amarillos, con pupilas estrechas y horizontales. Su boca era amplia, de labios carnosos, con dos especies de colmillos proyectándose sobre la barbilla. En lugar de nariz tenía dos órganos carnosos que parecían como crecimientos ramificados de coral, aunque eran suaves y movibles.

Nos presintió y dio media vuelta. Durante un momento siseó y

sacó las zarpas. Luego volvió a su indiferencia.

Yo le miré desde la barrera, estremeciéndome. La policía del Estado necesitó tener valor en verdad para seguir el rastro a aquel monstruo y luego capturarle con redes en lugar de llenarle de plomo. Después de eso, claro, el FBI y el Servicio Secreto se hicieron cargo. Estos grupos trabajaban rápidos cuando se lo proponían.

—Se necesita algo de tiempo para acostumbrarse —dijo el doctor en voz baja—. Pero a su manera es en realidad hermoso. A él debemos parecerle igualmente fantasmales.

—O a ella —murmuró Leslie.

—¿Ella? —pregunté, sorprendiéndome un poco—. Mire, sólo por que sea del exterior…

—Oh, yo no pretendía ser tan rotundo… tan lleno de prejuicios —dijo el general—. El hecho es que Butch recibe tratamiento masculino sólo por cortesía. En realidad es… un… ejem… hermafrodita.

—¡No bromee! —Le dirigí otra mirada.

El doctor asintió.

—Todavía no conocemos muy bien su anatomía —dijo—. Pero se ha sometido a cierta cantidad de exámenes. Tiene sangre caliente, es peludo, con órganos reproductores a la vez masculino y femenino… aunque ninguno de los dos se parece mucho a los nuestros. Puede reproducirse por sí sólo o en sociedad con otro ejemplar. Pero es ovíparo, estoy seguro, y no tiene órganos lactarios —sonrió con malicia—. Ni mamífero, ni reptil, ni nada. Y ya puede usted buscarle nombre.

—¿Y qué hay de esas… antenas?

—Crecimientos esponjosos, utilizados a la vez para respirar y oler, por lo que hemos podido adivinar —dijo Moran. El doctor frunció el ceño un poco; después de todo, estos resultados habían sido conseguidos por su equipo—. Pruebas con rastros minúsculos de perfumes, etc., indican que su sentido del olfato es muy superior al nuestro. Mientras no podamos estar seguros, tenemos motivos para pensar que los otros sentidos son casi tan buenos como los humanos, quizá su oído no es del todo igual al nuestro normal. Probablemente nos olfatea por esta tronera.

Volví a mirar. Había comodidades higiénicas en la celda, también acolchadas y cubiertas de caucho. El doctor me dijo que

Butch las utilizaba sin habérsele instruido necesariamente en su uso.

—¿Qué hay de la comida? —pregunté.

—Ahora tenemos aquí un verdadero problema —dijo el doctor —. Su metabolismo evidentemente es bastante similar al nuestro. Muestras de sangre y de células, análisis de los excrementos, etc., lo indican, aunque hay algunas anomalías interesantes. Por ejemplo, no hay adrenalina… hay otro derivado del fenol en su lugar; y está su sistema de cromosomas… Bueno, de cualquier forma, le hemos dado una enorme variedad de comidas y le hemos permitido escoger lo que quiere. Principalmente emplea la carne; aunque no la tocará si está ensangrentada. También consume algunos frutos y verduras. Hasta ahora su salud ha permanecido tolerablemente buena, por lo que yo puedo juzgar. Sólo… ¿qué vitaminas y rastros de elementos necesita y le faltan en esta dieta que le damos? Sería extraño que pudiese sólo comer alimentos ordinarios de la Tierra durante mucho tiempo sin desarrollar alguna especie de deficiencia. Hemos añadido un suplemento conteniendo casi todo lo que podíamos imaginar, en dosis minúsculas, de modo que si necesita tántalo o calcio, lo reciba. Pero… —El doctor se encogió de hombros—. No hay manera de averiguarlo.

—No puede ser de este sistema solar —dije muy tranquilo—. No hay planetas aquí de los que pudiera haber venido.

—Sí —dijo Leslie—. Espacionaves interestelares. Lo sé. Y si a los señores de la Galaxia no les gusta el modo en que tratamos a Butch…

—Quizá no nos puedan volver a encontrar —dije—. El espacio es demasiado grande. Este puede ser uno de los millones de exploradores, cuyo porcentaje jamás vuelve y que se consideran como desaparecidos.

—Hay diez mil posibilidades —dijo Moran impaciente—, y nunca sabremos cuál es la adecuada, hasta que Butch nos lo diga. Pero no quiere comunicarse.

II

El Instituto estaba bastante atestado, pero el doctor y yo tuvimos para nosotros solos una habitación de buen tamaño. Aquella noche abrimos unas cajas de cervezas y nos instalamos para hablar en serio.

—Es usted un hombre de ideas —dijo el doctor. Había una nueva dureza en su rostro rojizo y redondo—. Hemos tratado de abordarlo por todos los medios normales y profesionales. A mi insistencia hemos optado ahora por emplear la forma de ver las cosas del aficionado. Empiece, muchacho.

—Bueno —contesté, inclinando hacia atrás mi silla hasta apoyarla contra la pared—, ¿qué es lo que han intentado? Veamos. Haremos una lista —empecé a contar con los dedos—. Desde el ángulo fisiológico, han estudiado muestras de sangre, piel, cabello, etc. Han tomado la temperatura de Butch, que resulta ser…

—No es necesariamente su norma racial —intervino el doctor—. Muchos hermanos tienen híper o hipotermia. Moran dice que la temperatura es variable según la histeria.

—Bueno, han intentado poner a prueba sus sentidos viendo cómo reacciona —proseguí—. No con demasiado éxito, porque la mayor parte del tiempo simplemente se niega a reaccionar. Le han dejado decidir su propia dieta, pero no saben si lentamente le están envenenando o no. Le han tomado cardiogramas, radiografías, encefalogramas…

—Ah, sí, esos encefalogramas —dijo el doctor—. No hay sistemas de pensamiento humano, ya sabe. Pero Moran cree que indican la anormalidad mental.

Opina que una de esas frecuencias se encuentra en los seres humanos que tienen lastimado el córtex y Butch es casi bastante

humano…

—¿Cómo pueden saberlo? Esa onda puede ser perfectamente normal para su raza.

—¿Y cómo cree que Moran piensa descubrirlo? Abriendo el cráneo y mirándolo…

—¡Pero… gran Dios! ¡Lo más probable es que el cerebro de Butch no se parezca ni por asomo al nuestro!

—Lo sé. Las pistas que nos han dado los rayos X así lo sugieren. Sin embargo… ¿qué otra cosa se puede hacer? Moran quizá tenga razón. Y yo me pregunto qué anestesia se podrá utilizar.

—Bueno, sigamos con el ángulo tecnológico —dije—. Casi nada, según usted me ha narrado. Cuando le mostraron mapas estelares, no reaccionó. Cuando le llevaron al exterior, le enseñaron las estrellas y le preguntaron, el lenguaje de signos, que destacase aquella de la que vino… no lo hizo.

—Moran afirma que está chiflado y eso es parte de la evidencia —asintió él doctor.

—Yo creo que Butch únicamente está molesto —dije—. ¿Cómo va a saber que no tenemos espacionaves y planes de ataque para su mundo natal si podemos descubrir cuál es?

—Bueno, tales recelos indican una paranoia aguda, ¿no es verdad? —preguntó el doctor—. Yo siempre he pensado que toda la idea de una conquista galáctica era ridícula. La lógica y la economía están en contra de tal propósito.

—Podría ser —contesté de mala gana.

—De cualquier forma —dijo el doctor—, hemos tratado de mostrarle diagramas, simples cosas, como un tubo Coolidge o la fisión del átomo
U-235.
Maldición, Bob, no podría ser un tripulante del espacionave si no supiera una gran cantidad de ciencia aplicada. Quisimos que nos dibujase algo similar. No necesariamente algo que quisiese esconder, sino algo sencillo… o, un diagrama de la fisión del torio. El esquema de un circuito de radio. Algo, para darnos una base común en símbolos. Pero él se quedó mirando los dibujos y luego nos devolvió el lápiz.

—¿Eso es prueba de que sufre amnesia? —pregunté.

—Bueno, es significativo —contestó con suavidad el doctor.

—Sí. A menos… ¿no podría ser que su ciencia y sus símbolos sean realmente diferentes a los nuestros? Quizá no emplean la radio, quizá tengan algo que a nosotros no se nos haya podido ocurrir jamás. Puede que no piensen en el átomo como una partícula hecha de otras partículas. Podría ser considerado simplemente como una singularidad en un campo potencial universal, si la raza de Butch es bastante buena en matemáticas… En otras palabras, quizá toda nuestra simbología le sea tan extraña a él que comprendió resultaría inútil tratar de dibujarnos algunos esquemas.

—Es posible —concedió el doctor—. Me gustaría creerlo, Bob. Pero toda su norma de conducta es tan irracional que… bueno, mire. Posee casi el mismo equipo vocal que nosotros. Cuerdas vocales, paladar duro y blando, lengua… de todo. Hablaría inglés con un acento gracioso y sibilante, pero podría hablarlo. Su raza debe comunicarse mediante la palabra, o si no habrían perfeccionado tanto esos órganos bucales y laríngeos.

—Y él no quiere hablar —dije.

—Ni una maldita palabra —respondió el doctor—. Hemos pasado muchas horas señalando objetos, nombrándolos, conjugando nuestros verbos, trazando dibujos, todas las malditas cosas que se puedan imaginar. Hemos hecho venir psicólogos educacionalistas desde California y les hemos puesto a trabajar en el problema. Butch nos contempla. Pero nunca dice nada. Cuando se enfurece, sisea, pero nunca una palabra.

—Mire —dije—, no hay tal cosa como lo que consideramos naturaleza humana. Todo es cuestión de sistemas culturales. No existía diferencia biológica entre nosotros y los finados nazis pero usted podría cruzar el universo, estoy seguro, sin encontrar sistemas de pensamiento y de conducta más incompatibles que el de esos nazis. Así que… ¿de qué clase de sociedad viene Butch?

—Hicimos que viniesen antropólogos —continuó el doctor—. Todo lo que pudieron sacar en claro fueron profundas observaciones sin significado. Infiernos, Butch no nos da siquiera punto de partida. Si es un miembro normal de su cultura, entonces esa cultura debe ser algo horrible. Mire este historial —la voz del viejo tembló un poco—. Asesino, completa falta de cooperación, la pasividad convirtiéndose en violencia sin motivo en absoluto…

—Quizá de cuando en cuando nosotros rompamos alguno de sus tabúes, sin saberlo —sugerí.

—Si Butch pudo cruzar el espacio, tendrá el suficiente sentido para no esperar que nos comportemos según su modo de pensar —dijo el doctor—. A menos que Moran tenga razón.

—Mi esposa es licenciada en antropología —dije—, y también una chica lista. ¿No puede venir aquí?

—Lo intentaré si usted insiste —repuso el doctor—, pero no hay muchas posibilidades. De cualquier forma, para cuando se la de permiso, este asunto puede haber terminado… de un modo u otro.

Me incliné hacia adelante de modo que las patas delanteras de la silla sonaron con fuerza al tocar el suelo.

—¿Cómo es eso?

El doctor sonrió con aspereza.

—Usted no creerá que este punto muerto puede seguir así para siempre, ¿verdad? Butch posee un conocimiento que nosotros necesitamos. Moran ya ha dado el visto bueno para curarle. Tarde o temprano, probablemente temprano, empezará a intentarlo.

—¿Y si falla Moran?

—Entonces —contestó el doctor—, nos olvidaremos de que esto haya ocurrido. Lo enterraremos tan profundamente como ha quedado enterrada su espacionave. Cerraremos el Proyecto Brujo y arrojaremos bien lejos la llave. Hasta el posible día en que los amigos de Butch vengan a buscarle.

III

Quise presenciar alguno de los estudios y se me concedió el permiso a la mañana siguiente. Después del desayuno, el doctor iba a efectuar algunas pruebas sobre la alergia y la reacción.

—Ordenes del doctor Moran —explicó—. Se necesita saber mucho sobre bioquímica antes de intentar el tratamiento del choque.

—¿Por qué choque? —pregunté con la boca llena de jamón y huevos. Por lo menos nos daban bien de comer. El comedor estaba lleno de uniformes y de bueno y limpio olor a café—. Si la conmoción es responsable…

—Primero le echaremos un vistazo a su cerebro —dijo Moran—, pero me pregunto si el choque puede no ser nuestra única esperanza. Si fracasa, quedará la lobotomía.

—¿De qué diablos piensa usted que le está tratando? —me interpuse. Por la mañana suelo estar siempre irritable.

—Ojalá lo supiera —respondió con franqueza Moran—. No tiene sistemas de conducta humanos… ni siquiera uno anormal. La pasividad, alternando con esas fobias súbitas, sugiere depresión maniática; pero es que también podría ser paranoia, mostrando ordinariamente sus síntomas como un distanciamiento, pero convirtiéndose en asesina al presentarse alguna amenaza o insulto. Pero es que existe además la amnesia, esos datos científicos que simplemente es incapaz de reconocer —su rostro flaco adquiría una expresión tozuda—. En total, sin embargo, parece como si la locura sea debida más a caracteres psíquicos que a grandes lesiones. Posiblemente el terror de la catástrofe al aterrizar… Si eso es cierto, entonces lo indicado es el tratamiento de choque.

Me mordí los labios para no responder, pero en mi interior

estaba la dura contestación: «Sí, es verdad. Carguen contra algo que no comprenden, destruyan células cerebrales a derecha e izquierda y probablemente terminarán destruyendo toda la vida de ese ser procedente de las estrellas. Después de lo cual olvidarán incluso hasta que haya venido a visitarnos».

La comunicación con Butch era algo más que los datos que podía proporcionar. Eso sólo bastaría para hacer que el hombre diese un salto hacia adelante de un millar de años, para forzar la paz indudablemente del mundo y barrer todas las enfermedades, la pobreza la miseria que han estado acosándonos desde el primer día en que existió un ser humano. Butch era más incluso que el conocimiento que teníamos sobre su propia civilización; mirando ahora en ellos, ¿quiénes eran, qué eran, qué intentaban hacer con nosotros? Antes que todo lo demás, para mí, Butch significaba las estrellas.

Mis hijos podrían viajar por el universo.

Pero Butch estaba loco.

¿Lo estaba?

Mientras subimos la escalera —el doctor Moran, un par de técnicos médicos de la Armada y yo—, traté de nuevo de sacar de los hechos otro sistema. Partidas: asesinato, intransigencias, ataques de rabia, absoluto silencio, fracaso aparente en reconocer los diagramas científicos, un recelo irracional tan grande que ni siquiera señalaba en la dirección del cielo por el que había venido. Para Moran, todo esto sumado daba locura. El doctor Urquhart estaba más que medio convencido y sólo dudaba sobre las perspectivas de locura. Aun incluso antes de saber si la cura daría resultado.

Pero si todo esto era un sistema normal para la raza y cultura de Butch, santo cielo, si empezáramos a manipular en su cerebro, estábamos desperdiciando el universo. Si pudiésemos averiguar… el alma de Butch, si pudiésemos sacar sentido de lo que él había estado haciendo, entonces quizá descubriésemos cómo hablarle.

Claro, una raza cuya norma incluye rasgar y abrir les vientres de los niños no sería una compañía muy placentera; pero si vio antes otras criaturas, entonces necesitábamos saber detalles acerca de ellas.

—Doctor Moran —pregunté—, ¿no sería más prudente, si no

podemos establecer comunicación, mantener a Butch tal y como está? Quizás algo surgirá más tarde.

—Y quizá Butch morirá —dijo Moran—. O escapará, lo que sería peor. No señor Muir, la primera operación quirúrgica se efectuará dentro de una semana —me dirigió una sonrisa helada—. A menos que haya usted ideado una alternativa mejor antes de esa fecha.

Volví a desear que estuviese aquí Valerie. Esa muchacha tiene un cerebro como un látigo. Creo, aún más, que posee humanidad… «Sí —pensé—, eso es lo que hace falta aquí. Todos pensamos de Butch como un enemigo, un problema, una posibilidad para adquirir la fama, el poder y la riqueza. Pero ninguno intenta ponerse en su lugar. En realidad no creemos, en nuestro interior, que Butch pueda tener sus propias esperanzas, temores, sueños y afectos. Me pregunto si no se sentirá muy solitario».

Llegamos a la celda y pasamos ante los centinelas. Uno de los técnicos médicos sacó un par de esposas unidas a una larga y ligera cadena.

—¿Para qué eso? —preguntó el otro. Me imaginé que era nuevo en el trabajo, como yo.

—Precaución, Jones —dijo el técnico—. Le esposamos para cada prueba, desde que mató a un hombre. De ordinario se somete sin dificultades —dio una palmada al cuarenta y cinco de su cadera—. Es mejor que lo haga así.

—Comprendo… —El segundo médico, llamado Jones, se pasó la lengua por los labios—. ¡Cristo! Es una gran bestia, ¿no?

El doctor abrió con llave la puerta de la celda y entramos. El suelo acolchado se notaba elástico bajo mis pies. Yo mismo no tenía miedo de Butch, no cuando éramos cinco hombres armados y habían más al alcance de una llamada de socorro. Durante un momento le miré a los ojos amarillos y traté de pensar en él. Quizá fuese telepático… «Hola, Butch. Hola, forastero. Me gustaría ser tu amigo, si me lo permites».

Tuve sólo entonces un minuto para ver el súbito brillo en aquellos ojos. De la misma forma temblaba, los músculos anudándose mientras se agitaba y algo así como un gemido angustiado escapaba de sus labios abiertos. Apenas tuve tiempo para extrañarme, para preguntarme, con un vivo desmayo, si es que había sido capturado enfermo.

Luego algo me lanzó a un lado. Choqué contra el suelo, jadeando, y el espolón afilado de Butch me arañó el pecho mientras saltaba sobre mí. Moran gritó y un poderoso brazo le apartó a un lado, haciéndole caer contra Doc. Jones gritó cuando aquellas zarpas se le clavaron en la cara.

Los guardias del exterior entraron torrencialmente. Butch siseó y saltó entre ellos. Uno alzó el rifle. Butch le clavó las zarpas en la muñeca y pilló el arma mientras el otro le asaltaba. Girando, el ser extraño dio un mazazo con la culata del rifle a la barbilla del otro soldado.

Jones había caído bajo los pies lacerantes de Butch. El rostro inhumano era algo terrible de contemplar. El otro técnico había sacado su automática, pero se trataba de un arma torpe. Disparó y falló. Butch, de un manotazo, le colocó el rifle casi dentro de su abdomen y oprimió el gatillo.

Dos soldados y dos técnicos caídos ahora. Butch se detuvo sólo para disparar al pobre Jones en la cabeza. Luego se volvió y saltó de la celda, saliendo al pasillo.

Yo marché tambaleándome tras él, a tiempo de verle enfrentarse a los centinelas del rellano. Derribó a uno escaleras abajo. Una bala de rifle le rozó el hombro izquierdo, pero no le hizo el menor caso, o pareció no advertirlo. Golpeó a otro hombre lanzándolo al suelo y saltó más allá de él… saliendo por la ventana del segundo piso.

No pude ver lo que siguió. Me dijeron más tarde que Butch cayó de pie y que echó a correr hacia la puerta del recinto. No llegó a ella, claro. Recibió tres balas en el cuerpo desplomándose al suelo. Entonces le ataron y le transportaron otra vez a la casa. Estaba consciente, pero de pronto se había tranquilizado. De vez en cuando gemía un poquito de dolor.

IV

—Ocho hombres heridos, uno de ellos con una bala en el estómago —dijo Moran con aire siniestro—. Y hay también un muerto. ¿Sigue pensando que Butch está cuerdo?

—No lo sé —dije. Mi propia mejilla me dolía de manera infernal —. ¿Qué es la cordura?

—Comprensión y ajuste apropiado a la realidad —repuso Moran —, y no estoy de humor para discutir filosofías, señor Muir.

—Si la clase de cordura de Butch incluye disparar al sargento a sangre fría —dijo Leslie con voz tensa—, entonces probablemente es mejor prescindir de él.

Estábamos sentados en la sala de espera de la enfermería del Instituto. Era un lugar tranquilo, iluminado fríamente, con el fuerte olor a hospital que siempre he odiado. No tenía sentido que el yodoformo me molestase tanto. Me doy cuenta de que está allí para mi propio bien, pero no puedo evitar esa sensación desagradable.

Butch estaba a la otra parte de la puerta, mientras le sacaban las tres balas del cuerpo. El doctor Urquhart actuaba como ayudante de un hombre enviado por el servicio de Cirugía General de los Estados Unidos. Los humanos heridos estaban recibiendo tratamiento rutinario en una tienda de campaña-hospital.

—Miren —dije—, por algún motivo, Butch tiene que matar, o tratar de matar a cierta clase de personas. No lo puede evitar. En este caso, la víctima fue Jones. En el curso de la refriega, Butch vio una posibilidad de escapar y la aprovechó. Yo no llamaría a eso locura. ¿Cómo iba a saber qué clase de venganza se iba a adoptar contra él?

—Si cree que puede escapar, solo y a pie, en un planeta extraño, entonces está loco —afirmó Moran. Me dirigió una mirada de

disgusto.

—Quizá prefiera la muerte —contesté—. No puede sentirse muy cómodo, encerrado allá arriba.

—Entonces que hable, que se explique —respondió Moran—. Seguramente que le hemos enseñado ya algo de inglés básico. Vigilaba a nuestros instructores todo el tiempo. Debe haber aprendido algo, si es capaz de ello.

—Sí —dije—. Es muy posible que se haya hecho una idea de lo agudo que es nuestro pequeño plan.

¿Le gustaría ver su cerebro examinado por alguien que ni siquiera conoce su anatomía?

—Entonces que nos pida que nos contengamos —insistió testarudo Moran—. Y que deje de matar a las personas que no le han hecho ningún daño.

—¿Cómo sabe que no se lo han hecho? —pregunté—. Jones tenía el pelo rojo. Quizás el pelo rojo es algo físicamente doloroso para Butch.

—Ninguna de las otras personas muertas lo tenía —anunció Leslie.

—Bueno, ¿entonces qué tenían en común?

Leslie me dirigió una mirada turbada.

—Que me aspen si lo sé —dijo—. Todos eran simplemente… personas. Sí, pensé también en ese ángulo y lo comprobé, pero no he obtenido nada.

—Yo trato de colocarme en el lugar de Butch —dije—. Es el único modo en que lograremos entenderle. Miren, es un forastero, un extraño en una tierra también extraña, náufrago, acosado por alguien que no conoce. Por algún motivo, se ha tropezado con varios nativos y los ha matado. Naturalmente, con su captura espera una venganza. Así que no se mostrará especialmente cooperador.

—¿Hasta qué punto cree que somos tontos? —preguntó Moran.

—Déjeme terminar —contestó impaciente. El psiquiatra se agitó irritado y yo me pregunté si no iría a despedirme—. Por algún motivo, Butch debe considerablemente cometer un asesinato y no puede hablarnos. Presumimos que es racional, pero que existe en él esa compulsión. De acuerdo. En ese caso, podrá fácilmente deducir lo que pensamos de él. Se da cuenta de que le creemos chiflado. Posiblemente conoce que intentamos probar una cura que lo único

que hará será destrozar su cerebro. ¿Por qué iba a aguantarlo? ¿Por qué no debería aprovechar cualquier oportunidad para escapar… incluso para escapar hacia la muerte?

—Si sufre compulsiones tales como usted indica —dijo Moran con forzada educación—, entonces no es racional. La mayor parte de los esquizofrénicos piensan de manera perfectamente lógica: son sus postulados básicos de lo equívoco y tiene que construir ficciones más y más complicadas para racionalizar los hechos. A propósito, eso es lo que está usted haciendo, señor Muir.

—Así que ustedes en realidad pretenden seguir adelante con su tratamiento de choque —dije.

—Puesto que no se me ha ofrecido ninguna otra alternativa factible, sí.

Pensé que el curso más práctico de todos, el que se nos abría ante nosotros era… simplemente esperar y pensar un poco más en el problema. Pero de nada serviría repetírselo a Moran. Me doy cuenta de cuando un hombre ha tomado una decisión inquebrantable.

La puerta se abrió y el doctor Urquhart salió. Parecía otro ser con su bata blanca y su mascarilla, algo menos que humano. Nos pusimos en pie y aguardamos, sin decir nada.

El doctor asintió cansado.

—Butch vivirá —dijo—. Las heridas no eran muy graves. Hubo hemorragia interna, pero la hemos contenido ya.

Vivirá… me aparté. ¿Qué importaba si vivía o no? Estaba perdido. Todos estábamos perdidos. Jamás tratamos en realidad de comprender y ahora era demasiado tarde; el recelo de lucha hacia nosotros debía haberse endurecido convirtiéndose en algo que sólo la muerte podría romper.

Una última intentona… más tarde fui a verle. El tiempo transcurrido había sido bastante duro para todos nosotros. Y no era que no hubiésemos estado trabajando con ahínco. En el Proyecto Brujo uno tenía que trabajar hasta el agotamiento. La causa de aquel pequeño infierno era que en realidad nada podíamos hacer. Nos limitábamos a sentarnos, discutíamos infinitamente y con ferocidad, terminábamos con pequeños arranques de mal genio. El general Leslie tenía que cortamos con energía y dando órdenes estrictas al personal, lo que no le hacía en absoluto popular.

—La mente militarista —gruñí—. Es doctrinal, ¿verdad?

—Hace todo lo que puede —dijo con suavidad el doctor.

—Ya se ve —rezongué.

Ni siquiera podía escribir a mi casa contando mis dificultades. Mi correo estaba censurado y todo se despachaba desde la ciudad de Nueva York. Sólo pude enviar a Valerie una notita insignificante.

Para evitar volverme loco, o que me despidiesen, me afané estudiando los informes. Los había a montones, pero todos sumados daban cero. Consideré que las investigaciones del FBI sobre la gente a quien Butch había atacado podrían ser interesantes. Eran minuciosas en realidad, buscando algún factor común, pero no lo había. Los dos hombres en Maine era agricultores vulgares y corrientes, quienes regresaban tarde; el muchacho hijo de un granjero que volvía a su casa, de visitar a un vecino. Los hombres a quien el ser extraño había asaltado aquí, nada tenían en especial que pudiese descubrir, eran simples americanos. Y en sus vagabundeos nocturnos, antes de ser capturado, Butch sólo podía haber visto a unos cuántos humanos en breves vistazos, no lo bastantes para darle una base real que le permitiera sacar conclusiones acerca de nosotros.

Recordé cómo había estado plantado, temblando en la celda. ¿Luchando contra su propia e incontrolable inteligencia que se volvía loca? Es probable. Pero muchos maniáticos homicidas lo hacen así. Cuando se ven encerrados, lloran y piden y preguntan por qué alguien no acaba con ellos. ¡Maldición! A cada paso parecía más y más que Moran tuviera razón. Sólo que no opinaba muy bien de esta noción.

Así que subí a la sala del hospital en donde estaba Butch recuperándose. El tiempo era terriblemente escaso. Los doctores decían que podría resistir la trepanación dentro de una semana, poco más o menos, sin lesiones graves. Por lo menos, lo podría resistir si era humano.

Mi insignia me permitió pasar por los centinelas de la entrada de la enfermería. Butch tenía una habitación para él solo, y con un centinela fuera y un enfermero siempre presente. Entré en la habitación y el enfermero alzó la vista para mirarme desde la revista que estaba leyendo. Era un suboficial grandullón, plácido, ahora aburrido como la mayor parte de los hombres, pero se

levantó con aire de alivio al tener algo de compañía.

—¿Me permite ver su permiso, señor? —preguntó.

Le entregué el que el doctor me había redactado y asintió.

—Está bien, señor. Pero que me aspen si sé lo que espera encontrar simplemente mirándole.

—Fíjese —dije—, deseo estar a solas con Butch unos cuantos minutos.

—Lo siento, señor. Recibí órdenes…

—Yo también. Sálgase al pasillo.

Era una simple fanfarronada, pero, cuando trató de protestar de nuevo, de un gritó le acallé.

—Maldición, mis órdenes vienen directas del general. ¿Quiere usted llamarle y molestarse en comprobarlo? Está bien, soldado, adelante, y espere que el resto de su servicio no transcurra limpiando los cacharros de cocina.

—Bueno, está bien, señor. Cinco minutos —salió lanzándome una mirada insegura.

Caminé hasta la cama. El ser extraño yacía en ella con un collar metálico y una cadena sujetándole. Había tratado de atacar a un ordenanza, pero resultó un intento débil en su condición actual, y nada había hecho contra los otros hombres. La habitación estaba limpia y triste, llena de luz de sol, pero, por otra parte, desnuda.

—Hola, Butch —dije. Los ojos amarillos me envolvieron y en su mirada hallé una especie de sufrimiento, pero nada salió de su amplia boca—. Te traje una revista —me acerqué y puse un ejemplar de *Life* sobre la mesa—. Quizá las fotos te interesen —me senté en la silla junto a él—. Nadie se ha preocupado de si te aburres aquí, ¿verdad?

Volvió la cabeza para mirarme, las orejas inclinadas hacia adelante y las antenas de la nariz curvadas en mi dirección. Una gran mano peluda yacía sobre la sábana, fuerte y extrañamente desesperanzada.

—Yo no sé qué diablos espero conseguir viéndote —le dije con suavidad—. Ni siquiera sé si me comprendes, aunque sospecho que te dejas llevar.

Quizá sea solo por mí mismo. Aquí te tenemos, la cosa más maravillosa que ha ocurrido en toda nuestra historia y te hemos encadenado de esta manera.

Me gustaría que fuésemos amigos, Butch.

La mano se dobló formando un puño y las zarpas sobresalieron, pero no me atacó. Fue sólo un gesto.

—Está bien —dije—. Ya no puedes confiar en nosotros. Consideremos el asunto desde tu punto de vista un ratito. Tienes mala suerte, ¿verdad? Primero te estrellas con tu nave, luego te ves atacado aquí, Dios sabe a cuántos años luz de tu patria. Después, algo te obliga a atacarnos, enloquecido, y también hay algo que te hace imposible hablar con nosotros.

Así que, naturalmente, piensas tú que te creemos loco. Jamás confiaremos en ti. Y, por lo tanto, tú tampoco te fiarás de nosotros. No tienes manera de saber si yo pienso de corazón esto o es un simple intento de ganarme tu confianza; así que nunca tendrás fe en ninguno de nuestra raza.

Sacudí la cabeza.

—Maldición, Butch, ¿es que no puedes hacer ni un movimiento amistoso? ¿No puedes hacer algo para mostrarnos que eres racional, si quieres ser aceptado como un embajador en vez de un enemigo? Si al menos te comportases mejor y nos dieses unas cuantas imágenes… o algo… Bueno, infiernos, todo lo que tienes que hacer es demostrar con bastante seguridad que estás cuerdo. Entonces ellos por lo menos retrasarán las cosas que piensan hacerte. Se te dará tiempo en el que elaborar una mayor comprensión con nosotros.

Esos ojos que nunca parpadeaban me vigilaban, pero el único sonido que producía era el respirar lento y profundo. Suspiré.

—¿Es que no confías en nosotros? —pregunté—. ¿Es que nos tienes miedo, o, quizá miedo de nuestro miedo hacia ti? ¿Preferirías morir a entrar en comunicación con una especie a la que has juzgado mal y la que puede querer vengarse? ¿Te imaginas que nuestra manera de pensar no es esa puesto que no podemos llevarnos bien con tu especie y que será mejor que acabemos contigo de inmediato? Diablos, Butch, no somos tan tontos. Créeme, no lo somos.

Apartó su rostro de mí.

—Si es así como lo quieres… —Me levanté, sintiéndome del todo derrotado—. Si no deseas hablar con la humanidad, no te entiendo. El hombre en realidad no es malo y tú has dado con uno

de los frutos más decentes de nuestra raza. Pero no nos dejas donde elegir. Nuestro juego más seguro sería salvarte, pero, aparentemente, esto no se va a permitir. Hay hombres tan impacientes por obtener tu conocimiento que en su prisa te destruirán.

¿Fue un suspiro de respuesta, bajo y salido de su garganta? Pero es que ni siquiera me estaba mirando. Había algo profundamente derrotado en el modo en que yacía allí. Pensé en él, encerrado dentro de su propio cráneo, deseando estar en su patria, en la seguridad y en el amor, como todo ser vivo ansia, pero sin poder libertarse. Probablemente entonces se odiaba a sí mismo. Quizá se alegraría de abandonar su cuerpo, a través de la muerte o de la destrucción de su cerebro.

—Bueno —dije, notando la misma oscuridad en mi propio corazón—, bien, si no quieres hablar con un hombre, el hombre tampoco debe hablarte. Adiós, Butch.

Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. No me vino de inmediato, ni siquiera me dejó boquiabierto ante mi propia brillantez. Me planté allí durante largo rato, sin moverme y esa cosa crecía dentro de mí. Locura, seguro. Locura sin remedio. Pero…

¿Qué teníamos que perder?

Cogí la revista y salí de aquella habitación temblando. Cuando llegué al piso bajo, comencé a correr.

V

—Lo siento, señor —me dijo el ordenanza del antedespacho—. El general está en conferencia.

Casi se me ocurrió la idea de apartarle a un lado e irrumpir en el despacho. Hubiese sido algo dramático. Pero busqué una silla en su lugar y me senté y traté de leer. Había acabado casi un paquete de cigarrillos antes de darme cuenta de que lo que había leído una y otra vez era la misma página.

Se abrió la puerta interior y salió Moran. No aguardé más, sino que cargué, pasando junto a él y al ordenanza. Leslie alzó la vista desde su escritorio, enojado.

—General… —Tenía la garganta espesa—. General, quizá tenga la solución.

—¿Eh? —Me miró sin mucha esperanza—. Oh, es usted, señor Muir. ¿Qué quiere decir?

—Quizá tenga una manera de lograr que Butch hable —dijo. Las palabras se me amontonaban en mi prisa.

Moran dio media vuelta y regresó.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¡Le digo que tengo una idea! —grité.

—¿Y bien? —Leslie emitió una voz que era casi una orden en el campo de maniobras—. ¿Y bien, cuál es?

—Mire —murmuré—. Butch está cuerdo, pero, pero… —Ese maldito balbuceo que siempre me sobrecoge cuando la excitación me domina.

Moran alzó las cejas.

—Eso es en cierto modo una obsesión del señor Muir, general —dijo—. Llegara hasta cualquier punto por defender su opinión, delante de todos los hechos.

—¡Tengo un modo de ponerla a prueba! —grité. Lo que era mentira, porque no tenía idea de si la cosa era práctica o no.

—Entonces, adelante —dijo Leslie—. Cuénteme.

—Necesito que venga mi esposa aquí y otras.

—Eso es imposible. No ha sido investigada.

—¡Maldición, entonces, investíguela!

—Eso necesitara semanas —afirmó Moran—. Para ese tiempo, de cualquier forma, ya deberíamos tener a Butch de vuelta a la normalidad.

—¡Para ese tiempo Butch estará en realidad loco! —respondí—. No es usted el único obsesionado. Cualquier cosa por llegar a su cerebro… ¿pero le importaría pagar un precio infernal por conseguir su mente?

—¡Cálmese! —Leslie se puso en pie y ladró sus palabras—. ¡Cálmense los dos! No es este el lugar y momento para personalismos.

Moran se encogió de hombros.

—Le digo que la primera investigación quirúrgica está señalada para el próximo miércoles —declaró—. Para ese tiempo nadie habrá podido ser investigado.

—Pero sí podría aplazar usted el trabajo, ¿verdad? —hablé a Leslie, casi suplicante.

Sacudió la cabeza.

—Me temo que no. Ya sabe que Washington tiene prisa. Las órdenes son rotundas. Es muy arriesgado conservar a Butch indefinidamente tal y como está y las recompensas por el éxito son demasiado grandes y se necesitan con apremio.

Le asentí, notándome de pronto agotado.

—Entonces nada importa —murmuré—. Nada importa.

—Explíqueme su idea —preguntó Leslie.

Moran sonrió sarcástico y también se sentó.

Se lo dije.

—¡Está usted chiflado! —exclamó Moran con poca elegancia—. Esta es la cosa más infantil que jamás…

—¿Y qué daño nos haría probarlo? —pregunté con amargura—. ¿O tiene usted miedo de que pudiese tener éxito? Entonces usted no tendría oportunidad de…

—¡Eso basta ya, señor Muir! —saltó Leslie. Tamborileó en sus

dientes con un índice nervioso—. Es una… noción… interesante. Alocada, pero es que todo este asunto es tan loco…'Sin embargo, existe todavía la cuestión del permiso de seguridad.

—Hágales venir aquí de todas maneras —dije—. Usted puede guardarlas custodiadas si no resulta, entonces serán inspeccionadas.

—No es tan fácil —el tono de Moran se hizo condescendiente—. El general Leslie tiene órdenes, ya sabe. Hay reglamentos…

El soldado permaneció en pie más de un minuto. ¡La mente militar!, torné a pensar.

De pronto dio un puñetazo en el escritorio.

—¡Por Dios, lo haré!

—¡Le formarán un consejo de guerra! —gritó Moran.

—Sí —replicó Leslie—. Y si la cosa resulta, me obsequiarán con una reprimenda o algo por el estilo. Si no… al infierno todo.

Moran nos dio la espalda.

Le tendí la mano.

—Señor —dije—, ¿me permite pedirle perdón?

VI

Dos días más tarde, el gran espectáculo se puso en marcha. Yo no había dormido mucho. Y fue con bastante atontamiento como contemplé la larga caravana de coches entrar en el patio. Necesitaba con urgencia una copa.

Los soldados habían ensayado muy bien. No se podía adivinar lo que realmente se quería, pero se pusieron en posición de firmes con escalofriante violencia. Una banda militar salió de uno de los cuarteles y rompió con una marcha gritona y fuerte. Los paisanos cayeron de rodillas. Yo alcé la vista hasta la ventana de la habitación de Butch. Ya no le teníamos encadenado, así que podía acercarse a ella, pero no pude saber si miraba o no. Recé por que estuviera.

Valerie bajó del primer coche. Llevaba falda y blusa de los colores más brillantes y llamativos que pudo encontrar. Tenía el pelo rizado hasta los hombros, de suave oro en el sol otoñal. Esa es mi esposa, pensé, y sentí una cálida sensación hacia ella. Todo lo demás parecía frío.

Pasó junto a mí, restallando el látigo que tenía en una mano. Malignamente lo descargó sobre mi espalda. Lancé un bajo gruñido. La banda tocó más fuerte. Los soldados saludaron.

Una chica salía de cada uno de los otros coches. Los agentes de Leslie habían hecho un estupendo trabajo, eligiendo a las hembras humanas con más curvas, más decorativas y femeninas que pudieron encontrar. Confié en que reuniesen las otras calificaciones esenciales: coraje, serenidad, gentileza.

Pasaron ante nosotros en masa. La mayor parte se había puesto todas las joyas para la ocasión, destellando a la luz, aquí, bajo el alto cielo azul de la Tierra. Entraron en el edificio, sin dignarse a

fijarse en nosotros. Penetraron en la casa y subieron las escaleras recorriendo el pasillo hasta el cuarto de Butch.

Las pruebas del doctor Urquhart de ayer habían demostrado que mi deducción sobre la causa de las furias de Butch probablemente era cierta; y, basándome en estos resultados, no habíamos dicho a las chicas que tuviesen nada que temer; es más, insistimos en que era completamente inofensivo. Pero podíamos equivocarnos. Podría haber más que una causa posible. Teníamos hombres apostados, con armas, claro, preparados para intervenir cuando se produjese el primer grito pidiendo ayuda. Pero Butch podía acabar con una chica de un solo golpe de sus zarpas antes de que las demás se dieran cuenta.

«Valerie —pensé—, Valerie entrará primero. Sé que lo hará. Por favor, Dios, vigílala. Protégenos a todos hoy».

Aguardamos. Y hubo silencio. Hubo un silencio milenario.

El general Leslie apareció en la puerta principal. Sus elegantes pantalones estaban arrugados por haberse arrodillado ante las mujeres. Su rostro tenía una expresión extraña.

—Vamos, Muir —dijo tranquilo—. También quieren que suba usted.

Le acompañé hasta dentro de la casa. Todo el lugar estaba tenso en la espera. No vimos subir a nadie, hasta que Bob salió de uno de los laboratorios. Tenía la boca contraída.

—¡Esto es una fantochada! —dijo—. La bestia utilizará esta oportunidad para desarmar nuestros recelos. ¡Yo no lo habría consentido!

—El jefe aquí soy yo —dijo Leslie.

—No lo será por mucho tiempo, cuando se entere Washington…

—¿No podemos esperar que este pájaro nos estropee la función? —pregunté maliciosamente.

—Ejemmm… bueno… cuestión de preventiva… —sonrió Leslie y se volvió hacia el M.P. que nos seguía—. Conduzca al doctor Moran a sus habitaciones —ordenó—. Y procure que se quede allí.

Se fueron. Yo tenía un estúpido deseo de hacerle la burla llevándome el puño a la nariz.

Continuamos bajando por el pasillo hasta la habitación hospital. Ante su puerta, el centinela estaba más rígido que nunca lo hubiese hecho en una inspección… pero me miró y me guiñó el ojo. Leslie y

yo nos volvimos a arrodillar. Esperamos hasta que Valerie se dirigiese a nosotros y nos dijese con frialdad:

—Está bien, entren. Quiero que le quiten estas cadenas. ¡Ahora!

La habitación era un torbellino de color, de formas y de brillantes voces ligeras charlando. Valerie se sentaba al borde de la cama. Estaba acariciando la cabezota colmilluda de Butch. Otra chica se inclinaba sobre él, palmeándole el hombro y una tercera le sostenía la mano izquierda.

Con la mano derecha tenía un lápiz y estaba dibujando el diagrama de un sistema planetario.

VII

Leslie, el doctor y yo tuvimos que entrar en la habitación de Valerie casi clandestinamente. No sería bueno que Butch viese a los esclavos apurando una botella de *whisky* escocés con el jefe. Pero era preciso que lo celebrásemos.

—Hola, mi propiedad —dijo mi esposa.

La abracé y corté en seco sus burlas de la mejor manera posible.

Al cabo de un rato dijo casi sin aliento:

—Sigo sin comprenderlo. No veo cómo lo conseguiste. Esas instrucciones que nos dieron fueron en realidad muy breves.

Serví el escocés con cubos de hielo y dije casi con mimo:

—Depende de un número de cosas, cariño. Mi deducción principal era que Butch está cuerdo, sólo que su cordura no corresponde por entero a la nuestra. ¿Podrías esperar idénticos sistemas de conducta en una criatura de las estrellas? A duras penas.

«Pero si estaba cuerdo, entonces no habría atacado a aquellas pobres personas voluntariamente. Debió sentirse infernalmente desconcertado. Lo que, de paso, nos da una ascendencia moral que le hará que coopere con nosotros satisfecho… ahora que se han roto las barreras. Pero ¿por qué entonces se puso furioso?».

Tomé un sorbo largo y continué:

—Recuerdo que el sargento Jones había tenido miedo de Butch. Se me ocurrió que probablemente todos aquellos que fueron atacados también tenían miedo. Las personas en Maine… bueno, cáscaras, si tú vieses una cosa como Butch en una noche oscura, ¿no te asustarías tanto que perderías el control de ti misma? Y un hombre aquí que conociese su mala reputación también podría tener miedo ante la idea de trabajar con un monstruo que podía

matarle.

«Recuerda que Butch tenía un sentido del olfato tan bueno como el de un perro y que un can huele cuando se le tiene miedo y a menudo te muerde por ese motivo… bueno, todo concuerda».

—Es cuestión de emisión en cantidad de adrenalina —asintió el doctor—. El miedo a la rabia proporcionan a las personas un olor diferente, aun cuando nuestra nariz no pueda detectarlo. Deberían haber visto cómo reaccionó Butch ayer ante un diminuto perfume —frunció el ceño—. ¿Pero por qué el olor de la adrenalina le provocaba una furia homicida?

—No lo sé —contesté—. Pero ahí va una suposición. En su mundo patrio, su especie tiene, o tuvo, un enemigo natural que huele mucho a adrenalina. Usted me dijo, doctor, que sus propias glándulas no parecen producir ese producto químico en particular. De cualquier forma, su aspecto vital adquirió un instinto innato de atacar cuando captase ese aroma. Ahora sé que tenía esencialmente razón en ese punto.

—Es posible —dijo el doctor—. Tenemos muchos siglos evolucionarios en nosotros que sólo nos causan dificultades ahora. Por ejemplo, el apéndice.

—Bueno —continué—. Butch sabía que se había puesto a malas con nuestra raza. No pensaba decirnos nada, mucho menos para que contra atacásemos a su pueblo en venganza y por causa del miedo.

—Dice que hablará dentro de diecisiete días —nos contó Valerie.

—¿Eh? —preguntó Leslie—. ¿Cómo?

—Lenguaje de signos. Imágenes. Nos trasladó la idea. Ha aprendido bastante inglés, pero, por algún motivo, no puede hablar hasta que termine este periodo.

Más tarde descubrimos el por qué. La religión de Butch, que se tomaba muy en serio, le imponía ese silencio durante un tiempo dado como luto por los camaradas muertos. No se le puede llamar loco por respetar esos principios, como tampoco consideramos loco a un judío o un musulmán por negarse a comer cerdo o a un católico por tomarse molestias considerables para asistir a misa. Es importante para él, eso es todo. Tenemos muchas compulsiones, como la fidelidad marital, que carecen de sentido para su mente. También descubrimos que mi deducción acerca de la diversidad de su simbología frente a la nuestra estaba en lo cierto; le llevó mucho

tiempo comprender lo que tratábamos de hacer con nuestros diagramas y cómo iba a responder. Para entonces había decidido que era inútil comunicarse.

—Bueno —dije en aquella velada particular—, de cualquier forma no podría hablar con nosotros y había decidido que éramos sus enemigos en todo caso. ¿Así para qué intentar cooperar con nosotros? Parecía un callejón sin salida, hasta que recordé que, con toda probabilidad, Butch no había visto jamás una mujer. Las mujeres no son propensas a caminar en solitario por las carreteras abandonadas, después de oscurecer y una vez le habíamos capturado estuvo rodeado de un medio ambiente exclusivamente masculino. Pudo haber escuchado conversaciones nuestras sobre mujeres y sin duda vio algunas imágenes, pero eso no le diría demasiado.

»Y es hermafrodita, lo que es probable que ocurra con las formas superiores de vida de su planeta. Claro que ya podía haber visto animales bisexuales en otros mundos, pero quizá no los vio. El hecho es que la espacionave quedó incontrolada, lo que sugiere que se trata de un antiguo modelo, que incluso fuese la primera expedición interestelar de su raza.

»Así… ¿por qué no iba a creer que una mujer, si la veía, pertenecía a una especie diferente con respecto a los hombres? Sería una idea natural. Y si esta otra especie era la verdadera gobernante de la Tierra, con nosotros siendo simplemente sus esclavos y servidores, no se preocuparía mucho… bueno, ellas no se preocuparían mucho de que la presencia de Butch hubiera servido para acabar con unos cuantos machos. Se mostrarían furiosas al ver que la raza inferior se había atrevido a encerrar a un visitante del espacio y a maltratarle sin decírselo. En cuanto se enterasen de que estaba aquí, vendrían a la carrera para enmendar lo hecho.

»Puesto que no dijimos a las chicas que Butch era peligroso, no le tuvieron miedo. Esperaba que tomase la falta de olor a adrenalina como característica de la raza dominante y que, por tanto, admitiese que no siempre estaría en conflicto con ellas. Si eso resultaba… lo hizo… y ahora va a volcarse para cooperar con vosotras, muchachas. Y lo hará de muy buena gana».

Valerie me alborotó el pelo.

—A veces —murmuró—, creo que hay un cerebro debajo de esos

mechones.

Leslie se incorporó con torpeza.

—¿Cuánto tiempo tiene que durar esta farsa? —preguntó.

—Oh, supongo que no mucho —contesté—. Hasta que las chicas se hayan ganado su confianza y le hablen, dándole las noticias gradualmente. Luego empezará a decirnos cómo construir espacionaves.

—Sí —repuso Leslie—. ¡Y mientras va a creer que los hombres no son humanos!

Valerie me sonrió.

—Bueno —repuso—, ¿lo son?

FIN

LA PAUSA

Isaac Asimov

CAPÍTULO PRIMERO

El polvo blanco estaba confinado en el interior de una cápsula transparente de delgadas paredes. La cápsula, a su vez, estaba sellada herméticamente al calor dentro de una doble tira de parafilme. A lo largo de aquella tira de parafilme habían otras cápsulas a intervalos de casi catorce centímetros.

La tira se movía. Cada cápsula, en el curso de los acontecimientos, descansaba durante un minuto sobre una mandíbula metálica sita debajo de una ventanilla de mica. En otra porción de la fachada del contador de radiación, un número aparecía en un cilindro de vapor que se desenrollaba. La cápsula seguía su marcha; una nueva ocupaba su lugar.

El número impreso a la una de la tarde con cuarenta y cinco minutos, fue el 308. Un minuto más tarde apareció el 256. Un minuto más tarde, el 391. Un minuto más tarde, el 477. Un minuto más tarde, el 202. Un minuto más tarde, el 251. Un minuto más tarde el 000. Un minuto más tarde, el 000. Un minuto más tarde, el 000. Un minuto más tarde, el 000.

II

Poco después de las dos de la tarde, el señor Alexander Johannison pasó junto al mostrador y por el rabillo del ojo repasó la fila de cifras. Dos pasos más allá del contador se detuvo y volvió.

Hizo pasar hacia atrás el cilindro de papel, le devolvió luego su antigua posición y dijo:

—¡Cáscaras!

Lo pronunció con vehemencia. Era un hombre alto y delgado, con grandes manos, pelo pajizo y cejas ligeras. Parecía cansado y, de momento, perplejo.

Gene Damelli vagó con el mismo descuido en su andadura que adoptaba en todas sus acciones. Era moreno, peludo y bajito. Su nariz antaño estuvo rota y le hacía curiosamente distinto de cualquier concepto popular que se pudiese tener de un físico nuclear. Damelli dijo:

—Mi condenado Geiger no capta nada y yo no estoy de humor para repasar el cableado. ¿Tiene un cigarrillo?

Johannison le tendió un paquete.

—¿Qué pasa con los demás del edificio?

—No lo he intentado, pero creo que todos se largaron.

—¿Por qué? Mi contador no registra tampoco nada.

—Nada de bromas. ¿Eh? Está todo este dinero invertido. Eso no significa nada. Salgamos a tomar un refresco.

Johannison dijo, con mayor vehemencia de lo que intentaba:

—¡No! Voy a ver a George Duke. Quiero ver su máquina. Si ha salido…

Damelli le siguió la corriente.

—No ha salido, Alex. No sea burro.

George Duke escuchó a Johannison y le contempló desaprobador

por encima de sus gafas sin montura. Era un joven-viejo con poco cabello y menos paciencia.

Dijo:

—Estoy ocupado.

—Demasiado ocupado para decirme si su aparejo funciona, ¿verdad?

Duke se puso en pie.

—Oh, infiernos, ¿cuándo tiene un hombre tiempo para trabajar aquí? —Su regla de cálculo cayó con un golpe sordo en una masa de papel enrollado mientras el científico daba la vuelta a su escritorio.

Se acercó a una atestada mesa de laboratorio y levantó la pesada tapa de plomo gris de un recipiente más pesado, también de plomo gris. Buscó dentro con un par de largas pinzas y sacó un diminuto cilindro plateado.

Duke dijo ceñudo:

—No se mueva de donde está.

Johannison no precisaba del consejo. Mantuvo su distancia. No se había expuesto a ninguna dosis anormal de radioactividad el pasado mes, por lo que era inútil acercarse más de lo necesario al cobalto «caliente».

Aun utilizando las pinzas y con los brazos lo más apartado posible de su cuerpo, Duke se llevó el brillante pedacito de metal, que contenía la radiactividad concentrada, hasta la ventana de su contador. A dos palmos, el contador debió haberse vuelto loco con murmullos y chasquidos. No lo hizo.

Duke dijo:

—¡Gulk! —Y soltó el recipiente que contenía el cobalto. Lo buscó enloquecido y volvió a alzarlo poniéndolo contra la ventana. Lo acercó más.

No hubo sonido alguno. Los puntitos de luz del osciloscopio no aparecieron. Los números tampoco asomaron.

—Ni siquiera el ruido de fondo —exclamó Johannison.

—¡Rayos y truenos de Júpiter! —exclamó Damelli.

Duke volvió a guardar el cobalto en su recipiente de plomo con tantas precauciones como antes y se plantó allí, los ojos echando chispas.

III

Johannison irrumpió en el despacho de Bill Everard con Damelli pisándole los talones. Habló durante excitados minutos, sus huesudas manos, con los nudillos blancos, apoyadas en el pulido escritorio de Everard. Everard le escuchaba, sus mejillas lisas, recién afeitadas, se volvieron coloradas y su cuello grueso parecía destacar un poco por encima de su camisa blanca y almidonada.

Everard miró a Damelli y señaló con el pulgar interrogativo a Johannison. Damelli se encogió de hombros, extendiendo las manos, las palmas hacia arriba, arrugando la frente.

Everard dijo:

—No sé cómo pueden equivocarse todos.

—Pues se equivocan, esa es la cuestión —insistió Johannison—. Todos murieron sobre las dos en punto. Hace ahora una hora y ninguno ha vuelto a funcionar. Incluso ni George Duke puede hacer nada. Le digo que la cosa no es de los contadores.

—Pues está diciendo que sí.

—Digo que no funcionan. Pero no es culpa suya. No tienen nada en que trabajar.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que no hay radiactividad aquí, en este lugar. En todo el edificio. En ninguna parte.

—No le creo.

—Escuche, si un cartucho de cobalto caliente no hace funcionar un contador, quizás hay algo malo con el contador que probamos. Pero cuando el mismo cartucho no produce descarga en el electroscopio de pan de oro y cuando ni siquiera impresiona una película fotográfica, entonces el defecto hay que buscarlo en el cartucho.

—Está bien —dijo Everard—, así sea. Alguien cometió un error y no lo llenó.

—El mismo cartucho funcionaba esta mañana, pero eso no importa. Quizás alguien cambió los cartuchos de alguna manera. Pero tengo aquel pedazo de pechblenda de nuestra caja de exhibiciones del piso cuarto y tampoco registra radiactividad. No vaya usted a decirme que alguien se olvidó de colocar uranio dentro.

Everard se frotó la oreja.

—¿Usted qué opina, Damelli?

Damelli sacudió la cabeza.

—No lo sé, jefe. Ojalá lo supiese.

Johannison dijo:

—No es momento para pensar. Es momento de obrar. Tiene que llamar a Washington.

—¿Y para qué? —preguntó Everard.

—Acerca del suministro de la bomba A.

—¿Qué?

—Esa podía ser la solución, jefe. Mire, alguien ha inventado un modo de detener la radiactividad, toda en absoluto. Quizás esté extendiéndose por todo el país, por los Estados Unidos. Si hacen eso, nuestras bombas A quedarían inutilizadas. No saben dónde las guardamos, así que habrán extendido la zona blanca por toda la nación. Y si eso es cierto, significa que se aproxima un ataque. Quizás en cualquier momento. ¡Emplee el teléfono, jefe!

La mano de Everard se extendió hacia el teléfono. Sus ojos y los de Johannison intercambiaron una eterna mirada.

Dijo por el micrófono:

—Una llamada al exterior, por favor.

Eran las cuatro menos cinco. Everard colgó el teléfono.

—¿Era ese el Comisionado? —preguntó Johannison.

—Sí —respondió Everard—. Estaba ceñudo.

—Bueno. ¿Qué dijo?

—«Hijo» —dijo Everard—, me contestó, «¿qué bombas A?».

Johannison parecía azorado.

—¿A qué diablos se refería con eso de «¿qué bombas A?»? ¡Lo sé! Ya han descubierto que tienen cosas inútiles entre manos y no quieren hablar. Ni siquiera a nosotros. ¿Y ahora, qué?

—Ahora nada —contestó Everard. Se arrellanó en su silla y miró fulminante al físico—. Alex, sé la tensión que está usted sufriendo; así que no voy a enfadarme por esto. Lo que me molesta es… ¿cómo hizo que yo empezase a seguir con esta tontería?

Johannison palideció.

—No es ninguna tontería. ¿Acaso el Comisionado dijo que lo era?

—Dijo que yo soy un estúpido, y es verdad. ¿Qué diablos quiere usted al venir aquí con sus historias sobre bombas A? ¿Qué son bombas A? Jamás oí hablar de ellas.

—¿Qué usted nunca oyó hablar de bombas atómicas? ¿Qué es esto? ¿Un chiste?

—Jamás oí hablar de ellas. Parece algo como sacado de alguna historieta de aventuras.

Johannison se volvió a Damelli, cuyo rostro aceitunado parecía más oscuro por la preocupación.

—Dígaselo, Gene.

Damelli sacudió la cabeza.

—A mí no me meta en esto.

—Está bien —Johannison se inclinó hacia adelante, mirando la fila de libros de las estanterías por encima de la cabeza de Everard —. No sé de qué se trata, pero puedo seguir la broma. ¿Dónde está Glasstone?

—Ahí mismo —contestó Everard.

—No. No el «Texto de química física». Quiero su «Manual de energía atómica».

—Jamás oí hablar de él.

—¿Pero qué me dice? Lo he visto en su estantería desde que llegué aquí por primera vez.

—Nunca oí hablar de él —repuso Everard, tozudo.

—Supongo que tampoco habrá oído hablar de «Rastros radiactivos en biología», de Kamen.

—No.

Johannison gritó:

—Está bien. Utilizaremos entonces el texto de Glasstone. Servirá.

Tomó el grueso libro y empezó a pasar las páginas. Primero una vez y luego otra. Frunció el ceño y miró la segunda página. Decía: «Tercera edición, 1965». Recorrió los dos primeros capítulos página

a página. Estaba allí, la estructura atómica, los números cuánticos, los electrones y sus cáscaras, las series de transición, pero no había radiactividad, nada de eso.

Volvió hasta la tabla de los elementos en la cubierta interior. Necesitó sólo unos pocos segundos para ver que habían sólo ochenta y uno en la lista, los ochenta y uno no radiactivos.

Johannison notó la garganta seca. Dijo, con voz ronca, a Everard:

—Supongo que usted nunca oyó hablar del uranio.

—¿Qué es eso? —preguntó con frialdad Everard—. ¿Una marca comercial?

Desesperado, Johannison dejó caer el Glasstone y buscó el «Manual de Química y Física». Utilizó el índice. Buscó «series radiactivas, urania, plutonio, isótopos». Encontró sólo lo último. Con dedos que le temblaban buscó la tabla de isótopos. Lanzó una simple mirada. Aparecían únicamente los isótopos estables.

Dijo suplicante:

—Está bien. Renuncio. Ya es suficiente. Tiene usted aquí un montón de falsos libros para poder tener una escusa y rebajarme el sueldo, ¿verdad? —Trató de sonreír.

Everard se puso rígido.

—No sea necio, Johannison. Será mejor que vaya a su casa. Que le vea el médico.

—No me pasa nada malo.

—Quizás usted no lo crea, pero sí le pasa. Necesita vacaciones, tómese unos días libres. Damelli, hágame un favor. Métale en un taxi y que le lleven a casa.

Johannison se plantó indeciso. De pronto, gritó:

—¿Entonces para qué sirven todos los contadores que hay en esta casa? ¿Cuál es su trabajo?

—No sé qué quiere usted decir con contadores. Si se refiere a los computadores, están aquí para resolver nuestros problemas.

Johannison señaló hacia la placa en la pared.

—¡Está bien entonces! Fíjese en las iniciales. ¡E! ¡A!… y antes una ¡C! ¡Comisión de Energía Atómica! —pronunció las palabras de manera destacada.

Everard señaló a su vez.

—¡Comisión de Experimentación Aérea! Llévele a casa, Damelli.

IV

Cuando llegaron a la acera, Johannison se volvió a Damelli, apremiante…

—Escuche, Gene, no le siga la corriente a ese tipo. Everard se ha vendido. Le han comprado de alguna manera. Imagíneselos colocando esos falsos libros y tratando de hacerme creer que estoy loco.

Damelli contestó con serenidad:

—Cálmese, Alex, muchacho. Está un poco nervioso. Everard se encuentra bien.

—Pero ya le oyó. Jamás ha oído hablar de bombas A. Dice que uranio es una marca. ¿Cómo puede encontrarse bien?

—Si se refiere a eso, yo tampoco he oído hablar de bombas A, ni de uranio.

Alzó la mano.

—¡Taxi! —gritó.

Johannison se desembarazó de aquella sensación de broma.

—¡Gene! Usted estaba allí cuando cesaron de funcionar los contadores. Estaba usted allí cuando la pechblenda quedó muerta. ¡Me acompañó a Everard para aclarar las cosas!

—Si quiere la verdad estricta, Alex, usted dijo que tenía que discutir algo con el jefe y me pidió que lo acompañase, y eso es todo cuanto sé. Nada va mal en lo que a mí respecta y no sé qué diablos tendría que hacer esa pechblenda. No tenemos ninguna en esta casa… ¡Taxi!

Un vehículo se detuvo junto al bordillo.

Damelli abrió la puerta, hizo un gesto para que Johannison entrase. Johannison obedeció, luego, con una furia que le ponía los ojos rojos, se volvió, arrebató la portezuela de manos de Damelli y

la cerró con violencia y gritó una dirección al taxista. Se asomó por la ventanilla mientras el vehículo se alejaba, dejando a Damelli asombrado y mirándole.

—Dígale a Everard que no resultará —gritó Johannison—. Soy más listo que todos ustedes.

Se reclinó en el asiento, agotado. Estaba seguro que Damelli había oído la dirección que acaba de dar. ¿Llegarían primero al FBI, con alguna historia acerca de ataque nervioso? ¿Aceptaría la palabra de Everard en vez de la suya? No podían negar el cese de la radiactividad. No podían negar los libros falsificados.

¿Qué se sacaría de eso? Un ataque enemigo estaba en proceso y hombres como Everard y Damelli. ¿Cuán enraizada estaría la traición en el país?

Se puso rígido, de pronto.

—¡Conductor! —llamó. De nuevo repitió la palabra más alta—: ¡Conductor!

El hombre, tras el volante, no se volvió. El tráfico siguió transcurriendo rápidamente a su alrededor.

Johannison intentó levantarse de su asiento, pero la cabeza le daba vueltas.

—¡Conductor! —murmuró. Este no era el camino hacia el FBI. Le estaban llevando a casa. ¿Pero cómo sabía el conductor dónde vivía?

Un conductor sobornado, claro. Apenas podía ver y había una especie de rugido en sus oídos.

¡Dios, qué organización! ¡Era inútil luchar! Se desmayó.

V

Estaba siguiendo por la acera hacia la fachada de ladrillos del edificio de dos pisos en el que vivía él con Mercedes. No recordaba haber bajado del coche.

Se volvió. No había taxi a la vista. Automáticamente buscó las llaves y su cartera. Las tenía allí. Nada le habían tocado.

Mercedes se encontraba en la puerta, esperando. No pareció sorprendida ante su regreso. Consultó el reloj rápidamente. Era una hora antes de su vuelta ordinaria al hogar.

Dijo:

—Mercy, tenemos que salir de aquí y…

Ella le contestó, con voz aterciopelada:

—Lo sé todo, Alex. Entra.

Le parecía a él que ella era una especie de cielo. Pelo liso, un poco rubia, con un peinado de raya al medio y los cabellos unidos al final en forma de cola de caballo; ojos azules, con una ligera inclinación oriental, labios carnosos y pequeñas orejas pegadas a la cabeza. La mirada de Johannison la devoró.

Pudo ver que ella hacía esfuerzos por reprimir una cierta tensión.

Johannison dijo:

—¿Te llamó Everard? ¿O Damelli?

—Tenemos un visitante —contestó ella.

Johannison pensó que ya habían llegado hasta la mujer.

Debía hacerla salir del umbral. Tendrían que correr, intentar ponerse a salvo. ¿Pero cómo podrían? El visitante quizás estuviese en las sombras del vestíbulo. Pudiera ser un hombre siniestro, se imaginó, con una voz espesa y brutal de acento extranjero, plantado allí con la mano en el bolsillo de la americana donde se vería un

bulto de mayor tamaño que el que correspondería a su puño cerrado.

Atontado, entró.

—En la sala de estar —dijo Mercedes. Una sonrisa destelló momentáneamente en su cara—. Creo que todo va bien.

El visitante estaba en pie. Poseía un aspecto irreal en él, la irrealidad de la perfección. Su cara y su cuerpo eran amorfos y cuidadosamente desprovistos de individualidad. Podía haber salido de cualquier sitio.

Su voz tenía el sonido culto y desapasionado de un locutor profesional de radio. Estaba por entero libre de acento.

Dijo:

—Fue bastante difícil hacerle venir a casa, doctor Johannison.

Johannison contestó:

—Sea lo que fuere lo que usted desee, no voy a cooperar.

Mercedes interrumpió.

—No, Alex, no comprendes. Hemos estado hablando. Dice que toda la radiactividad ha sido interrumpida.

—Sí, es verdad, y ojalá este tipo pudiese decirme cómo lo han hecho. Mire, ¿usted es americano?

—Sigues sin comprender, Alex —dijo su esposa—. Ha cesado en todo el mundo. Este hombre no es de la Tierra. No me mires así, Alex. Es verdad. Sé que es verdad. Fíjate en él.

El visitante sonrió. Era una sonrisa perfecta. Dijo:

—Este cuerpo en el que aparezco ha sido cuidadosamente construido según las especificaciones, pero es sólo materia. Queda bajo un control completo —extendió una mano y la piel desapareció. Los músculos, los tendones rectos y las venas entrecruzadas quedaron al descubierto. Las paredes de las venas desaparecieron y la sangre circuló suavemente sin necesidad de recipiente que la contuviera. Todo se fundió con la aparición del liso hueso gris. También éste se fue.

Después resurgió todo.

Johannison murmuró:

—¡Hipnotismo!

—En absoluto —contestó tranquilo el visitante.

Johannison preguntó:

—¿De dónde es usted?

El visitante contestó:

—Es difícil de explicar. ¿Acaso le importa?

—Necesito comprender qué pasa —exclamó Johannison—. ¿Es que no se da cuenta?

—Sí. Me la doy. Por eso estoy aquí. En este momento hablo a más de cien personas de su raza por todo el planeta. En cuerpos diferentes, claros, puesto que distintas fracciones de su pueblo tienen preferencias diferenciadas y normas de belleza en lo que respecta a la apariencia corporal.

Vacilando, Johannison se preguntó si, después de todo, no se había vuelto loco. Dijo:

—¿Es usted de... de Marte? ¿De algún lugar así?

¿Va usted a ponerse al frente de todo? ¿Es esto la guerra?

—Mire —contestó el visitante—, esa clase de actitud es lo que se trata de corregir. Su pueblo está enfermo, doctor Johannison, muy enfermo. Durante decenas de millares de años hemos sabido que está especie particular de ustedes tiene grandes posibilidades. Ha sido un enorme desencanto para nosotros ver que su desarrollo ha emprendido un sendero patológico. Definitivamente patológico — sacudió la cabeza.

Mercedes interrumpió.

—Me dijo antes de que vinieses que intenta curarnos.

—¿Y quién se lo pidió? —murmuró Johannison.

El visitante se limitó a sonreír. Dijo:

—Hace mucho tiempo que se me asignó la tarea, pero tales enfermedades son siempre difíciles de tratar. Por un detalle, existe una dificultad en las comunicaciones.

—Nos estamos comunicando —afirmó Johannison con tozudez.

—Sí. Hablando en cierta manera, lo estamos. Utilizo sus conceptos, su sistema de código. Es del todo inadecuado. Ni siquiera podría explicarle la verdadera naturaleza de la enfermedad de su especie. Por sus conceptos, la forma de abordar las cosas más íntimas, lo que yo puedo hacer es tolerar el caso como enfermedad del espíritu.

—¿Eh?

—Es una especie de dolencia social muy difícil de manejar. Por eso se ha dudado tanto tiempo en intentar la cura directa. Sería una cosa triste si, por accidente, una potencialidad tan notable como la

de su raza se nos perdiere. Lo que yo he tratado de hacer durante milenios ha sido trabajar indirectamente con unos cuantos individuos, en cada generación, que tenían una inmunidad a prueba de la enfermedad. Filósofos, moralistas, guerreros y políticos. Todos aquellos que tuvieron un ansia de hermandad mundial. Todos los que…

—Está bien. Fracasó. Vayamos a eso. Ahora supóngase que me hable de su pueblo, no del mío.

—¿Qué puedo decirle a usted que su mundo comprenda?

—¿De dónde vienen? Eso para empezar.

—Carecen ustedes del concepto adecuado. Yo no soy de ninguna parte de este corral… perdón, cotarro.

—¿Qué cotarro?

—Del Universo, quiero decir. Yo soy de fuera del Universo.

Mercedes interrumpió de nuevo, inclinándose hacia adelante.

—¿Alex, no te das cuenta de lo que quiere decir? Suponte que aterrizases en la costa de Nueva Guinea y hablases con algunos nativos tratando de explicarles lo que es la televisión. Me refiero a nativos que jamás hayan visto u oído a nadie fuera de los de su tribu. ¿Podrías explicarles cómo funciona la televisión o cómo te habría sido posible hablar a muchos hombres de diversos lugares a la vez? ¿Podrías explicarles que la imagen no eras tú mismo, sino simplemente una ilusión que podías hacer desaparecer y reaparecer? Ni siquiera podrías explicar dónde habías venido si todo el universo que conocían era su propia isla.

—Bueno, entonces, para él somos salvajes, ¿no es eso? —preguntó Johannison.

El visitante contestó:

—Su esposa se está mostrando metafórica. Déjeme terminar. Yo no puedo seguir tratando de animar a su sociedad para que se cure a sí misma. La enfermedad ha progresado hasta llegar demasiado lejos. Voy a tener que alterar el trasfondo temperamental de la raza.

—¿Cómo?

—No existen palabras ni conceptos aquí para explicar eso tampoco. Debe usted ver que nuestro control de la materia física es extenso. Fue del todo sencillo cortar en seco toda la radiactividad. Era un poco más difícil procurar que todas las cosas, incluyendo libros, indicasen ahora al mundo que la radiactividad no existe.

Resultó todavía más complicado, y se necesitó más tiempo, barrer todo pensamiento de radiactividad de las mentes humanas. Ahora mismo, el uranio no existe en la Tierra. Nadie ha oído hablar de él.

—Yo sí —contestó Johannison—. ¿Y tú, Mercy?

—También lo recuerdo —contestó Mercedes.

—Se les ha omitido a los dos por un motivo —dijo el visitante—, como ha pasado con un centenar de otros hombres y mujeres de todo el mundo.

—No hay radiactividad —murmuró Johannison—. ¿Para siempre?

—Durante cinco o seis años —contestó el visitante—. Es una pausa, nada más. Una simple pausa, o llámelo periodo de anestesia, para que yo pueda operar sobre la especie sin el peligro interino de una guerra atómica. Dentro de cinco años, el fenómeno de la radiactividad retornará junto con todo el uranio y el torio que corrientemente existen. El conocimiento, sin embargo, no regresará. Ahí es donde entra usted. Usted y los otros como usted. Entre todos reeducarán al mundo gradualmente.

—Es toda una tarea. Se necesitaron cincuenta años para llegar a este punto. Incluso considero que transcurriera menos al ser por segunda vez, ¿por qué no simplemente restaurar el conocimiento? Pueden hacerlo, ¿verdad?

—La operación —dijo el visitante—, será grave. Se necesitará una década para asegurarse de que no hay complicaciones. Así que deseamos que la reeducación se produzca despacio, a propósito.

Johannison habló:

—¿Y cuándo sabremos si ha llegado el momento? Me refiero a si ha terminado la operación.

El visitante sonrió.

—Cuando llegue el momento, lo sabrán. Estén seguros de eso.

—Bueno, es algo infernal, esperar cinco años a que te suene un timbre en la cabeza. ¿Qué pasará si esto no ocurre nunca? ¿Qué ocurrirá si su operación no tiene éxito?

El visitante contestó muy serio:

—Esperemos que sí lo tenga.

—¿Pero y si no? ¿No pueden también despejar nuestras mentes de manera temporal? ¿No pueden dejarnos vivir normalmente hasta ese tiempo?

—No. Lo siento. Necesito que sus cerebros estén intactos. Si la operación es un fracaso; si la cura no resulta, necesitaré una pequeña reserva de mentes normales intactas de las que extraer el crecimiento de una nueva población de este planeta en el que una diferente variedad de cura se pueda intentar. A toda costa, hay que conservar su especie. Es valiosa para nosotros. Por eso he pasado tanto tiempo tratando de explicarle la situación. Si le hubiese dejado tal como estaba hace una hora, si le hubiese dejado cinco días, o cinco años sin decirle nada, se habría estropeado usted por completo.

Y, sin decir, otra palabra, desapareció.

VI

Mercedes comenzó las maniobras para preparar la cena y luego se sentaron en la mesa, casi como lo hacían cualquier día.

Johannison preguntó:

—¿Es cierto? ¿Es todo real?

—Yo también lo vi —contestó Mercedes—. Lo oí.

—He repasado mis libros. Todos han cambiado. Cuando esta… pausa termine, trabajaremos estrictamente de memoria, con todo lo que nos quede. Necesitaremos de nuevo construir los instrumentos. Se necesitará mucho tiempo para conseguir remediar la situación de los que no puedan recordar —de pronto se sintió furioso—. ¿Y para qué, quisiera saber? ¿Para qué?

—Alex, bien —comenzó tímidamente Mercedes— puede haber estado antes en la Tierra y hablado con la gente. Vive desde hace millares y millares de años. ¿Supones que es lo que hemos estado pensando durante tanto tiempo, como… como…?

Johannison la miró.

—¿Como Dios? ¿Es eso lo que tratas de decir? ¿Y cómo podría saberlo? Lo único que sé es que su gente, sea quien fuere, está infinitamente más avanzada que nosotros y que nos está curando de una enfermedad.

Mercedes habló:

—Entonces yo creo que es un médico o lo equivalente en su sociedad.

—¿Un médico? Todo lo que repite es la dificultad de comunicación, afirmando que esto constituye el gran problema. ¿Qué clase de doctor no puede comunicarse con sus pacientes? ¡Un veterinario! ¡Un médico de animales! —Apartó su plato.

—Aún así, si hace que la guerra termine… —dijo su esposa.

—¿Y por qué iba a querer? ¿Qué somos para él? Animales. Somos animales para él. Literalmente. De lo que ha dicho se puede deducir. Cuando le pregunté de dónde venía, contestó que no era de este «corral», en absoluto. ¿Lo entiendes? Cotarro es casi un sinónimo de corral. Entonces cambió el término aplicando a la palabra «universo». No vino de ningún «universo» en absoluto. Su dificultad en la comunicación le traicionó. Utilizó los conceptos de lo que era para él nuestro universo mejor de lo que era el de él para nosotros. Así que el universo es un corral y nosotros… caballos, gallinas, corderos. Elige lo que prefieras.

Mercedes contestó con dulzura:

—El Señor es mi pastor. Yo no quiero…

—Basta, Mercy. Eso es una metáfora, esto otro realidad. Si hay un pastor, entonces somos corderos con un deseo antinatural y una capacidad de matarnos mutuamente. ¿Por qué no impedirlo?

—Él dijo…

—Sé lo que dijo. Dijo que tenemos grandes potencialidades. Somos muy valiosos. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿Pero cuáles son las potencialidades y valores del cordero para el pastor? El animal no tendría la menor idea. No podría tenerla. Quizá si supiesen por qué se les cuida preferirían vivir sus propias vidas. Aunque aceptaran con esos otros riesgos propios como el de los lobos o el de luchar mutuamente.

Mercedes le miró desvalida.

Johannison exclamó:

—Eso es lo que sigo preguntándome ahora. ¿A dónde vamos? ¿Adónde vamos? ¿Lo saben los corderos? ¿Lo sabemos nosotros? ¿Podemos saberlo?

Se quedaron sentados mirando sus platos, sin comer.

Fuera había el ruido del tráfico y el grito de los niños jugando. La noche caía y gradualmente todo se oscureció.

FIN

CONSERVADOR DEL SUEÑO

Charles Beaumont

A través de las altas torres blancas de la ciudad, la Luna salpicaba con un fino polvo de luz. Caía sobre las calles y los callejones y no dejaba sombras, reflejándose y reflejándose en un millón de ojos escondidos.

Hunicutt miró durante un tiempo a los bultos confusos, tras la invisible filigrana del cristal que ocultaba a la gente. Miró luego a la Luna. Y luego se arregló la chaqueta sobre sus hombros, sacó un cigarrillo y, sin dudar más, avanzó por la vacía acera rodante.

Las casas que pasaban a su alrededor estaban oscuras. Se alzaban asépticamente en sus terrenos geométricos, oscuras y, tras un zumbido de las máquinas ocultas, silenciosas. Hunicutt consultó su reloj; era tarde, muy tarde. Tenía que darse prisa.
O'Hanion
no tardaría en retirarse.

El zumbido le recordó a Hunicutt el ruido que su hijito pequeño había hecho cuando se cortó el dedo con una cinta de historia. Donny… ¿qué pensaría Donny de todo esto? Si el chaval supiese, de pronto, en un instante, lo que su padre sabía ahora y se había sospechado durante años…

La acera disminuyó la marcha en un cruce. Hunicutt volvió a guardar el cigarrillo, miró a su alrededor por última vez, a la dormida ciudad, y comenzó a caminar pasando filas de idénticas construcciones. Se detuvo ante una de éstas, oprimió el timbre con el pulgar, aguardó. El ascensor le llevó hasta el piso más alto de la unidad.

Un hombrecillo de mejillas pálidas y gruesas estaba plantado en el pasillo. El hombre ni parecía complacido ni enfadado; sonrió a

Hunicutt a su manera.

—Profesor
O'Hanion…
lo siento. No me di cuenta de que era tan tarde.

El hombrecillo volvió a sonreír, se encogió de hombros, entró en la gran habitación de la que había salido. Hunicutt le siguió, tratando de deducir, de asegurarse simplemente por la forma de andar, por los ojos, de cómo se habían presentado las cosas.

—Bueno, Jim —dijo el hombre mayor, gimiendo ligeramente mientras se sentaba. No hizo el menor esfuerzo por ocultar un violento bostezo—. Deberías estar en casa y dormido, ya sabes. Quiero que estés alerta mañana.

Hunicutt notó la firmeza de los ojos. Cogió su vaso y trató de pensar en palabras que no sonasen alocadas.

—Aquí estamos, ¿de qué se trata? —preguntó
O'Hanion
—. Debes de estar durmiendo pronto; no tenemos tiempo que perder. Ha sido un trabajo duro el de hoy, un trabajo agotador.

—Me doy cuenta —contestó Hunicutt—, y… lo siento. Pero es acerca del trabajo por lo que vine a hablarle.

—¿Sí?

Los ojillos desarrollaron una especie de centelleo, a la nueva luz de la habitación, indicando una vida propia. Antes, como siempre, Hunicutt hubiera podido perdonarle esto; ahora, esta noche, le encolerizó. Alzó los ojos y aún advirtió cómo desaparecía la semisonrisa.

—Profesor, escúcheme. He trabajado con usted desde hace ya casi cuatro años. De primer ayudante, y creo haber hecho una tarea decente…

—Mi brazo derecho, Jim.

—Y en todo este tiempo jamás he dicho una palabra sobre el hecho de que usted ha preferido no darme los nuevos resultados de sus estudios. No me gustó mucho, pero no hubieron quejas de ninguna especie.

—Completamente cierto. Y tú comprendiste las normas estrictas del secreto bajo el que yo conducía mi trabajo… de acuerdo con la orden más urgente del Canciller —
O'Hanion

sonrió y se tentó los dedos.

—Ni siquiera me quiso usted decir la naturaleza básica de los estudios… yo era como un robot en una línea de montaje: apretando tornillos a algo, a algo, sin saber, sin estar nunca seguro del todo, sin atreverme jamás a preguntar.

El hombrecillo inclinó la cabeza, alzó el vaso empañado por el frío líquido y se encogió de hombros discretamente.

Hunicutt bajó la voz y pronunció sus palabras con enfática precisión.

—Pero yo no era un robot, profesor. Como ser humano, comencé a hacer preguntas… oh, no, no a usted; me las hice a mí mismo.

—¿De verdad, Jim?

—Sí. Y comencé a obtener respuestas.

La sonrisa de
O'Hanion
se hizo más fina durante un momento.

—¿Qué clase de respuestas?

—Aterradoras, profesor. De la clase que lo mantienen a uno despierto por las noches.

—¿Vamos a entrar ahora en el meollo del asunto? —preguntó
O'Hanion
—. Siempre y cuando lo haya… ¿o acaso has venido para discutir conmigo de tu insomnio?

—A pesar de todo —dijo Hunicutt—, del secreto, del trabajo infinitésimo, de sus esfuerzos elaborados y complicados para mantenerme apartado… pues a pesar de todo, creo que sé lo que estamos haciendo.

—¿De veras?

—Sí y creo que nuestro trabajo ha terminado ya.

El hombrecillo estudió el rostro de Hunicutt. Se levantó de la silla y volvió al bar.

—¿Es eso todo? —preguntó.

—No. También conozco los resultados.

O'Hanion volvió a llenar los vasos, no nervioso, pero con atención. Suspiró.

—Entonces, supongo, Jim, que tendremos que hablar ahora.

De pronto y por un motivo que no entendía por completo, Hunicutt se relajó. Le dolían los músculos mientras abandonaba

toda la tensión.

—Primero, claro —continuó
O'Hanion
—, debo preguntarte qué es lo que crees que has descubierto.

—Que todas las pruebas han ventilado negativas… todas ellas. Que las muestras no sólo lo aseguran, sino que dicen específicamente el por qué.

Que ya no hay ninguna duda razonable en la cuestión.

El hombrecillo apuró su vaso.

—Completamente cierto —dijo por fin—. Completamente cierto.

Hunicutt camino hasta el órgano paso los dedos por las llaves y teclas, se fijo como los vivos colores bailoteaban en la pantalla sonora.

—No me extraña por qué se tomó tantas molestias… —soltó una risa corta al ver sus temores hechos realidad. Cerró los ojos—. Negativo.

El profesor, que estaba comenzando a parecer más viejo, extendió las manos en un gesto desesperanzado. Su voz era desapasionada.

—Una lástima que se haya perturbado tu descanso, Jim. Si hubieses aguardado unas pocas horas más todo este melodrama habría sido innecesario.

Hunicutt abrió los ojos.

—Es decir, los resultados serán hechos públicos mañana —continuó—, y eso será el fin de todo. Reconozco que son malas noticias.

—¿Intenta usted presentar este informe al Canciller?

—Pues claro.

Hunicutt se levantó bruscamente y caminó hasta el gran ventanal francés, al extremo de la habitación. Se plantó allí en silencio durante un rato. Luego se volvió.

El profesor
O'Hanion
avanzó hasta la ventana y miró curiosamente al joven delgado que tenía junto a él. Hunicutt pasaba la vista por encima de la ciudad.

—Están dormidos —dijo Hunicutt—. Todos. ¿Y sabe usted lo que hacen? Sueñan. Lo mismo que hicieron ayer y cada día y cada noche. Usted lo comprende.

La habitación, que ahora estaba a oscuras, hizo que al viejo le escocieran los ojos; sus mejillas parecían más gruesas, más pálidas.

—Mire y escúcheme —continuó Hunicutt—. La gente…

O'Hanion se volvió para encender las luces, pero Hunicutt le cogió con firmeza del brazo. Durante un tenso momento los dos hombres se quedaron mirando a las limpias y tranquilas columnatas de acero y cristal.

—Lo malo es —continuó Hunicutt—, que ya no comprendemos la ironía. Ni siquiera la apreciamos. No parezca tan imperativo y satisfecho,
O'Hanion…
hablo de usted también. Mire: aquí estamos, los grandes productos del siglo XXII, tranquilos y calientes y más cerca del Nirvana que nadie logró jamás imaginar hace tan sólo ciento cincuenta años. No hay enfermedades ahora, no hay guerras, no hay fealdad; no hay sufrimiento, ni la gente se muere de hambre a millones, profesor. Nos alimentamos en estos gloriosos días con cada forma de belleza, estamos bien alimentados… casi somos perfectos.

—Jim, admiro su concepto patriótico de las condiciones del mundo. Sin embargo…

Las palabras de Hunicutt vinieron más de prisa, más fáciles… dejó de preocuparse acerca de si sonaban a estupideces.

—Pero todavía no he llegado a la ironía en esto. Nadie… por lo menos ninguna persona realmente inteligente… pensó durante un segundo que la raza humana conseguiría jamás lo que hemos logrado. Pero… una cosa, una sola partícula de progreso, se dio por sentada por toda la gente. Le permito que trate de adivinarlo en tres veces.

—Vamos, hijo mío, no puedo comprenderte…

—¡El viaje con cohetes! No dudaron de él ni un instante… ni un instante. Aunque pensaron en términos de dentro de «otros veinte años, poco más o menos». Se imaginaron que por el año 2100 todos los planetas estarían colonizados y se habrían descubierto docena y media más de nuevos. ¡Ahora confiéselo, cualquier verdadero conocedor de la ironía encontraría esto hilarante! ¡Es la única cosa que no hemos conseguido jamás! —Hunicutt soltó una carcajada, con una voz peculiar jamás utilizada en el reír. Prosiguió—: Hasta ahora, ¿en qué se ha convertido eso? Es la única cosa que nos

mantiene vivos. ¿Se olvidó usted de la ley más básica de la naturaleza? La vida se basa en la necesidad; cuando falta la necesidad la vida no puede persistir. ¿Recuerda? ¿Qué cree usted que nos ha mantenido?

O'Hanion soltó una risita nerviosa.

—¿Puedo recordarte algo, Jim? Ocurre que somos científicos. Como tales, nuestro deber es estudiar la verdad… la verdad absoluta.

—Oh, sí, claro. Somos de esa casta especial, sin miedo, sin emociones, sin razón, trabajadores con un único propósito.

—El adecuado estudio de la ciencia es…

—¡El hombre! Esa parte es lo que está equivocada, profesor. La ciencia, en su búsqueda por su «absoluta verdad», se ha divorciado del hombre y se ha convertido en un fanático bicéfalo, ciego de ambos ojos. ¿Para qué sirve la verdad si no es en beneficio de la humanidad?

—Es demasiado tarde, hijo mío, para una discusión filosófica.

—Demasiado tarde… para muchas cosas. Usted,
O'Hanion,
fíjese: el Gran Inquisidor. Todo en una pieza, aislado. Y no se puede dar cuenta de que, en verdad, lo mismo le ha dominado… para mantenerle vivo también.

El hombrecillo jugueteó con los flecos de su batín.

—Esto son paparruchas. ¿Qué es lo que me ha conservado vivo?

—¡El Sueño! ¿Cómo se lo puedo decir?… lo haré aquí lógicamente con placas, con diapositivas iluminadas, para que su lógica científica pueda captarlo —Hunicutt sujetó el brazo del hombre mayor con fuerza—. Somos monos en un zoo,
O'Hanion.
Como los monos, tenemos la Utopía y estamos a punto de perecer por su causa. Se nos ha dado todo: deseos cumplidos, despacio, gentilmente, hasta que el mundo se ve engullido por la satisfacción. Con la excepción de unos lamentablemente pocos, el trabajo ha desaparecido para cada cual. Vegetamos. Mire… tengo un hijo pequeño. ¿No lo sabía? Se llama Donny. Es gordo, de buen color y sano. ¿Sabe usted lo que hace todo el día? Juega a hombre cohete. Va a la Lima, sube más allá del satélite y entra a las estrellas y va más allá de las estrellas. Y cuando se cansa de las estrellas, entonces

aún sigue más lejos. Nunca se detiene, nunca piensa instantáneamente en otra cosa, porque él casi tiene doscientos años más para seguir marchando. Pero es ilógico, Donny es ilógico: se le inyectó en él como una vacuna, al igual que pasó en todas las demás personas. Una vez se lo diga, creerá. Contésteme a esto… ¿qué le pasará entonces?

Hunicutt miró a
O'Hanion
con llaneza, de igual a igual; su voz sonó dura.

—¿Qué sucederá, profesor, cuando diga al mundo que debe dejar de soñar, que nunca habrán viajes hasta las estrellas? ¿Que siempre debemos crecer enraizado en nuestro jardín y que no hay escape…?

—Está poniéndose infantil —contestó
O'Hanion
—. ¿Que qué harán? Se ajustarán…

—¡Se ajustarán!

—¡Sí! Como siempre hemos hecho. Como hicimos cuando la lógica y la verdad, por último, nos obligaron a abandonar aquel otro sueño… si insiste usted en emplear la palabra. ¿Qué pasó de las advertencias de los teólogos? Sin Dios, seguramente pereceremos. Perdimos a Dios, no perecimos. Nos ajustamos y vivimos ahora mejor.

—Renunciar a la fe es más fácil que renunciar a un sueño, profesor.

—Tonterías. Simplemente explicaré que toda duda se ha disipado, que hemos explorado y reexplorado con cuidado todas las posibles avenidas. La razón de que no exista vida en ningún otro planeta, les diré, es porque es imposible que ésta exista. Por una monstruosa casualidad, sucede que la Tierra es el único planeta habitado, desde el principio del tiempo: eso es todo. Les enseñaré las pruebas… las imágenes, los documentos simplificados, las muestras. Una criatura podría comprenderlo cuando explique lo que estos minerales contienen, lo que siempre han contenido, venenos que prohíben el contacto animal o vegetal extraño a la química del cuerpo. Los hechos son irrefutables. Cuando la gente lo acepte, por último, reacondicionará su manera de pensar.

Hunicutt se encontró parpadeando ante las palabras,

sintiéndolas como fuertes golpes. Estaba ahora abrumado, no podía aportar más argumentos al objeto. Soltó el brazo de
O'Hanion.

—Lo… siento, profesor. Quizá diga tonterías. No lo sé. Sólo sé que viví yo, Jim Hunicutt, científico… por una cosa. Una cosa sólo. Y ahora se me ha arrebatado.

Hunicutt se dejó caer en una silla; no se fijó en el viejecito que continuaba en la ventana. En el rostro de
O'Hanion
había una extraña expresión.

—Simplemente nos ajustaremos —dijo con suavidad
O'Hanion.
Se volvió—. Mira, Jim… no me eches la culpa. Yo no lo hice así.

—Lo sé. Lo sé.

—Se me dio un trabajo a realizar. Lo realicé. Y ahora… —Su voz se apagó, llena de suaves sorpresas—… y ahora… todo ha terminado.

Hunicutt asintió. Echó la cabeza atrás.

—Jim, ¿quién nos va impedir volar de todos modos hasta las estrellas? Se puede cruzar el espacio, no es preciso que aterricemos…

—Somos gente lógica —contestó Hunicutt—. La inútil experiencia… no. Usted ha probado que cada cuerpo extraterrestre es imposible de abordar. Su trabajo lo hizo muy bien.

—Sí… —
O'Hanion
se plantó erguido, los ojos sombreados por el cristal.

—Así —Hunicutt señaló con la mano toda la habitación en un gesto de barrido—. Dígame esto. ¿Qué vamos a hacer de ahora en adelante? Me refiero a usted y yo… y no me diga ajustarnos. Me da asco la palabra.

—En realidad no lo he pensado.

—Su trabajo terminó. ¿Hay más problemas para la ciencia, problemas importantes, grandes? Después de que se divulgue la noticia, ¿qué hará,
O'Hanion,
con su mente aguda? ¿Comer y dormir y… qué más?

—¡Estar tranquilo!

—Noches y días —casi cantó Hunicutt—. Soñando en el frío material en que hemos estado estudiando. En Marte y Venus y en la Luna… Cada uno de ellos, cada uno de nosotros, los primeros en aterrizar, los primeros en descubrir y empezar de nuevo a construir con los materiales de los nuevos mundos. Quedarnos parados en las enormes ciudades en las arenas de Marte… pueblos naciendo en cada asteroide… ni una estrella en el cielo que no haya sido tocada por uno de los que salieron al espacio.

El profesor
O'Hanion
encendió la luz. La ventana pareció ennegrecerse.

Hunicutt soltó una carcajada.

—¿Sabe usted qué? Aún no estamos extinguidos, profesor, nosotros los científicos. No hay más problemas sin resolver… por lo tanto no hay más científicos. ¡Quizá nos «encuadernen», nos embarquen a cada uno de nosotros en naves de plástico!

Las mejillas del hombre pequeño se volvieron rojas; tenía los puños crispados.

—¿Qué quieres que haga? ¿Rehuir mi deber, desobedecer las órdenes, mentirles? Si se redimen o no… es cosa que no me importa. Mi interés estriba sólo en exponerles la verdad.

—¿Y quién habla de ellos? ¿Qué hay de usted y de mí? ¡Recuerde que también estamos en el asunto! —Hunicutt quería desesperadamente llorar.

El hombrecillo parecía patético.

—Pero ya lo sabemos.

Hunicutt notó cómo la cólera se le disipaba. Dejaba un vacío.

—Sí… se me olvidaba. Ya lo sabemos.

O'Hanion se quedó mirando por la ventana; luego comenzó a pasear, un círculo lento y cansado, que se repitió durante varios minutos. Se detuvo. Mientras estaba allí plantado, una expresión precavida, casi de malicia, apareció en su rostro.

—No está descartada la posibilidad de error en los cálculos, Jim —dijo.

Hunicutt se le enfrentó, retador. Nada dijo.

—Las pruebas Duquesne. ¿Recuerda nuestra aplicación para las pruebas? ¿Sí? Bueno, hace tiempo que he sospechado que tres pruebas han sido engañosas… ¡y todos nuestros cálculos derivan de

ellas!

Hunicutt vio cómo el hombrecillo giraba en redondo y se alejaba presuroso, abriendo de par en par las puertas. Le siguió y encontró a
O'Hanion
en el taller del laboratorio, sacando papeles de un gigantesco armario mural.

—¿No podría ser desastroso esto? —decía—. Eso creo. Gracias a usted. Oh, sé que el canciller estará furioso… pero puedo explicarle. Al final, comprenderá.

El viejo ojeó las páginas, tomó notas con un lápiz, pasó sus dedos codiciosos sobre tablas de ecuaciones.

—¿Qué es lo que comprenderá? —preguntó por último Hunicutt.

O'Hanion se volvió para mirarle, su rostro era inescrutable.

—Que nuestro trabajo se ha perdido… irrecuperablemente.

Hunicutt resistió la mirada del viejo, los ojos ahora brillantes y profundos.

—Como puede ver, por mucho que tratemos de olvidar el hecho —continuó
O'Hanion
—. Tenemos que empezar de nuevo. Desde el principio. No es posible emitir información basada en pruebas que están probadamente equivocadas.

—No, claro que no —contestó Hunicutt, enmascarando sus ojos. Ansiaba preguntar: ¿qué error? ¿Dónde reside nuestro fallo? ¿Qué hemos hecho mal? Pero no lo hizo.

—Ayúdame, Jim. Esas notas ahora son inútiles para nosotros.

Juntos recorrieron los corredores, pasaron ante los robots, entraron en el laboratorio principal. Juntos llevaron los años de pesado trabajo hasta el incinerador y alimentaron con ellos las llamas blancas… las hojas encuadernadas y sueltas, los papeles, los diagramas, los gráficos, las pruebas… todo. Pronto nada quedaría, excepto sus herramientas y las premisas para empezar de nuevo.

El profesor
O'Hanion
se volvió a Hunicutt.

—Buenas noches, hijo mío —dijo con suavidad—. Que descanses bien. Tenemos mucho trabajo por delante.

FIN

FENIX

Clark Ashton Smith

CAPÍTULO PRIMERO

Rodis e Hilar habían trepado desde sus cavernas natales hasta la cámara superior de la alta torre del observatorio.

Apretándose uno contra otro para calentarse y para amarse, permanecieron en una ventana de levante mirando hacia las colinas y valles vistos de manera imprecisa con la perenne luz estelar.

Habían venido para ver salir el sol: aquel sol que jamás vieran excepto como un globo de negrura, ocluyendo las estrellas zodiacales en su curso de horizonte a horizonte.

Así lo vieron sus antecesores durante milenios.

Por alguna monstruosidad de ley cósmica, imprevista e inexplicable para los astrónomos y físicos, el enfriamiento del sol había sido comparativamente y la tierra no sufrió la larga y completa desecación de planetas tales como Mercurio y Marte.

Ríos, lagos, mares se congelaron haciéndose sólidos y el aire en sí se congeló también, todo en términos de años históricos, más que geológicos.

Millares de millones de habitantes de la Tierra perecieron, atrapados por el hielo glacial, el hielo centígrado.

El resto, armado con todos los recursos de la ciencia, tuvo tiempo para atrincherarse contra la noche cósmica en un mundo de cavernas ramificadas, labradas por excavadores atómicos muy por debajo de la superficie.

Aquí, a la luz de globos artificiales y con el calor extraído de las profundidades aún fundidas del planeta, la vida prosiguió como lo había hecho en el mundo exterior.

Arboles, frutos, hierbas, granos, vegetales crecían en un suelo estimulado por los isótopos o en jardines hidropónicos, proporcionando comida, renovando la atmósfera respirable.

Los animales domésticos se recriaban y repoblaban; los pájaros y los insectos se arrastraban o aleteaban.

Los rayos que se consideraban necesarios para la vida y la salud, se obtenían por lámparas solares que brillaban de manera eterna en todas las cavernas.

Poco de la vieja ciencia se había perdido; pero también, por otra parte, se había avanzado muy poco.

La existencia se convirtió en conservar un fuego amenazado por la noche inexorable.

Generación tras generación una misteriosa esterilidad había disminuido el número de la raza desde millones a unos pocos miles.

Al transcurrir el tiempo, una esterilidad semejante empezó a afectar a los animales, e incluso las plantas ya no florecían con su prístina abundancia.

No había ningún biólogo que pudiese determinar la causa con certeza.

Quizás el hombre, al igual que otras formas de vida terrestre, había pasado su apogeo y había comenzado a descender colectivamente por la inevitable serenidad que se apodera del individuo.

O quizá, después de ser un habitante de la superficie a través de casi toda su evolución, era inadaptable a la vida recluida y prisionera, al aire y la luz cerrados, y moría lentamente por la privación de cosas que casi se le olvidaran.

En verdad, el mundo que antaño floreciera bajo el sol viviente era ya poco más que una leyenda, una tradición conservada en el arte, la literatura y la historia. Sus ciudades babelianas atestadas, sus fecundas colinas y llanuras, estaban cubiertas impenetrablemente por la nieve, el hielo y el aire solidificado.

Ningún hombre vivo las había contemplado, excepto desde las torres nocturnas mantenidas como observatorios.

Sin embargo, todavía las furias de los hombres se iluminaban con frecuencia por recuerdos primordiales, en los que el sol brillaba sobre las ondulantes aguas y los agitados árboles y plantas. Y sus horas de vigilia a veces se veían tocadas por una perenne nostalgia hacia la perdida tierra…

Alarmados por la perspectiva de la extinción racial, los sabios más capaces y brillantes concibieron un proyecto que en apariencia

era menos desesperado que fantástico.

El plan, si se ejecutaba, podía conducir al fracaso o incluso a la destrucción del planeta. Pero todos los pasos necesarios se habían dado ya en vistas a su puesta en práctica.

Fue de este plan del que hablaban Rodis e Hilar, de pie, abrazados, mientras aguardaban la salida del sol muerto.

—¿Y debes ir tú? —preguntó Rodis, con ojos extraviados y la voz que temblaba un poquito.

—Claro. Es un deber y un honor. Se me considera como el más avanzado de los jóvenes atomocistas. La situación actual y el cronometraje de la bomba dependen en mucho de mí.

—¿Pero… estás seguro del éxito? Hay muchos riesgos, Hilar —se estremeció la chica, apretando con más fuerza a su amante, con una fuerza convulsiva.

—No estamos seguros de nada —reconoció Hilar—. Pero, admitiendo que nuestros cálculos sean correctos, las múltiples descargas de materiales fisionables, incluyendo más de la mitad de los elementos solares, iniciaría una serie de reacciones en cadena que restaurarían al sol su antigua incandescencia. Claro, la explosión puede ser demasiado súbita y violenta, envolviendo a los planetas más próximos en la formación de una nova. Pero no creemos que esto ocurra… puesto que una explosión de tal magnitud requeriría la disrupción instantánea de todos los elementos del sol. Tal disrupción no ocurriría sin un inicio diferente para cada estructura atómica. La ciencia jamás ha sido capaz de destruir todos los elementos conocidos. De haberlo hecho, la tierra en sí indudablemente habría sufrido la destrucción en las viejas guerras atómicas.

Hilar hizo una pausa y sus ojos se dilataron, animados por un fuego visionario.

—Qué glorioso —prosiguió—, utilizar para un propósito de renovación cósmica los mortíferos proyectiles designados por nuestros antepasados sólo para estallar y destruir. Almacenados en cavernas herméticas, no se han usado desde que los hombres abandonaron la superficie de la tierra hace muchos milenios. Y tampoco se emplearon las viejas naves espaciales… Un motor interestelar jamás se perfeccionó y nuestros viajes quedaron siempre limitados a los otros mundos de nuestro sistema… ninguno de los

cuales era habitado o habitable. Puesto que el sol se enfría y oscurece, desde entonces no ha habido objeto visitar ninguno de ellos. Pero también las naves fueron almacenadas. Y las más nuevas y veloces, impulsadas con imanes antigravitatorios, han sido preparadas para nuestro viaje hacia el sol.

Rodis escuchó en silencio, con un temor que parecía haber dominado sus presentimientos, mientras Hilar continuaba hablando del proyecto tremendo en el que él, con otros seis técnicos escogidos, estaba a punto de embarcarse.

Mientras, el negro sol surgió lentamente del cielo, con la corte del irónico destellar frío de innumerables estrellas, entre las cuales ningún planeta brillaba. Salió de la cueva del Escorpión, se posó a aquella hora por encima de las colinas de levante. Era más pequeño pero más próximo que el globo Ígneo de la historia y la leyenda. En su centro, como un ojo ciclópeo, ardía un solo lugar de aterciopelado fuego rojo, que se creía señalaba la erupción de algún inmenso volcán entre el panorama inmenso de negras cenizas.

Para cualquiera que estuviese de pie en el helado valle de debajo del observatorio, le habría parecido que la iluminada ventana de la torre era un ojo amarillo que devolvía con fijeza la mirada desde la muerta tierra al ojo carmesí del muerto sol.

—Pronto —dijo Hilar—, subiréis a esta cámara… y veréis la mañana que nadie ha visto desde hace un siglo de siglos. El grueso hielo se fundirá desde los picachos y valles, corriendo en torrentes de líquidos refundidos y de océanos. El aire licuado se levantará en nubes y vapores, tocado por el esplendor del espectro de la luz. De nuevo, por toda la tierra, soplarán los vientos de los cuatro rumbos y la hierba y las flores crecerán y los árboles nacerán de pequeñas simientes. Y el hombre, que habita en cavernas cerradas y en abismos, regresará a su adecuada herencia.

—Qué maravilloso suena —murmuró Rodis—. ¿Pero… volverás a mí?

—Volveré a ti… a la luz del sol —contestó Hilar.

II

El navío espacial Phosphor yacía en una enorme caverna bajo aquella reacción que antaño fue conocida como las Montañas del Atlas. El techo de la caverna, de dos kilómetros de espesor, había sido parcialmente producido por desintegradores atómicos.

Un gran pozo circular decantado hacia arriba hasta la superficie, formando una boca en la montaña, a través de la cual las estrellas del zodiaco eran visibles, debería ser la rampa de lanzamiento. La proa del Phosphor apuntaba a las estrellas.

Ya estaba todo preparado ahora para su lanzamiento. Una gran cantidad de dignatarios y sabios, pareciendo monstruos extraños y feos en trajes y cascos empleados contra el frío espacial que invadía la caverna, estaban presentes en aquella ocasión.

Hilar y sus seis compañeros ya se hallaban a bordo del Phosphor y habían cerrado las escotillas.

Inescrutables y silenciosos tras sus cascos metaloides, los presentes aguardaban. No hubo ceremonia, no hubieron discursos o agitar de brazos en despedida; nada que indicase que el destino del mundo dependía del éxito de la misión del navío.

Como bocas de dragones de fuego, los cohetes de popa destellaron y el Phosphor, como un pájaro sin alas, salió hacia lo alto, a través del gran pozo y desapareció.

Hilar, mirando por un ventanal posterior, vio durante unos pocos momentos la ventana iluminada de aquella torre en la que había estado tan recientemente con Rodis.

La ventana era una chispa dorada que caía hacia abajo en abismos de noche devoradora… y se extinguió.

Detrás, sabía él, su bien amada estaba de pie contemplando la partida del Phosphor.

Era un símbolo, musitó… un símbolo de vida, de recuerdos… de propios soles… de todas las cosas que brillaban brevemente y caían en el olvido de la nada.

Pero tales pensamientos, notó, deberían desecharse. Eran indignos de aquél en quien sus compañeros confiaban que fuese un creador de la luz, un Prometeo que reavivara el sol muerto y reiluminara el mundo a oscuras.

No hubieron días, sólo horas de eterna luz estelar, para medir el tiempo en el que marchaban hacia el exterior a través del vacío.

Los cohetes utilizados para la propulsión inicial ya no flameaban en popa y el navío huía en la oscuridad, a excepción de los ojos brillantes de sus ventanales, atraído ahora por la poderosa tensión gravitacional del sol ciego.

Vuelos de prueba habían sido innecesarios para el Phosphor. Toda su maquinaria estaba en perfectas condiciones y la mecánica entrañada era simple y fácilmente pudo ser dominada.

Ninguno de sus tripulantes estuvo antes en el espacio extraterrestre; pero estaban todos bien adiestrados en astronomía, en matemáticas y en diversas técnicas esenciales a un viaje entre los mundos.

Había dos navegantes; un ingeniero de cohetes y dos ingenieros que harían funcionar los generadores de energía, cargados con un magnetismo negativo inverso al de la gravedad, con el que esperaban acercarse, circunnavegar y eventualmente partir sanos y salvos desde un globo enormemente más pesado que los nueve planetas del sistema unido.

Hilar y su ayudante, Han Joas, completaban el personal. Su única tarea era el cronometraje, el aterrizar y la distribución de las bombas.

Todos eran descendientes de una raza mixta de latinos, semitas, hamitas y negroides: una raza que vivió antes del enfriamiento del sol, en países al sur del Mediterráneo, en donde los antiguos desiertos se hicieron fértiles por enormes sistemas de irrigación de lagos y canales.

Esta mezcla, después de muchos siglos de vida en cavernas, habían producido un tipo característico y esbelto, de perfecta complexión de tamaño medio y quizá breve y de cutis aceituna. Los rasgos a menudo tenían la blandura negroide; la física general

marcaba una tendencia delicada hacia el ocaso y la decadencia.

Hasta una sorprendente extensión, en vista de las vastas eras intermediarias de cambio histórico y geográfico, este pueblo había conservado muchas tradiciones preatómicas, incluso algunas de las viejas culturas clásicas mediterráneas.

Su lenguaje tenía claros rastros de latín, griego, español y árabe.

Restos de otros pueblos, aquellos del Asia subecuatorial y de América, que sobrevivieron a la radiación universal enterrándose bajo la superficie. La comunicación por radio se mantuvo con todas aquellas gentes hasta que, en tiempos bastantes recientes, cesó.

Se creía que habían muerto, o retrocedido al salvajismo, perdiendo la civilización qué una vez alcanzaron.

Hora tras hora, aun en el intervalo sólo para dormir y comer, el Phosphor marchó raudo hacia adelante, cruzando el monótono y negro vacío.

Pero Hilar, le parecía a veces que volaban meramente a través de una caverna más vasta y oscura, cuyas remotas paredes estaban salpicadas por estrellas como si fuesen globos radiantes.

Había creído sentir el vértigo abrumador del espacio sin direcciones ni límites. En su lugar, existía allí una sensación fantasmal de circunscripción por el ambiente de noche y vacío, junto con un sentido de repetición cíclica, como si todo lo que estaba sucediendo hubiese ocurrido muchas veces antes y debiera de ocurrir a menudo a través de un infinito futuro.

¿Habían ido él y sus compañeros en ciclos anteriores a reiluminar antiguos y parecidos soles? ¿Tendrían que seguir haciéndolo de nuevo, para reanimar soles que llamearían y morirían en algún universo posterior? ¿Habría habido, tendría que haber siempre, una Rodis que aguardara su regreso?

De estos pensamientos habló únicamente a Han Joas, con quien compartía algo de su misticismo innato y su tendencia a la especulación cósmica. Pero la mayor parte del tiempo ambos hablaban de los misterios del átomo y de sus poderes tifónicos y discutían los problemas con que dentro de poco tendrían que enfrentarse.

El navío transportaba varios centenares de bombas disruptoras, muchas de un potencial jamás probado: la herencia desusada de guerras antiguas que dejó cicatrices terribles y áreas de

radiactividad letal, algunas de millares de kilómetros más de extensión, para que los glaciares planetarios las cubrieron.

Había bombas de hierro, calcio, sodio, helio, hidrógeno, azufre, potasio, magnesio, cobre, cromo, estroncio, bario, zinc: elementos que todos habían sido antiguamente revelados en el espectro solar.

Incluso en la cumbre de su locura, las naciones guerreras prudentemente se contuvieron para no emplear más que unas pocas bombas letales en cada ocasión.

A veces se iniciaron reacciones en cadena; pero, por fortuna, lograron dominarse.

Hilar y Han Joas confiaban en destruir las bombas a intervalos por toda la superficie solar, preferiblemente en grandes depósitos de los mismos elementos como aquellos de los que estaban compuestas.

El navío iba equipado con aparatos de radar por el que los diversos elementos se podían detectar y localizar.

Las bombas serían ajustadas para estallar con la máxima simultaneidad posible.

Si todo iban bien, el Phosphor habría cumplido su misión y viajaría la mayor parte de la distancia de regreso a la Tierra, antes de que ocurriesen las explosiones.

Había conjeturado que el interior del sol se componía de magma todavía fundido, cubierto por una corteza relativamente fina: un agitado flujo de materia que se manifestaba a sí misma en actividades volcánicas.

Sólo uno de los volcanes era visible desde la tierra al ojo desnudo; pero muchos más se revelaron con el estudio telescópico.

Ahora, mientras el Phosphor se acercaba a su destino, estos otros flameaban en el enorme globo de giros lentos que había oscurecido una cuarta parte de la eclíptica y había tapado a Libra, Escorpio y Sagitario, impidiendo que se les viese.

Durante largo rato pareció colgar por encima de los viajeros. Ahora, de pronto, como por causa de algún hecho prodigioso, quedaba debajo de ellos: un disco monstruoso e impresionante de ébano, salpicado de ciegos cráteres, con venas y rodales de desconocidos y pálidos elementos radiactivos.

Era como el dormir de algún gigante microcósmico en la noche, que se había atrincherado en un abismo entre los mundos.

El Phosphor se lanzó hacia él como una astilla de acero impulsada por algún ansia tremenda.

Cada miembro de la tripulación había sido adiestrado de antemano para el papel que iba a representar, y todo cronometrado con la máxima precisión.

Sybal y Samac, los ingenieros de los imanes antigravitatorios, comenzaron a manipular interruptores que harían crecer la resistencia a la atracción solar.

Los generadores, del tamaño y la altura de tres hombres, con bobinas de inducción que sugerían algún Laoconte colosal, podían extraer del espacio cósmico una fuerza negativa capaz de contrarrestar muchas gravedades terrestres.

En épocas pasadas desafiaron fácilmente la atracción de Júpiter y el navío había costeado tan próximo al sol destellante como sus sistemas de aislamiento antiradiación se lo permitían con seguridad.

Por tanto parecía razonable esperar que los viajeros pudiesen cumplir con su propósito de acercarse mucho al desconocido globo, de circundarlo y de alejarse cuando todas las cargas destructoras hubiesen sido sembradas.

Una torpe vibración Subsónica, sentida mejor que oída, comenzó a emanar de los imanes.

Sacudió al navío, hizo que los tejidos de los viajeros les dolieran.

De manera intensa, con ansiedad no traicionada por sus rostros impasibles, contemplaron la lenta y gradual disposición de la energía mostrada por enormes barómetros en los que agujas gigantes se deslizaban como manecillas de reloj, registrando las gravedades inversas una tras otras, hasta que una tensión equivalente a la de quince Tierras quedó neutralizada.

La zarpa de la gravitación solar, atrayéndoles con una velocidad semejante a la de los, proyectiles, aplastándoles a sus asientos con implacable aumento del peso, se aflojó.

Las agujas siguieron avanzando… ahora más despacio… hasta dieciséis… diecisiete… y se detuvieron.

La caída del Phosphor quedó retarda, pero no detenida. Y los interruptores y palancas habían llegado al máximo de su capacidad.

Sybal habló, en respuesta a las preguntas no formuladas de sus compañeros.

—Algo va mal. Quizá las bobinas han sufrido algún deterioro

imprevisto, en las aleaciones de fundición extraña y compleja que se utilizaron. Quizás alguno de los elementos fuese inestable… o había desarrollado tal inestabilidad a través de las épocas. O quizás exista alguna fuerza desconocida que se interfiere, nacida desde la decadencia del sol. De cualquier forma, es imposible obtener más energía para que lleguemos a las veintisiete antigravedades que requeriremos cerca de la superficie solar.

Samac añadió:

—Los cohetes aceleративos incrementarán nuestra resistencia hasta diecinueve antigravedades. Aún faltará mucho, incluso en nuestra actual distancia, para cubrir las necesidades.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Hilar, volviéndose a los navegantes, Calaf y Caramod.

Estos dos conferenciaron y calcularon.

—Utilizando los cohetes desaceleративos, pasarán dos horas antes de que lleguemos al sol —anunció por último Calaf.

Como si este anuncio hubiese sido una orden, Eibano, el ingeniero de cohetes, rápidamente afinó las palancas que disparaban hasta plena potencia los cohetes inversores instalados en el morro y los lados del Phosphor.

Hubo una desaceleración ligeramente más marcada en su descenso, un mayor aligeramiento del peso oneroso que los oprimía.

Pero el Phosphor seguía cayendo irremisiblemente hacia el sol.

Hilar y Han Joas intercambiaron una mirada de comprensión y de acuerdo.

Se levantaron decididamente de sus asientos y avanzaron con pesadez hacia el almacén, que ocupaba casi toda la mitad del interior del navío, en donde centenares de bombas irruptoras estaban apiladas.

Fue innecesario que anunciasen su propósito y nadie habló, ni para aprobar ni para rechazar.

Hilar abrió la puerta del almacén y él y Han Joas se detuvieron en el umbral, mirando atrás.

Vieron por última vez las caras de sus compañeros de viaje, no expresando más emoción que la resignación, destinados, como era verdad, a una destrucción inminente.

Entraron en la sala, cerrando la puerta tras ellos.

Se pusieron a trabajar metódicamente, avanzando espalda con

espalda a lo largo del estrecho pasillo ante las filas de las inmensas bombas ovoides en estricto orden, según sus elementos respectivos.

A causa de los diversos diales coordinados y de los interruptores concernientes, era cuestión de minutos preparar para su explosión una sola de las bombas.

Por tanto, Hilar y Han Joas, con tiempo a su disposición, pudieron hacer poco más que ajustar el momento adecuado del mecanismo detonador de una bomba de cada elemento.

Un gran cronómetro, tictaqueando en el extremo opuesto del almacén les permitió cumplir esta tarea con precisión.

Así las bombas fueron ajustadas para estallar simultáneamente, detonando a las demás mediante la reacción en cadena, en el momento en que el Phosphor tocase la superficie del sol.

La atracción polar, aumentando mientras el Phosphor caía hacia su perdición, había hecho ahora que sus movimientos fuesen lentos y difíciles.

Temían que lograse inmovilizarles antes de acabar de preparar una segunda serie de bombas para su detonación.

De manera laboriosa, bajo la carga de un peso ya insoportable, avanzaron hasta los asientos que se enfrentaban al reflector en el que se veía el imagen del cosmos externo.

Era una escena estupenda y terrible por lo impresionante la que contemplaron. El globo del sol había crecido de manera enorme, llenando todos los cielos.

Semivisto, un panorama sin horizonte, imprecisamente iluminado por los fulgores carmesí lejanos de los volcanes, por zonas azuladas y por retazos de minerales extrañamente radiactivos, se extendía por debajo de ellos de manera abismal, revelando montañas que habrían hecho que el Himalaya pareciese una ondulación, mostrando abismos que podían haberse tragado a asteroides y planetas.

En el centro de este panorama ciclópeo ardía el gran volcán al que llamaron Efesto los astrónomos. Era el mismo volcán que Hilar y Rodis contemplaron desde la ventana del observatorio. Lenguas de llamas de centenares de kilómetros de longitud se alzaban y lamían el espacio desde el cráter que parecía la boca de algún infierno ultramundano.

Hilar y Han Joas ya no oían el cronométrico tictaquear

portentoso y no tenían ojos para vigilar sus ominosas manos. Tal vigilancia era ya innecesaria: no había nada más que hacer y nada en absoluto ante ellos excepto la eternidad. Efectuaron su ascenso por el crecimiento de la imprecisa llanura solar, por recobrar vida en imagen de las dos montañas, por el profundizarse de los nuevos abismos y golfos en el globo que ahora había perdido toda semejanza con una esfera.

Resultaba evidente que el Phosphor caería de manera directa en las llamas de aquel cráter amenazador de Efesto. Más y más rápido descendió, las cadenas de la gravedad se hicieron mucho más pesadas, de tal modo ni siquiera los gigantes hipotéticos del Olimpo pudieron haberlas roto…

En el último instante, el reflector por el que Hilar y Han loas miraban se llenó por entero de los fuegos volcánicos que envolvían al Phosphor.

Luego, sin ojos u oídos para captar, formaron parte de la pira en la que el sol, como un Fénix estaba renaciendo.

III

Rodis, ascendiendo en la torre, tras un periodo de inquieto sueño y de pesadillas molestas, vio desde su ventana el nacimiento del globo reformado.

La dejó turbada, aunque su gloria estaba semidisminuida por las brumas irisadas que salían de las cumbres heladas de las montañas. Contempló una visión llena de maravilla y portento. Finos hilos de agua que descendía desde las alturas habían comenzado a perforar la armadura glacial en las laderas y escarpaduras; y, más tarde, se convertirían en cataratas, desnudando el enterrado suelo y las rocas. Los vapores que parecían fluir y fluctuar bajo vientos renacientes, subieron hacia el sol desde lagos de aire congelado en el valle inferior. Era una visible reanudación de la vida elemental y de la actividad largo tiempo suspendida en la noche invernal. Incluso aún con las paredes aislantes de la torre; Rodis notó aquel calor solar que más tarde despertaría las semillas y las esporas de las plantas que yacieron durmiendo durante muchos ciclos.

Su corazón estaba agitado por la maravilla del espectáculo. Pero debajo de esta maravilla había un gran torpor y una tristeza como hielo incapaz de fundirse. Sabía que Hilar jamás regresaría a su lado… a no ser como un rayo de luz, una chispa de calor vital, que él había ayudado a reencender. Porque había una ironía más dura que el consuelo en la memoria de su promesa, aquella vez que dijo:

—Volveré a ti… con la luz del sol.

FIN

NO HAY MAÑANA DESPUÉS

Arthur C. Clarke

—¡Pero esto es terrible! —dijo el científico supremo—. ¡Seguramente que algo podemos hacer!

—Sí. Vuestro Conocimiento, pero será en extremo difícil. El planeta se encuentra a algo más de quinientos años luz de distancia y es muy difícil mantener contacto. Sin embargo, creo que podremos establecer una cabeza de puente. Por desgracia, no es ese sólo el único problema. Hasta ahora, hemos sido del todo incapaces de comunicarnos con esos seres. Sus poderes telepáticos son sorprendentemente rudimentarios… quizá ni siquiera existen. Y si no podemos hablar con ellos, no hay modo en que les podamos prestar ayuda.

Hubo un largo silencio mental mientras el Científico Supremo analizaba la situación y llegaba, como siempre, a la respuesta correcta.

—Cualquier raza inteligente debe tener algunos individuos telépatas —murmuró—. Tenemos que enviar centenares de observadores, sintonizados para captar la primera muestra de un pensamiento extraviado. Cuando se encuentre una sola mente responsable, concentrar todos los esfuerzos en ella. Debemos trasmitir nuestro mensaje.

—Muy bien, Vuestro Conocimiento. Se hará.

A través del abismo, a través del golfo que a la vez necesitaban medio millar de años para cruzar, las inteligencias investigadoras del planeta Thaar enviaron sus tentáculos de pensamiento, buscando a la desesperada un sólo ser humano cuya mente pudiese percibir su presencia. Y, como lo quiso la suerte, encontraron a William Cross.

Por lo menos, pensaron en aquel momento que era suerte, aunque más tarde ya no estuvieran tan seguros. De cualquier forma, no les quedaba más remedio, apenas tenían elección.

La combinación y circunstancias que abría hacia ellos la mente de Bill duró sólo segundos y no es probable que vuelva a ocurrir en este lado de la eternidad.

Hubieron tres ingredientes en el milagro: es difícil decir cuál era más importante.

El primero fue la posición de occidente. Un frasco de agua, cuando el sol cae sobre él, puede actuar como una tosca lente, concentrando los rayos en una zona pequeña. En una escala inconmensurablemente mayor, el denso núcleo de la Tierra estaba convergiendo las ondas que venían de Thaar. De manera corriente, la radiaciones del pensamiento no son afectadas por la materia… pasan a través sin esfuerzo como la luz lo hace al cruzar el cristal. Pero hay algo más que materia en un planeta y toda la Tierra actuaba como una gigantesca lente. Resultó que portaba a Bill hacia su foco en donde los débiles impulsos mentales de Thaar se concentraban en un centenar de pliegues.

No obstante, millones de otros hombres estaban igualmente bien situados: y no recibieron mensaje alguno. Pero es que no eran ingenieros de cohetes: no se habían pasado años pensando y soñando en el espacio hasta que formase parte de su mismísimo ser.

Y no eran, a diferencia de Bill, ciegos borrachos, imaginando en el último umbral de la consciencia, tratando de escapar de la realidad para entrar en un mundo de sueños, en donde no habían desencantos ni desilusiones.

Claro, comprendió el punto de vista del Ejército.

—Se le paga, doctor Cross —había destacado el general Potter, con énfasis innecesario—, para diseñar proyectiles dirigidos, no… ejem… naves espaciales. Lo que haga usted en su tiempo libre no nos interesa, pero tengo que pedirle que no autorice las facilidades de este establecimiento en beneficio de sus aficiones. De ahora en adelante, todos los proyectos para la sección de computadores tendrán que llevar mi visto bueno. Eso es todo.

No podían despedirle, claro: era demasiado importante. Pero no estaba seguro de querer permanecer allí. No estaba en realidad seguro de nada excepto de que el trabajo le desagradaba y que

Brenda finalmente se había ido con Johnny Gardner… colocando los acontecimientos según su importancia.

Ligeramente agitado, Bill colocó la barbilla en las palmas de sus manos y miró la blanca pared de ladrillo enlucido que quedaba al otro lado de la mesa. El único intento de ornamentación era un calendario de Lockheed y un estupendo modelo de reactor mostrando a un *Abnei Mark I*
L'il
en el momento de su despegue. Bill miró distraído a un lugar entre las dos imágenes y vació su mente de pensamientos. Las barreras cayeron…

En aquel momento los intelectos agrupados del Thaar lanzaron un mudo grito de aliento y la pared de delante de Bill lentamente se disolvió en un torbellino de nieblas. Parecía estar mirando a un túnel que se extendía hasta el infinito. En realidad, eso pasaba.

Bill estudió el fenómeno con suave interés. Ciertamente resultaba una novedad, pero no alcanzaba la categoría normal de las anteriores alucinaciones. Y cuando la voz comenzó a hablarle en la mente, la dejó que sonara durante algún tiempo antes de intervenir o hacer algo. Incluso cuando estaba borracho, tenía los antiguos prejuicios contra empezar conversaciones consigo mismo.

—Bill —comenzó la voz—. Escucha con atención. Nos cuesta mucho ponernos en contacto contigo y esto es en extremo importante.

Bill dudaba de aquello basándose en principios generales. Nada tenía importancia ya.

—Te hablamos desde un planeta muy lejano —continuó la voz en un tono de apremiante amistad—. Eres el único ser humano con quien pudimos establecer contacto, así que debes comprender lo que te estamos diciendo.

Bill se sintió tenuemente preocupado, aunque de una manera impersonal, puesto que resultaba ahora difícil enfocar su atención en sus propios problemas. ¿Era muy grave, se preguntó, cuando se empezaba a oír voces? Bueno, lo mejor sería no excitarse. Se acepta o se deja, doctor Cross, se dijo a sí mismo. Aceptémoslo hasta que se convierta en un estorbo.

—Está bien —respondió con indiferencia aburrida—. Adelante, ya podéis hablarme. No me importa mientras sea interesante.

Hubo una pausa. Luego la voz prosiguió, de un modo ligeramente preocupado.

—No entendemos del todo. Nuestro mensaje no es sólo meramente interesante. Es vital para vuestra raza entera y debes advertir a tu Gobierno en seguida.

—Espera —dijo Bill—. Eso ayuda a pasar el tiempo.

A quinientos años luz de distancia, los de Thaar conferenciaron presurosos entre sí. Algo parecía ir mal, ser equívoco, pero no lograron decidir precisamente lo que era. No había duda de que habían establecido contacto, sin embargo, ésta no era la clase de reacción que se habían esperado. Bueno sólo podían proceder y confiar en que diese los mejores resultados.

—Escucha, Bill —continuaron—. Nuestros científicos acaban de descubrir que vuestro sol está a punto de explotar. Ocurrirá dentro de tres días… setenta y cuatro horas, para ser exactos. Nada lo puede impedir. Pero es preciso que no os alarméis. Podemos salvaros, si hacéis lo que os digamos.

—Sigue —dijo Bill. Esta alucinación era ingeniosa.

—Podemos crear lo que llamamos un puente… es una especie de túnel a través del espacio, como el que estás ahora mirando. La teoría resulta demasiado complicada para explicártela, incluso para explicársela a uno de vuestros matemáticos.

—¡Aguardad un momento! —protestó Bill—. Soy matemático y bastante bueno; incluso cuando estoy sereno. He leído todo acerca de esta clase de cosas en las revistas de fantasía científica. Presumo que estáis hablando de algún especie de atajo a través de la dimensión mayor del espacio. Eso es cosa vieja… pre-Einstein.

Una sensación de clara sorpresa se vertió dentro de la mente de Bill.

—No teníamos idea de que estuvieseis tan avanzados científicamente —dijeron los de Thaar—. Pero no tenemos tiempo de hablar acerca de esa teoría. Lo que importa es que… si has de entrar en la abertura que tienes delante, te encontrarás instantáneamente en otro planeta. Es un atajo, como dijiste… en este caso, a través de la dimensión 37.

—¿Y conduce a vuestro mundo?

—Oh, no… no podríais vivir aquí. Pero hay muchos planetas como la Tierra en el universo, y hemos encontrado uno que os

convendrá. Estableceremos cabezas de puente como ésta por toda la Tierra, para que vuestra gente sólo tenga que caminar a través de ellas y salvarse. Claro, necesitarán empezar a reconstruir de nuevo la civilización cuando lleguen a sus nuevos hogares, pero esta es la única esperanza. Tienes que hacer circular este mensaje e instruirles acerca de lo que deben hacer.

—Ya me los imagino escuchándome —dijo Bill—. ¿Por qué no vais y habláis con el presidente?

—Porque el tuyo era el único cerebro con el que pudimos establecer contacto. Los demás parecían cerrados a nosotros: no comprendemos por qué.

—Podría decíroslo —contestó Bill, mirando a la botella casi vacía que tenía delante. Ciertamente estaba pasándolo a lo grande, el dinero que se gastó en ella quedaba bien empleado. ¡Qué cosa más notable era el cerebro humano! Claro, no había nada original en este diálogo: era fácil ver de dónde venían las ideas. La semana pasada estuvo leyendo una historia sobre el fin del mundo y todo esto de pensar en puentes y túneles por el espacio resultaba una evidente compensación para quien hubiese pasado cinco años luchando con recalcitrantes cohetes.

—Si el sol estalla —preguntó Bill bruscamente, tratando de pillar desprevenidas a sus alucinaciones—, ¿qué pasaría?

—Oh, vuestro planeta se fundiría al instante. Todos los planetas, de hecho, hasta Júpiter.

Bill tuvo que reconocer que era toda una grandiosa concepción. Dejó que su mente jugase con el pensamiento y cuando más lo consideraba, más le gustaba.

—Mi querida alucinación —observó con tono compasivo—. Si te creyese, ¿sabes lo que diría?

—¡Pero debes creernos! —fue el grito desesperado a través de los años luz.

Bill lo ignoró. Seguía acalorándose con su tema.

—Te diré esto. Sería lo mejor que podría ocurrir, posiblemente. Sí, acabaría con una gran cantidad de miseria. Nadie tendría que preocuparse por los rusos, por las bombas atómicas y por el alto coste de la vida. ¡Oh, sería maravilloso! Es precisamente lo que cada cual quiere en realidad. Es estupendo tratar todo esto y venir a decírnoslo, pero regresad a vuestra casa y retirar el puente para que

os sirva en cualquier otra ocasión.

En Thaar reinó la consternación. El cerebro del Científico Supremo, flotando como una gran masa de coral en su tanque de solución nutritiva, se volvió ligeramente amarillo en sus bordes… algo que no había hecho desde la invasión Xantil, cinco mil años atrás. Por lo menos quince psicólogos tuvieron crisis nerviosas y jamás volvieron a ser los mismos. El computador principal en el Colegio de Cosmofísica empezó a dividir cada número de sus circuito de memoria por cero y al poco se fundieron todos los fusibles.

Y en la Tierra, Bill Cross seguía con la suya.

—Miradme —dijo, un vacilante dedo señalando a su pecho—. He pasado años tratando de hacer cohetes para que sirvan de algo útil, y me dicen que sólo se me permite construir proyectiles dirigidos, para que todos podamos hacernos estallar mutuamente. El sol hará un trabajo mucho más limpio y si nos fuéramos a otro planeta sólo empezaríamos de nuevo esa maldita lucha.

Hizo una pausa triste, recapacitando en sus lúgubres pensamientos.

—Y ahora Brenda se va a una ciudad sin dejarme ni siquiera una nota. Así que perdonad mi falta de entusiasmo por vuestro acto de buena vecindad.

No pudo haber dicho «entusiasmo» en voz alta, comprendió Bill. Pero sí le era posible pensarlo, lo que resultaba un interesantes descubrimiento científico. Mientras se emborrachaba más y más, ¿acaso su meditación iría decayendo… uf, por poco se le enreda la lengua en esa palabra… hasta reducirse a palabras monosílabas?

En un esfuerzo final desesperado, desde Thaar enviaron sus pensamientos a lo largo del túnel entre las estrellas.

—¡No puede decirlo de verdad, Bill! ¡Todos son seres humanos como usted!

Eso sí que era una pregunta interesante en el campo de la filosofía. Bill la consideró con cuidado… con tanto cuidado como podía en vista del resplandor cálido y rosado que ahora comenzaba a envolverle. Después de todo, las cosas podrían ser peores. Le sería fácil conseguir otro trabajo, aunque fuese por el placer de decirle al general Potter lo que podía hacer con BUS tres estrellas. Y en cuanto a Brenda… bueno, las mujeres eran como tranvías: si esperas en la

parada no tardará en pasar otro.

Después de todo, había una segunda botella de *whiskey* en el archivador de «Alto Secreto». ¡Oh, qué día más horrible! Se levantó inseguro y caminó dando tumbos por la habitación.

Por última vez, Thaar habló a Tierra.

—¡Bill! —repitió desesperado—. ¡Seguro que todos los seres humanos no son como usted!

Bill se volvió y miró al atorbellinado túnel. Cosa extraña… parecía iluminado con fulgores de luz estelar y en realidad era bastante bonito. Se sentía orgulloso de sí mismo: no muchas personas podrían imaginar aquello.

—¿Como yo? —dijo—. No, no lo son —sonrió malicioso a través de los años luz mientras la creciente marea de euforia le sacaba de su indiferencia—. Pensándolo bien —añadió—, hay muchas personas peores que yo. Sí, creo que, después de todo, debo ser uno de los afortunados.

Parpadeó con un tono de sorpresa, porque el túnel de pronto desapareció, desplomándose sobre sí mismo y la pared blanca estuvo otra vez allí, exactamente como lo estuviera antes. Thaar sabía estaba vencido.

—Estupendas estas alucinaciones —pensó Bill—. De todas maneras, ya empezaba a cansarme. Ya veremos cuál será la siguiente.

Sucedió que no hubo una siguiente, porque cinco segundos más tarde se quedó sin sentido, mientras estaba tratando de abrir el archivador secreto.

Los siguientes días fueron bastante vagos y se olvidó por completo de la entrevista.

En el tercer día algo parecía requemarle en el fondo de la mente: pudo haber recordado si Brenda hubiese vuelto junto a él y le entretuviera haciendo que la perdonase.

Y, claro, no hubo cuarto día.

FIN

ESTERILIZADO

Arthur Jean Cox

CAPÍTULO PRIMERO

Era una mañana brillante. El aire aparecía claro y chispeante mientras el transparente arroyo en el que Bramble Train se refrescaba, murmullaba sus cantarines sones sempiternos.

Aquí, en este escenario apacible, tan idílico como cualquiera en la Tierra, los días terribles que acababa de pasar parecían ahora a Train no ser más sustanciales que estos vagos sueños matutinos. Casi pensó en aquellos días… pero se encogió de hombros y apartó a un lado este pensamiento. Pertenecían a un frío pasado. Era el mundo a su alrededor lo que resultaba cálido, real y sólido.

Pero una mirada inadvertida de reojo destruyó todo aquello.

Formó copa con sus manos temblorosas. El agua que contenían se filtró por entre sus dedos, fundiéndose con el arroyo móvil y desapareciendo para siempre. Fue en aquella imagen casual cuando vio como su vida se escapaba con tanta facilidad de su persona.

Se levantó, se puso erguido. Era un movimiento tan natural y sin esfuerzo que pudo haber sido algo inconsciente y, no obstante, él estaba tan vivo y se daba cuenta de lo que le ocurría como un nervio al descubierto a quien rozara el aire frío. Volvió a mirar de reojo tras de sí y hacia lo alto, siguiendo los contornos de la alta orilla que formaba una pared del pequeño cañón a través del cual fluía el arroyo. No había nadie a la vista.

Satisfecho se relajó durante un momento y se arregló las partes carnosas de su antebrazo entre codos y hombros. Estaban moteados por diminutos rodales. Los lavó con agua y los frotó con una toalla, pero las marcas seguían allí. Significaban que había comenzado el primer día de la temida Enfermedad de la Novena.

Se manifestó en el espacio. Train había sido uno de los cincuenta y tres pasajeros y tripulantes del navío estelar La Esperanza del

Hombre en ruta a Casseire. Se necesitaron ocho días para que la Plaga Novena destruyese a la mayor cantidad de pasajeros y tripulación del navío. Cuando se reconoció la plaga y quedó descubierto que, por causa de un error insignificante de un empleado, el suero para dominarla no estaba incluido entre los productos médicos del navío, se inició un medio cruel y desesperado para combatirla: cualquiera en donde aparecieran signos de enfermedad sería instantáneamente asesinado.

Este método siempre directo no llegó después de una deliberación cuidadosa, sino que se inició de manera instantánea por un hombre opresivamente dominador llamado Paul Scabber Browne. Se refirió a él como «un método quirúrgico para enfrentarse con esta maligna pestilencia, una penosa pero necesaria amputación de los miembros enfermos del cuerpo de los pasajeros». El principal cirujano era en la vida real un carnicero. Se dirigía a Casseire, acompañado de su hijo para restablecer su declinante clínica terrestre en un mundo fronterizo. Tuvo la inteligencia de disfrazar la presencia de la enfermedad en sí mismo… manchando sus brazos con un aceite claro del mismo tono que las motitas o rodales… pero esto no pasó desapercibido a los perspicaces ojos de su hijo Mark, que de inmediato destrozó la cabeza de su padre con un proyectil explosivo.

El operador de radio contrajo la enfermedad e histéricamente se encerró en la sala de máquinas. En apariencia, destruyó maquinaria vital. Los aparatos de emergencia entraron en funciones mientras el navío descendía automáticamente para posarse en este planeta. Aquí permanecería para siempre. Ninguno de los cinco supervivientes sabía cómo reparar los motores… aun cuando hubiese podido llegar a la sala de máquinas. La radio también era inútil. La posibilidad de que alguna vez le encontrasen era infinitesimalmente pequeña.

Train miró a su alrededor, a la cálida tierra y al brillante cielo. Un suave viento le acariciaba y tomó varias bocanadas de dulce aire. Se sentía vivo. Era una sensación tan fuerte, tan positiva, que era casi un movimiento. Deseaba permanecer vivo. Le parecía que podría vencer la enfermedad y, todos los obstáculos simplemente a fuerza de voluntad y de propósito.

En el agua vio la imagen de sí mismo: joven, con pelo castaño y

piel del mismo color, delgado pero fuerte, exhibiendo en su apariencia una mezcla curiosa de colegial y aventurero. De cualquier forma, esta vista externa de sí mismo le serenó; recordaba que uno de los efectos de la enfermedad era una expansión del espíritu.

Se colocó la camisa por encima de un hombro, la toalla por el otro. De este modo, y actuando descaradamente, escondería las motitas. De nada le serviría colocarse la camisa, porque le habían sido cortadas las mangas para que proporcionase una visión sin obstáculos de los antebrazos. De ese modo, cada persona enferma del navío se aseguraba de que los demás no tenían tal enfermedad.

Había un factor a su favor: todo el mundo pensaba que la enfermedad había desaparecido ya; habían transcurrido más de dos semanas desde que alguien la tuviese. Sin embargo, sería prudente mostrarse precavido.

Ascendió por la ribera, subiendo hasta la cumbre, aferrándose a los mechones de hierba que crecían por los lados. De nuevo se sintió sorprendido por su fuerza y agilidad, su sentido de bienestar. Saltó con facilidad por encima del borde de la orilla, camino hacia el gran navío que era como una vivienda hundida en el duro suelo del planeta; una vivienda hundida por su gran peso.

A unos tres metros a la izquierda de la escotilla, Mark Browne y la mujer, Dorothea Hardt, estaban sentados en la hierba, hablando muy serios. Él era un hombre achaparrado y solícito; ella, alta y delgada. Probablemente renovaban su amistad, que quedó suspendida durante los días de la epidemia. Browne tenía el rifle atravesado encima de sus rodillas. El viejo senil llamado Eric aparecía vagando en la parte posterior del navío. Víctor, el otro viejo, no aparecía por ninguna parte; probablemente estaría indiferente.

Una vez dentro, buscó con precaución a Víctor. Antes de comenzar nada sería mejor asegurarse que habían pocas posibilidades de que le sorprendieran. Encontró al viejo durmiendo en su cuarto. En silencio, Train cerró la puerta y fue a su cabina. Allí inició sus preparativos para su viaje a la espesura, al terreno salvaje.

Seleccionó unas cuantas ropas recias para llevar, recorriendo las otras cabinas para ello. Se metió un revólver en la americana y

enrolló un rifle dentro de su petate, junto con municiones. Entró en los almacenes del navío en busca de comida en conserva. Tomó la quinta parte de las limitadas existencias de medicinas que podían serle útiles.

La siguiente etapa de su plan requería sólo espera. Colocó una silla cerca de la puerta y se sentó, el revólver al alcance por si acaso alguno de los demás venía a visitarle. Tenía tiempo para reflexionar.

Abandonaba la única sociedad de hombres que podría existir jamás para él. Iba a adentrarse en una tierra extraña, enfermo y mal equipado. Pero no tenía elección si deseaba sobrevivir la breve semana y los dos días que se le permitirían. No podía pedir ayuda a los otros. Le matarían —«le ejecutarían»— instantáneamente si llegaba incluso a sospechar que había contraído la epidemia. Aún estaban desesperadamente temerosos de aquel mal.

Más aun… no podían cambiar el método de enfrentarse ahora con la enfermedad. Su conciencia colectiva reconocería eso como una admisión de que siempre fue equívoco matar a los que enfermaban. Esa admisión abriría las compuertas detrás de las que quedaba acumulada la masa de culpa de semanas de asesinatos. Eso era algo con lo que no podían enfrentarse.

Pensó en la gente que abandonaba: en el sombrío Mark, que deseaba poseer a todas las cosas y hombres; Eric, que había planeado cultivar un jardín; Víctor, que insistía en que se le llamase «capitán», puesto que era el único miembro vivo de la tripulación… y antes fue camarero; Dorothea Hardt, irritable y quebradiza, pero la única mujer que pudo existir para él mismo o para cualquiera de ellos. Se agitó en la silla. Al pensar en ella sintió una torpe inquietud… ¿pero qué podía hacer?

Se imaginó el futuro… su victoria contra la enfermedad, su regreso al navío. ¿Qué ocurriría entonces? Calculó las posibilidades y se encogió de hombros echándolas a un lado. Vanas especulaciones. Estaba todavía la enfermedad. Ese hecho era una gran barrera, que se cernía ante él, ocultándole la visión de todo lo demás.

Escuchó a Browne y la chica entrar y retirarse a una cabina de la parte baja del pasillo; entonces dejó la nave. Cabía haber estado equivocado en lo concerniente a sus pretendidas actividades, sin

embargo, estaba ascendiendo por el borde opuesto de la garganta a partir del navío cuando Browne apareció en la escotilla.

El hombre le miró durante largo tiempo turbado, protegiéndose con la mano los ojos del sol, luego, le hizo una pregunta. Train no respondió. En esta última etapa de su partida, Browne no debería tener miedo razonable de él como portador de la enfermedad, sin embargo, Train sabía que le detendrían si era posible. El momento era particularmente difícil y fuerte para un hombre, ya que sus compañeros no le habrían permitido partir con aquellos misteriosos suministros que llevaba sujetos a la espalda.

Browne hizo una pausa sólo un momento más, luego se metió por la escotilla. Un segundo más tarde reapareció con su rifle.

La cresta de la garganta de aquel lado estaba rota por rocas y maleza. Train vio que tenía el paso cerrado por una red de raíces de enredadera. Un hacha pequeña colgaba de su cinturón. La desenfundó y se puso a abrirse paso por entre los sarmientos secos.

Browne hizo el primer disparo. La bala produjo un profundo agujero en la blanda tierra junto a Train. Utilizando la hachuela como gancho para trepar, Train remontó la masa de maleza.

Hubo un cálido y negro sonido procedente de su espalda, un vivo rechinar y un chasquido cuando el vuelo de una bala quedó roto contra la parte posterior del peñasco que estaba remontando. Pequeños fragmentos de piedra salieron volando por diversos lados de la roca.

Ahora, Train estaba parcialmente oculto por ella. Pero todavía no estaba a salvo: una vez más el arma de Browne lanzó su fiero gruñido y un árbol, al que se había agarrado para sostenerse, vibró, las astillas cayendo del brusco agujero que acababa de aparecer en el tronco.

El saliente de rocas se alzaba encima de Train; pronto se encontró al otro lado. Se adentró vigoroso en el amplio terreno abierto que tenía ante sí.

II

En la tarde del segundo día descubrió el valle.

Yacía anidado dentro de los flancos de las onduladas colinas. Era fresco y verde; las sombras flotaban a su través. Train caminó por la alfombra de su piso, bajo las ramas arqueadas de los árboles, en busca de sus secretos lugares. Era más un coqueteo que una exploración.

El valle resultaba para él como un oasis al viajero del desierto. Este es mi lugar de parada, pensó. Sin obstáculos un segundo pensamiento apareció: Quizá mi lugar de descanso eterno. Bueno, si aquéllos iban a ser sus últimos días, había elegido un Edén para morir.

Encontró un umbráculo alfombrado de verde, cerrado por matorrales, calentado por el sol y refrescado por un arroyo. Estableció un campamento, encendió fuego, se lavó en el lago y se relajó en la quietud y en la soledad.

Cosas que corrían y se escurrieron por entre las briznas, cosas en forma de abejas coquetearon con las flores.

Nada había imperfecto, nada quedaba fuera de lugar. Probó algún fruto dorado que cargaba las ramas de un árbol próximo y lo encontró bueno. Todo para cubrir mi necesidad, pensó, con una especie de verdadera gratitud.

Mientras comía, sorprendió en sí mismo un sentimiento curioso: notaba que en cierto modo el valle le salvaría de la enfermedad. Fue una idea extraña al tratar de meditarla… ¡y sin embargo, qué sensación más natural parecía haber dentro de todo este escenario!

Train miró a su alrededor. Vio el valle no sólo como un lugar, sino también como oigo. Un «biota»… ¿no era esa la palabra que los biólogos de la Tierra utilizaban para designar una comunidad de

árboles y plantas que vivían juntos como una unidad? Examinó esta idea y, al hacerlo así, abordó de manera nueva su fe casual en que el valle le ayudaría a luchar contra el mal y vio de dónde partía tal sentimiento. Lo inspiraba una analogía que inconscientemente extrajo de entre su comunidad natural y la clase de comunidad humana con la que estaba familiarizado.

En la Tierra había vivido en la comunidad Beverly-Sorbonne. Para él, eso era su casa. Todas las comodidades de una comunidad estaban espontáneamente al servicio de cualquiera de sus miembros. Eso resultaba algo que jamás se objetaba, simplemente se esperaba. Al igual que un órgano del cuerpo sirve las necesidades de otro, así la comunidad se administraba a sus partes; y reflexivamente esperaba ser administrado ahora por el valle porque notaba una íntima conexión con él, sentía que formaba parte de él.

Los ojos de Train fueron más allá del valle, a las montañas que se cernían por encima. Todas eran de suave color, excepto una que estaba cubierta por unos matorrales pardos. Sus bordes reverdeaban, se agitaban; parecían penetrar dentro de la parte inferior del lado de la montaña. De pronto, Train se estremeció. Algo le subía por la espalda con unas patas peludas, le llegaba al cuello, trataba de introducirse en la espesura de su pelo. Extendió la mano, dio una palmada, despidió aquello. Era un insecto, alguna especie de hormiga.

La esperanza de Train de que el valle le ayudase a luchar contra la enfermedad no era del todo infundada; los recursos de aquella zona podrían ser también los recursos de él.

Examinó las posibilidades que tenía. Lo que necesitaba era un animal o insecto que reaccionase a la enfermedad. Si hubiese uno que fuese susceptible a hacerlo, pero que pudiese superar el mal, podría tener una vacuna. Si encontraba tal criatura habría dado un gran paso en dirección a la victoria.

Aquella noche probó con un pequeño y transparente gusano que encontró moviéndose por el pétalo de una flor. De estos gusanos había abundancia en el valle, viéndose siempre cerca de las flores de aquella especie. Lo examinó en la mano. Con una jeringuilla pequeña se extrajo una gota de sangre del brazo y la inyectó en el cuerpo del insecto. La Plaga Novena se fundió con los líquidos activos del cuerpo del ser, con su torrente sanguíneo y

principalmente con sus jugos digestivos. Las curas contra la invasión se producirían internamente y luego se podrían extraer y por inyección hipodérmica inoculárselas él mismo.

Una zona blanca e infestada aparecía en el gusano. Media hora más tarde el bicho había muerto.

Al observar el cuerpo del insecto con una lupa descubrió un rasgo que artes no había notado a causa de la escasez de luz: incrustados en su zona inferior había una serie de pequeños glóbulos trasparentes. ¿Parásitos? ¿Alguna parte anatómica del insecto? ¿O huevos?

Con una aguja los fue sacando, al igual que se extraerían astillas clavadas en la yema del pulgar. Eran huevos. Dos se quebraron mientras los hurgaba.

Por tanto, se sorprendió al enterarse de que los gusanos no eran la forma adulta de su especie. Durante la inquieta y estrellada noche observó que uno entraba en el cáliz lleno de agua de una flor, se enroscaba, se oscurecía, se convertía en una oscura pelota redonda, clavada a la pared interior de la flor por algún inofensivo cemento. Respiraba dentro y fuera del líquido; una hora entera después, reemergía convertido en un escarabajo pequeño y de brillantes colores.

Train lo inspeccionó, advirtió que era bi-sexual. Allí estaba el órgano masculino… una diminuta daga en su funda. Los huevos, pues, formaban parte permanente de los insectos, logrando ser, después de que sus propios padres, por sí mismos, los fecundaran. Aguardaban la etapa adulta y el desarrollo de la otra mitad de sus recursos sexuales de los padres con el fin de verse fertilizados y depositados. Y si recordaba correctamente, esto resultaba análogo al desarrollo fisiológico de ciertos animales marinos de la Tierra.

Train comprendió que éste era el escalón inicial que necesitaba. Percibió un plan por el que podría salvarse. Por desgracia, acortaría las vidas de unas cuantas generaciones de aquellos insectos de existencia también efímera.

Una serie notable de circunstancias se había combinado para darle tal oportunidad, pero estos no eran tan impresionantes cuando las comparó con aquellas que habría tenido que superar. Primero, el plan necesitaría una cantidad desconocida de tiempo y le quedaban sólo seis días más de vida.

Segundo, mientras progresaba a través del periodo de enfermedad se vería abrumado por extraños humores y arrastrado por imprevistos movimientos. ¿Podría conservar la serenidad para poner en práctica el plan hasta que estuviera a salvo?

Debía hacerlo, si es que deseaba vivir otra semana.

III

Amaneció el quinto día. Sorprendió a Train atareado con su trascendente experimento.

Era todavía la mañana cuando miró a la montaña que quedaba más allá del valle y vio que el tinte pardo había desaparecido. En su lugar se veía una escarpadura blanca.

Furioso… Se agitó inquieto. Durante estos últimos días se había sentido ligado con aquellas montañas. Y aquí, en la circunferencia más estrecha de esta fronda prosiguió su tarea circular, realizando la misma acción una y otra vez como una aguja captada en el surco rayado de un disco. Era una vida pequeña, circunscrita en cierto modo por la rutina y la aprensión y también tras la belleza de cuanto le rodeaba.

En un mundo pequeño los hechos y posibilidades se ciernen grandes. La decoloración del horizonte provocó en Train una ansiedad incorpórea, que oscilaba como un fantasma oscuro en los bordes de su conciencia. Si al menos pudiera descubrir el significado del manchón pardo y su desaparición, su densidad o bien cobraría forma y peso, en cuyo caso podría luchar contra ella, o reforzaría algún sentimiento supersticioso, que también debería exorcizar.

Examinó las evidencias físicas de su proyecto vital, luego volvió a mirar a la montaña. El aire era tan claro como un cristal de telescopio: el monte parecía estar casi al alcance del brazo. En realidad no era un monte, pensó; sólo una gran colina al otro lado de un otero más pequeño.

Necesitaría sólo dos o tres horas para llegar allí y volver. No tendría que descuidar su proyecto. Estaba ahora iniciando un nuevo ciclo y no necesitaría atención probablemente durante varias horas.

El pensamiento apenas precedió a la acción. En la cumbre del otero pequeño sé volvió y miró atrás. El valle parecía maravillosamente una ilustración a colores de cualquier libro infantil de historias; desde aquel punto que servía de atalaya, parecía casi bidimensional en su perspectiva. Los arroyos lo cruzaban, los pájaros revoloteaban por allí.

Continuó. Llevaba un poco de comida, su rifle y el revólver. Descendió por el lado del otero para llegar a la hondonada en la que le pareció ver desaparecer la mancha parda. Llegó al fondo. Al poco se tropezó con un camino polvoriento.

Este camino tendría casi cien metros de ancho. Se perdía a lo lejos, ondulando en curvas perezosas por la línea superior de la montaña. Train caminó por él, nubecitas de polvo alzándose a causa de sus pisadas.

Nada vivo crecía en aquella amplia zona de tierra. Era como si una gigantesca navaja de afeitar hubiese arado el rostro del suelo. Cruzóse con muchos esqueletos: de árboles, desnudos de su corteza y hojas; de criaturas tan pequeñas como ratones de campo; de criaturas tan grandes como búfalos. En apariencia las diferencias en tamaño y ferocidad significaban poco para el terror indecible que había labrado este camino.

A ambos lados crecía lujuriosa la hierba alta. Siguió por el sendero. Conducía hacia su valle. Se imaginó aquel valle devastado y yermo como la zona que recorría y tembló, tanto de cólera como de miedo.

Pero el sendero terminaba de pronto en un seto de árboles. Lo abandonó con precaución y entró en el arbolado macizo. No había nada, pero luego el denso crecimiento de hojas le impidió el paso de la luz. Un fuerte olor a medicinas impregnaba el aire. Olisqueó varias veces, tratando de localizarlo. Y notó otra cosa curiosa: el silencio. No había pájaros que cantaran, ni insectos que hiciesen ruidos.

Train se sintió cansado. Se relajó tanto como le fue posible, bajo aquellas circunstancias y miró hacia la tenebrosidad, tratando de ajustar sus ojos a la oscuridad del bosque. Se trasladó el pesado rifle al brazo izquierdo y levantó el derecho para apoyarse contra un saliente. Una duda le sobrevino… ¿saliente? Lo miró con atención; al cabo de pocos segundos quedó enfocado. Parecía ser la piel

áspera de algún animal gigante.

Se quedó petrificado, temeroso de moverse. Al instante le dio tiempo para pensar más y ver mejor.

El seto saliente no estaba compuesto por pelos hirsutos de una piel, sino por hormigas.

Ahora supo lo que era. Se trataba de una colonia de hormigas, una masa compuesta por las propias hormigas, a millones, unidas juntas una con otra, un conjunto de insectos vibrante de vida. Eran hormigas gigantes. Vio muchísimas que podían tener dos centímetros y medio o más de longitud. El olor era ácido fórmico. Retrocedió lentamente, apartándose.

Eran como las hormigas soldado de la Tierra que, momentáneamente, abandonando su pillaje y saqueo, se coagularon formando una especie de colmena dentro de un tronco hueco y bajo una rama a poca altura. Había visto tales comunidades. Raras veces tenían más de un palmo o dos de diámetro… y de ordinario contenían de cien a ciento cincuenta mil individuos. Esta comunidad parecía tener unos seis metros en redondo por unos diez de altura; se sostenía de manera firme por los troncos y las ramas en diversos lugares. La miró para calcular su población… teniendo en cuenta que estaba parcialmente hueca, conteniendo cámaras y corredores… pero se detuvo incrédulo.

Generalmente, las hormigas formaban aquellas comunidades de noche, disolviéndose al alba del día siguiente para matar y saquear de nuevo. Pero otras veces permanecían apiñadas juntas durante varios días. En apariencia, éste era un momento de aquellos, porque reinaba la plena luz del día. Tal aspecto de su conducta estaba ligado con su ciclo reproductivo. Si deducía de manera correcta, este era el período necesario para gestación de los huevos.

Si sólo pudiese encontrar la manera de destruir la colonia entera mientras permanecía indefensa comparativamente como lo estaba ahora. Pero ¿cómo? Estudió diversas posibilidades, rodeando la comunidad, inspeccionándola desde todos los ángulos.

Desde luego, decidió de mala gana que resultaba una imposibilidad. Pero entonces se le ocurrió una idea alternativa. En un punto la comunidad parecía floja… y allí, en la red de cámaras, en donde suponía que estaría la reina y su progenie, allí debía encontrar la solución. Por lo menos de ese modo ocurría con las

comunidades de hormigas soldado terrestres.

¿Y si matara a la reina y a su corte? Eso no sólo significaría que no habría segunda generación, sino que toda la colonia moriría dentro de un período que oscilaría de unos cuantos días a una semana. Morirían de «hambre de encimas». El intercambio de líquidos vitales entre las hormigas soldado, las obreras, la reina y la corte real era necesario para el metabolismo de esos animales y para la adecuada función de la colonia.

Su plan, cuando lo concibió por último, era sencillo pero mortífero.

Sacó varias balas del cargador de su rifle. Utilizando una navaja de bolsillo, separó de los cartuchos las cámaras de pólvora; estaban unidos sólo por soldadura. Había pensado en disparar una bala, o varias; dentro del punto en donde la comunidad parecía; más floja, pero abandonó la idea. No se trataba de cartuchos explosivos y había muy pocas posibilidades de que pudiese alcanzar a la reina.

Pero con varias porciones de pólvora podría construir una bomba. Sacaría una docena de los cartuchos, los ataría juntos, los metería debajo de la comunidad y colocaría la improvisada bomba precisamente debajo del punto inferior en donde sospechaba que estaría la reina. Luego saldría, retrocedería un poco y dispararía una bala a la bomba. Después todo lo que necesitaba hacer era correr.

Completó su bomba. Colocó el rifle en un montículo de tierra y comenzó a reptar despacio por debajo de la colonia. En los puntos más externos de la masa ésta quedaba a dos palmos del suelo; en la parte más baja en donde tendría que colocar la bomba la distancia era de unos quince centímetros.

Debió tener mucho cuidado. Si tocaba accidentalmente la comunidad era posible que todo el ejército de hormigas cayese sobre él. Cualquier perturbación las despertaría, si es que puede decirse que estaban en la actualidad durmiendo en el sentido en que lo hacen esos animales.

Comparadas con los seres humanos las hormigas son sordas y ciegas. Apenas pueden ver, siendo sólo capaces de discriminar la luz de las sombras. Su sentido de la presencia de la presa movible lo captan por vibraciones transmitidas a través de la tierra y detectadas por sus sensitivas patas peludas. Por fortuna, esta comunidad no estaba en contacto con el suelo. De haberlo estado

las esperanzas de Train de deslizarse por debajo de la colmena habrían sido nulas, porque su presencia, su reptar, se habría transmitido por los troncos de los árboles hasta las hormigas.

Se movió con cuidado. Permaneció inmóvil durante largo rato cuando un movimiento ocurrió en la comunidad que quedaba directamente encima suyo.

Siguió reptando más hacia dentro. El ambiente se hizo más oscuro. El agudo olor de las hormigas era casi abrumador. La colmena parecía ser un gran peso colocado ominosamente encima suyo.

Estaba colocando la bomba debajo del lugar deseado cuando vio a la derecha y delante una masa de hormigas de un palmo de anchura caer de la comunidad y comenzar a desenrollarse.

Tenía el rifle fuera, pero llevaba el revólver en la funda. Lo sacó y colocó el cañón de manera dura e incómoda contra su sien. ¡Era mejor morir en un solo instante que ser comido vivo por las hormigas!

De pronto… ¡no, era mejor llevarse por delante algunas hormigas! Estaba a punto de disparar a la bomba cuando se vio detenido por un terrible pensamiento: ¿qué pasaría si este minúsculo paquete resultaba poco efectivo para matarle y quedaba sólo herido o ciego? Permanecería desvalido ante las hormigas.

Una inspiración desesperada le asaltó ¿qué tal sonaría la bomba para las hormigas?

Empujó la pistola hacia la masa descendente de hormigas, poniéndola plana contra el suelo y disparó. Un vivo fogonazo iluminó la estrecha oscuridad; el estampido fue ensordecedor. Las hormigas se detuvieron como estupefactas. Train tuvo una imagen de diminutos asesinos de pie sobre temblorosas y mortales patas filiformes, aguardando a que su sensibilidad regresara.

Todo esto empleó dos o tres segundos… un nuevo cambio de revólver de Train desde su sien a la bomba y a las hormigas.

Train retrocedió presuroso. Se daba cuenta de un murmullo excitado, un vibrar. La colmena estaba a punto de hervir.

Las hormigas en el suelo giraron en su dirección. Disparó otra vez, el revólver apretado contra la tierra; una vez más los bichos se detuvieron un largo rato. Train estaba ahora arrastrándose, disparando sin cesar.

Las hormigas comenzaron a descender por todos los lados, torrentes girando en masas inquietas.

Bruscamente en los descubiertos tobillos notó como si le cayeran gotas de agua hirviendo. Con un grito de desesperación y dolor giró y se lanzó de lado saliendo de debajo de la colmena que ahora parecía descender en una enorme masa.

Se puso de pie y se alejó corriendo, tomando el rifle al pasar. Sin dejar de correr, se llevó el rifle al hombro, pero disparó una sucesión de tres detonaciones de su revólver contra el lago de hormigas.

De milagro dio a la bomba. Hubo una explosión apagada, un momento de silencio y luego, todo su alrededor, un sonido como el de pesadas gotas de lluvia estrellándose contra las hojas.

Renovó la carrera. Sabía que la horda de hormigas era demasiado grande para haber sido aniquilada por la bomba.

Al cabo de un rato, Train descansó. Se sentó en una roca, respirando con dificultades, reuniendo y ordenando a sus dispersos pensamientos. Con cuidado se frotó los escocidos tobillos; estaban salpicados de puntitos rojos, como de la viruela. ¡Acababa de enterarse lo que era su «pústula parda»!

¿Qué harían ahora las hormigas?, se preguntó. ¿Las circunstancias las llevarían hacia el valle? Muy probable. Quizá no tardaran varios días en llegar hasta allí. Estaría desvalido si venían mientras estaba perdido en aquel panorama de delirios.

Pero tenía miedo de algo más aún. Dejando aparte su seguridad personal, allí estaba el valle. Amaba aquel valle. Parpadeó ante la idea de que quedase roto y aniquilado como la montaña que tenía a su espalda. Él y el valle, su seguridad y la de la zona… las dos cosas eran una sola en su mente. Se enfrentaban a un destino similar. Tanto él como el valle se veían amenazados por una plaga… él por la enfermedad, el valle por las hormigas.

¿Cómo podrían derrotar a millones de hormigas? Luchó con el problema. Quizás hubiese algún defecto en su construcción que él podría explotar. ¡Claro, presumía que las hormigas eran esencialmente parecidas a las de la Tierra; y probablemente tenía razón! Sin embargo, presentaban una diferencia mayor, dejando aparte el tamaño. Las hormigas de la Tierra eran sólo carnívoras. Estas se comerían cualquier cosa que se pusiera en su camino

mientras pareciese materia orgánica. Sospechó que la dirección de la columna de hormigas adoptada en su viajar estaba decidida por su atracción hacia las criaturas móviles. Quizá si uno se estaba perfectamente quieto la ola mayor pasaría junto a él. Valdría la pena probarlo.

Olvidóse del pensamiento al levantarse alarmado cuando vio una línea de hormigas pasar por las proximidades. Se movían en fila india, una línea de puntos a través del paisaje.

Captó el moverse en sus patas y se miró a sí mismo, viéndose atacado por una hormiga solitaria. Se estaba comiendo la suela del zapato. La clavó por el abdomen con un alfiler y la levantó para examinarla. Era una de las hormigas mayores, casi dos centímetros y medio de longitud, cinco milímetros de grueso. Dejando esto aparte, era como una hormiga de la Tierra en todos los aspectos observables: tórax, abdomen, cabeza, seis patas, ojos facetados. Tenía un feo color rojo oscuro. Abría y cerraba espasmódicamente sus mandíbulas. La volvió a arrojar a la maleza.

Estas últimas hormigas que vio eran probablemente las que salieron despedidas de la masa principal por la fuerza de la explosión.

El ejército de hormigas: mecánicamente tendía a reunirse. Casi sordas y ciegas, encontraron el camino de un lugar a otro siguiendo simplemente a la hormiga que iba delante de ellas, que podían identificar y detectar por medio de su fuerte sentido quimotactual. Cuando pequeños grupos de hormigas dejaban la colmena para buscar comida encontraban el medio de volver siguiendo la línea de gotitas anales que habían tenido la precaución de dejar caer para marcar el sendero que emprendían.

Las hormigas individuales eran un mecanismo muy sencillo, incapaces de aprender. En comunidad, sin embargo, demostraban un comportamiento muy complejo, formando una de las aparentes paradojas de la naturaleza. Era apropiado en cierto modo comparar sus acciones y movimientos con las de un ejército completo con sus jefes, soldados de infantería y exploradores; he aquí el origen de su nombre. En realidad, sus costumbres se podían resumir igual con términos de principios hidráulicos.

La vida del complejo social de abejas y hormigas había divertido desde mucho tiempo atrás a los pensadores políticos y filosóficos.

En edades pasadas se citó a hormigas y abejas con frecuencia como modelos de conciencia cívica, y los escritores disfrutaron comparando las sociedades de hombres favorablemente con las de los insectos.

Por otra parte, muchos críticos de la presente asociación económica en los países orientales de la Tierra comparaban la vida comunitaria con la existencia en una colmena. Sin embargo, la comparación era más aparente que real. Le parecía a Train que la vida comunitaria podía ser descrita mejor en términos simbióticos: en la simbiosis cada planta y árbol son entes únicas, sin embargo mutuamente contribuyen a su bienestar en la sociedad.

Estos críticos que se llamaron a sí mismos «individualistas»… otras veces se designaron como «individualistas a ultranza». Pero cuando a un grupo de estas gentes se les veía juntos se advertía cierta peculiaridad. Todos vestían por el estilo en ropas ligeramente anticuadas, poseían apelativos similares y modos de expresarse comunes. Parecían ser reliquias del siglo XX. A juzgar por las fotografías y grabaciones históricas, todo el mundo en aquel siglo se había visto afectado por una curiosa manía: aparentar la mayor igualdad, ser casi idéntico como fuera posible respecto a sus compañeros. Train había incluso oído que mucha gente entonces se sentía embarazada ante la perspectiva de expresar en público opiniones nada corrientes.

Las comunidades alcanzaron su ser durante los últimos cien años. Casi a mitad del siglo XX grandes instituciones comerciales en la Tierra, tales como almacenes generales, fábricas y otras, empezaron a ofrecer a sus empleados unas variedades de nuevos servicios, incluyendo cosas tan poco relacionadas como librerías de préstamo, cuidado dental y consejo eclesiástico. Gradualmente, los empleados no sólo llegaron a explotar estos servicios, sino que se fiaban de ellos; su alcance y número fue aumentando. Familias y luego comunidades enteras, en el viejo sentido de la palabra, comenzaron a acentuarse no sólo en torno a las instituciones económicas que les proporcionaban el mantenimiento. El punto de vista comunitario se reconformó, reconformando al pensamiento mundial. La influencia del dinero prevalecía, pero estaba en decadencia. La gente comenzó a pensar en términos de comunidad más que en propiedad particular.

Hubieron dos grupos de personas que no apreciaron este estado de cosas: los increíblemente vituperantes y teóricos económicos del hemisferio oriental de la Tierra y los «individualistas a ultranza». Estos últimos emigraron a los mundos fronterizos en grandes cantidades, a medida que sus pequeños negocios empezaron a hundirse. Quizá la mayoría de los pasajeros en la espacionave Esperanza del Hombre pertenecía a ese movimiento.

Un fuerte olor afectó las pituitarias de Train. Era como ácido fórmico… sí, pero con una diferencia. Se combinaba con el hedor de la carroña. Cosa extraña, una vieja frase de un antiguo texto de estudios le vino a la memoria con notable claridad: «Los ejércitos de hormigas redujeron sus víctimas a partículas para manipularlas con mayor facilidad».

Train se sobresaltó, girando en redondo.

Casi encima de él se abría un poderoso torrente de hormigas.

Corrió… tropezando con raíces, troncos, rocas y matorrales… para casi meterse en otra oleada del mismo río de muerte.

Con algo como un gemido, giró de nuevo y huyó en otra dirección.

El arroyo y el torrente se reunieron como dos hojas de un par de tijeras y Train estaba entre ellas.

Corrió y saltó, franqueando la punta de una de las hojas de las tijeras.

Estaba libre.

Ascendió trepando por una colina.

Al mirar atrás vio el río de hormigas extenderse en un terrible panorama.

Era como una capa larga y amplia de irregular pintura puesta sobre el bosque. Arboles sombríos sobresalían de la masa quitinosa como firmes manos queriendo agarrarse al cielo.

La superficie del río estaba marcada por olas y temblores.

Su mismo movimiento se sentía por el terreno y enviaría una masa de hormigas girando en su dirección, orientadas por las vibraciones de sus pasos.

Esto aliviaría la presión física detrás de la masa principal y otro grupo de hormigas se precipitaría para llenar la zona vacante, creando a su turno un centro de baja presión tras ellas.

Un nuevo grupo de insectos quedaría absorbido en ese lugar,

hasta que la primera ola se detuviese al llegar a su presa y ocasionara una congestión del tráfico.

Luego el movimiento en esa dirección cesaría y la mayor presión en aquella zona obligaría a las oleadas posteriores a volverse en dirección opuesta, en donde las multitudes se habían aclarado por los movimientos de avance.

Esto provocaba una marcha del frente de hormigas en
zig-zag,
con el que lograban desbordar a su presa por los flancos.

Debería tener cuidado.

La huida de Train asustó a una criatura como un conejo.

El animal escapó a ciegas metiéndose en la danzante lámina de hormigas.

Al mirar atrás, Train vio que el animal ya no era blanco, sino de un color rojo vivo. Saltaba frenético aquí y allá, poniendo sobre sí más hormigas devorados a cada contacto con el suelo.

Apartó los ojos, redoblando sus esfuerzos.

Train volvió a correr más de prisa que las hormigas, pero éstas superaban tal ventaja con otra propia: eran capaces de franquear rocas y hierba y maleza sin cambiar de marcha.

Estaba siendo seguido por un enemigo implacable.

Miraba atrás cuando tropezó.

Al instante se vio envuelto en un fuerte estrépito, en una pululante blancura.

Escupió, trató de ponerse en pie, pero se vio barrido, incapaz de detenerse.

Perdió el rifle.

Entró en contacto con algo firme, se aguantó, se arrastró, hasta tierra seca, despeinado, empapado, confuso.

Quedó sorprendido al ver que no cayó en un río, sino en un pequeño torrente.

Marchando a lo largo de la orilla, encontró su rifle atascado en una rama que sobresalía metiéndose en el agua.

Ahora estaba a salvo de las hormigas.

Miró atrás.

El hueco a través del que la gran masa de hormigas se podía ver moviéndose despacio —una arteria rojo oscura de la que se ramificaban varias venas— estaba en la actualidad bajo la comente,

con respecto a este punto.

Quizá pudiera hacer un dique en el agua, para traer el líquido, inundar el hueco, ahogar las hormigas.

Metió peñascos en el torrente, luego troncos.

Después afirmó esta floja barrera con ramas, hojas, tallos, hierba, pellas de barro.

Trabajó febrilmente y el dique aguantó.

El agua se derramó en la hondonada.

El frente de hormigas avanzaba. Llegó al agua y retrocedió.

El nivel del agua subía despacio.

Millares de hormigas se atascaron bajo la creciente presión.

Train siguió trabajando, reforzando el dique.

El agua subió más.

Ahora, millares de hormigas se atestaban sobre su borde exterior.

Por el puro peso del número una barrera de vivientes hormigas estaba formándose.

Train alzó los ojos para ver que las hormigas habían puesto otro dique a su presa.

Gimiendo con angustiado desencanto vio que el agua acababa de hallar un nuevo cauce y manaba inofensivamente por él, alejándose.

Pero un momento más tarde también vio que el nuevo brazo del torrente se alzaba hacia la boca de su valle.

Y como las hormigas no podrían atravesar esa barrera acuosa, el valle estaba a salvo.

El valle…

Miró hacia arriba.

El sol estaba a unos tres cuartos de su camino por el firmamento.

¡Su experimento… su proyecto!

Algo pareció encogerse en su interior.

¿Qué pasaría si ahora estaban muertas todas las orugas?

¿Qué ocurriría si todo se había estropeado porque estuvo fuera tanto tiempo?

Atontado por el desaliento, permaneció en pie durante un instante, luego se volvió y corrió, corrió más de prisa que cuando se veía perseguido por las hormigas.

Train llegó por último al claro.

Con dedos temblorosos quitó las cubiertas de tela de las latitas

que contenían sus gusanos.

En seis encontró sólo restos muertos.

La séptima estaba todavía ocupada por un gusano vivo, bastante descuidado en la provisión de hojas proporcionada por su captor, sin pensar en las siniestras decoloraciones de sur única complexión cristalina.

Un profundo suspiro de alivio escapó del pecho de Train.

Se sentó tembloroso en el tronco de un árbol caído, pensando con ansia en lo que podía haber sido.

Esta era la oruga de vida más larga de todas.

Quizás había una verdadera posibilidad de que tan sutil esfuerzo le salvara.

Quitó los huevos del gusano superviviente del espeso paquete de hojas en el que los había puesto.

Empleando sal de los suministros alimenticios elaboró una solución salina, metió el pañuelo en ella y colocó sobre la tela los pequeños glóbulos.

Los hizo rodar por la superficie, arañando las cortezas de los huevos con un alfiler.

Casi de inmediato, gusanitos diminutos se agitaron y se contorsionaron, saliendo de los despellejados huevos a la superficie salada.

Al instante, Train quitó de la solución a cada una de las feas criaturas mientras emergía del pañuelo y la colocó en hojas verdes, lavadas con agua potable y luego las fue poniendo cada una en una lata.

Probablemente tendría más huevos hurgando simplemente a los bichos con un alfiler, pero descubriría que la irritante solución salada garantizaba resultados más seguros.

Train sabía que los criadores de animales en diversos planetas utilizaban un sistema similar, aunque más complicado, para provocar, mediante irritación, la reproducción acelerada de su ganado saltándose por alto las épocas de celo.

El propósito era que se reproducirían así las características más deseables a transmitir de generación en generación, sin disolver tales características con los rasgos derivados de un segundo padre.

Train sonrió intranquilo ante la idea de que aquí tenía una amenaza directa a la idea de la indispensabilidad del macho.

Volvió a su proyecto.

En cuanto le fuera posible, sacaría los huevos de cada uno de los gusanos y, manteniéndolos cuidadosamente separados y clasificados, los colocaría aparte hasta que viese cuál de los gusanos iba a resistir más tiempo a la enfermedad.

En cuanto estuviese seguro tomaría los huevos que produjese tal oruga, los agruparía, les inocularía la enfermedad, les extraería los huevos posteriores y aguardaría a ver cuál de ellos vivía más.

Así, sucesivamente, seleccionaría huevos, los inocularía, volvería a obtener huevos de ellos y comenzaría el proceso de nuevo.

Una actividad circular.

Pero cada vez que recorría el círculo, lo encontraba más ancho: por su selección del gusano que resistía la enfermedad más tiempo, como generador del siguiente ciclo, obtenía orugas que vivían más y más tiempo.

Pronto, esperaba, serían del todo inmunes.

Entonces sólo quedaría un problema… buscar un medio de utilizar tal inmunidad en su propio beneficio.

Le quedaban tres días de vida en los que realizar la tarea.

Uno, quizá dos días, de cordura.

IV

Transcurrieron un día y una noche.

Durante el día un viento tan suave como un suspiro sopló por el valle, por el bosque, por su Jardín del Edén.

Y durante la noche yació en su petate y mirando las estrellas.

Allí, se dijo a sí mismo, está Casseire. Y allá, aquel astro brillante es Sol.

Sol… Tierra… Patria.

Train había nacido en Casseire.

Su padre era un barón ranchero que, según la costumbre, envió a su hijo a la Tierra, a temprana edad, para que se educase.

Ese período transcurrió y Train, muy apenado, tuvo que volver a Casseire cuando sucedió lo imprevisto.

Había estado viviendo en la rica atmósfera de la Tierra, domiciliado en la Beverly-Sorbonne, que producía y distribuía medicinas.

Train especulaba y soñaba en la Tierra; ocasionalmente, en Casseire.

Pero, como contrapunta a esta nostalgia, un nuevo sentimiento, un nuevo movimiento de su humor apareció en el interior suyo.

Era al principio como un tema menor dentro de una sinfonía, pero creció hasta dominar a todos los demás.

Y esta vez ni era curiosidad, ni miedo.

Tenía ya veintiún años.

Se encontraba en esa edad con casi un significado místico en la Tierra.

Era el momento de ser mayor de edad, cuando legalmente se le cataloga a uno como hombre.

Pero para Train este estado legal era algo vacío, incluso dejando

aparte su falta de significado en la presente situación.

Sentía que su mayoría de edad de hecho no existía.

Sentía que su mayoría de edad no estaba consumada.

Seguía siendo virgen.

Esto para él no era nada nuevo. Estuvo consciente, con alguna torpeza, del hecho durante varios años, pero ciertas contenciones externas e internas le impidieron solucionar la situación.

Ahora los acontecimientos acababan de enfocarla: era algo que nunca podría cambiar.

Las posibilidades de sobrevivir a la epidemia eran pequeñas.

Pero incluso si lo lograba y conseguía regresar al navío…, ¿qué?

La única mujer allí ya pertenecía o era reclamada por otro hombre.

Había estado reprimiendo intranquilo esos pensamientos ya durante varios días… pero ahora le volvían, acuciantes, por causa de su necesidad y adquirían un nuevo peso.

Pensaba ya que se había perdido el momento más intenso de la vida.

Para quien estaba a punto de morir esto parecía una abrumadora calidad.

Su tensión aumentó.

Comenzaba a ver al mundo tras una bruma erótica.

Se estaba atormentando con visiones de mujeres arrollado por ellas, provocado por ellas.

Contemplaba incluso con envidia el vuelo aparejado de los insectos.

La abeja macho se desplomaba del abrazo de la reina como un saco vacío… teniendo por costumbre dar demasiado de sí mismo, tanto en amor como en cólera; pero ¿y qué? ¡Por lo menos no se enfrentaba a una muerte vacía!

Al séptimo día vio algo curioso mientras paseaba cruzando un seto de árboles al crepúsculo: un árbol que aparentemente había adquirido la forma de mujer.

Al acercarse más vio que era sólo una forma cubierta de corteza, sobresaliendo de la masa del espeso tronco, una excrecencia natural.

Una imagen accidental, claro, pero imagen muy notable de una mujer.

La figura yacía en decúbito supino contra el resto del tronco, los brazos echados hacia atrás por encima de la cabeza, una rodilla algo levantada.

Train se acercó al árbol.

Se lo quedó mirando durante largo rato.

Tocó la dura madera, el suave musgo que crecía en la zona de los sobacos y parte del cuerpo, pasó el dedo por una costura de la corteza.

Podía haber llamado al árbol con el nombre de roble y sin embargo apenas le parecía apropiado.

Tenía hojas como muérdago.

Un tallo pendía directamente por encima de la cabeza en madera de la mujer.

V

No fue hasta que estuvo abandonando la zona cuando comprendió con extrañeza lo que había visto.

Pero ahora lo advertía con claridad: acababa de tener su primer encuentro con una de las extrañas locuras incidentales propias de la Plaga de los Nueve Días.

La mujer del bosque era una ilusión erótica.

Se detuvo, durante un momento, casi decidido a regresar al lugar y asegurarse de si era o no una mujer real.

Sacudió la cabeza y volvió a unos alrededores más familiares.

El recuerdo del incidente creaba en él una intranquilidad peculiar que no dejaba de considerar demasiado fuerte para olvidarla.

Pasó una noche con temblores.

Mientras yacía semiadormecido, semidespierto, admitió que en sus pensamientos se estaba formando gradualmente una noción muy industriosa.

La mañana desembocó en el día, pero la noción, en lugar de desvanecerse como ocurre con las pesadillas y pensamientos nocturnos, cristalizó en un propósito.

Recogió su rifle y el revólver y un paquete con parte de sus suministros de comida, metiéndolo en la mochila.

Regresaría al navío, mataría a Browne y a los otros dos individuos y se llevaría a la mujer.

Train caminó por el seno ondulado de la tierra como un demonio exultante.

El fuego arrebatado de los cielos llenaba su cráneo, el fuego robado del sol ardía en sus ojos.

Llevaba botas de siete leguas y los verdes céspedes y bosques

azules constituían sus ornamentos… qualdrapas que le envolvían sucesivamente en tonalidades de suaves colores.

Se desvestía de ellas (las manos volando diestras a deshacer invisibles botones) y las capas parecían caérsele de encima una a una, quedando amontonadas tras él; agitadas por el viento se extendían suavemente formando una alfombra que cubría al mundo de tonos suaves de verde y azul.

Ahora se vio afectado por una corriente, se deslizó por la superficie del planeta en olas de hierba dorada.

Gradualmente notó algo extraño.

Un silencio antinatural parecía extenderse por el mundo.

¿Qué es lo que mantenía quietos a pájaros e insectos?

Estaba a punto de concluir que la colina en la que se encontraba había sido proyectada al silencio del vacío interestelar cuando oyó, como a través de un profundo sueño, el vago sonido.

Un sonido suave, subiendo y bajando, creciendo en volumen, luego desvaneciéndose hasta un murmullo.

Le parecía estar aproximándose a ello: era una voz.

Una voz humana.

Una voz de hombre.

La voz de Mark Browne.

Train se encontró en lo alto de un altozano.

Con las manos, apartó la pantalla de arbustos que tenía ante sí.

Un hombre se alzaba al pie de la colina.

Era Mark Browne.

Estaba con las piernas separadas, con el cuerpo erguido, con los ojos brillantes.

Se encontraría a unos veinte metros de distancia.

Hablaba… pero Train no pudo ver con quién.

Train advirtió que las partes superiores de los brazos de Browne estaban heridas y sangraban, como si se las hubiera rasgado con un cuchillo.

Browne tenía unas cuantas cápsulas de metal en la palma de la mano, estudiándolas.

—… la moneda del reino. Con esto por dinero, les compré su posesión más preciosa y soy el más rico de todos.

Browne metió las cápsulas en la recámara de su rifle.

Sopesó el arma de manera especulativa.

—Fue un contrato extraño… y uno de los de más breve duración, manteniéndose efectivo sólo por un instante… creo que conseguí lo mejor de la transacción… como testigo del hecho de que sus cuerpos ya no son activos. —Las afirmaciones, tangibles e intangibles, desaparecieron y añadió con una carcajada—: Es como si hubieran sido liquidados.

Un ceño de preocupación apareció en su voz.

—¿Quién podría decir que he incurrido en… una deuda? ¿Con quién estoy en deuda? No hay nadie en la superficie de este planeta excepto yo y, por tanto, ni tengo acreedores ni deudores.

Train estaba agazapado detrás de la pantalla de arbustos y agazapado también dentro de su mente.

Escuchó en silencio las palabras de Browne, de una manera lenta, que parecía despertarle.

Y, por fin, una comprensión ocupó el lugar dentro de su alma desde el que había estado escuchando.

Su carácter de vivir en un sueño, su propósito se desvanecieron y quedaron olvidados al despertar a la realidad.

Salió, agazapado físicamente sólo en la cálida luz del día.

Vio entonces lo que se había perdido: toda posibilidad social y de compañía.

Aun cuando se recuperase de la enfermedad, no habría nada a lo que volver.

Browne los había asesinado a todos.

Y Train vio algo más: una oscura legión extendiéndose por la tierra hacia Browne, una mancha líquida que quedaba sorbida por el manchón de la hierba.

De algún modo la horda de hormigas había cruzado la barrera del torrente.

Browne estaba plantado, ignorando al mundo que le rodeaba.

El borde cortante de la masa de hormigas se acercó más.

Le matarían.

Los labios de Train se apretaron.

Bien.

Dio medio vuelta, caminó tranquilo colina abajo.

Regresaría al valle.

Llegó al pie de la colina y se detuvo… dejó de moverse físicamente porque algo en su interior se movía.

Era como si un espejo hubiese surgido ante él, cerrándole el paso y obligándole a mirarse a sí mismo.

Vio su propio rostro, pero llevaba la expresión de Browne.

Un cuchillo de retorcida crueldad en Train.

Su pena era una mezcla de compasión y coraje.

Las dos mitades de él mismo se reunieron, la imagen del espejo se fundió con él.

Giró en redondo, volvió corriendo colina arriba, miró hacia abajo desde la cumbre.

Las hormigas estaban a unos pocos palmos detrás de Browne.

—¡Mark! —gritó—. ¡Mark, mire detrás de usted! —comenzó a bajar.

Browne se quedó plantado durante un largo y silencioso momento, la cabeza inclinada a un lado, mirando a Train por el rabillo del ojo.

Movió los labios.

Era como una estatua de piedra.

Luego, casi con la velocidad del relámpago… se llevó el rifle al hombro y emitió un gutural grito de cólera.

Train notó como si le pusieran brevemente sobre el hombro un pedazo de cable al rojo vivo y oyó como el atronar de la detonación se perdía en las lejanas colinas.

Cayó en la hierba dorada, los ojos todavía fijos en Browne.

—¡Mark, no! ¡Detrás de usted… las hormigas!

Browne volvió a disparar.

La bala se perdió en la hierba, junto a Train.

Las hormigas llegaron a Browne.

El corpulento individuo saltó bruscamente en doloroso sorpresa.

Trató de sacudirse las hormigas de sus tobillos y zapatos.

Al inclinarse, su vista captó el gran río de insectos.

Se quedó inmóvil durante un instante, en apariencia congelado por la sorpresa.

La pausa, aunque breve, bastó para las hormigas.

Subieron en torrente por sus piernas.

Browne dejó caer el rifle y trató de alejarse por entre la hierba, la boca abriéndosele y cerrándosele.

Se detuvo, batió con manos y pies; comenzó a sollozar.

Atraídas por los pesados movimientos de su presa que hacía

vibrar el suelo, las hormigas corrieron rápidamente en su dirección.

Le alcanzaron, le arrollaron, popularon en su torno.

Browne gritó.

Se agitó con forcejeo en agonía, batió, batió, batió con las manos.

Las hormigas le llegaron al cuello, le cubrieron brazos y rostro.

Se le colgaron en sus zonas blandas; le atacaron los ojos; se le escurrieron por el interior de las orejas, las narices, la boca.

Ahora formaba una masa oscura y desapareció de la vista.

Era como una proyección pseudópoda de una gran amiba de hormigas.

Era como una colmena viviente, como un hormiguero viviente, luchando por recuperar la forma de hombre.

Train sintió un nudo en la garganta, la vista se le enturbió.

Le temblaban los brazos cuando alzó el rifle y disparó una… dos… tres veces al cuerpo de Browne, apuntando al corazón y a la cabeza.

La negra figura humana se desplomó, cayendo en el mar de hormigas.

Y ahora una visión mortífera y familiar: las hormigas marchando en su dirección.

Train se puso en pie de un salto y huyó, no volviendo al valle, sino apartándose de él.

El arroyo que creara estaba cerca.

Si pudiese alcanzarlo, estaría salvado.

La sangre le goteaba del hombro herido.

Comenzaba a dudar incluso de la existencia del río, cuando lo encontró.

Se metió en el centro de la corriente y empezó a salpicar en dirección de las hormigas.

Quizás encontrase el lugar por el que lo habían cruzado.

Lo hizo; habían labrado un túnel por debajo del arroyo, evidentemente empleando la madriguera ya hecha por alguna especie de animal de unos quince centímetros de diámetro.

Una entrada y una salida, los insectos penetraban y emergían en oleadas y borbotones como si fuesen limaduras de hierro atraídas por los polos de un imán.

Casi todas las hormigas habían cruzado.

En la orilla derecha, por donde entraban en un túnel, parecían quedar unas cuantas miles.

Eran hormigas muy pequeñas.

Estas, imaginó, eran el extremo final de la caravana de hormigas, compuesta por la reina y su casta.

Llevaba consigo su hacha.

Era una pobre herramienta para este propósito, pero tenía que servir.

Cavó un canal en la suave orilla desde el arroyo hasta la salida del agujero.

Le empleó casi quince minutos.

Muchas veces alzó el hacha cubierta con hormigas y la metió en el arroyo para ahogarlas.

El agua se vertió en el túnel.

Las últimas hormigas lucharon para salir por el otro extremo y marcharon sin rumbo, alejándose, ignorantes de su pérdida.

A la derecha, el torbellino de hormigas continuaba manando dentro del túnel; luego el túnel se atascó.

Algunas de las hormigas continuaron arremolinándose en torno a la abertura, siguiendo a ciegas.

Train avanzó más corriente arriba y subió a la orilla. Describió un amplio círculo hasta que tuvo las hormigas entre él y el arroyo.

Fuego y agua. Sacó cerillas de la mochila, las encendió, las protegió contra el viento e inflamó la seca hierba en lugares estratégicos. Al principio, algo en contraste con el fulgor del sol de la tarde, el fuego chisporroteó y crujió. Los altos tallos de la hierba fueron el núcleo de crecientes llamas amarillas.

Aparecieron depósitos de ceniza negra, manchando el suelo; crecieron, se fundieron unos con otros. Ahora, una muralla de llamas avanzó hacia adelante. Las formas quitinosas quedaron escaldadas, se desmoronaron bajo las olas de calor.

Train agarró una larga rama encendida. Cruzó los nuevos lugares que hasta entonces se había pasado por alto, destruyendo hormigas con aquella improvisada arma.

Llegó hasta la hormiga reina. Era grande, casi de un palmo y de un rojo sangre. Hormigas pequeñas recorrían su cuerpo. Train sintió un momento de compasión. Sólo comprendiendo a medias el motivo, la dirigió hasta un lugar en donde no corría peligro,

hurgándola con una ramita. Ahora no podía hacer ningún daño.

Bañada entre el agua y el fuego, la multitud de hormigas pereció.

Una vez más, Train estiró sus largas piernas, dirigiéndose desesperadamente hacia su improvisado hogar. Las hormigas podían llegar al valle al mediodía, si es que no lograba detenerlas. Creía haber encontrado un método con el que realizar tal tarea.

Rebordeó la gran horda de hormigas. Los insectos avanzaban a placer hacia su valle, acercándose a él por el estrecho cuello de botella que era el único acceso.

Train subió corriendo por una colina y bajó por la ladera opuesta. Estaba cansado. Muy cansado. Entró despacio en el valle. En cada mano llevaba una lata vacía. Las examinó con torpe sorpresa, luego las arrojó lejos.

Miró tras de sí. Le llamó la atención un brillo dorado, una banda amarilla yaciendo al sol.

Había algo que tenía que recordar.

Acuciado por aquel recuerdo confuso, regresó a su claro.

Ahora comenzaban en verdad las horas de pesadilla.

Desde que se oscureció su visión por primera vez a la muerte de Browne, el cielo ya no conservaba su vieja brillantez. Era como si el joven tuviese astigmatismo en los ojos, porque una mancha oscura revoloteaba amenazadora en los límites de su zona de visión.

El claro, el bosque, el valle que le rodeaban… todo parecía vacío. Vagó por aquellos contornos sin significado, cansado; sin embargo, impulsado por alguna oscura intranquilidad.

Perdió el sentido del tiempo; los acontecimientos y los hechos se fundieron al azar, de un modo casual: inspeccionó las latas del claro, las levantó, las examinó interrogador; le recordaron algo… ¿pero qué? Se acordó de haber tenido otra lata en la mano, una lata de melaza, arrojándola lejos; le parecía estar siempre tratando de recordar cosas; siempre sin éxito; pensativo mientras los efímeros insectos se le escapaban de su alcance; una lata de comida vacía; la dejó caer al suelo; una vez, en una eternidad, llegó a un recio roble, o un árbol por el estilo, que llevaba una profunda impresión; trozos de corteza arrancada yacían esparcidos por el suelo; en aquellos momentos se vio dominado por las náuseas; tendría que pararse, acurrucarse en el terreno, vomitar y sentir cómo se le disipaba

aquel terrible mareo; una vez ocurriese esto, se le ofrecería una ampolla conteniendo un comprimido para que le curase la enfermedad: «Gracias, doctor». Parecía haber viento y lluvia de alguna especie… una fina niebla que venía decantándose despacio, formando un suave arco como si fuesen telarañas moviéndose en el aire veraniego.

De vez en cuando, encontraba islas de cordura en su mar de sueños. Pero era en estos momentos en los que menos descansaba. Viejos dolores y equivocaciones, ofensas para sí y para los demás, regresaban para abrumarle. En la capa ardiente de su cerebro le parecía que actuaba como en los viejos dramas… sólo segundos en la obra de su vida, sin embargo, a su alrededor el tiempo se había encogido hasta que únicamente quedaron recuerdos. Memorias de su vida fueron uniéndose, pegándose unas con otras, llenándole la garganta y escapando en forma de gemido.

¿Por qué había hecho esto?

¡No necesitaba habérselo dicho!

Si al menos pudiese revivir otra vez aquellos momentos, entonces todo sería distinto…

Pensó en su niñez en el triste Casseire; en los buenos y malos días pasados en la emocionante Tierra; las terribles cenas a bordo de la Esperanza del Hombre, aquel laberinto de corredores metálicos de pesadilla.

Una cosa halló que no pudo hacerle seguir odiando a Mark Browne. Después de todo, él era poco mejor que Browne. ¿Qué estaba a punto de hacer cuando se encontró por última vez con aquel hombre? Yo deliraba, pensó, pero seguía siendo yo.

Las oscuridades se acercaron más. Los árboles se cernían como fantasmas a través de la negror. He aquí un movimiento blanco, ¿qué era? Desapareció. Nada.

Ahora estaba muy cansado. Volvió a encontrar el claro y su petate de dormir. Se metió en él. Sólo calor y oscuridad; yacía disfrutando, se vio dominado por una agradable sensación. Los sueños bailoteaban ante él. Vio incluso con mayor claridad a través de los párpados cerrados las formas extrañas que pululaban y le circundaban. Una, en particular…

Durmió.

Bramble Train despertó confuso: ¡era el décimo día!

Salió de su saco de dormir y se vio dentro de la luz del día, como un insecto que deja su capullo una vez adulto.

¡Vivo! Un filamento de pura sensación se enroscó por el aire, atacándole el estómago. El olor de comida cocinándose.

Junto al arroyo, preparando carne y verduras en su sartén, se sentaba la mujer del bosque; así la identificó automáticamente.

Ella se puso en pie, permitiéndole contemplarla a satisfacción. Tenía la piel tan blanca como la leche, el pelo tan negro como el carbón. Sus ojos eran tan grandes como los de un hada. Era tan delicada como una criatura salida de un cuento infantil. Los toscos pantalones y camisa de Train en los que ella se había vestido formaban un simbólico contraste con su delicadeza, prestándola una apariencia de profunda voluptuosidad que de otro modo quizá no hubiese poseído.

Ella sonrió, pronunció tres breves y musicales sílabas. Train advirtió que no estaba intentando la comunicación, sino presentándose a sí misma, hablándole para que pudiese conocer el sonido de su voz.

Aún contenido por una ligera confusión, él no respondió. La muchacha volvió a cocinar.

Train miró a su alrededor. Sus ojos siguieron el vuelo de un pájaro cobrizo que parecía arder por el cielo y encontraron un turbio manchón en el horizonte: una nube de pájaros o de cosas voladoras que descendían y remontaban el vuelo desde la zona en donde estaban las hormigas muertas… un festín fantasmal y alborotado en la carroña de los insectos.

Había deducido bien. Las hormigas de este planeta eran mayores que sus parientes terrestres, pero tenían los mismos defectos. Su punto flaco yacía en la estrechez de su visión con la que perseguían sus fines. Como un héroe en una tragedia griega, esa era la fuente de su caída.

Había preparado un gran círculo de melaza para ellas en el plano canal que conducía al valle. Las hormigas circundaron la sustancia dulce y se formó una banda continua de ellas. Cada hormiga era seguida estrechamente por otro miembro de su raza y también seguía a una hormiga anterior, ligadas unas con otras por un lazo químico. Se vieron como atrapadas en un torbellino; la horda de hormigas era como una serpiente estúpida que persiguiese

su propia cola. Cuando desapareció la melaza las hormigas murieron de hambre y de agotamiento.

Encontró que su hombro izquierdo, herido por la bala del arma de Browne, había sido vendado. Trabajo de la chica. ¿Acaso ella también era el motivo de que estuviese vivo? Frunció el ceño… ¿era un recuerdo verdadero o un sueño?… Un comprimido. «Grados, doctor».

La comida estaba lista. La chica hizo un gesto a Train para que se sentase. Mientras se lo decía, su hombro rozó de nuevo con un jarro de flores. En su interior aparecía un objeto como una cápsula: era el cartucho, de una de sus balas. Una bala que, a costa de las vidas de varias generaciones de insectos, le había proporcionado inmunidad ante la Epidemia de los Nueve Días. Su torrente sanguíneo estaba vacunado y elaboró las consiguientes antitoxinas.

Pero Train no prestó atención, dejó de fijarse en la cápsula. Tenía los ojos fijos en la muchacha.

Entonces no supo que era una princesa de los
T'schenari,
una raza que poseía los secretos de la naturaleza. La habían metido dentro del corazón de un roble para que pudiese escapar a la atención de la terrible horda de
Cast'Rotors,
que, amargadas por su propio desastre a causa de la esterilidad, pululaban a través del universo destruyendo toda cuanta vida encontraran.

Entonces no sabía, aunque lo sospechaba a medias, que la había hecho despertar de su sueño de cinco mil años nada más «tocarla». Pero sí supo que la joven era tan brillante como el mundo que se extendía libre e incitante en torno a ellos.

FIN

LOS CONSPIRADORES

James White

El restaurante era selecto y muy muy caro. Caro porque era el único lugar de la ciudad que ofrecía comida cocinada y servida a mano y selecta, por lo que muy pocas personas podían permitirse el lujo de cenar allí. Sus clientes exhibían siempre el tranquilo refinamiento que es patrimonio de los ricos en extremo, aunque inobstrusivamente. Y jamás, en los treinta años transcurridos desde la inauguración, habían expulsado del local a ninguna persona.

Pero los clientes no llevaban consigo a sus animales favoritos y les permitían comer en la mesa dos veces seguidas.

Sin preocuparse del embarazo que estaba causando a los demás comensales de la habitación, se arrellanó en aquella inapreciable antigüedad que era su silla, la barbilla sobre el pecho, los ojos fijos en el vacío. Reflejada en sus pupilas se veía la soledad, la frustración y un dolor tan grande que uno se preguntaba cómo era posible vivir con tan terrible carga. Un joyel negro con galones de plata lo identificaba como hombre del espacio con categoría de ejecutivo y el cuello de su túnica supuestamente a prueba de arrugas llevaba una diminuta estrella de oro… pero nadie se fijaba en eso. Un viejo gato negro estaba agazapado en una blanca servilleta junto a su plato. Le acariciaba con aire distraído.

En una ocasión dijo con voz espesa:

—Para ti, sólo lo mejor. —Había bebido demasiado.

El gato no le hacía caso. Seguía vigilando a la mesa contigua en donde una pareja de jóvenes comían tostadas con pececitos fritos. De pronto, el gato bajó la cabeza y comenzó a arrastrarse entre los platos…

* * *

Algo iba mal. Estaba fuera de su alcance, pero Félix captó una viva e incoherente sensación mezcla de sorpresa, de pérdida y de pánico en el instante en que ocurrió. Flotaba, desinteresado hacia el exterior, en mitad del pasillo que conducía a la Sección Biológica y aguardaba a que le llegaran detalles por la línea de comunicaciones.

Minutos más tarde, el retransmisor que estaba colgado en la red de la pared del extremo del corredor comenzó a emitir los hechos. Las noticias eran muy malas.

Parecía que el Pequeño cuyo trabajo era averiar ciertos diminutos aunque importantes circuitos en la Sala de Comunicaciones, con propósitos relacionados con la Fuga, había tenido un accidente. Singer lo presenció… Félix imaginó que fue Singer. Incluso en la cuarta etapa de una retransmisión el sistema de pensamientos era inconfundible; toda noción y nada de hechos eficientes… el Pequeño había buscado cobijo cuando oyó venir al tripulante, calculó mal y se metió en una sección viva. Viva con respecto a su carga eléctrica, que era de sólo un par de centenares dé voltios, pero eso fue algo terrible para el Pequeño… estaba muerto por completo. Lo que quedaba de él flotaba a simple vista y Singer se estaba matando rápidamente a sí mismo con sus intentos frenéticos de llamar la atención del tripulante porque si el hombre se fijaba en el cuerpo y en el cable desconectado junto a él, podría entrar en recelos. Singer quería hacer algo rápido. El mensaje terminó con una libre y abundante sensación de miedo, de urgencia y de pánico, que casi llegaba a la histeria.

El otro Pequeño, oculto en un ventilador al otro extremo del corredor, recibió el mensaje retransmitido por Félix exactamente tal y como éste lo había recibido. Pero hizo una adición. Envió:

«Incluyo esto. Félix a Whitey. Creo que puedo solucionarlo. Envía a alguien para sustituirme… estoy en el servicio de retransmisiones a mitad de camino a lo largo del corredor Cinco-C… Voy a Comunicaciones».

Se retorció furiosamente hasta establecer contacto con la red de la pared, luego se lanzó corredor abajo hacia la intersección que llevaba a la escena del accidente.

De ordinario, Félix dejaba las decisiones importantes a los

Pequeños. Ellos tenían cerebro. No sabía por qué en esta ocasión tornó la iniciativa. Whitey, pensó, quizá no se mostrase satisfecho.

Podía entrar en la Sala de Comunicaciones y sacar el cuerpo del Pequeño sin que el tripulante le viera. Singer, aunque poco práctico en muchos sentidos, podía crear toda una maniobra de diversión cuando se le antojaba. Singer estaba revoloteando en torno a la cabeza del hombre, en estrechos círculos, y el individuo efectuaba intentos inefectivos de darle un manotazo y se preguntaba en voz alta qué diablos le ocurría a aquella maldita cosa. Félix sabía que tenía ojos y pensamientos sólo para Singer. Bien.

La piel del cuerpo estaba muy chamuscada y el morro de Félix le dijo que las partes de la carne subyacente estaban también cocinadas. De pronto un hambre cruda y animal agitó su interior y comenzó a gruñir, pero reprimió los sonidos. Puesto que el cambio había comenzado, la satisfacción de su naturaleza no era para él. Félix empujó el diminuto cadáver hacia el rincón opuesto de la habitación, bien lejos de todos aquellos circuitos importantes, luego se lanzó tras de él.

Cuando lo hubo recuperado y lo tuvo fijo entre sus zarpas, dijo a Singer:

«Está bien, Pájaro inteligente. Ya puedes descansar. Será mejor que te marches ahora… puesto que se supone que debes tenerme miedo».

* * *

Una franja amarilla brillante de movimiento, Singer huyó por la puerta y bajó por el pasillo. Antes de estar fuera del alcance, repuso:

«¡Sí te tengo miedo… salvaje!».

Segundos más tarde, el tripulante veía a Félix. Complacido, dijo:

—¡Félix! ¿Dónde has estado escondido? —Cogió a Félix por el cuello con una mano y se acercó un asiento con la otra. Sentándose y colocándose a Félix en el regazo, prosiguió—: De modo que cogiste a un ratón, ¿eh, Félix? ¿Pero qué has hecho con él? ¿Te lo has comido acaso o algo por el estilo? —dejó de hablar entonces, pero su mente estaba atareada. Comenzó a acariciar la parte posterior del cuello de Félix.

Félix no tuvo ganas de runrunear, aunque sabía que el hombre esperaba que lo hiciese. Al cabo de un rato comenzó a disfrutar a su pesar, pero eso no le impidió leer los pensamientos del tripulante.

Un pensamiento agudo y claro, característico de los Pequeños, despertó de pronto toda su atención. Félix no podía ver al otro, pero sabía que el Pequeño estaba a diez metros de él… que era el máximo alcance efectivo de su telepatía… probablemente en el traje espacial de emergencia colgado al exterior de la puerta, y que había visto Félix al entrar. El pensamiento decía:

«Félix, tu sustituto está ya en posición. Whitey quiere que informes».

«Bien. Transmite esto. Félix a Whitey…».

Durante un momento, Félix se sintió impresionado mientras pensaba en Whitey, en el Bio-Lab-Tres… a más de la mitad de la extensión del gran navío de lejos… rodeado por Mayores y Pequeños que no estaban en servicio de retransmisión y todos ellos trabajando en la Fuga. Y los otros retransmisores telepáticos que enlazaban
Lab-Tres
con lugares como Almacén de Semillas, Central y Máquinas… Captando un pensamiento impaciente del Pequeño del corredor, Félix se apresuró a volver su mente a la tarea de relatar el informe.

«… Este Humano no es sospechoso —emitió—. El Pequeño estaba tan carbonizado que las señales del Lab habían sido borradas y él cree que es un Salvaje de la Sección de Almacén de Semillas. Cree que yo le hice caer sobre algún cable cargado de corriente mientras jugaba con él y que he tenido suerte de no haber seguido el mismo destino… otra vez vuelve a aparecer el concepto viejo de las “nueve vidas”… pero se pregunta por qué no me comí la cosa…».

Félix se dio cuenta de una sensación de impresionada impulsión que quedaba como estela de su mensaje mientras recorría toda la línea. Félix no compartía la profunda pena que el accidente causó entre los Pequeños, más inteligentes y más sensitivos. Obtenía un perverso placer a veces en sorprenderles. Sin significar ante ellos que le hacían sentirse inferior, envidioso. Félix, sin embargo, no se sentía orgulloso de tales sensaciones, pero es que tampoco creía poder hacer nada por remediarlas. El Cambio en él era muy lento.

«… No está interesado en comprobar nada del equipo de la sala —continuó Félix—, pero sí impaciente por reunirse con la masa de la tripulación que está agrupada en la sección de Astronomía tratando todos de ver más de cerca el nuevo planeta. Siente algo de rebelión por tener que estar de vigilancia aquí, en un momento como éste y se pregunta sarcásticamente si el capitán espera que los nativos, si los hay, del planeta, vengan a visitarle».

«En lo más profundo de su mente está colérico porque el navío explorador no ha podido efectuar el aterrizaje. Pero ni él ni nadie más sospecha que somos responsables de haber averiado sus bobinas del Motor Planetario. El hecho de que los recambios también falten hace que busquen al culpable en algún error administrativo al almacenar o comprobar el equipo en la base de procedencia. No saben que tenemos escondidos estos recambios».

El Humano dejó de acariciar a Félix y le empujó suavemente para que bajase de su regazo. Félix terminó:

«Ahora trata de dormir. Sabe que nadie vendrá aquí y además por si acaso, posee el sueño ligero» —aguardó ansiosamente la respuesta de Whitey.

«Lo has hecho muy bien, Félix».

Aunque a través de diversas personalidades que colaboran en el informe durante casi una gran cantidad de entidades retransmisoras, el pensamiento seguía siendo cálido, lleno de felicitaciones. Luego cambió sutilmente:

«Debes ir inmediatamente al Lab, Félix. Existe un problema de transporte».

«Bien —respondió Félix—. Pero antes de que me vaya me cercioraré; el Humano duerme ya. Si enviáis a alguien para arreglar estos cables desconectados de modo que pasen ante la inspección visual, no ocurrirá nada aquí que no nos convenga».

Interceptó la respuesta cuando ya estaba a mitad de camino del Lab. Se había dado prisa. Le decían:

«Gracias, Félix. Ya lo estamos haciendo».

Cuando llegó al Lab habían quitado ya la rejilla ventilador para que entrase. Nunca utilizaba la puerta por el motivo de que los Humanos la mantenían cerrada a cal y canto, así que abriéndola hubieran despertado sus sospechas. Félix se escabulló y pasó. Mientras saltaba y cruzando la pequeña antesala que conducía al

adecuado laboratorio oyó a los Grandes volver a colocar la rejilla. Nada… efectivamente ahora que estaban tan cerca del éxito… debía permitir hacer que los tripulantes sospechasen que ocurría algo malo. Incluso los Grandes, que no eran demasiado brillantes, comprendían eso.

Félix había estado «tentado» con su mente… aún se sentía demasiado propenso al abuso de la telepatía… así que no tuvo ningún aviso acerca de lo que podía esperarse. Sin peso, incapaz de detenerse, voló graciosamente dentro del laboratorio… cayendo en mitad del local.

Tropezó cinco veces y fue enviado dando vueltas quedando estropeado su magnífico salto calculado, puesto que tuvo que volar por encima de los Mayores. Por último perdió cuenta de con cuanta frecuencia los Pequeños le empujaban. Cada cual en su lugar… y los jóvenes también, si es que había alguno de estos… estaban en un rápido movimiento, rodando de pared a pared, de suelo a techo y de esquina a esquina.

Parecía como una nevada de cositas peludas. Cuando por último logró llegar a una red de pared, dirigió un pensamiento al ratón blanco que se agarraba a la piel de un Mayor en el otro lado de la habitación. El pensamiento careció de palabras, eran incoherentes y abarcaba toda una pregunta.

«Están haciendo ejercicios para la evacuación, Félix —explicó Whitey—. Y ese es el problema que mencioné. Algunos de ellos… los jóvenes especialmente… no podrán conseguirlo —Whitey se detuvo para dar instrucciones a un Mayor que flotaba desvalido en mitad del laboratorio. Prosiguió—: Ven aquí, Félix. Podremos "hablar" mejor a menor distancia».

Félix de nuevo recibió varios golpes mientras cruzaba el espacio, producidos por los Mayores.

Pero establecer colisión con un conejillo de indias no era doloroso, simplemente desconcertante y le quedaba todavía bastante dignidad para sentirse ofendido.

Acababa de instalarse junto al Mayor que llevaba encima a Whitey cuando Singer entró volando y se les unió. El canario se agarró, las alas plegadas, en el mismísimo aire, como si estuviese colgado y giró lentamente dada la corriente de aire del acondicionador, quedando a sólo veinte centímetros del morro de

Félix.

Félix se preguntó de pronto qué tal sería la cosa si le mordía la cabecita y se la quitaba de una dentellada.

Emitiendo sorpresa y pánico, Singer aleteó desesperadamente, poniéndose fuera de su alcance.

«¡Basta de eso, Félix!».

Whitey, en verdad, estaba enfadado con él, con la cólera desvaída y frustrada que inspira siempre la conducta de un chico retrasado mental. Avergonzado, Félix se dirigió a Singer.

«Lo siento, no era mi intención pensar eso. No te haría daño por nada del mundo. Vuelve».

Singer regresó aleteando nervioso, pensando en horribles e insensitivos brutos y grandes caníbales peludos. No estaba del todo tranquilizado.

Whitey, desaparecida su cólera tan rápidamente como se presentara, comenzó a exponer el problema.

«Vosotros dos sabéis que teníamos intención de evacuar a todo el mundo y también conocéis cómo abandonar la Nave… en uno de los cohetes de pruebas controlados por radio. Pero hemos juzgado mal».

«La distancia del laboratorio a las rampas de lanzamiento supera a los ciento cincuenta metros y ahora hemos descubierto que no hay tiempo suficiente para que todo el mundo suba a bordo del cohete».

«Mirad, tendrán que hacerse varios viajes, puesto que los jóvenes y los Mayores son lentos y torpes».

«Jamás tendrían la posibilidad de practicar el viaje sin peso a larga distancia como nosotros y son muchos peores en esa tarea de lo que nos imaginamos. Además, resultan tan lentos en aprender, unos cuantos…».

Tan lentos en aprender, pensó Félix con tristeza, como yo. Pensaba que los tres se acordaban ahora del Cambio y de cómo le había afectado personalmente, al igual que afectó a la especie como total.

Ninguno de ellos estaba seguro de por qué había sucedido el Cambio, pero habían tres teorías. La aceptada generalmente era que el tiempo prolongado de la ingravidez ocasionada por el manejo del supermotor del navío, o la libertad de la gravitación de su planeta patrio, o al faltar alguna radiación hipotética dada por el sol natal,

todo esto individualmente o en su conjunto causó un cambio en la estructura celular de los cerebros pequeños y relativamente sencillos de los animales a bordo del navío.

Como resultado, se experimentó un creciente aumento de su Cociente de Inteligencia.

El Cambio, sin embargo, no ocurrió a una velocidad uniforme, sino que varió con el tamaño del cerebro afectado. Los ratones, de sesos pequeños, fueron los primeros influenciados. Desarrollaron con rapidez una gran inteligencia y la facultad de comunicarse telepáticamente. Además de poder leer los pensamientos mutuos, eran capaces de sondear; en el cerebro del tripulante que entraban en el laboratorio a intervalos semanales para llenar el suministrador automático de alimentos que les permitía mantenerse alimentados.

* * *

Aprendieron mucho de él; sus deberes, su trasfondo, lo que pensaba acerca de los otros miembros de la tripulación y, más importante, el propósito de la Expedición. Del mismo modo, porque vocalizaba sus pensamientos, aprendieron el lenguaje.

Esto aumentó su comprensión del medio ambiente, pero también les causó elaborar una asunción importante basada, aunque no lo supieran, en datos demasiado pequeños.

Porque el navío llevaba sólo fuera de la Tierra apenas cuatro meses y el terrible aburrimiento todavía no dominaba en aquel reducido mundo, y este humano particular estaba en exceso repleto de pensamientos gloriosos acerca de su primera exploración por las estrellas, la posible colonización de planetas recién descubiertos y una cálida y afectuosa sensación de hermandad hacia todo el mundo en general.

Y, por naturaleza, era amable con los animales.

Era también el único Humano cuya mente era asequible a los animales para su lectura… ningún otro tripulante solía entrar dentro del radio de diez metros de la telepatía de los Pequeños.

Su asunción, por tanto, estaba justificada.

Durante seis semanas la comunidad de los Pequeños existió en el Lab, con servomecanismos atendiendo cada necesidad suya, felices, contentos y muy excitados.

Creyeron que eran colonos del navío.

Luego, un día, colocaron a Singer en el Lab. Singer era una especie completamente nueva para los pequeños.

Tenía un color amarillo y brillante, poseía «alas» que le facilitaba la tarea de moverse, aun en las condiciones de ingravidez del navío y producía vibraciones audibles que resultaban agradables de escuchar…

Aunque no era tan brillante como los Pequeños, el Cambio le había hecho telépata. Tenía mucha más información que impartir acerca del navío y su tripulación; información que dejó a los Pequeños impresionados y horrorizados.

Era capaz de decir su verdadero estado a bordo de la Nave y el destino que podían aguardar los animales experimentales cuando llegase el momento de probar la atmósfera, la vida vegetal y las bacterias en un planeta nuevo.

Singer les había hablado de un feroz monstruo negro, al que los humanos llamaban «Félix», que vagaba por la Nave y de cómo los humanos le habían metido aquí dentro para impedir que aquella bestia enorme la matara y le devorase.

La vida de pronto se convirtió en un áspero negocio. Tratarían de escapar, claro, pero los Pequeños sabían bastante sobre la operación del navío ahora para darse cuenta de cuán escasa era la oportunidad de hacerlo. Y ni siquiera podrían abandonar el Lab, a causa de esta cosa llamada Félix. De haber sido posible hubieran creado una oportunidad de escape, mediante el sabotaje o algún otro medio. Pero lo único que podían hacer era aguardar y esperar que los Mayores, que también vivían en el Lab, pudieran ocuparse de Félix, cuando hubieran avanzado bastante más.

Pero los Mayores habían sido lentos, lo sabía Félix, y su corpulencia era solo relativa. Por fortuna jamás trataron de ocuparse de él; un arañazo entre un conejillo de indias… o incluso entre varios… y un gato crecido, no habría rehusado jamás una pelea abierta.

Félix había estado husmeando el interior del Lab un día, esperando proporcionarse algo de comida «al acecho», pero de pronto se dio cuenta que los animales de dentro le estaban «hablando». La razón de la extraña habilidad la había advertido en sí mismo al ser capaz de comprender a los humanos —aun cuando

ellos no hablasen en voz alta— se lo estaba explicando y muy pronto tuvo cosas más importantes en su mente que tratar de comerse a los Pequeños, De inmediato se convirtió en una persona importante, en una persona invalorable. En el modo en que los Pequeños lo explicaban, su más amplio conocimiento del navío y de la tripulación, junto con su ayuda al guiarles a ciertos lugares clave, hacían la fuga no sólo posible, sino muy beneficiosa.

* * *

«¡Presta atención, Félix!», emitió con viveza Whitey. Félix salió apresuradamente de su ensueño, dándose cuenta de que de haber sido humano, su rostro se habría puesto muy colorado.

«Te estaba diciendo que los Mayores son lentos —continuó Whitey— y torpes. En parte es por eso que no les hemos permitido salir mucho del Laboratorio; serían localizados con facilidad. Pero ese es el problema ahora, hacerles mover con rapidez».

«De momento no había solución. Pero vosotros dos sois "mascotas" y tenéis libertad en el navío, podéis sugerir algo — Whitey hizo una pausa y las imágenes fantasmales, sin palabras, que todos conocían tan bien, surgieron desde el fondo de su mente. Experimentación, vivisección, asesinato. Ceñudo, continuó—: Yo no quiero dejar a nadie aquí, para eso…».

Se interrumpió cuando dos detonaciones llegaron, casi simultáneamente, desde los extremos opuestos del gran navío.

«Retransmisión desde Motores Secundarios. Departamento G, la deceleración se ha ordenado para dentro de tres minutos».

«Retransmisión desde la sala de Control. El capitán ha ordenado al departamento G la deceleración…».

Prácticamente era un dúo.

El enlace telepático que provenía desde todos los puntos claves del navío al Laboratorio era rápido, eficiente y seguro. Pero resultaba algo más lento que el sistema de intercomunicación del navío. Algunos de los animales eran capaces de actuar según la información antes de que la deceleración les alcanzase y resistir. El resto cayó, una capa desigual y forcejeante, gris y parda en la pared delantera.

Félix tomó tierra del modo que siempre lo hacía, agazapado,

sobre sus patas. Por desgracia, también cayó sobre un grupo de otros jovencísimos Pequeños. La explosión resultante de miedo y cruda cólera sin inhibiciones de sus mentes subdesarrolladas por poco ataca su cerebro antes de ser capaz de distinguir. Luego tuvo que contrarrestar los ataques de los airados padres interesados, aun cuando el adulto Pequeño era bastante inteligente para darse cuenta de que nada de lo ocurrido era culpa de Félix. Había algunas cosas que no dependían de la inteligencia, comprendió Félix, y el amor maternal era una de éstas.

Bruscamente Félix sintió aversión de sí mismo. Era el atleta de los alrededores, jamás había tenido pensamientos como éste antes. Pero esa sensación le desapareció con la misma rapidez que le sobreviniera.

Mientras duraba la deceleración, Félix escuchó a los Pequeños y trató de conservar el aire divertido que sentía, impidiendo que se mostrase demasiado en su mente. Él no había lastimado a los convecinos, claro, sólo les asustó. Y eran extraordinariamente fuertes para su tamaño y tan ligeros que podrían recibir un golpe, sin el menor daño, dado con una fuerza que probablemente mataría a Félix. Comenzó a preguntarse cuánta sería su dureza y meditó en el problema de la evacuación. Supongamos…

El Pequeño captó el semiformado pensamiento e irradió una negativa mental. Félix trató de tranquilizarlo, pero entonces la falta de pesantez regresó y se vio lanzado hacia Whitey de nuevo.

Mientras Félix volaba por los aires, Whitey emitió:

«Yo también he oído algo de eso, Félix. ¿Querrías extender ese pensamiento sobre transportar los jóvenes hasta el cohete?».

Félix tomó mentalmente el equivalente a una profunda bocanada de aire. Se daba alguna cuenta del hecho de que su pensamiento, cuando se comparaba con el de los Pequeños, era lento y a veces casi incoherente. Pero hizo cuanto pudo.

«Es esto. Sugiero que transportemos a los jóvenes hasta las rendijas de lanzamiento antes que vayan los adultos, en vez de hacerlo al mismo tiempo. De ese modo los Mayores sólo tendrán que efectuar un viaje y no importa que sean inexpertos, tendrán tiempo abundante para el recorrido. Con Singer aquí para ayudarme como vigía, puedo transferir a seis u ocho de ellos a la vez hasta el cohete de pruebas. Y aun cuando un tripulante me viese…».

Whitey interrumpió:

«¿Cómo vas a moverlos, Félix?».

Todos los cerebros de la habitación estaban prestándole plena atención ahora.

«Pretendiendo jugar con ellos —respondió Félix, Dubitativo, comenzó a explicar—: En los viejos tiempos, antes de que supiese lo del Cambio, la tripulación me daba cosas con que jugar. Era muy divertido —se detuve de pronto, sintiéndose avergonzado y embarazado ante la confesión que acababa de hacer. Presuroso, continuó—: eso fue antes de que os conociese, claro».

«Pero lo que quiero decir es que sé dónde están algunas de esas cosas que me servían para jugar. Son blandas, esféricas y su tejido se abre con facilidad. Los jóvenes pueden esconderse dentro mientras yo empujo a esas cosas».

«Los Humanos no se mostrarán recelosos al ver a un gato jugando con una vieja pelota de trapo».

* * *

Casi antes de que hubiese completado el pensamiento le llegaron las objeciones densas y rápidas.

Félix lo encontró algo impresionante; jamás había tenido tantas mentes pensando en su cerebro a la vez antes de todo esto. Pero de algún modo, tras los primeros minutos, eso dejó de asustarle. Era una sensación extraña. Seguía sintiéndose impresionado por su inteligencia enormemente mayor, pero no tanto como antes. Ahora les respetaba… casi les a preciaba… les consideraba como iguales. Posiblemente era la naturaleza de los pensamientos que ellos elaboraban lo que produjo tal cambio en él. Félix podía comprender sus sensaciones, pero esas ideas le ofendían.

Impaciente, interrumpió el constante torrente de protestas. Comenzaban a repetirse a sí mismos.

«Whitey. Diles que no voy a comerme a esas cosas…».

No le creyeron.

Oh, los Pequeños sabían que pensaba lo que decía, comprendió Félix, pero no confiaban en sus impulsos. Los Mayores, menos inteligentes aún, le consideraban un carnívoro semidoméstico y no se fiaban de él para confiarle a los jóvenes y que los tuviera a su

merced. Pero sabía que si lograba convencer a los Pequeños de que su plan resultaría, podría ganarse incluso a los Mayores.

Whitey todavía no se había decantado por un bando u otro en la discusión, así que se conservó imparcial. Reclamó con viveza atención y se vio sorprendido agradablemente cuando la obtuvo de inmediato. Comenzó a hablar con aire autoritario.

«Esta es la disposición tal y como la veo de momento —emitió —. El navío está en procesa de adoptar una órbita de ocho horas en torno al primer planeta en apariencia habitable que se ha descubierto. El planeta, todavía sin nombre, es designado por la tripulación como Epsilon Aurigae VII, y están muy excitados por haberlo encontrado durante los primeros siete meses de un viaje de exploración de tres años».

«A través de nuestras líneas de transmisión telepáticas hasta los centros de control del Navío, sabemos que esta maniobra de orbitar quedará completa dentro de veintitrés horas, después de las cuales la mayor parte de la tripulación estará atareada trazando mapas de la superficie planetaria, estudiando su clima, o simplemente mirándolo con telescopios. Poco más o menos una hora después de que el navío tome su órbita, dos de los grandes cohetes de pruebas serán enviados por control remoto a la superficie, con el propósito de recoger muestras de aire, suelo y líquido de puntos tan separados en el planeta como sea posible. Estos cohetes serán guiados de manera automática y, si todo sucede de acuerdo con el plan, nosotros ocuparemos uno de ellos».

Félix hizo una pausa. Estaba pensando en el Pequeño que había muerto recientemente en la sala de Comunicaciones.

«Hemos sido capaces —prosiguió— de arreglar los circuitos de alarma aquí en el Navío de modo que el cohete que nos contenga aparentemente se comportará con normalidad, aunque en verdad será controlado por nosotros en el primer punto conveniente del aterrizaje para que podamos desembarcar. Pero sólo tenemos una hora, *menos* de una hora, para poder escabullimos en el interior, cuando la tripulación estará demasiado ocupada para fijarse en nuestros movimientos; y durante este período, todos los animales deben subir a bordo del cohete de prueba. Eso significa que todos los aquí presentes, los Pequeños del Almacén de Semillas y todos los transmisores esparcidos en torno al Navío tendrán que llegar a la

tronera de lanzamiento y encontrar sus puestos a bordo en tan breve espacio de tiempo. Y la mayor parte de ellos tendrán que hacer varios viajes de ida y vuelta para recoger a los jóvenes o… —Félix miró a los torpes y poco adiestrados Mayores—… la gente que no ha sido capaz de practicar el viaje sin peso».

«Whitey dice que eso es imposible».

Los Pequeños gozarían, pensó Félix, y los Mayores querían saberlo también. Pero cada cual había desarrollado la costumbre de explicar las cosas varias veces a los Mayores… todavía no eran muy brillantes… Félix logró controlarse con rapidez. Este último pensamiento había carecido de tacto. Esperaba que los Mayores hubiesen estado demasiado atareados con sus propios pensamientos para darse cuenta de su resbalón.

«Ahora mi idea es que evacuemos a los jóvenes de ambas especies primeros y antes de que se termine la maniobra de orbitado. De ese modo, incluso los más torpes —a Félix le hubiese gustado utilizar una palabra más amable, pero le era imposible mentir con el cerebro—… los Mayores podrán dirigirse hasta la rendija en la hora restante antes de que zarpe el cohete de pruebas. También haciendo todos un solo viaje, el riesgo de ser descubiertos por un tripulante será prácticamente nulo. Creo que puedo manejarlo, pero necesitaré mucha ayuda».

Félix estaba tratando de darles la idea de que estaría bajo observación todo el tiempo y que, incluso si quisiera, no podría poner en práctica ningún estratagema. Era la única manera, según sabía, de hacerles ponerse de acuerdo con su plan.

«Tendrán que ser los Pequeños quienes estén a ambos extremos de la línea para cargar y descargar a los jóvenes y yo necesitaré a Singer para crear una diversión en el caso de que algún tripulante se presente y desee jugar conmigo. Y necesitaré ayuda con otras cosas, también».

De pronto se preguntó por qué se tomaba todas estas molestias por ellos. Hace poco tiempo ni se hubiera preocupado. ¿Qué le estaba pasando?

Terminó de manera sencilla:

«No veo otro sistema de hacerlo a tiempo».

* * *

Más tarde, mientras estaba empujando a una pelota abultada y multicolor llena de ocho forcejeantes conejillos de indias, cachorrillos a lo largo del pasillo hacia el cohete, Félix pensó lo cerca que había estado. Cuando Whitey asintió a su plan, Félix creyó que todo quedaría zanjado… después de lo ocurrido, él era su jefe. Pero no había sido así. Casi hubo una guerra civil entre ellos antes de que finalmente accediesen a poner en práctica el plan y habían desperdiciado más de media hora con la discusión. Según parecía, no se fiaban de Félix.

En la intersección que conducía a la ranura de lanzamientos, Félix dejó que su cuerpo chocase con la red de la pared, cayendo parcialmente en lo alto para impedir que el rebote se produjese más de una vez. Los pasajeros inmediatamente chillaron diciendo que los estaban asesinando y que querían reunirse con sus madres. Por fortuna, pensó Félix, fue la secuencia telepática; de haber sido audible, los hombres habrían venido corriendo por todo el navío. A toda prisa, tranquilizó al Pequeño que estaba en su línea de transmisiones en el corredor y que irradiaba ansiedad como un tubo fluorescente. En el otro extremo del corredor vio a Singer canturreando y revoloteando en una serie de vuelos sinuosos. Esa era la señal de que todo estaba despejado. Félix ajustó su carga firmemente entre sus zarpas anteriores y el pecho y dio un salto otra vez.

No podía en realidad censurarles porque no se fiaban de él, pensó, mientras las paredes del pasillo pasaban lentamente a su alrededor. Todavía había en él mucho espíritu salvaje. La mayor parte se debía a la lentitud de su Cambio, pero buena cantidad era causada también por los tripulantes que le trajeron a bordo del navío como mascota. Eran los no especialistas de la nave. Efectuaban la mayor parte del trabajo duro y eran, para decirlo de manera suave, decididamente salvajes. De sus mentes Félix aprendió prácticamente lo que sabía, hasta que llegó el momento de la unión con los Pequeños. El resultado era que se sentía inclinado a pensar y actuar como sus antiguos «amos». Y el idioma que utilizaba cuando al tratar de expresar sus pensamientos y su aire general de duro cinismo, hacían difícil para los demás confiar en él por completo. Era muy difícil convencerles que sus ideas habían cambiado.

Sin embargo, aun pensando que no fuese un buen tipo, los Pequeños tenían suerte de contar con su ayuda. Eran inteligentes, eso lo sabía Félix; los seres más inteligentes y civilizados del navío… incluyendo a la tripulación. Si hubiesen tenido manos y una forma más práctica de resolver problemas, podrían haberse ocupado de gobernar la Nave por sí mismos hace meses y desembarazarse de los Humanos. Pero no eran lo bastante duros ni prácticos. Cuando había algún tiempo libre utilizaban su gran inteligencia para adentrarse en discusiones filosóficas entre ellos y eran, Félix pensó con lástima, terriblemente poco realistas, incluso blandos. En muchos aspectos, como Singer.

Oh, cuando Whitey comenzó a planear la Fuga le dijo a Félix, muy en serio, que nadie resultaría lastimado, ni siquiera los tripulantes.

Félix consideró que aquello tenía muchísima gracia.

* * *

Poco antes de establecer contacto con el camaranchón del extremo del pasillo una súbita oleada de aceleración le envió resbalando por la pared. Agarrándose a una sección de la red contempló cómo su carga rodaba varios metros, luego se alojaba suavemente en un rincón. El rugido mental de los pasajeros casi apagó el mensaje retransmitido desde alguna parte en la proximidad y que informaba:

«El capitán a ordenado media aceleración G durante tres segundos».

Ahora, pensó Félix disgustado, ahora me lo dicen.

Singer, que revoloteaba y agitaba las alas lentamente para compensar la media G, pasó a pocos metros. Ansioso, preguntó:

«¿Cuánto más, Félix? No queda mucho tiempo…».

«Cosa de una docena de Pequeños y cinco de nosotros —replicó Félix mientras los motores se detenían y él comenzaba a empujar su carga a través de la escotilla abierta a la camareta del Cohete de Pruebas—. Calma. Con dos viajes más bastará».

Pero Singer era de los que se preocupaban. Suponiendo que Félix fuese pillado en el extremo equívoco del corredor durante una ráfaga de aceleración, una caída de treinta o cuarenta metros,

incluso a un cuarto de su peso, sería mala para los pasajeros suyos.

Y también sería mala para él, pensó con aspereza Félix. Posiblemente resultaría fatal. Con bastante viveza ordenó a Singer que se callara. A Félix no le gustaba que le recordasen todas las cosas desagradables que podrían sucederle.

Ambos cohetes de pruebas yacían en sus rampas de disparo. Unos torpedos romos, grises, sus paredes de acceso abiertas y sus antenas extensibles les hacían parecer escarabajos de diez metros. No era necesario que fuesen aerodinámicos; esas cosas no estaban diseñadas para batir records de velocidad, sino para cruzar la atmósfera del planeta siendo vigilados a una velocidad que no perjudicaría a sus sensibles aparatos de pruebas y posiblemente a las muestras todavía más delicadas que recogerían de vez en cuando. Era esta baja velocidad el factor que hacía posible la Fuga. Un proyectil ordinario, e incluso un cohete mensajero, con una aceleración de cincuenta o sesenta G, haría de sus pasajeros una especie de potaje cinco segundos después del despegue. Pensó en todo lo que dependía de la suerte desde el principio. Los animales, aparte raros ejemplos como el que murió en la Sala de Comunicaciones, parecían tener todas las facilidades.

A Félix no le gustó eso. Desconfiaba demasiado de tanta buena suerte.

Dio a su carga un empujoncito suave en dirección al cohete más próximo. Parecía desierto, inocuo, pero Félix sabía que dentro había un torbellino de actividad. La mayor parte de los Pequeños de la cercana sección del Almacén de Semillas, los hermanos «salvajes» de los ratones del Laboratorio, sabían que su trabajo era el aprovisionamiento del cohete, y allí estaban en sus puestos, el resto se escondía en las paredes de acceso abiertas esperando ocuparse de los pasajeros de Félix.

«Aquí hay otro grupito —pensó Félix ante el casco en apariencia vacío. Añadió a la ligera—: frágil. Manéjese con cuidado».

«Bien —fue la seca respuesta—. Nos haremos cargo».

Estos Pequeños en particular no tenían sentido del humor en absoluto en lo que respectaba a Félix y con buena razón. Antes del Cambio eran demasiado listos para que les pillase y antes de que el mismo Cambio convirtiese a Félix en un vegetariano a la fuerza en lo que respectaba a la carne viva, les había perseguido mucho.

Durante la primera parte del viaje la carnicería en el Almacén de Semillas había sido sorprendente. Los ratones no lo habían olvidado, ni se lo perdonarían nunca.

* * *

Colérico consigo mismo por algún motivo impreciso, Félix se mostró inquieto en la primera parte de su viaje de regreso al Lab. Continuó diciéndose a sí mismo que no le importaba lo que pensaran de él los Pequeños. Que no le importaba en absoluto. Pero se daba cuenta de que como embustero era una verdadera calamidad.

Trasladar a los jóvenes restantes al cohete de pruebas fue una tarea sencilla aunque pesada. Sólo había un punto en la ruta que era peligroso… una intersección visible para cualquiera que estuviese de pie a la entrada de la Sala de Control. Pero reinaba allí demasiada agitación para que nadie holgazaneara en el umbral, así que no les localizaron. La suerte seguía acompañándoles.

Félix aguardaba junto a Whitey, con un peso casi imperceptible apretándoles contra la pared. A su alrededor, los animales aguardaban también; sin comunicarse, pero elaborando sus propios pensamientos. Lanzó lo que esperaba que fuese su último vistazo a todo el Lab en general. Vio que una de sus pelotas de trapo había sido rellenada con comida por el despensero robot… aun cuando la gente del Almacén de Semillas se suponía que debería cuidarse del asunto de los comestibles. Había alguien que no quería correr riesgos. Todas las jaulas estaban abiertas y las dos rejillas del ventilador de encima de la puerta habían sido quitadas. Mientras miraba, la puerta se abrió de súbito hacia afuera y permaneció así por causa de su propio peso. El Pequeño que había estado trabajando en el pestillo dio un salto libre y cayó lentamente por la habitación. Ya casi estaban listos para marcharse.

Mala cosa sería, pensó Félix, que un Humano echase un vistazo ahora aquí dentro.

El peso volvió a desaparecer cuando la suave deceleración cesó. Segundos más tarde un Pequeño de la tensa multitud a la espera, anunció:

«Retransmisión desde la Sala de Control. El capitán ha ordenado

parar los motores. La maniobra de orbitado ha sido completada».

Whitey emitió para todos los presentes:

«Ya conocéis el plan. Nada puede salir mal si tenemos cuidado y conservamos la serenidad. Los retransmisores nos avisarán si un tripulante se acerca demasiado a nuestra ruta de escape minutos antes de que llegue a hacerlo —evidentemente Whitey pensaba en los Mayores cuando prosiguió—: Hay muchos sitios donde esconderse a lo largo del camino si un Humano se presenta… por ejemplo, dentro de los trajes espaciales de la tripulación… así que no hay verdadero peligro siempre y cuando no os dejéis dominar por el pánico. Entrad al cohete lo más rápidamente posible. Y, recordad, cada uno debe cuidar de sí mismo».

«El camino está despejado ahora. ¡En marcha! —Y añadió—. Tú primero, Félix».

Félix cruzó de un limpio salto la puerta del Lab, se agarró a la red de la pared del pasillo y volvió a brincar. Casi una masa sólida de pardos animales entró en erupción tras él y comenzó a amontonarse sobre la pared que quedaba enfrente de la puerta. Captó el vivo y claro pensamiento de Whitey cortando por entre la creciente confusión, intentando resolver el caos y que se reanudase la marcha. Félix no envidió su tarea.

Félix ocupó el puesto que se le había asignado… en la intersección visible desde la Sala de Control… y aguardó. Allí dentro había hombres —podía oír sus bajas voces— pero la distancia era demasiado grande para que pudiera captar sus pensamientos. De cualquier forma, no podían ser muy importantes, puesto que de otro modo el servicio retransmisor se los habría pasado a él. Con todo un nuevo planeta que examinar, los tripulantes estaban demasiado atareados para pensar en los animales del laboratorio… todavía.

Once Pequeños vinieron navegando por el pasillo. Aterrizaron contra la red de pared casi al unísono, luego se lanzaron a cubrir la siguiente etapa de su viaje, manteniendo la densa formación. Era hermoso, pensó Félix, pero es que los Pequeños tenían mucha práctica en las maniobras en estado de ingravidez; además, una de sus mejores fuentes de placer era la ejecución de las acrobacias más complicadas al compás de los recuerdos musicales que poseían. Por sus cerebros cruzaban pensamientos serios y personales, pero

cuando preguntó cómo se iban desenvolviendo los Mayores uno de ellos se dignó emitirle el equivalente telepático de un gruñido de desprecio.

Cuando Félix miró hacia atrás, por el pasillo, comprendió lo que el Pequeño había querido significar con su gruñido.

Una masa pataleante, que forcejeaba enloquecida, de Mayores acababa de llegar al extremo del pasillo. Unos pocos Pequeños trataban de controlar la montaña resultante, pero sin mucho éxito. Félix pensó impresionado que parecía como una nube de hojas arrastradas por el corredor lentamente por un torbellino. Los Mayores se movían de prisa, pero sin el menor sentido de la dirección… seguían rebotando contra las paredes rápidamente y con una violencia que hizo que Félix parpadeara. Porque por cada palmo que avanzaban hacia adelante, viajaban lateralmente varios metros e incluso a esta distancia podía oír sus chillidos de pánico. Definitivamente algunos no conservaban la serenidad. Preocupado de súbito, Félix emitió al retransmisor más próximo:

«Diles que dejen de hacer ese ruido o los Humanos les oirán».

Claro que todavía no había mucho peligro de que esto sucediera. Sus oídos felinos eran más sensibles que los de los Humanos, pero Félix no quería correr riesgos.

Uno de los Mayores, más por suerte que por idea, vino navegando por el centro del corredor para aterrizar en la pared opuesta a Félix. Complacido, comenzó a irradiar un gruñido aprobatorio, luego captó lo que el otro estaba pensando.

«¡No! —le avisó desesperadamente—. ¡Por ahí, no…!».

Pero era demasiado tarde. El Mayor, desorientado y asustado por su viaje, ya había despegado de la pared ¡y se encaminaba por el pasillo hacia la Sala de Control! Félix efectuó algunos apresurados cálculos sobre la dirección y la velocidad, esperó fervientemente no equivocarse y saltó tras él.

Incluso pese al gran impulso que le proporcionaron sus fuertes músculos, fue a mitad de camino de la Sala de Control cuando Félix alcanzó al Mayor… y luego pensó que iba a adelantarle. Pero con una serie de convulsiones que por poco le fracturan el lomo se acercó lo suficiente para apresar con sus dientes una de las peludas patas. Se mantuvo sujeto a la desesperada mientras sus diferentes masas y velocidades le hacían girar con rapidez en torno a su

común centro de gravedad. Chocaron con fuerza contra la pared, sólo a pocos metros de la Sala de Control. Ignorando los frenéticos forcejeos del Mayor, que estaba convencido de que el mordisco le iba a arrancar la pata, Félix trasladó su asidero a la piel del dorso del cuello del otro y saltó por el camino por el que habían venido. Se ancló con firmeza en la intersección.

«Por ahí, estúpido», emitió airado y con un fuerte impulso de los músculos de su pescuezo lanzó al Mayor por el pasillo que conducía a las ranuras de disparo de cohetes.

Bruscamente lo lamentó. No había tiempo para gentilezas, claro, pero casi había disfrutado reprendiendo al Mayor y obligándole a tomar el camino correcto. El otro se había perdido, confuso, puesto que jamás había salido con anterioridad del Lab. No debió… Félix ignoraba qué es lo que debía o no haber hecho.

«Ese pensamiento te honra, Félix».

Whitey había abandonado la vorágine parda que hervía al pasar por la intersección y se agarraba a la red junto a Félix. Estuvo metido en el centro del jaleo, tratando de mantener en movimiento a los Mayores… en la dirección adecuada, si era posible… y parecía decididamente alborotado. Había chocado con paredes inanimadas y con animales superanimados más veces de las que podía recordar y sus nervios empezaban a resentirse también. Félix captó todo esto de su cerebro en el breve lapso de tiempo transcurrido hasta que continuara:

«Hace un momento actuaste de manera perfecta y rápida, Félix —te felicito—. Hiciste muy bien… puedes estar orgulloso. Y cuando lleguemos al planeta, aún harás cosas mucho mejores…».

Súbitamente incómodo y vagamente asustado ante algún posible significado entrañado en las palabras del otro, Félix se apresuró a interrumpirle:

«¿Son esos todos?».

.

Señaló a unos cuantos rezagados que marchaban tras el grupo principal por el corredor que conducía a los dispositivos de disparo de cohetes.

«Sí, ya no quedan más Mayores —replicó Whitey—. Pero se les ha dicho a los otros que esperen un poco. Hay bastante confusión ahora y ellos, siendo Pequeños, pueden moverse con rapidez y

esconderse con más facilidad si se les descubre. Esperarán en el Lab hasta que los Mayores estén a bordo sanos y salvos».

Pero Whitey no estaba dispuesto a contestar preguntas. Volviendo a sus elogios a Félix, emitió:

«No debes sentirte intranquilo, Félix. Ni tampoco asustado… pero, dime, ¿qué opinas de los Mayores? ¿Y qué a tu juicio, les hace pensar y comportarse como estamos viendo…?».

Félix pensó que a buena hora su compañero trataba de iniciar una discusión filosófica, pero Whitey ignoró con tacto este pensamiento, así que comenzó a tratar de explicar lo que sentía ante los lentos, increíblemente nada prácticos, pero en cierto modo simpáticos, Mayores. Era una materia a la que nunca prestó atención, así que tenía bien poco que decir.

«Debieras haber pensado en ellos, Félix. Te equivocas por completo en lo que crees…».

Whitey se interrumpió cuando un rezagado se estrelló contra la pared a su lado. Tranquilizó al asustado Mayor, le dijo que se lo tomara con calma y le puso en camino de nuevo. Luego volvió con Félix.

«Definitivamente, no son estúpidos, Félix. Sólo lentos en su desarrollo —explicó—. El Cambio en ellos es muy gradual. Con nosotros, los Pequeños, fue distinto… Cambiamos y llegamos a nuestra cumbre con suma rapidez… de hecho, en pocos meses. Pero ahora hemos hallado indicios de que los Mayores poseen un superior Cociente de Inteligencia con respecto a nosotros… y aún están cambiando. Dentro de unos meses, Félix, serán intelectualmente nuestros iguales, luego nos sobrepasarán —no había el menor rencor, en este pensamiento… Whitey era demasiado inteligente y civilizado para eso… sólo se captaba una gran y ardiente excitación—. Piensa en lo que esto significa, Félix. El tamaño de su cerebro comparado con el nuestro…».

«¡No!». —Félix estaba asustado, atemorizado. No quería pensar en eso.

«Pues, sí, Félix —le contradijo el otro—. No se puede eludir lo ineludible. Ahora estoy seguro, descontando posibles accidentes, de que eventualmente nos sobrepasarás a todos. Serás el jefe. Si al menos —finalizó Whitey pensativo—, no fueses el único de tu especie…».

Félix sintió de pronto que su cerebro se convertía en un potaje hirviente que parecía a punto de salírsele por las orejas. Miedo e incredulidad dieron paso gradualmente a la creencia y a un temor incluso más grande… el miedo a la responsabilidad.

Pero antes de que pudiera formar una réplica coherente, otra interrupción le hizo olvidarse de todo.

* * *

«Sala de Observación a Whitey —informó el retransmisor del pasillo—. Acaba de salir de aquí un Humano. Parece caminar en dirección a las rendijas de lanzamiento. No tiene propósito fijo… piensa que se encamina en busca de tripulantes especialistas». El Pequeño se detuvo, en espera de instrucciones.

Tres largos y angustiosos segundos después aún estaba esperando.

Félix no sabía que Whitey se hubiera comportado así antes. La mente de su compañero era un tenso nudo de miedo y pánico. Era un giro imprevisto y posiblemente trágico de los acontecimientos… un poco de mala suerte, pero, pensó Félix con una súbita oleada de compasión, Whitey se comportaba casi como uno de los conejillos de indias.

De pronto, Félix recordó algo: tomó la iniciativa.

«¡Singer! ¿Dónde está Singer?».

«Aquí, Félix —Singer estaba cerca, sólo a pocos metros, doblando la esquina del pasillo.

»Ya oíste ese informe —era una afirmación, no una pregunta—. Tienes que interceptar a ese Humano y detenerlo. Haz lo mismo que hiciste esta mañana en Comunicaciones… pero llega a él rápidamente. Sigue la línea de retransmisiones hasta Observación, ellos te indicarán cuáles son sus movimientos».

«Y, Singer, esta es la misión más importante que hayas tenido jamás. Todo depende de ti. Tienes que impedir que venga ese Humano hasta aquí. Los Mayores aún no están todos a bordo del cohete y la mitad de los Pequeños se halla esparcida por el navío en sus puestos de servicio —finalizó con aspereza—: Detenle, Singer, aunque tengas que sacarle los ojos a picotazos».

«¡Félix! —Singer estaba asustado de nuevo, pero se puso en

marcha. Félix se dirigió a Whitey:

»Será mejor que llames a todos los retransmisores. Puede que Singer no logre detener al Humano, pero si le retrase lo bastante para que todo el mundo llegue al compartimiento de lanzamientos…».

Whitey ordenó al retransmisor más cercano:

«Envía esto: A todos los Pequeños en servicio de retransmisiones y a los que esperan en el Lab. Moveos lo más rápidamente posible y trasladaos a las ranuras de lanzamiento… ahora. Esta orden anula las anteriores —hizo una pausa y luego prosiguió, pero sólo para Félix—: ¿Lo has dicho de veras? ¿Lo de dejar ciego al Humano? —Horror y una gran pena se fundían con el pensamiento—. Eso no lo puedo permitir, Félix, no importa lo que ocurra».

«¡No puedes permitirlo! —Félix estaba exasperado. Colérico y al mismo tiempo compasivo, continuó—: Escucha. Me acabas de decir que eventualmente seré el jefe. Bien, me hago cargo ahora del mando… provisionalmente. Tu gente no está equipada para salir de esto peleando, ni para salir de ninguna otra situación parecida. No sé cómo podréis subsistir en el planeta si alguna de sus formas de vida nativas decide discutirnos el derecho a habitar en ese mundo… has de saber que el cerebro no lo es todo. Para vuestro propio bien estáis demasiado civilizados. No haríais daño ni a una mosca, ni en el caso de que la mosca quisiera mataros —Félix se acaloraba más y más mientras proseguía—: Conmigo la cosa es distinta. Necesitáis a alguien como yo para que os proteja. Alguien que conozca tan bien a los Humanos como para poder luchar contra ellos. Te pregunto: ¿permitirías que todos tus compañeros fuesen capturados y sacrificados de mil desagradables modos por no impedir que un Humano sufriese algo de daño? Antes de permitir que eso ocurriera yo mataría al Humano —terminó con gesto malévolo—: Un gato inteligente y de confianza tiene medios para conseguir eso».

«Félix, tú no podrías… no podrías disponer de una vida… ni aunque fuese una vida humana… de esa manera —horror, revulsión y una urgencia sorprendida y terrible se amalgamaban en el pensamiento del Pequeño—. Por favor, no pienses así, Félix. Incluso lastimarle…».

* * *

Uno a uno y por parejas los Pequeños pasaban ante ellos, aterrizaban en la pared y saltaban hacia adelante en dirección al compartimiento de cohetes. Allí estaban los retransmisores de todo el navío, buscando la salvación en la huida. Ninguno de ellos prestó atención a la discusión; estaban demasiado atareados con sus propios pensamientos.

«Nunca podrías vivir tranquilo por causa de los remordimientos —continuó desesperadamente Whitey—. Ahora crees que sí podrías. Pero más tarde, cuando te hayas hecho más inteligente, más sensible… Eres aún una criatura, Félix, un joven salvaje, aun cuando…».

Uno de los Pequeños, al pasar, le interrumpió apremiante.

«Whitey. Singer está en apuros. No pude conseguir detalles, la línea de retransmisores se está quebrando demasiado de prisa, pero parece ser que un Humano se asustó y le dio un manotazo. Le rompió un ala. Ahora el Humano se lo lleva a la Enfermería para curarlo».

El Pequeño se alejó presuroso.

Félix empleó unas cuantas vocalizaciones mentales que sus viejos «amos» habrían envidiado. Luego…

«A todos los Pequeños que puedan oírme —emitió con tanta fuerza como pudo—. ¡Si podéis llegar al cohete antes de un minuto, en marcha! ¡En caso contrario, ocultaos!».

La Enfermería era la puerta contigua a las ranuras de lanzamiento.

El corredor de pronto quedó vacío cuando los Pequeños se escurrieron en busca de algún escondite o del compartimiento de lanzamientos. Félix sabía que apenas faltaban quince minutos para el disparo del cohete. Y segundos antes de que eso ocurriera se cerrarían los paneles de acceso, la escotilla interna también se cerraría, por sí sola, herméticamente, y una parte del casco del navío giraría hacia el exterior… todo automático y cronométricamente al segundo. Si para entonces faltaba alguien a bordo, mala cosa para el ausente. Félix sabía que sus propias posibilidades de llegar quedaban muy disminuidas por la súbita crisis que se acababa de presentar, pero no ignoraba que alguien debía hacerse cargo de la situación en el cohete de pruebas. Alguien inteligente… o, en la confusión, sólo un puñado podría escapar…

No tuvo necesidad de finalizar el pensamiento, Whitey sabía que se le requería.

«Yo iré, Félix. Pero trata de llegar tú también. Vamos a necesitarte —Whitey trató de mostrarse autoritario, pero había intranquilidad en su pensamiento cuando reiteró—. Y, recuerda, Félix. No permito que nadie salga lastimado».

«Lo procuraré —se apresuró a responder Félix—. Y no habrán durezas si no son necesarias. Vete ya, Whitey. Suerte».

* * *

El suave batir de las sandalias en la pared al extremo del corredor anunció la llegada del Humano. El Hombre, que no advirtió cómo Whitey se movía raudo sobre un fondo de color gris claro, vino navegando y acercándose aún sin recelos. Cuando el otro llegó a su altura, Félix saltó de lado con la suficiente potencia en su impulso para mantenerse a su costado. Se le estaba ocurriendo una idea.

El hombre reaccionó como se esperaba.

—Ajajá, Félix —dijo con aspereza el Humano—. No lo toques — y se apresuró a trasladar al inconsciente Singer de su mano a la seguridad del interior de su blusa. Pensaba que si Félix intentaba alguna jugarreta con el herido canario, daría al gato una patada que le mandaría a la otra parte del navío. A aquel hombre no le gustaban los gatos.

De manera que el tripulante pensaba que iba en busca del pájaro Bien; eso era exactamente lo que Félix quería que el Humano imaginara.

Mientras se acercaban más y más al compartimiento de lanzamientos, un pensamiento urgente de Whitey le dijo que todavía al exterior del cohete había una buena cantidad de animales arremolinados.

Félix se lo esperaba.

Estableció contacto con la red de la pared y, cuando el Humano se aproximaba a la escotilla abierta del compartimiento de lanzamientos, saltó con dureza sobre el pecho del hombre.

Cayó con fuerza considerable junto al bulto que era el infortunado Singer, hundió sus zarpas en el tejido y comenzó a

arañar y maullar como un endemoniado. Asombrado y colérico, el Humano trató de librarse de él, sin dejar de pensar en ningún momento en gatos traicioneros y arteros que sólo buscaban devorar pobres pájaros indefensos.

Cuando Félix clavó sus dientes en la manga del otro —y también en una parte del brazo— el Humano comenzó a mostrarse rudo.

Fue toda una pelea.

Terminó cuando un malintencionado golpe, dado con la mano abierta, envió a Félix contra la pared, chocando con tanta violencia que por poco pierde los dientes.

Pero la escaramuza había servido para cumplir su propósito; habían pasado flotando por delante de la abierta escotilla sin que el Humano viera lo que ocurría allí adentro.

Sintiéndose más muerto que vivo, Félix contempló cómo el tripulante se detenía con limpieza a la puerta de la Enfermería.

Una vez dentro, sabía Félix, aun cuando las ranuras de lanzamiento estuviesen a pocos metros de distancia, los animales se hallarían a salvo, porque el Humano estaría algún tiempo atareado curando a Singer.

Quizá Félix, después de todo, aún podría entrar en el cohete. Pensar que Singer y algunos Pequeños aún estaban escondidos en la Nave y no podrían embarcar enfrió en parte sus ánimos, Pero, se dijo a sí mismo, nada podía hacer por resolver este problema.

El Humano tenía la puerta entreabierta y miraba por encima del hombro para asegurarse de que Félix no iba a escabullirse en el interior de la enfermería también, cuando de pronto se quedó mirando con fijeza al corredor. Abrió la boca por el intenso asombro.

Félix notó cómo se le erizaba el pelo del lomo.

No necesitó la dirección de la mirada del tripulante… vio en la mente del hombre lo que ocurría con una anonadadora claridad.

Cosa de una veintena de Pequeños habían aterrizado en la intersección del otro extremo del pasillo.

Félix se había olvidado de ellos; eran aquellos a quienes Whitey dijo que se quedaran en el Lab y que, al haber sido retirados los retransmisores, no conocían que Singer fracasó en su propósito de detener al Humano.

Vigilados por el anonadado tripulante, saltaron de nuevo con la

misma rapidez como cayeran, en una densa formación geométricamente exacta, dirigiéndose a la escotilla de la sala de lanzamientos.

Debieron ver al Humano, semioculto en el umbral, nada más efectuaron el salto, pero, una vez volando sin peso por el centro del corredor, no había manera de hacer nada útil y efectivo.

Era un golpe de la peor mala suerte concebible.

De haber ocurrido sólo un segundo más tarde, el Humano habría estado dentro de la Enfermería.

Pero no fue así.

Una amarga rabia, nacida de la desesperación, inflamó de pronto a Félix cuando pensó lo cerca que habían estado de escapar… los gentiles, nada prácticos y demasiado inteligentes Pequeños y sus lentos, simpáticos hermanos mayores, en apariencia estúpidos.

Pero todavía podrían salvarse algunos… los que ya estaban a bordo del cohete… si Félix podía forzarse a actuar con suficiente rapidez.

La sorpresa inicial en la mente del tripulante había dejado paso a una intensa curiosidad y también a una imprecisa sensación de recelo que estaba desarrollándose más y más a cada instante que pasaba.

Félix sabía que tenía que actuar de prisa.

Deliberadamente dejó que la rabia enraizara en su cerebro y creciera. Pudo haberla controlado al principio, pero en su lugar la alimentó con recuerdos de incidentes dolorosos y humillantes, con cualquier cosa que aventase las llamas y aumentara su calor.

Para lo que sabía que tenía que hacer, Félix necesitaba sentirse con el humor adecuado.

Ya no confiaba en sí mismo… ni en la manera sentimental y blanda en que comenzó a pensar últimamente.

Desde el interior del compartimiento de lanzamientos le llegó a la desesperada el pensamiento de Whitey, apremiándole a detenerse, a pensar.

Pero eso era ya como un vaso de agua lanzado en el centro de un bosque incendiado. Su rabia creció. De manera brumosa supo que la bandada de Pequeños había caído en la escotilla y que Whitey les estaba dando órdenes, pero esos pensamientos no

quedaron registrados dentro de su cráneo.

Su rabia se convirtió en un horno abrasador, en una furia al rojo blanco y sus ojos no se apartaron ni un momento del tripulante.

El Humano pendía a cosa de unos diez metros, sujetando la puerta con una mano y manteniendo la otra indefensa dentro de la blusa.

De manera vaga, Félix supo que todos los Pequeños estaban pensando en él ahora, pero eso no le causó el menor efecto.

Durante un instante se puso tenso para el salto, calculando, vigilando la cara del Humano. Luego, con una negra muerte en el corazón, dio un brinco teniendo como objetivo los ojos del tripulante.

Jamás llegó.

* * *

La masa y la inercia de un Pequeño en movimiento son despreciables, pero veinte de ellos, saltando juntos y golpeándole a la vez fueron más que suficiente para desviarle en su salto hacia el Humano.

Félix se estrelló en la red de la pared, entre una nube de Pequeños, a dos palmos de distancia del tripulante. Se sintió demasiado sorprendido por el giro de los acontecimientos para moverse, pero no así el Humano.

Librándose del umbral con una patada, voló por el corredor, pensando que si no salía de allí pronto se ahogaría en un mar de ratones vivos; y luego pensando que los ratones no debieran comportarse así y que Félix tampoco…

De pronto, los pensamientos del Humano comenzaron a dar saltos. Acontecimientos, aparentemente sin relación, se encadenaban en su mente.

Cables mordisqueados, partes pequeñas de aparatos desaparecidas, minúsculos dispositivos importantes saboteados. ¿Podría ser que…?

Precisamente entonces su salto le hizo pasar por delante de la abierta escotilla del compartimiento de lanzamientos.

Vio lo que ocurría allí dentro.

Félix no se había dado cuenta del inmenso silencio que había

estado reinando hasta que sonó la Alarma General.

Embotados sus sentidos por la desesperación, vio como el tripulante manipulaba un teléfono de pared y sostenía el botón de la Alarma apretado con la palma de la mano.

Empezaron a aproximarse voces desde todo el navío; voces excitadas y ligeramente asustadas.

Los pensamientos las siguieron cuando el tripulante comunicó a sus compañeros lo que sospechaba… pensamientos crueles e implacables, fríamente nacidos en los cerebros de la bestia más feroz y mortífera de todas… del hombre.

Pero, Félix lo sabía, aquellas bestias eran lógicas.

Comprenderían que todavía seguían necesitando animales experimentales para los planetas que esperaban hallar.

No matarían en seguida a todos sus amigos, por lo menos así lo esperaba Félix fervientemente.

Pero si se enfadaban demasiado… entonces no se comportarían de manera lógica.

* * *

A través de la poterna de observación directa, el capitán Ericson contemplaba un astro que destellaba como un atractivo zafiro sobre un fondo de esparcido polvo plateado.

La patria.

Casi podía verla acercarse. Sonriendo, acarició al gato que estaba sentado en su hombro, siguiendo serenamente la dirección de su mirada.

—Menos mal que tus amigos no lograron bajar a aquel primer planeta, Félix —dijo con aire reminiscente—. Ese virus… No habrían durado ni una semana. Pero se desenvolverán muy bien en el mundo que les escogimos. No hay vida animal, por así decirlo, pero sí una vida de plantas semiinteligentes, para evitar que se vuelvan demasiado perezosos. A menos que…

A menos que la gravedad de su nuevo planeta comportara una inversión en el Cambio que tuvo lugar en el espacio. Eso es lo que pensaba el capitán.

Ni siquiera estaba seguro de que fuese la prolongada ausencia de peso lo que originó la mutación, o alguna radiación enigmática

emitida por su sol patrio, por el Sol.

Por eso Félix eligió quedarse en el navío.

Un gato en una colonia de ratones y conejillos de indias y todos ellos degenerando. El pensamiento nada tenía de atractivo.

Al dirigirse a los demás presentes en la sala, el tremendo ser en que se había convertido el capitán Ericson utilizó palabras habladas.

Dentro de tres días estarían orbitando en torno a la Tierra y quería volver a acostumbrarse a la comunicación no telepática.

Dijo:

—No nos va a gustar la Tierra, aunque sea nuestro hogar. La hemos… superado. El Cambio en nosotros, los humanos, con una mayor y más compleja estructura cerebral, fue muy lento en verdad… casi empleó dos años antes de que alcanzáramos el máximo desarrollo. Pero incluso Félix, aquí presente, que nos mira casi como si fuéramos deidades, es incapaz de comprender cuánto hemos madurado —hizo una pausa, sacudiendo la cabeza con gravedad—. No. Nuestro deber es informar acerca de los planetas habitables que hemos encontrado, del Cambio que tiene lugar en el espacio, de todo. Y nos necesitarán a algunos para efectuar pruebas psicológicas. Pero a nosotros no nos gustará la Tierra. En la Tierra luchan y odian y recurren a la violencia. En la Tierra… *matan*.

«Creo que todos queremos partir de nuevo lo más rápidamente que sea posible».

* * *

La chica lanzó un grito de sorpresa cuando el gato cayó en su cena.

Su acompañante, un verdadero hombretón, se puso en pie de un salto pero no tocó al felino.

Caminando pesadamente fue hacia su propietario. Tenía el propósito de enfrentarse a él.

Leyendo sus intenciones, el hombre del espacio jugueteó con el mango de un cuchillo de mesa, luego apartó la mano con brusquedad, como si el cubierto le hubiera dado una fuerte picadura.

Resignado, se levantó y comenzó a murmurar una sarta de excusas con el tono más humilde de voz.

Incoherente por la cólera, el hombretón le agarró por los hombros y empezó a sacudirle de manera violenta.

El propietario del gato no se defendió.

Luego, el hombretón vio el pequeño emblema de oro de la Primera Expedición Interestelar colgándole del cuello.

Las manos soltaron su presa y cayeron desmadejadas a los costados.

Se apartó un poco y dijo con voz ronca:

—Un Santo. Un Ángel caído que no pudo volver a los cielos.

La cólera del hombretón murió y fue sustituida por algo que no era del todo miedo, sino una emoción casi de envidia.

—Salga o le… —Gruñó.

* * *

Fuera del restaurante, el hombre del espacio levantó al gato poniéndolo sobre su hombro. Colérico, pero casi suplicante, exclamó:

—¿Por qué, Félix, por qué? ¿Te has olvidado de todo…? —se interrumpió, acordándose de cómo él por poco ataca al hombretón con el cuchillo de mesa. Asustado, de pronto murmuró—: Tenemos que marcharnos, Félix. Sea como sea tenemos que volver a salir de aquí…

FIN

AGUJERO EN EL CIELO

Irving E. Cox. Jr.

CAPÍTULO PRIMERO

Bwani Ngani se sentó malhumorado en su cabaña, los ruidos nocturnos de la jungla populando al exterior de aquella puerta improvisada con una piel de animal. En el chisporroteante resplandor luminoso su sarta de máscaras de dioses amenazadores proyectaba largas sombras en el remendado techo. Bwani Ngani dejó caer el polvo mágico en las llamas y musitó su plegaria de odio. Durante diez años la gente de la misión había estado acosando y disminuyendo su control sobre la tribu; pero ahora habían ido demasiado lejos. Si el hijo del jefe se casaba sin efectuar los antiguos sacrificios, los viejos dioses morirían.

No obstante, nada de eso hubiese ocurrido si el reverendo Colwaite hubiera sido destruido primero. La figura de Bwani Ngani se alzó firme y salió al exterior de su cabaña, mirando hacia el firmamento.

—Oídme, oh, demonios del bosque —entonó—. Óyeme, oh, dios de los Mil Ojos —miró a las estrellas. Al cabo de un momento vio el signo y su corazón latió con alegría…

II

… Emil Padgham estaba furiosamente colérico cuando lo vio. Bajito, redondo y de rostro colorado, el Dr. Padgham daba la impresión de un viejo de suaves modales, un tipo clásico de Profesor Emérito. Normalmente vivía según su apariencia; pero ahora su día había sido una larga serie de molestas frustraciones, sin llegar a sus metas, exagerado todo por el fulgurante y quebradizo calor que yacía sobre el recinto. Incluso en la puesta del sol no había ninguna agradable brisa que procediese de la bahía.

Tan pronto como Milly comenzó a despejar la mesa de los platos de la cena, el Dr. Padgham se fue como un tornado hasta el pequeño observatorio que había construido encima de su garaje. Casi de inmediato se volvió otra vez a la puerta, gritando a través del jardín a su hermana, que trabajaba en la cocina.

—¡Milly! ¡Ya te dije que no permitieses otra vez que entrasen aquí esos chicos!

—No lo hice, Emil. Mantuve la puerta cerrada y…

—Bueno, estuvieron aquí. Han estado trasteando con el telescopio.

—Oh, no lo creo, Emil. Estás trastornado porque no has echado tu siestecita —habló ella tranquila, con infinita paciencia.

—¡Eso es una tontería! —Gritó él—. La tontería mayor del mundo. ¿Por quién me toman? ¿Por un viejo zascandil que chochea? —La comparación destelló en su mente como si alguien le hubiese obsequiado con tales epítetos—. Dame el alcohol, Milly… la botella está en el estante de las pinturas… para que pueda limpiar las lentes.

—Dentro de un momento, Emil; tan pronto como…

—¡Lo quiero ahora!

—Cuando termine con los platos, Emil —la voz de ella sonó de pronto aguda. Él oyó cómo se cerraba con fuerza la ventana de la cocina y supo que su hermana también estaba enfadada.

El Dr. Padgham se dejó caer en la silla que quedaba bajo su telescopio, rascándose la frente. El calor en aquella diminuta y atestada habitación era sofocante. El profesor se sentó rodeado por estanterías atestadas con un caos de cosas diversas: una colección de mariposas y un álbum de sellos; estantes con productos químicos; una ampliadora fotográfica; un transmisor de telegrafía; una docena de manuales de astronomía. La habitación de las aficiones del Dr. Padgham contenía un poco de todo… excepto cualquier cosa que le recordase el asunto de la asignatura que había enseñado durante más de treinta años.

El Dr. Padgham, durante dos décadas cabeza del departamento de inglés, se había retirado de la Universidad dos años antes, pero aún seguía viviendo en la Avenida de la Facultad y era todavía una figura familiar en el recinto. En el año de su jubilación había salido de la prensa el decimoséptimo libro del Dr. Padgham. A diferencia de sus dieciséis predecesores, el libro fue inmensamente popular. El doctor Padgham utilizó la lluvia inesperada de derechos cobrados para construir su habitación encima del garaje. Durante veinticinco años quiso manipular en las ciencias que enseñaban sus colegas de la Universidad; ahora podía hacerlo. De la noche a la mañana apartó la literatura de su mente y la emprendió con todo lo demás.

En aquel momento, la astronomía ocupaba su atención. Había comprado un telescopio y convirtió la habitación del garaje en un observatorio improvisado. Su lente de visión directa era excelente, sin embargo, pequeña en comparación con el equipo del observatorio de la Universidad, en Ryder Hill, que se alzaba sobre el recinto. Aunque con frecuencia usaba el observatorio y estaba en muy buenas relaciones con el doctor Bullet y el doctor Crane, el doctor Padgham se sentía más cómodo con su propio telescopio.

Se sentó durante unos minutos mirando fulminante el cilindro metálico. Después de que se enfrió su cólera un poco, volvió a mirar por las lentes. La cosa seguía allí. Un puntito diminuto casi tocando a Júpiter. Claro, los chicos habían entrado en aquel cuartito por la tarde y le pintaron las lentes. Milly siempre se descuidaba las llaves. Sin duda esperaba que hiciese el ridículo y que pretendiese haber

descubierto un nuevo cuerpo celeste. No era la broma lo que le molestaba, sino el hecho de que los niños de la vecindad aparentemente tuvieran tan pobre concepto de su inteligencia.

La mano del doctor Padgham tembló mientras trataba de ajustar el foco. Y su torpeza movió la propia lente; pero el puntito negro tan próximo a Júpiter no se movió con el cristal.

¡Entonces no estaba en la lente!

Al darse cuenta de lo que implicaba, se quedó perplejo; mientras entró su hermana por detrás, trayendo la botella del alcohol. Milly era un mujercita diminuta, delgada, de pelo blanco y maternal. Durante diez años —desde la muerte de la esposa del profesor— ella había sido su ama de llaves. Colocó con estrépito la botella en el banco del trabajo y se cruzó de brazos indignada.

—Toma —dijo—. Quizá debería poner en claro una cosa contigo, Emil: Tengo que hacer mi propio trabajo en la casa. Si quieres juguetear con estos chismes, por lo menos debes tener paciencia…

—¡No importa! —Él se apartó del telescopio—. Ya no necesito el alcohol, Milly.

—Debiste pensarlo antes de empezar a gritarme órdenes.

—¡Cuida de tus cosas! Hay algo nuevo allí fuera, cerca de Júpiter.

Ella miró de reojo al telescopio y luego volvió a mirar a su hermano, desinteresada y todavía colérica.

—Pues claro; algo negro. Pero no consiento que acabes la cosa así, Emil. Pareces haberte olvidado…

—Más tarde, Milly. Voy a subir al observatorio.

—¡Emil! ¡Quiero que me escuches!

—Retira las cosas y cierra con llave la puerta, Milly, ¿quieres? Necesito alcanzar al doctor Bullet y al doctor Crane antes de que se marchen.

Un torrente de palabras se escapó de labios de ella, pero su hermano la ignoró. En el mismo instante, mientras cruzaba el recinto hacia Ryder Hill, toda la cólera del día del doctor Padgham se disipó en una excitación placentera.

El sendero hasta el observatorio era escarpado. El profesor tuvo que detenerse dos veces para recuperar el aliento, porque era viejo y considerablemente más alto de lo que es normal en una persona.

Se animó al ver el resplandor de la luz en la sala de recepción. O bien el doctor Bullet o el doctor Crane estaban todavía entonces en el observatorio. Mientras pensaba en el asunto, el doctor Padgham deseó encontrar sólo a uno de ellos.

Los doctores Bullet y Crane eran jóvenes, ambiciosos, inteligentes y astrónomos de buena reputación. Habiendo estado al frente del observatorio desde que se construyó, se habían hecho rápidamente amigos… hasta recientemente. Su ruptura fue la sensación universitaria. La causa de su desacuerdo era, claro, escolar… la publicación del doctor Bullet de su Teoría del Universo Heliocéntrico, que no era sólo un ataque a los conceptos admitidos por el doctor Crane del universo, sino que parecía muy personal porque repetía referencias a la investigación que habían efectuado ambos hombres.

Como resultó ser, los dos astrónomos recibieron al doctor Padgham cuando entró en el observatorio. Y fue causa de su amargo antagonismo el que ambos hombres le escucharan. El profesor explicó lo que había visto. El doctor Bullet de inmediato etiquetó el descubrimiento como una ilusión y el doctor Crane, por instinto, adoptó el punto de vista opuesto.

—Es probablemente un meteoro —dijo con suavidad—. Pero comprobémoslo con el gran ocular y asegurémonos. El doctor Bullet tiene la costumbre lamentable de condenar los puntos de vista de los otros hombres cuando están en desacuerdo con el suyo propio.

En cuanto el telescopio del observatorio estuvo enfocado sobre Júpiter, el doctor Crane se volvió hacia el profesor, ceñudo.

—Está bien, sin duda —dijo. Miró fulminante al doctor Bullet—. Calculo que tiene una masa de cuatro o cinco veces la del propio Júpiter; pero tiene gracia que ningún otro observatorio lo haya descubierto.

—¿Qué opina usted que es, doctor Crane? —preguntó el profesor.

El astrónomo tamborileó especulativamente en el mecanismo del telescopio y miró al doctor Bullet.

—Tengo una idea que quizá trastorne algunos de nuestros corrientes cuentos de hadas sobre el universo.

Colérico, el doctor Bullet ocupó su puesto en el telescopio.

—Al contrario —dijo—, esto demostrará mi Teoría

Heliocéntrica.

—¿Eh? —El doctor Padgham se sentía claramente incómodo, primero porque parecía haber agudizado una mayor diferencia entre los dos hombres; segundo, porque no estaba seguro de cuál era la Teoría Heliocéntrica de Bullet. Es cierto que ojeó el libro cuando fue publicado por primera vez en el Jornal, pero las páginas de matemáticas significaron muy poco para él. Lo único que comprendió era la hipótesis general del doctor Bullet de que el Sistema Solar era el centro del universo infinito que se extendía y contraía a intervalos calculables en términos de millares de millones de años luz.

—Sugiero que vuelva a examinar la manifestación —continuó suavemente el doctor Bullet—. Es una masa tremenda y se mueve en órbita que cruza la de Júpiter.

—Cualquier cuerpo que entre en el sistema solar podría trazar tal órbita —dijo con frigidez el doctor Crane—, si usted admite un universo infinito sin ningún punto central de explosión.

El doctor Bullet soltó una carcajada.

—Tal sistema, doctor Crane, debe suponerse necesariamente curvado a la ligera y con órbitas curvas para cada cuerpo de materia. Esto… —dudó, incapaz de encontrar un nombre conveniente; con un encogimiento de hombros, abandonó el propósito—. Esta cosa de Padgham, observará usted, se mueve en una línea recta directa hacia el Sol… el Centro del Universo Heliocéntrico. Lo que estamos presenciando es el fin de un periodo de expansión. Esta es la primera de las estrellas del borde que caen hacia dentro, de nuevo, en dirección a nuestro Sol; es el principio de un periodo de contracción.

—Construye usted una ficción notable basándose en un único pedacito de evidencia —contraatacó el doctor Crane. Los dos hombres se enzarzaron en una amarga disputa. De pronto el doctor Padgham tuvo un ramalazo de acuciante responsabilidad personal. Si no hubiera entrado en el observatorio con la noticia de su descubrimiento, el antagonismo entre los dos astrónomos no se habría despertado de nuevo. Inútilmente trató de intervenir, los dos hombres le ignoraron. Y la sensación de responsabilidad personal del doctor Padgham persistió, creciendo como las llamas abrasantes de una conciencia turbada.

El doctor Padgham lanzó otra mirada por el telescopio. Lo que vio era un platillo vasto y negro, el color del espacio rodeándole y sin embargo sutil y claramente distinto. Era como un disco negro, opaco, puesto de lleno sobre una hoja o lámina de brillante seda negra. La cosa resultaba enteramente clara y al mismo tiempo vagamente nebulosa. Mientras la miraba, de pronto, se cernía mayor; el resplandor de Júpiter desapareció tras ella. Durante un momento el doctor Padgham tuvo la impresión de que no estaba observando un objeto tangible y material, sino un enorme vacío, una especie de agujero en el dosel del espacio.

Cuando se apartó del telescopio se estremecía. Tenía frío en la garganta y dijo a los dos astrónomos lo que había visto. Su ansiosa excitación estaba casi, aunque no del todo, a punto de enterrar su animosidad…

III

… El reverendo Samuel Colwaite se plantó en la baranda de su «bungaló», con las hojas de la jungla murmurando altas por encima suyo. El hijo del jefe había prometido no utilizar en su boda los antiguos sacrificios. El mayor triunfo del reverendo Colwaite desde que llegó a la misión; simbolizaba la degradación final de Bwani Ngani y de sus acalorados dioses. El reverendo Colwaite crispó los puños y alzó los ojos en una plegaria hacia el cielo, su mente latiendo con la excitación del odio. Vio el negro disco caer en silencio entre los cielos, tragándose una de las estrellas. El reverendo Colwaite consideró esto como un signo de que su triunfo había sido advertido y aprobado y su alma cantó con exaltación.

IV

… Al cabo de una semana la intrusión del disco negro en el sistema solar se había convertido en algo sensacional… de un modo tenuemente escolar. La excitación se extendía hacia fuera, desde el observatorio de la universidad. A medida que cada grupo de astrónomos se enteraba del descubrimiento, lentes más gigantescas se apuntaban hacia lo desconocido. Comenzaron a aparecer en los periódicos toda clase de teorías como explicación, todas cuidadosamente avaladas con una serie de notas explicatorias y calificativas. Pero el público en total era todavía muy limitado y especializado. No se había dado noticia de ninguna clase en la prensa popular, excepto un sólo párrafo enterrado en el Time y titulado; «¿Quo Júpiter?».

Desde que el doctor Padgham efectuó el descubrimiento, el intruso fue llamado planeta Padgham. El nombre parecía ser el único punto en el que todos estuvieron de acuerdo. Había muchísimos puntos diferentes de vista, tantos como observadores y el desacuerdo resultaba siempre venenosamente violento.

Mientras leía los periódicos escolares que llegaban a la universidad, Emil Padgham trató de luchar contra su sentido insistente e intranquilizador de responsabilidad personal. De manera vaga trató de resistirse al hecho de que el fenómeno llevase su nombre. Buscó la prueba de que algún otro observatorio lo hubiese descubierto antes que él; pero no encontró ninguna. No había astrónomo que informase de ello hasta después de que de la universidad salieron las noticias de su descubrimiento original.

El sentido de responsabilidad del doctor Padgham se volvió poco a poco ominoso y aterrorizante; porque una mayoría de los astrónomos admitió que el planeta de Padgham probablemente

chocaría con la Tierra… una masa negra de cuatro veces el tamaño de Júpiter.

—Sí, es posible, si la Teoría Heliocéntrica de Bullet es verdadera —dijo el doctor Crane—. En cuyo caso Bullet tendría razón… pero nunca viviría para darse cuenta —el astrónomo sonrió complacido —. Por otra parte, según los conceptos más aceptables, el planeta de Padgham se mueve en una órbita normal y elíptica; debería pasar a través del sistema solar sin daño. Simplemente no habremos observado lo bastante para comprender la dirección de su órbita.

—Sin embargo, puesto que es posible que esto… —El doctor Padgham sonrió con tristeza, porque la única frase conveniente le parecía arcaica y anticientífica—, puede que esto sea el fin del mundo…

El doctor Crane se encogió de hombros.

—De ese polvo esparcido que llamamos Sistema Solar. Pero el universo es infinito, doctor Padgham. Habrá vida en alguna otra parte.

—¿Pero la ciencia no tiene responsabilidad de hacerlo público?

—¿Se refiere usted a que es cosa nuestra avisar a todo el mundo… para que se confiesen sus pecados y se arrepientan? —El astrónomo encontró la idea muy divertida.

—Pensaba en eso desde un ángulo ligeramente distinto. Si sucede, será rápido… inundaciones, terremotos, incendios y luego la nada —mientras el doctor Padgham verbalizaba la catástrofe, cada palabra se extendía en peso, aumentando la responsabilidad que recaía sobre su alma. Añadió débilmente—: Si el público no lo sabe por anticipado, si no conoce el peligro, no habrá tiempo para el pánico —eso, en cierto modo, sería compasivo también, en caso de que no se pudiese hacer nada por impedirlo.

—¿Sugiere usted que conspiremos para mantener todo esto en silencio, más o menos en bien del paciente? ¿Porque él va a morir de todas maneras? Es usted un estúpido sentimentalista, doctor Padgham.

—El sentimiento a veces tiene su valor.

—Pero la ciencia se enfrenta con la verdad, no con sus implicaciones.

El doctor Padgham insistió paciente:

—No obstante, usted dice que no está seguro. El público no es

probable que comprenda tanto como usted, doctor Crane, ni que lo acepte con resignación. Usted puede crear el pánico sin motivo; eso destruirá la civilización… la ciencia acabaría como todo lo demás.

—Ahora ese argumento sí que tiene sentido. Comprendo lo que puedo hacer. La Asociación Occidental se reúne aquí, en el recinto universitario, la semana que viene; prepararé las cosas para que usted les hable en persona…

V

… Saminov arrojó las traducciones sobre el escritorio del doctor Varik y las manos del pequeño astrónomo temblaron mientras las leía. Saminov aguardaba, más tieso que un palo, sus dedos jugueteando con la solapa de su uniforme, mientras miraba fulminante a la reluciente calva del doctor Varik. Por fin, el astrónomo alzó los ojos.

—Pero esto ocurrió hace sólo tres semanas —dijo esperanzado.

—¿Y usted no ha efectuado observaciones, Varik?

—Pues… yo… —El astrónomo crispó los puños y esperó que su mentira sonase convincente—. En verdad, sí; naturalmente; pero he aguardado a la… decisión del Partido —se lanzó hacia el telescopio.

—Hizo usted bien —asintió Saminov—. ¿Pero tendrá preparado su informe para mañana por la mañana? ¿Para publicarlo con datos adecuados?

—¡Sí, sí! —La voz del astrónomo temblaba impresionada y maravillada—. ¡Véngalo a ver usted mismo, Saminov, una gran esfera negra tan enorme que oscurece a Júpiter…!

VI

… Los científicos que se reunieron en el observatorio de la Universidad el sábado por la tarde estaban todos preparados para cualquier clase de atención pública. Por consiguiente, se vieron abrumados al encontrar que Mike Parrón asistía a la reunión y sólo accedieron a un poco de halago cuando el periodista dijo que quería entrevistar primero al doctor Padgham.

Mike Parrón y el doctor Padgham hablaron en el observatorio, mientras que los miembros de la asociación se reunían abajo, en el salón de conferencias. El profesor estaba preocupado. Ya había discutido el problema con los astrónomos. Definitivamente no se habían mostrado acalorados ante la idea de ocultar la presente posibilidad de desastre. Con un periodista asistiendo a la reunión, el profesor sabía que sus perspectivas eran decididamente escasas.

Parrón se encaramó a un rincón del escritorio, un hombre alerta, esbelto, vestido de cheviot, con un cigarrillo cayéndole de los labios.

—Así que lo descubrieron hace tres semanas —dijo, repasando las notas que había tomado en la reunión—. ¿Fue usted el primero en divisarlo? Tiene gracia, doctor Padgham. AP ha informado por teletipo esta mañana de Moscú. Parece ser que un ruso, el doctor Varik, reclama la prioridad del descubrimiento, dos días antes que usted. Le han citado en el Kremlin, le han dado la Orden de Lenin y están hinchando todo el asunto.

El doctor Padgham carraspeó con alivio.

—No lo sabía —en aquel momento su propia sensación de responsabilidad disminuía.

—Pero no se preocupe por eso. Siempre pretenden ser los primeros en todo.

—¡No! Estoy seguro de que tienen razón. Eso me descarga mucho la conciencia. Todo este tiempo he estado presintiendo que, en parte, tenía la culpa. Si lo hubiese guardado en secreto, quizá nada de esto… —el profesor extendió las manos en gesto desvalido —. Es una tontería, claro, pero no puedo librarme de esa idea.

El periodista se cambió de lugar el cigarrillo, dejando caer unas partículas de ceniza en el bruñido suelo.

—Es grave, ¿verdad, doctor Padgham?

—¿Ha hablado usted con el doctor Bullet?

—Me abordó en la puerta. Charló un rato acerca de algo que llamaba Universo Heliocéntrico. Todo lo que saqué en limpio es que el Planeta Padgham… o el Planeta Lenin, como le llaman ya los rusos, si lo prefiere así…

—Prefiero que sea Lenin.

—Bueno, es el final para la Tierra, si choca con nosotros.

—Sólo en el caso de que la teoría del doctor Bullet sea cierta.

—¡Al infierno con la teoría! ¡Esto es una historia!

—Señor Parrón, quiero pedirle que no lo publique.

El periodista estaba sorprendido.

—¿Por quién me toma? Me he ganado dos Pulitzer escribiendo noticias… toda clase de noticias. El jefe Aretta trató de coaccionarme una vez, poniéndome una pistola en la espalda; no resultó. Si usted cree que…

—¿Es necesario que se imprima una historia, señor Parrón, sin tener en cuenta el daño que pueda hacer?

—Un buen periodista publica la verdad, punto y aparte.

—Primero considera los hechos. Si el… el Lenin, va a chocar contra nosotros, a duras penas importa lo que usted escriba, de un modo u otro. ¿No es mejor dejar al público en la ignorancia lo más posible? Por otra parte, si no va a ocurrir nada, su historia sólo podría causar el caos y el terror hasta el punto de que quizá destruyera una civilización.

El periodista soltó una carcajada mientras apagaba con violencia su cigarrillo.

—Jamás pensé que en mi vida oiría a un profesor suplicando porque se mantuviera a la gente en la ignorancia. Déjeme que aclare una cosa: soy un periodista, doctor Padgham, no un filósofo moral.

Mike Parrón dio media vuelta y comenzó a descender la escalera hacia el vestíbulo de recepción. El doctor Padgham le siguió lenta, tristemente abrumado. Le era imposible contener la aplastante convicción de su propia responsabilidad.

Se escabulló en silencio y regresó a la Avenida de la Facultad. En vez de entrar en su casa, ascendió por la escalera hasta la habitación de encima del garaje. Se sentó largo rato mirando por su telescopio, pero en su mente vio el terror flameante de una civilización desvalida aguardando la llegada de su propia destrucción.

Miró con horror el rostro gris y negro de la muerte. No de la muerte de él mismo como individuo. Eso era normal y necesario. Era un viejo y, según lo dicho, había gozado de una vida placentera. Su propia extinción nada significaba. Pero lo que veía ahora no era el fin de un hombre, sino el de todas las cosas que se habían hecho, el fin de la vida misma, pillada en las llamas convulsivas del granito hirviendo y de los mares evaporándose, de la fina niebla atómica, de la disipación hasta la nada.

Milly subió las escaleras, sonriendo al verle.

—¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto, Emil!

Él se levantó rápidamente.

—Lo siento; debía habértelo hecho saber.

—No te preocupes —le cogió la mano mientras caminaban los dos hacia la casa—. ¡Todo es tan raro, Emil! Después de todos estos años, yo… temía estar aquí sola.

Él asintió señalando con la cabeza el cielo nocturno.

—¿Por causa de eso?

—Eso supongo. Pero no es por mí misma, Emil. Comienzo a pensar en otras personas. Especialmente en los niños; en los más pequeños… Parece… parece una lástima, sea como sea —su faz se quebró y él vio que estaba llorando.

Mientras subía los escalones del porche, el doctor Bullet le saludó desde el pasillo principal del paseo, en su vuelta a casa del observatorio.

—Buenas noches, doctor Padgham. Estupenda reunión, ¿eh?

—Mucho.

—Ese periodista… Parrón… nos prometió que la noticia ocuparía todas las primeras páginas del país mañana por la mañana.

¡Mi Teoría del Universo Heliocéntrico! —Alzó los ojos triunfantes hacia las estrellas—. ¡Piense en eso! ¡La prueba de todo el trabajo de mi vida!

El doctor Padgham tembló porque pensó, en su lugar, en el tormento y en el caos, en las turbas arrollándolo todo por el terror, tratando de escapar de lo ineludible.

—¡Mire, doctor Padgham! —El doctor Bullet continuó, señalando hacia el cielo—. Ya está lo bastante cerca como para que se le vea a simple vista.

El doctor Padgham y Milly estudiaron los cielos, pero ninguno de ellos pudo encontrar al negro intruso. El profesor se excusó.

—Supongo que mi vista ya no es lo que era antes. Necesito seguir con mi telescopio una temporadita más…

VII

Los tambores batieron y Bwani Ngani entró en el círculo de gigantes danzarines negros, gritando el antiguo Himno del Dios de los Mil Ojos. Llevaba su máscara divina más fiera, una creciente monstruosidad de plumas caídas salpicada con la sangre de los sacrificios. Señaló hacia el signo del firmamento y murmuró sus hechizos contra los demonios.

El hijo del jefe y su novia estaban con las manos cogidas en el borde de la frenética multitud, impresionados por el salvajismo hipnótico del odio. Se hablaban con los ojos y al cabo de un momento dieron media vuelta y tomaron el camino que les conduciría hasta el «bungaló» de la misión.

—Tanto miedo y tanta cólera —murmuró ella cuando estuvieron a solas—. No tengo sitio en mi corazón para eso, porque si no me arrancaría el amor que siento hacia ti.

—¡Y signos en el cielo! Tonterías infantiles. Los amigos blancos de la misión nos han enseñado todo eso.

—Dios es Amor, no un demonio o una máscara del diablo. Yo también aprendí esto.

Vieron el techo de la misión a través de los árboles y en el claro de delante el Reverendo Colwaite y todo el personal se habían reunido para rezar…

VIII

… El primer dato periodístico del descubrimiento del Planeta Padgham, escrito con una prosa restringida y científica, había despertado poquísimo interés popular. El asunto pudo haber muerto si los periódicos no hubiesen dado un nombre a la cosa. Al cabo de una hora estalló un incidente diplomático. Los rusos pretendían el derecho a dar nombre al fenómeno; se presentó una protesta formal en el Departamento de Estado. La prensa americana reaccionó unánime. Se convirtió en cuestión de honor nacional defender el nombre de Planeta Padgham.

El doctor Padgham trató a la desesperada de utilizar la situación para escapar de su ardiente convicción de responsabilidad que no le daba ninguna paz anímica. Si los rusos reclamaban al invasor, que se lo llevasen. Pero los astrónomos estaban demasiado atareados peleándose por las interpretaciones del fenómeno, así que no hicieron el menor caso al doctor Padgham. Después de un retraso de una semana, el editor de un periódico muy influyente de cierta ciudad consintió en entrevistarle; pero cuando el doctor Padgham explicó lo que quería, el editor se limitó a sacudir la cabeza.

—Comprendemos su modestia, doctor Padgham, pero esto concierne a nuestra soberanía nacional. Si cedemos en un punto, es imposible adivinar dónde terminarán las demandas subsiguientes que se nos harán.

—¡Pero un nombre nada significa! Si dicen que es el Lenin…

—Lo que debemos considerar es el principio entrañado, doctor Padgham.

—Puesto que esa cosa tiene mi nombre, ¿no le parece que mi opinión debe de tener algún valor? Estoy seguro que el doctor Varik vio la cosa antes que yo. ¿Puede publicar ese comentario como una

entrevista?

—Va por completo en contra de nuestra reconocida política editorial.

—Cuando esta situación comenzó —explicó el doctor Padgham —, Mike Parrón me dijo que no se retendría ninguna noticia porque…

—¡Retener! ¿De veras usted sugiere…?

—Nada de eso. Lo que afirmo es: Si la historia original tuvo que imprimirse porque los periódicos publican toda clase de noticias, ¿por qué no se publica también mi comentario? ¿No tiene igualmente la misma categoría?

—La verdad, doctor Padgham, es del todo relativa y este asunto entraña el interés nacional. Las situaciones son completamente distintas. Y, ahora, debe perdonarme; tengo trabajo que hacer.

El doctor Padgham se fue, decepcionado. Era una tarde fría. Regresó caminando a la universidad.

Por todas partes vio pruebas del impacto que el Planeta Padgham estaba causando en su sociedad. Los bares anunciaban su Cóctel Heliocéntrico. Los grandes almacenes en sus escaparates estaban atestados con vestidos y accesorios designados para el momento en que «Venga el Planeta». En una librería habían pirámides del último éxito de ventas, un esbelto volumen redactado por un evangelista popular y titulado: ¿Y después qué? Con letras un poco más pequeñas, en la cubierta escarlata se preguntaba: «¿Cuando llegue el fin, estarás preparado?». En la marquesina de un teatro, con luces cambiantes, se anunciaba «Primeras imágenes del Planeta Padgham»; la cola del público ocupaba toda una manzana. Un cartel colocado en el escaparate de una tienda de televisores proclamaba que cada noche, a las ocho y media, estaría en antena el Planeta Padgham, emisión patrocinada por Comprimidos Nerviosos Neutrales de Neuro. A intervalos, a lo largo de la pequeña calle, se habían instalado telescopios; por veinticinco centavos un cliente podía estudiar el próximo desastre durante tres completos minutos, aunque ahora estaba tan cerca que aparecía en el cielo de grande como un dólar de plata.

Todo era una forma de locura; el doctor Padgham lo sabía. Pero no la clase particular de locura que había temido. Aunque nunca se le ocurrió que una catástrofe pudiese incluso ser organizada,

comercializada y explotada.

El periódico de la noche estaba en el jardín cuando llegó a casa. Se sentó en el porche, tamborileando sobre él. Poco antes de lanzarlo a un lado, un artículo le llamó la atención. Era una descripción del Planeta Padgham escrita por Mike Parrón. Estaban allí todas las frases familiares… «Cuerpo no radiante… más allá de todo análisis…». Pero se le había añadido algo nuevo, la propia impresión de Parrón de que no le parecía substancia material, sino la nada. Lo describió como un agujero en el cielo.

El doctor Padgham, de pronto, recordó su propia impresión cuando lo vio por primera vez a través del telescopio del observatorio. Dejó caer el periódico y se apresuró a cruzar el jardín para entrar en la habitación de sobre el garaje. Cosa bastante rara, no había visto al disco negro desde que lo descubriera. Se sentía demasiado deprimido para querer utilizar de nuevo su telescopio. Tampoco tenía televisor, así que no pudo disfrutar de las emisiones nocturnas. Y, aun cuando el Planeta Padgham se cernía tan grande en el cielo, su vista era en apariencia tan pobre que era incapaz de distinguirlo.

Bruscamente quiso estudiar el fenómeno otra vez. Le temblaba la mano cuando ajustó el telescopio. Se le ocurrió otra idea. El planeta jamás se había movido de su lugar en el cielo; sin embargo, la tierra giraba. Y observatorios en China y Rusia, Europa e India los estudiaban simultáneamente…

IX

—¿Puede hacerse? —preguntó el Presidente.

—Sí y no —respondió el técnico en cohetes—. Poseemos la ciencia práctica. Sabemos cómo hacerlo. Creo que podremos convertir nuestras existencias de armas atómicas en unidades de energía, pero…

—No —el general interrumpió con viveza—. Señor Presidente, no podemos correr el riesgo de quedarnos indefensos.

—Los matemáticos de más confianza, en sus cálculos nos conceden veinte días —dijo el Presidente, no haciendo caso al general—. ¿Cuánto podemos lograr en ese caso?

—Poquísimo —admitió el experto en cohetes—. Se pueden construir dos o tres… quizá media docena. Como máximo lograr alojar a cien hombres y mujeres, con seguridad no más.

—Entonces tendremos que elegir con sabiduría.

—E incluso así es un simple juego. En teoría se puede utilizar el poder atómico, pero no hemos hecho experiencias con él.

—¡Yo no puedo permitir que saquen ninguna de nuestras pilas atómicas! —declaró el general.

—Será por una orden ejecutiva —le confesó el Presidente.

—La defensa de la nación es responsabilidad mía —dijo el general—. ¿No cree usted que el enemigo saltará sobre nosotros en cuanto sepa lo que estamos haciendo?

—Entonces la solución es pedirles que participen. Esto, después de todo, es una amenaza para la propia humanidad. Nuestras disputas internacionales…

—¡Apaciguamiento! —El general rezongó esa única palabra y salió de estampida.

—Eso es lo que yo había pensado —admitió el experto en

cohetes—. Si sus técnicos y los nuestros pudiesen trabajar juntos, si pudiéramos utilizar sus pilas al igual que las nuestras… bueno, quizás obtendríamos cohetes de escape para cosa de un millón de personas.

El presidente suspiró.

—Convocaremos entonces una conferencia. Eso significará publicidad y yo preferiría evitarlo lo más posible…

X

… El hijo del jefe y su novia entraron en el claro. El reverendo Colwaite interrumpió su oración para recibirles, su delgado cuerpo temblando de placer.

—¡Con el grupo! ¡Con el grupo! —gritó, pero el hijo del jefe no comprendía la lengua del hombre blanco. Al acabar el rezo y la acción de gracias, el reverendo Colwaite preguntó en el dialecto nativo:

—¿Habéis venido para que yo celebre la ceremonia de la boda a nuestro estilo?

—No, mi amigo blanco; hemos escapado del odio de aquel baile.

—¡Vaya, entonces Bwani Ngani trata de poner en práctico eso! No le servirá de nada.

—Habla a nuestro pueblo de un signo en el cielo. Mi pueblo empieza a pensar que los viejos dioses regresan. Eso es mala cosa; le pedimos que nos ayude.

—Mi Dios es más fuerte. Bwani Ngani será destruido.

—No pedimos eso, amigo blanco. ¿No puede lo bueno de nuestros dioses vivir junto con lo bueno del vuestro? ¿No podéis Bwani Ngani y tú hablar y llegar a un acuerdo? Nosotros, también, tenemos dioses de Amor y Ternura. ¿Es que no son los mismos que los vuestros?

—¡Mira al cielo, salvaje negro! ¡Fíjate en el signo de mi Dios! ¡Viene para vengarse de los incrédulos! Vuelve a tu pueblo y diles que se arrepientan mientras haya tiempo. ¡Mi Dios no consiente que existan otros más!

La novia habló por vez primera, tímida y suavemente:

—En el colegio de la misión, hermano blanco, nos enseñaste Amor y Hermandad, no venganza. Dijiste que había bien en todos

los hombres. ¿No hay entonces nada de bueno siquiera en Bwani Ngani?

El reverendo Colwaite echó hacia atrás su magnífica cabeza y comenzó a rezar hacia el cielo. Todo su séquito se arrodilló y sus voces se unieron a la suya. El hijo del jefe y su novia se quedaron plantados durante un momento antes de alejarse. Emprendieron otro camino a través de la jungla y al poco el batir de los tambores del odio y la plegaria de la misión desaparecieron tras ellos. Encontraron una cueva alta por encima del río, y se sentaron juntos en el suelo…

XI

—… ¡Cohetes de escape preparados! ¡La Delegación rusa vuela a Washington! —gritaban los vendedores de periódicos en cada esquina cuando el doctor Padgham volvió a la ciudad. Estupefactas, asustadas, las gentes llenaban las calles.

Emil Padgham conocía la verdad, pero ninguno de los hombres a quienes trató de ver tuvo tiempo para escucharle. Acudió a las emisoras de radio, pero los miembros de la Guardia Nacional rodeaban los edificios. No tenía pase que le permitiera la entrada a la redacción de un periódico. Abordó a los desconocidos en plena calle para hablarles, pero tras dirigirle una mirada fulminante, siguieron su marcha con un encogimiento de hombros.

El doctor Padgham comprendía por entero la razón de las precauciones. El gobierno se daba cuenta de que el verdadero pánico seguiría a la noticia de los proyectados cohetes de escape. Todo el aspecto placentero y comercial había pasado; la gente se enfrentaba a la realidad. Pero durante algún tiempo el tumulto y la algarada podría contenerse si no había jefe que orientase al público arremolinado imponiéndole una sola norma de conducta. Por consecuencia, los medios de comunicación con la masa necesitaban estar rígidamente controlados.

¡Pero el doctor Padgham conocía la verdad! ¡Tenía que hacerse oír antes de que fuese demasiado tarde! A la desesperada, intentó utilizar la emisora de radio de aficionados que tenía en su cuarto taller. Habló por el micrófono hasta quedar ronco; su única esperanza era que alguien le oyese y le comprendiera.

Al cabo de cinco horas una patrulla de guardias vino y le quitó el transmisor. Se quedaron doce hombres. El doctor Padgham fue arrestado en su casa. Le desconectaron el teléfono. Los guardias

tenían prohibido hablar con él.

Estaba desamparado, aislado como algún germen peligroso. La humanidad había preferido inmovilizar la verdad y dar rienda suelta al caos. Sólo Milly comprendió y ella estaba tan desvalida como él. Durante horas infinitas permanecieron sentados en el porche, mirando hacia la ciudad que estaba junto al puerto, dos personas débiles y viejas que pudieron haber impedido que estallara el volcán a sus pies.

Pero seguían recibiendo noticias. Durante dos semanas prosiguieron las negociaciones con Rusia, en Washington. Siempre a punto de llegar a un acuerdo, la conferencia jamás lo logró, porque los rusos insistían en que el invasor debía ser llamado Lenin y los americanos, provocados por editoriales histéricas y titulares escalofriantes, no se atrevían a abandonar el nombre de Planeta Padgham. Mientras, el fenómeno creció hasta convertirse del tamaño de una negra rueda de carro en el cielo.

Después de cierto tiempo el proyecto cohete progresó. Dos navíos gradualmente comenzaron a adquirir forma en el desierto de Mojave. El general, de mala gana, cedió una antigua arma atómica para propósitos experimentales y los científicos habían elaborado un método seguro para convertir las armas en un cohete impulsado por energía atómica.

Y en los periódicos estallaron dos grandes controversias. La primera tenía que ver con el destino del cohete de escape. Puesto que el Planeta de Padgham con claridad destruiría el Sistema Solar, parecía necesario para la nueva civilización, si tenía que sobrevivir al apuro, instalarse en otra parte de la galaxia. La oposición pretendía que la distancia haría de tal meta un imposible; proponía que el nuevo mundo se crease en el propio Planeta Padgham.

La segunda controversia fue mucho más violenta. Giraba en torno a la selección de los pocos afortunados que sobrevivirían. Sólo una lotería de ámbito nacional parecía democrática; sin embargo, eso podría hacer que la gente del nuevo mundo estuviese compuesto por locos, cretinos, criminales o pervertidos. Un periódico conservador deseaba que se eligiesen sólo los triunfadores, pero era incapaz de definir el éxito de manera específica; otro proponía profesores de colegio y universidad; un tercero extendía la beligerancia hacia los «verdaderos americanos»,

de nuevo, desgraciadamente, mostrándose oscuros en cuestión de definiciones.

Al transcurrir los días, el doctor Padgham se enteró de que un pequeño cohete se estaba construyendo en el recinto de la universidad. No fue una noticia general y, sin embargo, resultó ampliamente difundida en todos los noticiarios y emisiones de radio. El profesor dedujo lo que contendría el cohete… archivos y libros de la biblioteca de la universidad, junto con equipo de los laboratorios científicos. Por lo menos a la nueva civilización se le daría una posibilidad de empezar con medios, garantizando a cualquiera del personal elegido que tuviese la inteligencia necesaria, poder utilizar los archivos acumulados que constituían la herencia del hombre.

Mientras prosiguió la conferencia con los rusos, el público vibró de miedo interno pero no hubieron desórdenes. Si las dos naciones llegaban a un acuerdo, un millón de personas, posiblemente más, podrían escapar. Cada posibilidad individual de supervivencia era, por tanto, mucho mayor.

Los evangelistas exhortaban por doquier y a todas horas. Las iglesias se veían atestadas de gente. Muy pocas personas dormían. De noche se alineaban en las orillas de la bahía con sus coches, mirando en silencio y beligerantemente a la mancha negra del firmamento.

Y, de pronto, el Planeta Padgham tuvo un tamaño tres veces el de la luna.

Sólo cuando la conferencia de Washington fracasó y la delegación rusa volvió a su patria, la tensión contenida estalló en el caos. La multitud pululó por la ciudad, saqueando, quemando, destruyendo. Emil Padgham y Milly permanecieron en la puerta principal de su casa mientras la salvaje oleada pasaba ante ellos. La multitud tenía miedo de agredirles, con un temor incierto y casi supersticioso, tratando de arrancarles de su solitaria isla de razón para sumirlos en el torbellino de la locura.

Emil Padgham sabía por qué la gente acudía al recinto de la universidad. Había allí un cohete… un cohete para huir. Individualmente los componentes de la turba lo querían para sí; cada hombre luchaba con los demás por una sutil posibilidad de supervivencia personal.

Padgham y su hermana trataron de gritar a la multitud la verdad, pero sus palabras fueron arrancadas de sus labios y reducidas a la nada por el huracán del caos. De pronto, Milly se lanzó contra el torrente humano. Brutalmente la rechazaron y la pisotearon un centenar de pies enloquecidos y quedó arrojada en el césped, como la madera rechazada por un mar colérico.

Pero consiguió su propósito: había logrado salvar a dos niños pequeños que se habían visto atrapados por la masa. Estaban sentados en la hierba, junto a ella, mirando tranquilos el torbellino.

Emil Padgham se inclinó sobre su hermana. Ella abrió los ojos despacio; su cuerpo convulsionado de dolor.

—No hay salida —susurró, mientras un tenue reguero de sangre aparecía entre sus labios—. Es más fácil para los hombres aceptar la locura y morir que creer en la verdad.

Y ella murió.

Padgham se alzó, su mente en una agonía de pesar. Oyó un rugido por encima y alzó la vista. Más allá de las llamas que se alzaban sobre la ciudad un millar de aviones despegaban de un aeropuerto que quedaba a la otra parte de la bahía, perdiéndose rectos en el firmamento, sus alas plateadas reluciendo a la luz del sol. Al seguir el doctor Padgham la dirección de su vuelo, el sol disminuyó y se apagó.

Vio entonces atónito… durante un breve instante de terror… un enorme disco negro y vacío, llenando todo el cielo. Vio cómo la diminuta flota de aviones de plata estallaba, teniendo como fondo la negrura, como mariposas brillando en las profundidades de una noche sin fin.

A gran distancia oyó las voces de los dos niños que Milly había salvado.

—¿Dónde va toda esa gente? —preguntaba el muchacho.

—No lo sé —contestó la niña—. Mi mamá me dijo que el sol se apagaba.

—Eso es una tontería; no es verdad. Sigo viéndolo.

—Sí, yo también.

La verdad, pensó Padgham, la sabían los niños, claro. Ellos veían la realidad, no la pesadilla que la mente adulta había creado. Con un suspiro tomó a los niños de la mano y los condujo dentro de la casa, alejándolos del sonido y del caos.

—Miremos si podemos encontrar un poco de leche y pastelitos —sugirió. Los ojos de los niños brillaron de placer…

XII

… Al amanecer miraron a un tranquilo mundo verde, en donde el rocío todavía bailoteaba bajo la luz del sol. El hijo del jefe frunció el ceño ante el brillante cielo azul, los ojos turbados.

—Se ha ido —dijo—. El signo que dijeron que habían enviado los dioses para destruirnos.

Su novia deslizó la mano entre las de él, sonriendo confiada.

—Hablaban para asustarnos… para hacernos obedecer. No había signo. No hay dios del odio… sólo existe el Dios del amor, que tú y yo comprendemos.

—Pero anoche, cuando estábamos en el claro, creí ver una… —dudó, inseguro de sus palabras—, una especie de algo en el cielo. Sé que el reverendo Colwaite lo vio; sé que Bwani Ngani lo vio.

—La gente siempre verá lo que quiere ver. Retuerce la verdad a su conveniencia. Hace que el mal y el terror sean tan reales como… —Ella le tomó en sus brazos y apretó los labios, cálidos y sensuales, contra los de su amado—. Tan real como esto.

Algún tiempo después, cuando el sol estaba más alto en el cielo, regresaron caminando al poblado. Les asombró que tanto su aldea nativa como el conjunto de edificios de la misión hubieran desaparecido. Pero no tuvieron miedo… porque sus almas estaban demasiado llenas con la satisfacción de su amor para admitir incluso los tenues coletazos del diablo del mal.

FIN

EL MUNDO DE JON

Philip K. Dick

CAPÍTULO PRIMERO

Kastner caminó en torno al navío, sin hablar. Ascendió por la rampa y entró, desapareciendo en el interior con precaución. Durante un momento se pudo ver su silueta, agitándose. Reapareció, su amplio rostro algo iluminado.

—¿Y bien? —preguntó Caleb Ryan—. ¿Qué te parece?

Kastner bajó por la rampa.

—¿Está preparado para partir? ¿No queda nada por resolver?

—Casi está listo. Los trabajadores están terminando las secciones que faltan. Con las conexiones relé y las líneas de alimentación. Pero no existe ningún problema mayor. Por lo menos ninguno que podamos adivinar.

Los dos hombres quedaron juntos, plantados, mirando la achaparrada caja metálica con sus portezuelas y pantallas y rejillas de observación. El navío no era bonito. No tenía líneas aerodinámicas, nada de cromo, ni de aletas de aterrizaje para amortiguar una caída posible del navío. La nave era cuadrada e irregular, con torretas y proyecciones asomando por doquier.

—¿Qué pensarán cuando salgamos de eso? —murmuró Kastner.

—No hemos tenido tiempo de hacerlo bonito. Claro, si quieres aguardar otros dos meses…

—¿No podrías quitar unos cuantos de esos bultos? ¿Para qué son? ¿Qué es lo que hacen?

—Válvulas. Puedes examinar los planos. Dispensan la carga de potencia cuando ésta aumenta demasiado. El viaje en el tiempo va a ser peligroso. Una enorme carga se forma mientras el navío retrocede. Tiene que disiparse de manera gradual… o nos encontraremos dentro de una inmensa bomba cargada con millones de voltios.

—Acepto tu palabra —Kastner recogió su maletín. Avanzó hacia una de las salidas. Los Guardias de la Liga le dejaron paso—. Diré a los directores que está casi preparado. A propósito, tengo algo que revelar.

—¿El qué?

—Hemos decidido quién te acompañará.

—¿Quién?

—Yo. Siempre he deseado saber cómo estaban las cosas antes de la guerra. Uno tiene los carretes de la historia, pero no es lo mismo. Deseo estar allí. Caminar. Ya sabes, dicen que no había ceniza antes de la guerra. La superficie era fértil. Se podía caminar durante kilómetros sin ver ruinas. Me gustaría comprobar eso.

—No sabía que te interesase el pasado.

—Oh, sí. Mi familia conservó algunos libros ilustrados que demostraban cómo era. No me extraña que USIC quiera apoderarse de los papeles de Schonerman. Si pudiese empezar la reconstrucción…

—Eso es cuanto queremos.

—Y quizá lo tengamos. Te veré más tarde.

Ryan vio cómo aquel hombre indiferente y algo rechoncho se marchaba, llevando bien agarrado con la mano su maletín. La fila de Guardias de la Liga le dejó paso, cerrándose tras él mientras desaparecía por la puerta.

Ryan devolvió su atención a la nave. De modo que Kastner iba a ser su compañero. La USIC… United Synthetic Industries Combine… había defendido igual representación durante el viaje. Un hombre de la Liga, otro de USIC. USIC había sido la fuente de suministros, tanto comerciales como financieros para el Proyecto Reloj. Sin su ayuda, el Proyecto nunca hubiese salido de su etapa de diseño. Ryan se sentó en el banco e hizo que por el visor se sucediesen los planos. Habían sido repasados muchas veces. No quedaba mucho que hacer. Unos cuantos toques aquí y allá.

La pantalla chasqueó. Ryan detuvo el examinador y giró para captar la llamada.

—Ryan.

El monitor de la Liga apareció en pantalla. La llamada llegaba a través de cables de la Liga.

—Llamada de emergencia.

Ryan se quedó petrificado.

—Comuníqueme.

El monitor desapareció. Al cabo de un momento surgió un rostro viejo, arrugado y curtido.

—Ryan…

—¿Qué pasa?

—Será mejor que vengas a casa. Lo antes posible.

—¿Qué ocurre?

—Jon.

Ryan hizo un esfuerzo para mostrarse tranquilo.

—¿Otro ataque? —Su voz era espesa.

—Sí.

—¿Cómo los otros?

—Exactamente igual que los otros.

Ryan extendió la mano para cortar la comunicación.

—Está bien. Iré a casa en seguida. Que no entre nadie. Trata de mantenerle tranquilo. Que no saiga de su cuarto. Dobla la guardia, si es preciso.

Ryan accionó el interruptor. Un momento más tarde marchaba hacia el tejado, hacia su navío interurbano aparcado encima de él, en el campo de aterrizaje del edificio.

II

Su navío interurbano pasó por encima de un campo infinito de cenizas grises, la conducción automática guiándolo hacia la Ciudad Cuatro. Ryan miró inexpresivo por la ventanilla, sin apenas ver el panorama que se extendía por debajo.

Se encontraba entre ciudades. La superficie del suelo estaba desperdiciada, montones infinitos de escoria y ceniza hasta donde podía alcanzar la vista. Las ciudades se alzaban como hitos ocasionales, separadas por kilómetros de gris. Hitos aquí y allá, torres y edificios, hombres y mujeres trabajando. Gradualmente, la superficie estaba siendo reclamada. Los suministros y equipos se traían desde la Base Lunar.

Durante la guerra los seres humanos abandonaron la Tierra y fueron a la Luna. La Tierra quedó devastada. No había más que un globo de ruinas y cenizas. Los hombres habían comenzado a regresar poco a poco, cuando terminó la guerra.

En realidad hubieron dos guerras. La primera fue de hombre contra hombre. La segunda fue hombre contra zarpas… robots complicados que habían sido creados como un arma de guerra. Los zarpas se volvieron contra sus fabricantes, diseñando sus propios tipos nuevos y su equipo.

El navío de Ryan comenzó a descender. Se encontraba sobre Ciudad Cuatro. Al poco la nave se posó en el tejado de su impresionante residencia particular en el centro de la urbe. Ryan descendió rápidamente y cruzó la terraza hasta el ascensor.

Un momento más tarde entró en sus habitaciones y se encaminó hacia el cuarto de Jon.

Encontró al viejo vigilando a Jon a través de la pared de cristal de la habitación, su rostro serio. El cuarto de Jon estaba

parcialmente en la oscuridad. Jon se sentaba al borde de la cama, sus manos unidas apretadamente. Tenía los ojos cerrados. Su boca estaba un poco abierta y de vez en cuando sacaba la lengua, tiesa y rígida.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó Ryan al viejo que estaba a su lado.

—Una hora, poco más o menos.

—¿Los otros ataques siguieron el mismo proceso?

—Este es más grave. Cada uno ha sido más grave que el anterior.

—¿Nadie le ha visto, excepto tú?

—Sólo los dos. Te llamé cuando estuve seguro. Ya casi le ha pasado. Está saliendo de él.

En el otro lado del cristal, Jon se levantó y se alejó de la cama, los brazos cruzados. Su pelo rubio colgándole desaliñado por la cara. Seguía con los ojos cerrados. Tenía el rostro pálido y firme. Los labios contraídos.

—Al principio estaba completamente consciente. Le dejé en paz durante un rato. Yo estaba en otra parte del edificio. Cuando volví le encontré tumbado en el suelo. Había estado leyendo. Los carretes estaban esparcidos a su alrededor. Tenía la cara azul. Su respiración era irregular. Había espasmos musculares repetidos, como antes.

—¿Y tú qué hiciste?

—Entré en el cuarto y le llevé a la cama. Al principio estaba rígido, pero después de unos pocos minutos comenzó a relajarse. Su cuerpo se quedó desmadejado. Le tomé el pulso. Era muy lento. La respiración se le hacía fácil. Y luego empezó.

—¿Eso?

—La conversación.

—Oh —asintió Ryan.

—Ojalá hubieses estado aquí. Habló mucho más que nunca. Y continuó hablando. A torrentes. Sin pausa. Como si no pudiera detenerse.

—¿Era… era la misma conversación que antes?

—Exactamente la misma, como siempre. Y tenía el rostro iluminado, reluciente. Como antes.

Ryan calló unos instantes meditabundo.

—¿Puedo entrar en la habitación?

—Sí. Ya casi pasó.

Ryan avanzó hacia la puerta. Sus dedos se oprimieron contra la cerradura en clave y el panel se hundió en la pared.

Jon no advirtió su presencia cuando se acercó en silencio dentro del cuarto. Paseaba arriba y abajo, los ojos cerrados, los brazos envueltos en torno a su cuerpo. Se tambaleaba un poquito, haciendo eses de lado a lado. Ryan se plantó en el centro de la habitación.

—¡Jon!

El chico parpadeó. Abrió los ojos. Sacudió la cabeza rápidamente.

—¿Ryan? ¿Qué… qué es lo que quieres?

—Será mejor que te sientes.

Jon asintió.

—Sí. Gracias —tomó asiento inseguro en la cama. Sus ojos eran amplios y azules. Se apartó el pelo de la cara, sonriendo un poquito a Ryan.

—¿Cómo te sientes?

—Me siento muy bien.

Ryan se sentó frente a él, aproximando una silla. Cruzó las piernas, arrellanándose. Durante largo rato examinó al muchacho. Ninguno habló.

—Grant dice que tuviste un pequeño ataque —dijo, por último, Ryan.

Jon asintió.

—¿Ya te ha pasado?

—Oh, sí. ¿Cómo va el navío?

—Estupendo.

—Prometiste que podría verlo cuando estuviese listo.

—Puedes. Cuando esté completamente acabado.

—¿Y eso será…?

—Pronto. Unos cuantos días más.

—Tengo muchas ganas de verlo. He estado pensando en él. Imagínate ir por el tiempo. Se podría volver a Grecia. Podrías retornar y ver Pericles y a Xenofonte y… y a Epicteto. Podrías volver a Egipto y hablar con Ikhnaton —sonrió—. Ya estoy impaciente por verlo.

Ryan se agitó.

—Jon, ¿de verdad que crees que te encuentras lo bastante bien

para salir? Quizá…

—¿Lo bastante bien? ¿Qué quieres decir?

—Tus ataques. ¿Crees de veras que puedes salir? ¿Estás lo bastante fuerte?

El rostro de Jon se nubló.

—No hay ataques. En realidad, no. Desearía que no les llamases ataques.

—¿Ataques no? ¿Qué son, pues?

Jon dudaba.

—No… no debiera decírtelo, Ryan. No comprenderías.

Ryan se levantó.

—Está bien, Jon. Si crees que no puedes hablarme, volveré al laboratorio —cruzó la habitación hacia la puerta—. Es una lástima que no puedas ver la nave. Creo que te gustaría.

Jon le siguió plañidero.

—¿No puedo verla?

—Quizá si yo supiese más acerca de tu… de tus ataques, sabría si estás lo bastante bien para salir.

El rostro de Jon destelló. Ryan le contempló con fijeza. Escritos en sus rasgos podía ver los pensamientos cruzando la mente de Jon. Luchaba interiormente.

—¿No quieres decírmelo?

Jon tomó una profunda bocanada de aire.

—Son visiones.

—¿Qué?

—Son visiones —el rostro de Jon estaba vivo y radiante—. Las conozco desde hace mucho tiempo. Grant dice que no lo son, pero sí. Si pudieses verlas, también lo sabrías. No son nada parecido a lo que existe. Son más reales que, bueno, que esto —dio unas palmadas en la pared—. Más reales que aquello.

Ryan encendió un cigarrillo despacio.

—Sigue.

Todo vino como un torrente.

—¡Más reales que cualquier otra cosa! Como mirar por una ventana que da a otro mundo. Un mundo verdadero. Mucho más real que éste. Hace que este mundo sea un mundo en sombras. Sólo espesas sombras. Formas. Imágenes.

—¿Sombras de una remota realidad?

—¡Sí! Exactamente. El mundo más allá de todo esto —Jon paseó arriba y abajo, animado por la excitación—. Esto, todas esas cosas. Lo que vemos aquí. Edificios. El cielo. Las ciudades. Las cenizas sin fin. Nada es del todo real. ¡Es sombrío y vago! En realidad no lo noto, no como lo demás. Y se convierte en menos real, cada vez. Lo otro crece, Ryan. ¡Crece y se hace más y más vivido! Grant dijo que sólo era mi imaginación. Pero no es cierto. Es real. Más real que cualquiera de estas cosas, estas cosas de esta habitación.

—¿Entonces por qué no podemos verlo todos?

—Lo ignoro. Ojalá pudieseis. Deberíais verlo, Ryan. Es hermoso. Te gustaría, después de que te acostumbrases a él. Se necesita tiempo para ajustarse.

Ryan meditó.

—Dime —murmuró por último—. Quiero saber exactamente qué es lo que ves. ¿Siempre es lo mismo?

—Sí. Siempre lo mismo. Pero con mayor intensidad.

—¿Y qué es? ¿Qué es lo que ves tan real?

Jon tardó un rato en responder. Parecía haberse retraído. Ryan aguardaba, mirando a su hijo. ¿Qué le pasaba por su mente? ¿Qué es lo que pensaba? Los ojos del muchacho se habían vuelto a cerrar. Tenía las manos apretadas y juntas, los dedos blancos. Volvía a estar fuera de sí, en su mundo privado.

—Sigue —dijo Ryan en voz alta.

Eran visiones lo que el muchacho veía. Visiones de una última realidad. Como la Edad Media. Y su propio hijo. En todo esto había una áspera ironía. Sólo cuando parecía que, por último, habían vencido esa proclividad en el hombre, su incapacidad eterna para enfrentarse a la realidad. Su eterno soñar. ¿Es que acaso la ciencia nunca conseguiría realizar este ideal? ¿Acaso el hombre seguiría prefiriendo la ilusión a la realidad?

Su propio hijo. Retrogresión. Un millar de años perdidos. Fantasmas y dioses y diablos y el secreto mundo interior. El mundo de la última realidad. Todas las fábulas y ficciones y la metafísica que el hombre utilizó durante siglos para compensar su temor, su terror al mundo. Todos los sueños que había elaborado para esconder la verdad, el áspero mundo de realidad. Mitos, religiones, cuentos de hadas. Una tierra mejor, más allá y por encima. El paraíso. Todo regresando, reapareciendo de nuevo, y en su propio

hijo.

—Sigue —ordenó Ryan impaciente—. ¿Qué es lo que ves?

—Veo campos —contestó Jon—. Campos amarillos, tan brillantes como el sol. Senderos y parques. Parques infinitos. Verde mezclado con amarillo. Senderos para que la gente camine.

—¿Y qué más?

—Hombres y mujeres. Con túnicas. Caminando a lo largo de los senderos, entre los árboles. El aire fresco y dulce. El cielo de un azul brillante. Pájaros. Animales. Animales moviéndose por los parques. Mariposas. Océanos. Ondulados océanos de agua clara. —¿Y ciudades no?

—No como las nuestras. No iguales. La gente vive en los parques. Casitas de madera de trecho en trecho. Entre los árboles.

—¿Carreteras?

—Sólo senderos. No se ven naves, ni nada. Sólo se camina.

—¿Y qué otra cosa ves?

—Eso es todo —Jon abrió los ojos. Tenía las mejillas acaloradas. Sus pupilas brillaban y parecían bailar—. Eso es todo, Ryan. Parques y campos amarillos. Hombres y mujeres con túnicas. Y muchos animales. Los maravillosos animales.

—¿Cómo viven?

—¿Qué?

—¿Cómo vive la gente? ¿Qué les mantiene con vida?

—Cultivan cosas. En los campos.

—¿Eso es todo? ¿No construyen? ¿No tienen fábricas?

—Creo que no.

—Una sociedad agraria. Primitiva —Ryan frunció el ceño—. No hay comercio ni negocios.

—Trabajan en los campos. Y discuten de cosas.

—¿Puedes oírles?

—Muy débilmente. A veces les oigo un poquito, si presto mucha atención. Sin embargo, no puedo descifrar ninguna de las palabras.

—¿De qué discuten?

—De cosas.

—¿Qué clase de cosas?

Jon hizo un gesto vago.

—Grandes cosas. El mundo. El universo.

Hubo silencio. Ryan gruñó. No dijo nada. Finalmente apagó el

cigarrillo.

—Jon…

—¿Sí?

—¿Crees que lo que ves es real?

Jon sonrió.

—Sé que es real.

La mirada de Ryan era penetrante.

—¿Qué quieres decir con real? ¿De qué manera este mundo tuyo es real?

—Existe.

—¿Dónde existe?

—No lo sé.

—¿Aquí? ¿Dónde existe aquí?

—No. No es aquí.

—¿Entonces en algún otro lugar? ¿Muy lejano? ¿Cualquier otra parte del universo más allá del alcance de nuestra experiencia?

—No, no es otra parte del universo. No tiene nada que ver con el espacio. Es aquí —Jon hizo un gesto señalando a su alrededor—. Muy cerca, cerquísima. Lo veo en torno mío.

—¿Lo ves ahora?

—No. Viene y se va.

—¿Deja de existir? ¿Entonces sólo existe a veces?

—No, siempre está ahí. Pero no siempre puedo establecer contacto con ello.

—¿Cómo sabes que está siempre ahí?

—Lo sé.

—¿Por qué no puedo verlo yo? ¿Por qué eres el único que puedes verlo?

—Lo ignoro —Jon se frotó la frente cansado—. No sé por qué soy el único que puede verlo. Desearía que lo vieses tú. Desearía que todo el mundo pudiera verlo.

—¿Cómo puedes demostrar que no es una alucinación? No tienes valoración objetiva para calibrarlo. Pues es sólo tu propio sentido interior, tu estado de consciencia. ¿Cómo podría presentarse para el análisis en público?

—Quizá no se pueda. No lo sé. No me importa. Yo no quiero presentarlo para análisis en público.

Hubo un silencio. El rostro de Jon estaba serio y ceñudo, la

mandíbula apretada. Ryan suspiró. Un círculo vicioso.

—Está bien, Jon —avanzó despacio hacía la puerta—. Te veré más tarde.

En la puerta, Ryan se detuvo, volviendo a mirar atrás.

—Entonces tus visiones se hacen más fuertes; ¿verdad? Progresivamente más vividas.

Jon asintió con sequedad.

Ryan meditó durante un momento. Por último, alzó la mano. La puerta se descorrió y él salió del cuarto, entrando en el vestíbulo.

Grant fue a su encuentro.

—Estuve mirando por la ventana. Se muestra muy retraído, ¿verdad?

—Es difícil hablar con él. Parece creer que esos ataques son una especie de visión.

—Lo sé. Me lo ha dicho.

—¿Por qué no me lo hiciste saber?

—No quería alarmarte más. Sé que te has estado preocupando por él.

—Los ataques empeoran. Dice que son más vividos. Más convincentes.

Grant asintió.

Ryan avanzó por el corredor, sumido en sus pensamientos, Grant un poco detrás.

—Es difícil estar convencido de cuál es el mejor curso de acción. Los ataques le absorben más y más. Comienza a tomárselos en serio. Están usurpando el lugar del mundo externo. Y además…

—Y además tú te marchas pronto.

—Desearía que supiésemos más acerca del viaje por el tiempo. Pueden sucedemos muchísimas cosas. —Ryan se frotó la barbilla—. Quizá no volvamos. El tiempo es una fuerza potente. No se ha efectuado ninguna verdadera exploración. No tenemos idea de en dónde podremos meternos.

Llegó al ascensor y se detuvo.

—Tendré que tomar una decisión inmediata. Es preciso que lo haga antes de que partamos.

—¿Tu decisión?

Ryan entró en el ascensor.

—Ya te la comunicaré más tarde. De ahora en adelante, vigila a

Jon constantemente. No te separes de él ni un momento. ¿Comprendes?

Grant asintió.

—Comprendo. Quieres estar seguro de que no salga de su cuarto.

—Tendrás noticias mías o bien esta noche o mañana —Ryan subió al tejado y entró en su nave interurbana.

En cuanto estuvo en el cielo encendió la pantalla visora y marcó el número de las Oficinas de la Liga. El rostro del Monitor de la Liga apareció.

—Oficinas.

—Póngame con el centro médico.

El Monitor desapareció. Al poco Walter Timmer, el director médico, surgió en la pantalla. Sus ojos se iluminaron al reconocer a Ryan.

—¿En qué puedo servirte, Caleb?

—Quiero que saques un buen coche médico y unos cuantos buenos hombres y vengas aquí, a la Ciudad Cuatro.

—¿Por qué?

—Es un asunto que discutí contigo hace varios meses. Creo que lo recordarás.

La expresión de Timmer cambió.

—¿Tu hijo?

—Lo he decidido. No puedo aguardar más tiempo. Empeora y no tardaremos en partir en el viaje por el tiempo. Quiero que se realice antes de que nos marchemos.

—De acuerdo —Timmer tomó una nota—. Adoptaremos de inmediato aquí las disposiciones pertinentes. Y enviaré un navío para recogerle en seguida.

Ryan dudaba.

—¿Haréis un buen trabajo?

—Pues claro. Conseguiremos que James Pryor efectúe la operación. —Timmer extendió el brazo para cortar la pantalla de la visión—. No te preocupes, Caleb. Se hará un buen trabajo. Pryor es el mejor lobotomista que posee el centro.

III

Ryan extendió el mapa, allanando las esquinas contra la mesa.

—Esto es un mapa del tiempo, trazado en forma de proyección espacial. Así podremos ver aquí adonde iremos.

Kastner miró por encima de su hombro.

—Nos quedaremos confinados al único Proyecto… conseguir los papeles de Schonerman, ¿verdad? ¿O quizá demos una vuelta?

—Sólo interesa el Proyecto. Pero para estar seguros del éxito tendremos que efectuar diversas paradas en este lado del continuo Schonerman. Nuestra mapa del tiempo pudiera ser inseguro, el propio motor actúa con alguna desviación.

El trabajo estaba terminado. Todas las partes finales se habían colocado en su sitio.

En un rincón de la habitación Jon se sentaba mirando, el rostro inexpresivo. Ryan le contemplaba de reojo.

—¿Qué te parece?

—Estupendo.

La nave del tiempo era como un recio insecto, sobrecrecido y lleno de bultos y nudos. Una caja cuadrada con ventanas e infinidad de torretas. En realidad, no era como un navío en absoluto.

—Me imagino que te gustaría venir —dijo Kastner a Jon—. ¿De acuerdo?

Jon asintió débilmente.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Ryan.

—Estupendo.

Ryan estudió a su hijo. El muchacho había recuperado su color. Ya volvía a tener la mayor parte de su vitalidad original. Las visiones, claro, dejaron de existir.

—Quizá vengas la próxima vez —dijo Kastner.

Ryan miró al mapa.

—Schonerman hizo la mayor parte de su trabajo entre el año 2030 y el 2037. Los resultados no sirvieron de nada hasta varios años después. La decisión de utilizar su trabajo en la guerra fue alcanzada luego de mucha meditación. Los gobiernos parecían darse cuenta de los peligros.

—Pero no lo suficiente.

—No —Ryan dudaba—. Y quizá nos metamos en la misma situación.

—¿Qué quieres decir?

—El descubrimiento por Schonerman del cerebro artificial se perdió cuando fue destruido el último zarpa. Ninguno de nosotros pudimos duplicar su obra. Si traemos los documentos, quizá lancemos un reto a la sociedad. Puede que devolvamos la existencia a los zarpas.

Kastner sacudió la cabeza.

—No. El trabajo de Schonerman no estaba implícitamente relacionado con los zarpas. El desarrollo de un cerebro artificial no implica su uso mortífero. Cualquier descubrimiento científico puede emplearse para la destrucción. Incluso la rueda se utilizó en los carros de guerra asirios.

—Eso supongo —Ryan miró de reojo a Kastner—. ¿Estás seguro de que USIC no intenta utilizar el trabajo de Schonerman con propósitos militares?

—USIC es un conglomerado industrial. No un gobierno.

—Eso le aseguraría una ventaja durante mucho tiempo.

—USIC es lo bastante fuerte en la actualidad.

—Vamos —Ryan enrolló el mapa—. Podemos empezar en cualquier momento. Estoy impaciente por ponernos en marcha. Llevamos mucho tiempo trabajando en esto.

—De acuerdo.

Ryan cruzó la habitación hasta su hijo.

—Nos vamos, Jon. Volveremos pronto. Deséanos suerte.

Jon asintió.

—Os deseo suerte.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Jon… ahora te sientes mejor, ¿verdad? ¿Mejor que antes?

—Sí.

—¿No te alegras de que se hayan ido… todas las dificultades que sufrías?

—Sí.

Ryan puso su mano con torpeza en el hombro del muchacho.

—Te veremos más tarde.

Ryan y Kastner subieron por la rampa hasta la escotilla del navío del tiempo. Desde un rincón, Jon les contempló en silencio. Unos cuantos Guardias de la Liga vagaban por las entradas del laboratorio de trabajo, mirando con indolente interés.

Ryan se detuvo en la escotilla. Llamó a uno de los guardias.

—Dígale a Timmer que quiero verle.

El guardia se fue, cruzando la salida.

—¿Qué pasa? —preguntó Kastner.

—Tengo que darle unas instrucciones finales.

Kastner le dirigió una viva mirada.

—¿Finales? ¿Qué ocurre? ¿Piensas que va a pasarnos algo?

—No. Una simple precaución.

Timmer entró dando zancadas.

—¿Te marchas, Ryan?

—Todo está preparado. No hay razón para más retrasos.

Timmer subió por la rampa.

—¿Qué querías de mí?

—Quizás esto no sea necesario. Pero siempre existe la posibilidad de que algo salga mal. En caso de que la nave no reaparezca, según el plan que he concertado con los miembros de la Liga…

—Quieres nombrarme protector de Jon.

—Cierto.

—No tienes por qué preocuparte.

—Lo sé. Pero me sentiría mejor. Es preciso que alguien se cuide de él.

Ambos miraron al muchacho silencioso e inexpresivo, sentado en el rincón de la habitación. Jon tenía la vista fija delante. Su rostro estaba en blanco. Sus ojos torpes, inquietos. Allí no había nada.

—Buena suerte —dijo Timmer. Él y Ryan se estrecharon la mano —. Espero que todo salga bien.

Kastner penetró en el navío, dejando en el suelo su maletín. Ryan le siguió, bajando la escotilla, colocándola en su lugar para cerrarla en la postura adecuada. Cerró también la puerta interna. Un banco de luces automáticas se encendió. La atmósfera controlada comenzó a sisear penetrando en la cabina del navío.

—Aire, luz, calor —dijo Kastner. Miró por la ventanilla a los Guardias de la Liga del exterior—. Es difícil de creer. Dentro de pocos minutos desaparecerá todo esto. El edificio. Los guardias. Todo.

Ryan se sentó ante el tablero de control del navío, extendiendo el mapa del tiempo. Sujetó el mapa en su puesto, cruzando la superficie con los conductores eléctricos del tablero que tenía ante sí.

—Mi plan es efectuar varias paradas de observación por el camino, para que podamos presenciar algunos de los acontecimientos pasados notables con respecto a nuestro trabajo.

—¿La guerra?

—Principalmente. Me interesa ver los zarpas en operación actual. Hubo un tiempo en que poseían el control completo de la Tierra, según los archivos del Departamento de Guerra.

—No nos acerquemos demasiado, Ryan.

Ryan soltó una carcajada.

—No aterrizaremos. Efectuaremos nuestra observación desde el aire. El único contacto virtual se efectuará con Schonerman.

Ryan cerró el circuito de energía. La corriente fluyó por el navío, a su alrededor, entrando en oleada en los manómetros e indicadores del tablero de control. Las agujas saltaron, registrando la carga.

—Lo principal que tenemos que vigilar es nuestra cumbre energética —explicó Ryan—. Si aumentamos mucho la carga de ergios del tiempo, el navío no podrá salir del torrente temporal. Tendremos que seguir retrocediendo hasta el pasado, llevando una carga más y más grande.

—Una bomba enorme.

—Eso es cierto —Ryan ajustó los conmutadores que tenía ante sí. Las lecturas cambiaron—. Allá vamos. Será mejor que nos sujetemos.

Soltó los mandos. La nave se estremeció como si entrase en posición polarizada, dejándose llevar por el flujo del tiempo. Los

mandos cambiaron Sus ajustes, adoptando el calibre adecuado a la tensión, automáticamente. Los relés se cerraron, frenando al navío contra la corriente que le barría por todos lados.

—Como el océano —murmuró Ryan—. La energía más potente del universo. La gran dinámica detrás de todo movimiento. El Primitivo Moviente.

—Quizás ese era el nombre que debía darse a Dios.

Ryan asintió. El navío vibraba a su alrededor. Se encontraban bajo la presa de una mano gigante, de un puño inmenso que se cerraba en silencio. Estaban en movimiento. A través del ventanal los hombres y las paredes comenzaron a oscilar, desvaneciéndose cuando la nave salió de la fase con el presente, vagando más y más en el flujo del torrente del tiempo…

—No tardaremos mucho —murmuró Ryan.

Casi de inmediato la escena del exterior del ventanal parpadeó. No había nada allí. Nada más allá de ellos.

—No estamos en fase con ningún objeto del espaciotiempo —explicó Ryan—. Estamos desenfocados con respecto al universo en sí. En este momento existimos en el no-tiempo. No hay continuo en el que vayamos operando.

—Espero que podamos regresar —Kastner se sentó nervioso, sus ojos fijos en el blanco ventanal—. Me siento como el primer hombre que descendió en un submarino.

—Eso fue durante la revolución americana. El submarino estaba impulsado por un cigüeñal que hacía girar el piloto. En el otro extremo del cigüeñal estaba la hélice.

—¿Y cómo pudo ir muy lejos?

—No pudo. Colocó su navío bajo una fragata británica y luego hizo un agujero en el casco de la nave enemiga.

Kastner alzó los ojos para mirar el casco del navío del tiempo. Vibrando y crujiendo por la tensión.

—¿Qué pasaría si esta nave se rompiera?

—Quedaríamos atomizados. Disueltos en el torrente que nos rodea —Ryan encendió un cigarrillo—. Nos convertiríamos en parte del flujo del tiempo. Retrocederíamos sin parar, de un fin del universo al otro.

—¿Fin?

—El tiempo termina. El tiempo fluye en ambos sentidos. Ahora

retrocedemos. Pero la energía debe moverse en ambos sentidos para mantener el equilibrio. De otro modo, los ergios del tiempo en vastas cantidades se amontonarían en un continuo particular y el resultado sería catastrófico.

—¿Supones que haya algún propósito detrás de todo esto? Me pregunto cómo el flujo del tiempo se puso en movimiento.

—Tu pregunta carece de significado. Las cuestiones de propósito no tienen validez objetiva. No se pueden sujetar a ninguna forma de investigación empírica.

Kastner cayó en un silencio. Tirábase de la manga nervioso, mirando por el ventanal.

A través del mapa del tiempo, los brazos cableados se movían, trazando una línea del presente que volvía hacia el pasado. Ryan estudió el movimiento de los brazos.

—Estamos llegando a la última parte de la guerra. Las etapas finales. Voy a poner en fase al navío y sacarlo del flujo del tiempo.

—¿Entonces volveremos a estar en el universo?

—Entre objetos. En un continuo específico.

Ryan empuñó el interruptor de energía. Tomó una profunda bocanada de aire. La primera gran prueba del navío había pasado. Habían entrado en el torrente del tiempo sin accidente. ¿Podrían abandonarlo con la misma facilidad? Hizo funcionar el interruptor.

El navío saltó. Kastner se tambaleó, cogiéndose a un soporte de la pared. Fuera del ventanal, un cielo gris parecía retorcerse y oscilar. Los ajustes cayeron en su lugar, vibrando el navío en el aire. Muy abajo de ellos la Tierra daba vueltas y reverberaba mientras el navío recobraba el equilibrio.

Kastner se acercó presuroso al ventanal para mirar al exterior. Se encontraban a unos ciento cincuenta metros de la superficie, marchando paralelos al suelo. La ceniza gris se perdía en todas direcciones, rota por montículos ocasionales de ruinas. Ruinas de ciudades, edificios, paredes. Escombros de equipo militar. Nubes de cenizas se alzaban cruzando el firmamento, oscureciendo el sol.

—¿Continúa la guerra todavía? —preguntó Kastner.

—Los zarpas aún poseen la Tierra. Podríamos ver a alguno de ellos.

Ryan elevó la nave del tiempo, aumentando el poder amplificador del visor. Kastner escrutó el terreno.

—¿Qué pasará si disparan contra nosotros?

—Siempre podremos escapar dentro del tiempo.

—Podrían capturar la nave y utilizarla para venir al presente.

—Lo dudo. En esta etapa de la guerra los zarpas estaban atareados luchando entre sí.

A su derecha corría un serpenteante camino, desapareciendo en la ceniza y reapareciendo más tarde. Cráteres de bombas asomaban aquí y allá, cortando la carretera. Algo venía despacio a lo largo de la calzada.

—Allí —dijo Kastner—. En la carretera. Una especie de columna.

Ryan maniobró el navío. Se colgaron por encima del camino, los dos hombres asomados. La columna era de un pardo oscuro, una fila en marcha avanzando lentamente. Hombres, una columna de hombres, caminando en silencio a través de un panorama de cenizas.

De pronto Kastner jadeó:

—¡Son idénticos! ¡Todos son iguales!

Estaban viendo una columna de zarpas. Como soldados de plomo, los robots marchaban, pisoteando la ceniza gris. Ryan contuvo el aliento. Había esperado ver algo así, claro. Existieron sólo cuatro tipos de zarpas. Estos que veía ahora salieron de la misma fábrica subterránea, de las mismas matrices y prensas. Cincuenta o sesenta robots, en forma de jóvenes hombres, marchando tranquilos. Avanzaron despacio. Cada uno sólo tenía una pierna.

—Han debido luchar entre sí —murmuró Kastner.

—No. Ese tipo fue fabricado de esa manera. El Tipo Soldado Herido. En su origen estaban diseñados para engañar a los centinelas humanos y poder entrar en las fortificaciones regulares.

Era singular, ver aquella silenciosa columna de hombres idénticos, cada cual exacto a su vecino, marchando por la carretera. Todos los soldados se ayudaban con muletas. Incluso las muletas resultaban idénticas. Kastner abrió y cerró la boca con repulsión.

—No es muy agradable, ¿verdad? —dijo Ryan—. Hemos tenido suerte de que la raza humana huyera a la Luna.

—¿No le siguió ninguno de éstos?

—Unos pocos, pero entonces ya les habíamos descubierto, ya conocíamos los cuatro tipos existentes y los esperábamos —Ryan

empuñó el interruptor de energía—. Sigamos.

—Espera —Kastner alzó la mano—. Algo va a ocurrir.

A la derecha de la carretera un grupo de figuras se deslizaba rápidamente bajando por una pendiente, a través de la ceniza. Ryan soltó el mando, para ponerse a mirar. Las figuras eran idénticas. Mujeres. Con uniformes y botas, avanzaban en silencio hacia la columna de la carretera.

—Otra variedad —dijo Kastner.

De súbito, la columna de soldados se detuvo. Se esparcieron, cojeando torpemente en todas direcciones. Algunos cayeron, se arrastraron y dejaron caer sus maletas. Las mujeres irrumpieron en la carrera. Eran esbeltas y jóvenes, con pelo y ojos negros. Uno de los Soldados Heridos empezó a disparar. Una mujer rebuscó en su cinturón. Efectuó un movimiento de arrojar algo.

—¿Qué es…? —murmuró Kastner. Se produjo un súbito fogonazo. Una nube de luz blanca se alzó del centro de la calzada, creciendo en todas direcciones.

—Alguna especie de bomba de fusión —contestó Ryan.

—Será mejor que nos marchemos de aquí.

Ryan accionó el interruptor. La escena de abajo comenzó a oscilar. Bruscamente desapareció.

—Gracias a Dios que pasó —dijo Kastner—. De ese modo era la guerra.

—La segunda parte. La mayor parte. Zarpa contra zarpa. Es buena cosa que empezasen a pelear unos contra otros. Me refiero a buena para nosotros.

—¿Dónde ahora?

—Efectuaremos una parada más de observación. Durante los principios de la guerra. Antes de que los zarpas empezasen a usarse.

—¿Y luego Schonerman?

Ryan apretó la barbilla.

—Eso mismo. Una parada más y luego Schonerman.

Ryan ajustó los mandos. Los manómetros se movieron ligeramente. A través del mapa, los brazos cableados trazaron su camino.

—No tardaremos mucho —murmuró Ryan. Cogió el interruptor, colocando en su lugar a los relés—. Esta vez deberemos tener más cuidado. Habrá más actividad bélica.

—Quizá no debiéramos siquiera…

—Deseo ver. Esto fue hombre contra hombre. La región soviética contra las Naciones Unidas. Tengo curiosidad por ver qué es lo que pasaba.

—¿Y si nos localizasen?

—Podríamos escapar con rapidez.

Kastner nada dijo. Ryan manejó los mandos. Pasó el tiempo. En el borde del tablero, el cigarrillo de Ryan ardió hasta convertirse en cenizas. Por último se enderezó.

—Allá vamos. Ajustado —abrió el interruptor.

Por debajo de ellos, brumas verdes y pardas se extendían, salpicadas por cráteres de bombas. Parte de una ciudad pasó rauda. Estaba ardiendo. Impresionantes columnas de humo se alzaban, perdiéndose en el firmamento. A lo largo de las carreteras, puntos negros se movían; vehículos y gente en grupos torrenciales.

—Un bombardeo —murmuró Kastner—. Reciente.

La ciudad quedó atrás. Estaban ahora en el campo abierto. Camiones militares marchaban en todas direcciones. La mayor parte del terreno aparecía todavía intacto. Se podían ver a unos cuantos granjeros trabajando en los campos. Los granjeros se tiraron al suelo cuando la nave del tiempo pasó sobre ellos.

Ryan estudió el cielo.

—Cuidado.

—¿Aviones?

—No estoy seguro de dónde estamos. No conozco los lugares de esta parte de la guerra. Quizá nos encontremos por encima del territorio de las NU, o en territorio soviético —Ryan empuñó el mando.

Desde el cielo azul aparecieron dos puntitos. Los puntos crecieron. Ryan los miró con atención. A su lado, Kastner emitió un gruñido nervioso.

—Ryan, sería mejor…

Los puntos se separaron. La mano de Ryan se cerró sobre el interruptor de energía. Lo accionó. Mientras las escenas se disolvían, los puntos pasaron raudos. Luego, en el exterior, no había nada, excepto un gris monótono.

En sus oídos aún despertaban ecos los aviones.

—Sí que estuvimos cerca —dijo Kastner.

—Mucho. No perdieron tiempo.

—Espero que no desees parar más.

—No. No más paradas de observación. El Proyecto en sí viene ahora. Estamos cerca de la zona del tiempo de Schonerman. Ya puedo comenzar a disminuir la velocidad de la nave. Esto va a ser crítico.

—¿Crítico?

—Van a haber problemas para conseguir llegar a Schonerman. Debemos dar con su continuo, exactamente, tanto en el espacio como en el tiempo. Quizás esté vigilado. En cualquier caso, no nos darán mucho tiempo para explicar quiénes somos —Ryan tamborileó con el mapa del tiempo—. Y siempre está el riesgo de que la información que se nos da aquí sea incorrecta.

—¿Cuánto tiempo pasará antes que entremos en fase con un continuo? ¿Con el continuo de Schonerman?

Ryan consultó su reloj de pulsera.

—Unos cinco o diez minutos. Prepárate para abandonar el navío. Parte de esto tendrá que hacerse a pie.

IV

Era de noche. No había sonido, sólo un infinito silencio. Kastner se esforzó en escuchar, el oído aplicado al casco de la nave.

—Nada.

—No. Yo tampoco oigo nada —con cuidado, Ryan desatornilló la escotilla, abriendo las puertas hacia atrás. Empuñó su arma. Miró a la oscuridad.

El aire era frío y agradable. Había olor a cosas que crecían. Árboles y flores. Aspiró una profunda bocanada. No podía ver nada. Todo estaba tan negro como la boca de un pozo. Muy lejos, a gran distancia, cantó un grillo.

—¿Oyes eso? —preguntó Ryan.

—¿Qué fue?

—Un escarabajo —Ryan descendió animosamente. El terreno era suave bajo las pisadas. Comenzaba a acostumbrarse a la oscuridad. Por encima suyo unas cuantas estrellas brillaban. Podía distinguir árboles, un campo de árboles. Y más allá de los árboles, una alta cerca.

Kastner se colocó a su lado.

—¿Y ahora qué?

—Mantén la voz baja —Ryan señaló la cerca—. Vamos hacia allí. Es una especie de edificio.

Cruzaron el campo hasta la cerca. Allí Ryan apuntó su arma, ajustando la carga al mínimo. La cerca ardió y se fundió, los alambres poniéndose al rojo.

Ryan y Kastner cruzaron por encima. De cemento y de hierro se alzó un ala del edificio. Ryan señaló con la cabeza a Kastner.

—Tendremos que movernos con rapidez. Y en silencio.

Se agachó, tomando aliento. Luego corrió, inclinado, Kastner

junto a él. Cruzaron el jardín hasta la casa. Una ventana se cernía ante ellos. Luego una puerta. Ryan dejó caer su peso contra el panel.

La puerta se abrió. Ryan cayó dentro, tambaleándose. Pudo dar un rápido vistazo a los rostros asombrados de hombres poniéndose en pie.

Ryan disparó, barriendo el interior del cuarto con su arma. Una llama se extendió, crujiendo a su alrededor. Kastner hizo fuego por encima de su hombro. Las formas se movieron en las llamas, las siluetas imprecisas cayendo y rodando.

Las llamas se apagaron. Ryan avanzó, pasando por encima de los carbonizados montones del suelo. Un cuartel. Camastros, restos de una mesa. Una lámpara caída y una radio.

A los rayos de la lámpara Ryan estudió un mapa de combate clavado en la pared. Siguió con el dedo varias direcciones del mapa, bien sumido en sus pensamientos.

—¿Estamos lejos? —preguntó Kastner, plantado junto a la puerta, con el arma preparada.

—No. Sólo a pocos kilómetros.

—¿Cómo llegaremos hasta allí?

—Con el navío del tiempo. Es más seguro. Hemos tenido suerte. Pudimos haber caído en la otra parte del mundo.

—¿Habrán muchos guardias?

—Te lo diré cuando lleguemos —Ryan avanzó hacia la puerta—. Vamos. Alguien puede habernos visto.

Kastner cogió un puñado de periódicos de entre los restos de la mesa.

—Me llevaré esto. Quizá nos diga algo.

—Buena idea.

V

Ryan hizo descender el navío en una hondonada entre dos colinas. Extendió los periódicos, estudiándolos con atención.

—Hemos llegado antes de lo que pensé. Unos pocos meses. Siempre y cuando esos periódicos sean nuevos —tocó la letra impresa—. No se han vuelto amarillos; probablemente tienen un día o dos de antigüedad.

—¿Qué fecha hay?

—Otoño 2030. 21 de septiembre.

Kastner miró por el ventanal.

—El sol no tardará en aparecer. El cielo comienza a agrisarse.

—Tendremos que trabajar de prisa.

—Me encuentro algo inseguro. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Schonerman se halla en un pueblecito más allá de esta colina. Estamos en los Estados Unidos. En Kansas. Esta zona está rodeada de tropas. Un círculo de fortines y casamatas. Nos encontramos dentro de la periferia. Schonerman es virtualmente desconocido en este continuo. Sus investigaciones no han sido publicadas. En este momento ha estado trabajando como parte de un gran proyecto de investigación del gobierno.

—Entonces no estará especialmente protegido.

—Sólo más tarde, cuando entregue su trabajo al gobierno, gozará de protección día y noche. Se le mantendrá en un laboratorio subterráneo y no se le dejará salir jamás a la superficie. Fue el investigador más valioso del gobierno. Pero ahora…

—¿Cómo le conoceremos?

Ryan entregó a Kastner un manojo de fotografías.

—Este es Schonerman. Todas las fotos que sobrevivieron hasta nuestra época.

Kastner estudió las fotos. Schonerman era un hombre pequeño, con gafas de concha. Sonreía débilmente ante la cámara, un hombre delgado y nervioso con una frente destacada. Sus manos eran esbeltas, los dedos largos y puntiagudos. En una fotografía estaba sentado ante su escritorio, con la pipa a su lado, su pecho delgado cubierto por un suéter de lana sin mangas. En la otra, estaba sentado con las piernas cruzadas, un gatito en el regazo, un jarro de cerveza delante de sí. Era un jarro de porcelana alemana, con figuras de caza y letras góticas.

—De modo que ese es el hombre que inventó a los zarpas. O que hizo el trabajo preliminar.

—Ese es el hombre que elaboró los principios del primer cerebro artificial práctico.

—¿Sabía que utilizarían su trabajo para construir los zarpas?

—Al principio, no. Según los informes, Schonerman se enteró por primera vez cuando la remesa inicial de zarpas fue entregada. Las Naciones Unidas estaban perdiendo la guerra. Los soviéticos consiguieron una ventaja original, debido a sus sorprendentes ataques iniciales. Los zarpas fueron vitoreados como triunfo del desarrollo occidental. Durante algún tiempo parecieron dar la vuelta a la guerra.

—Y entonces…

—Y entonces los zarpas comenzaron a manufacturar sus propias variedades y a atacar a los soviets y a los occidentales por igual. Los únicos humanos que sobrevivieron eran los que se encontraban en la base de las NU de la Luna. Unos pocos millones.

—Fue estupendo que los zarpas, por último, se volviesen uno contra otro.

—Schonerman vio todo el desarrollo de su trabajo hasta las últimas etapas. Dicen que se convirtió en un hombre muy amargado.

Kastner le devolvió las fotos.

—¿Y afirmas que no está muy bien vigilado?

—No en este continuo. No más que cualquier otro investigador científico. Es joven. En este continuo sólo tiene veinticinco años. Recuerda eso.

—¿Dónde le encontraremos?

—El Proyecto del Gobierno está situado en lo que antaño fue un

colegio. La mayor parte del trabajo se hace en superficie. Todavía no ha comenzado el gran desarrollo de los subterráneos. Los trabajadores de investigación tienen cuarteles a cosa de quinientos metros de sus laboratorios —Ryan consultó su reloj—. Nuestra mejor posibilidad es esperarle cuando empiece a trabajar en su banco del laboratorio.

—¿No en los cuarteles?

—Todos los documentos se encuentran en el laboratorio. El gobierno no permite que se saque ningún trabajo escrito. Cada trabajador es registrado cuando se marcha —Ryan se tocó animoso la guerrera—. Tenemos que tener cuidado. No debemos lastimar a Schonerman. Sólo queremos sus papeles.

—¿No utilizaremos nuestros detonadores?

—No. No podemos correr el riesgo de herirle.

—¿Sus documentos se encontrarán definitivamente en su banco?

—No se le permite sacarlos por ningún motivo. Sabemos exactamente dónde encontraremos lo que deseamos. Sólo hay un lugar en el que pueden estar los papeles.

—Sus precauciones de seguridad nos están haciendo el juego.

—Exacto —murmuró Ryan.

VI

Ryan y Kastner bajaron por la colina, corriendo por entre los árboles. El terreno era duro y frío. Salieron al borde de la ciudad. Unas pocas personas se habían levantado, marchando despacio por la calle. La ciudad no había sufrido bombardeos. No se veían daños, todavía. Los escaparates de los almacenes estaban cubiertos por cables y enormes flechas indicaban el emplazamiento de los refugios antiaéreos.

—¿Qué es lo que les pasa? —preguntó Kastner—. Hay algunos que llevan algo raro en la cara.

—Máscaras bactericidas. Vamos —Ryan cogió su pistola aniquiladora y junto con Kastner avanzó por la ciudad. Nadie les prestó atención.

—Somos sólo dos personas más de uniforme —murmuró Kastner.

—Nuestra principal esperanza es la sorpresa. Estados dentro del muro de la defensa. El cielo está patrullado para impedir el paso a las naves soviéticas. Ningún agente ruso podría aterrizar aquí. Y, en cualquier caso, este es un laboratorio de investigación secundario, en el centro de los Estados Unidos. No habría motivo para que viniesen agentes soviéticos.

—Pero habrán guardias.

—Todo está guardado. Toda la ciencia. Toda clase de trabajo de investigación.

El edificio de la escuela se cernía delante de ellos. Unos cuantos hombres se arremolinaban en torno a la entrada. El corazón de Ryan se contrajo. ¿Era Schonerman uno de ellos?

Los hombres iban a entrar, uno a uno. Un guardia, con casco y uniforme, estaba repasando sus insignias. Unos pocos llevaban

máscaras bactericidas, con sólo los ojos visibles. ¿Reconocería a Schonerman? ¿Qué pasaría si llevaba también máscara?

El miedo se apoderó de pronto de Ryan. Con máscara, Schonerman sería igual a cualquier otra persona.

Ryan apartó su pistola aniquiladora, haciendo gestos a Kastner para que le imitara. Sus dedos se cerraron en torno al forro del bolsillo de su guerrera. Cristales de gas narcótico. Nadie en esta época estaría inmunizado contra el gas narcótico. No sería inventado hasta un año más tarde, poco más o menos. El gas haría que todos los que se encontrasen a varias decenas de metros cayesen en diversos periodos de sueño. Era un arma peligrosa e impredecible… pero ideal para esta situación.

—Estoy listo —murmuró Kastner.

—Espera. Tenemos que aguardar a que venga.

Esperaron. El sol salió, calentando el frío cielo. Aparecieron más trabajadores de investigación, llenando el camino y entrando en el edificio. Emitían nubes blancas de humedad congelada y se golpeaban las manos unas con otra. Ryan empezó a ponerse nervioso. Uno de los guardias le miraba a él y a Kastner. Si recelaban…

Un hombrecillo con un grueso abrigo y gafas de concha vino por el camino, presuroso, en dirección al edificio.

Ryan se puso tenso. ¡Schonerman! Schonerman enseñó su insignia al vigilante. Dio un par de patadas al suelo con los pies y entró, quitándose los mitones. Todo ocurrió en menos de un segundo. Un brioso joven, acudiendo presuroso a su trabajo. A sus documentos.

—Vamos —dijo Ryan.

Él y Kastner avanzaron. Ryan soltó los cristales del gas del forro de su bolsillo. Estaban fríos y duros al tacto. Como diamantes. El guardia les vio venir, su arma preparada. Tenía el rostro serio. Les estudiaba. Jamás les había visto antes. Ryan, mirando la cara del centinela, pudo leer sus pensamientos sin dificultad.

Ryan y Kastner se detuvieron en el umbral.

—Somos del F.B.I. —dijo Ryan tranquilo.

—Identifíquense —el centinela no se movió.

—Aquí están nuestras credenciales —contestó Ryan. Sacó la mano del bolsillo. Y con el puño rompió los cristales de gas.

El guardia se desplomó. El rostro relajado. Inerte, su cuerpo cayó al suelo. El gas se extendió. Kastner cruzó la puerta, mirando a su alrededor, los ojos brillantes.

El edificio era pequeño. Los bancos de laboratorio y equipo se extendían por todos lados. Los trabajadores yacían donde estuvieron en pie, montones inertes en el suelo, los brazos y las piernas extendidas, las bocas abiertas.

—De prisa —Ryan pasó junto a Kastner, apresurándose a cruzar el laboratorio. En el extremo opuesto, Schonerman estaba desplomado sobre su banco, la cabeza descansando en la superficie metálica. Se le habían caído las gafas. Tenía los ojos abiertos, fijos. Había sacado los papeles del cajón. El candado y la llave seguían sobre el banco. Los documentos quedaban bajo la cabeza y entre sus manos.

Kastner corrió hasta Schonerman y le quitó los papeles, metiéndolos en su maletín.

—Ya los tengo —Kastner abrió el cajón. Se apoderó del resto de los documentos—. Hasta el último.

—Vámonos. El gas se disipará rápidamente.

Salieron corriendo. Unos cuantos cuerpos tendidos estaban cruzando la entrada, trabajadores que habían entrado en la zona.

—Dé prisa.

Recorrieron la ciudad a la carrera, siguiendo la única calle principal. La gente les miró asombrada. Kastner jadeaba, agarrando con fuerza su maletín mientras corría.

—Estoy… sin aliento.

—No te detengas.

Llegaron al borde de la ciudad y empezaron a subir la colina. Ryan corrió entre los árboles, el cuerpo inclinado hacia adelante, sin mirar atrás. Algunos de los trabajadores estarían reviviendo. Y otros guardias vendrían a la zona. No pasaría mucho antes de que la alarma se diera.

Tras ellos una sirena cobró vida.

—Aquí vienen —Ryan se detuvo en la cumbre de la colina, esperando a Kastner. A sus espaldas los hombres llenaban rápidamente la calle, saliendo de fortines subterráneos. Más sirenas sonaron, con un eco sonoro desalentador.

—¡Abajo! —Ryan corrió por la pendiente hacia la nave del

tiempo, resbalando y deslizándose sobre el suelo seco. Kastner iba tras él, jadeando de manera violenta. Pudieron oír los gritos dando órdenes. Los soldados aparecieron en la colina, persiguiéndoles.

Ryan llegó al navío. Cogió a Kastner y lo metió dentro.

—Cierra la escotilla. ¡Ciérrala bien!

Ryan se instaló en el tablero de control. Kastner hizo caer el maletín y empujó el borde de la escotilla. En lo alto de la colina se veía la línea de los soldados. Empezaban a descender, apuntando y disparando.

—Abajo —ladró Ryan. Las balas se estrellaron contra el casco de la nave—. ¡Abajo!

Kastner volvió a disparar con su pistola aniquiladora. Una oleada de llamas se extendió por la ladera hacia los soldados. La escotilla se cerró con estrépito. Kastner hizo girar las tuercas de seguridad y colocó en su sitio el cerrojo interno.

—Preparado. Todo listo.

Ryan accionó el conmutador de energía. Fuera, los restantes soldados luchaban entre las llamas a un lado de la nave. Ryan pudo verles las caras a través del ventanal, algunas calcinadas y requemadas por la explosión.

Un hombre alzó su pistola con torpeza. La mayor parte de los demás habían caído, rodando algunos y luchando por levantarse. Mientras la escena se hizo imprecisa y desapareció pudo distinguir a uno poniéndose de rodillas. La ropa de aquel hombre ardía. El humo se formaba desde su cuerpo, desde sus brazos y hombros. Tenía el rostro descompuesto de dolor. Extendió las manos hacia la nave. Hacia Ryan. Todo él temblando, su cuerpo se dobló.

De pronto, Ryan se quedó petrificado.

Aún estaba mirando con fijeza cuando la escena parpadeó y se esfumó y no se vio nada. Nada en absoluto. Los manómetros cambiaron su lectura. A través del mapa del tiempo los brazos se movieron tranquilos, trazando sus líneas.

En el último instante, Ryan había visto con claridad el rostro del hombre. Aquel rostro descompuesto por el dolor. Tenía los rasgos retorcidos, deformados. Y habían desaparecido las gafas de concha. Pero no existía duda…

Era Schonerman.

Ryan se sentó. Se pasó una mano temblorosa por el pelo.

—¿Estás seguro? —preguntó Kastner.

—Sí. Debe de haber salido del sueño con mucha rapidez. El gas afecta a cada persona de manera distinta. Y se encontraba en el otro extremo de la habitación. Debió salir y seguirnos.

—¿Estaba mal herido?

—No lo sé.

Kastner abrió el maletín.

—De cualquier forma, tenemos los papeles.

Ryan asintió, escuchando a medias. Schonerman, herido, abrasado, sus ropas ardiendo. Eso no formaba parte del plan.

Pero, todavía más importante… ¿Había sido parte de la Historia?

Por primera vez la ramificación de lo que habían hecho comenzaba a asomar en su mente. Su único interés había sido obtener los documentos de Schonerman, para que USIC pudiese utilizar el cerebro artificial. Adecuadamente usado, el descubrimiento de Schonerman podría tener un gran valor añadiéndose a los trabajos de restauración de la demolida Tierra. Ejércitos de robots trabajadores replantando y construyendo. Un ejército mecánico para hacer que la Tierra volviese a ser fértil. Los robots podrían hacer en una generación lo que los humanos necesitarían muchos años para conseguir. La Tierra podría renacer.

Pero al volver al pasado habían introducido nuevos factores. ¿Había sido creado un nuevo pasado? ¿Había trastornado de algún modo el equilibrio?

Ryan se puso en pie y paseó arriba y abajo.

—¿Qué pasa? —preguntó Kastner—. Tenemos los papeles.

—Lo sé.

—USIC se mostrará complacida. La Liga puede tener esperanzas de ahora en adelante. Sea lo que sea lo que desee. Esto instalará para siempre a USIC. Después de todo, USIC fabricará los robots. Todos los trabajadores. El fin del trabajo humano. Máquinas en lugar de hombres para cultivar el suelo.

Ryan asintió.

—Estupendo.

—¿Entonces qué hay de malo?

—No me preocupa nuestro continuo.

—¿Y qué te preocupa?

Ryan cruzó hasta el tablero de control y estudió el mapa del tiempo. El navío regresaba hacia el presente, los brazos trazando el camino de retorno.

—Me preocupan los nuevos factores que hayamos podido introducir en los continuos pasados. No hay constancia de que Schonerman fuese herido. No está archivado este acontecimiento. Puede haber puesto en movimiento una distinta cadena causal.

—¿Como por ejemplo?

—No lo sé. Pero trataré de descubrirlo. Vamos a detenernos en seguida y descubrir qué nuevos factores hemos puesto en marcha.

Ryan metió la nave en un continuo inmediatamente después al incidente de Schonerman. Era a principios de octubre, algo así de una semana más tarde, al aterrizar la nave en la granja que había en un campo muy peculiar de Des Moines, Iowa, al ponerse el sol. Una fría noche de otoño hizo que el terreno se endureciese y quedase quebradizo bajo las pisadas.

Ryan y Kastner entraron en la ciudad, Kastner sujetando con fuerza su maletín. Des Moines había sido bombardeada por los proyectiles dirigidos rusos. La mayor parte de los barrios industriales habían desaparecido. Sólo militares y obreros de la construcción permanecían todavía en la urbe. La población civil había sido evacuada.

Los animales vagaban por las calles desiertas, buscando comida. Cristales y escombros yacían por doquier. La ciudad estaba fría y desolada. Las calles llenas de basura y de despojos causados por los incendios que siguieron al bombardeo. El aire de otoño estaba cargado de olor a putrefacción procedente de los vastos montones de basura y de cuerpos mezclados, juntos en las intersecciones y las casas desplomadas.

De un kiosco de periódicos cerrado Ryan robó un ejemplar de una revista, *Review*. La publicación estaba húmeda y cubierta de moho, Kastner la guardó en el maletín y regresaron al navío del tiempo. Se cruzaron con algunos soldados, sacando armas y equipo de la ciudad. Nadie les dio el alto.

Llegaron al navío del tiempo, entraron y cerraron la escotilla a su espalda. Los campos a su alrededor estaban desiertos. El edificio de la granja había ardido y las cosechas quedaron agostadas y muertas. En el camino, se veían los restos de un automóvil volcado,

ennegrecido por el fuego. Un grupo de cerdos feos husmeaba en las ruinas de la granja, buscando algo que comer.

Ryan se sentó, abrió la revista. La estudió largo rato, pasando despacio las húmedas páginas.

—¿Qué es lo que lees? —preguntó Kastner.

—Todo lo que trata de la guerra. Aún está en sus etapas iniciales. Siguen cayendo proyectiles dirigidos soviéticos. Las bombas de disco americanas llueven por toda Rusia.

—¿Alguna mención a Schonerman?

—Nada que pueda encontrar. Hay demasiadas cosas —Ryan siguió estudiando la revista. Por último, en una de las páginas posteriores, encontró lo que buscaba. Un artículo pequeño, de sólo un párrafo de longitud.

«AGENTES SOVIETICOS SORPRENDIDOS. Un grupo de agentes soviéticos, tratando de demoler un puesto de investigaciones del gobierno en Harristown, Kansas, fue sorprendido por los centinelas y rápidamente expulsado. Los agentes escaparon, tras intentar escabullirse y penetrar en el puesto de trabajo de la estación. Haciéndose pasar como hombres de la FBI, los agentes soviéticos pretendieron penetrar a primeras horas de la mañana con el turno que comenzaba su trabajo. Alerta, los centinelas les interceptaron y les persiguieron. No se produjo ningún daño en los laboratorios ni el equipo. Dos guardias y un trabajador murieron en la refriega. Los nombres de los guardias…».

VII

Ryan crispó las manos sobre la revista.

—¿Qué ocurre? —se apresuró a preguntar Kastner.

Ryan terminó de leer el artículo. Dejó a un lado la publicación, empujándola hacia Kastner.

—¿Qué pasa? —Kastner buscó la página.

—Schonerman murió. Le mató la explosión del despegue. Le matamos nosotros. Hemos cambiado el pasado.

Ryan se puso en pie y caminó hasta el ventanal. Encendió un cigarrillo, recuperando parte de su compostura.

—Hemos creado nuevos factores e iniciado una nueva línea de acontecimientos. No hay manera de decir dónde terminará todo.

—¿Qué es lo que piensas?

—Quizás otra persona descubra el cerebro artificial. Quizás el giro se ratifique a sí mismo. El flujo del tiempo reasumirá su curso regular.

—¿Y por qué?

—No lo sé. Ocurre que le hemos matado y robado sus papeles. No hay modo de que el gobierno pueda enterarse de su hallazgo. Ni siquiera sabrán si existió jamás. A menos que alguien haga el mismo trabajo, cubra idéntico material…

—¿Y cómo lo sabremos?

—Tendremos que echar más miradas. Es el único modo de averiguarlo.

VIII

Ryan seleccionó el año 2051.

En el 2051 comenzaron a aparecer los primeros zarpas. Los soviéticos casi tenían ganada la guerra. Las NU comenzaban a poner en circulación a los zarpas y en un último intento desesperado por dar un vuelco a la guerra.

Ryan aterrizó la máquina del tiempo en lo alto de un altozano. Por debajo de ellos se extendía una llanura, cruzaron las ruinas de alambre espinoso y de restos de armas.

Kastner desatornilló la escotilla y salió animoso al suelo.

—Ten cuidado —dijo Ryan—. Recuerda los zarpas.

Kastner desenfundó su pistola aniquiladora.

—Lo recordaré.

—En esta época eran pocos. Pequeños. Tendrían cosa de un palmo de altura. De metal. Se escondieron en las cenizas. Los tipos humanoides todavía no se habían fabricado.

El sol estaba muy alto en el cielo. Faltaba poco para mediodía. El aire era cálido y espeso. Nubes de ceniza se cernían sobre el terreno, arrastradas por el viento.

De pronto, Kastner se puso tenso.

—Mira. ¿Qué es eso? Viene por la carretera.

Un camión marchó despacio hacia ellos, un camión pardo y pesado, atiborrado de soldados. El camión siguió por la carretera hasta la base del altozano. Ryan desenfundó su arma. Junto con Kastner permaneció alerta.

El camión se detuvo. Algunos de los soldados descendieron y comenzaron a subir por las laderas, cruzando las cenizas.

—Ajústalo —murmuró Ryan.

Los soldados llegaron hasta ellos, deteniéndose a pocos metros.

Ryan y Kastner permanecieron en silencio, alzadas sus pistolas aniquiladoras.

Uno de los soldados soltó la carcajada.

—Bajad eso. ¿No sabéis que la guerra ha terminado?

—¿Terminado?

Los soldados se relajaron. Su jefe, un hombretón de cara colorada, se secó el sudor de la frente y avanzó hacia Ryan. Tenía el uniforme sucio y roto. Llevaba botas, rajadas y cubiertas de ceniza.

—La guerra terminó hace una semana. ¡Vamos! ¡Hay mucho que hacer! Volvemos a…

—¿Volvemos?

—Estaba recorriendo los puestos avanzados. ¿Os visteis aislados, no? ¿Sin comunicaciones?

—No —contestó Ryan.

—Pasarán meses antes de que todos sepan que todo terminó. Vamos. No es momento de estar aquí boquiabiertos.

Ryan se agitó.

—Oye. ¿Dices que la guerra, de verdad, ha terminado? Pero…

—Una cosa buena también. No podíamos haber durado mucho más —el oficial se dio unas palmaditas en el cinturón—. Por casualidad no tendréis un cigarrillo, ¿verdad?

Ryan sacó su paquete, lo vació, tomó los cigarrillos y los entregó al oficial, arrugando el paquete con cuidado y devolviéndolo a su bolsillo.

—Gracias —el oficial distribuyó los pitillos entre sus hombres. Los encendieron—. Sí, esto es algo bueno. Casi habíamos acabado.

Kastner abrió la boca.

—Los zarpas. ¿Qué hay de los zarpas?

El oficial frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Por qué hicieron que la guerra terminase tan… tan repentinamente?

—La contrarrevolución en la Unión Soviética. Habíamos estado dejando caer agentes y material durante meses. En realidad, nadie pensaba que saliese algo bueno de todo eso. Eran mucho más débiles de lo que cualquiera pudiera imaginarse.

—¿Entonces la guerra ha terminado de verdad?

—Pues claro —el oficial cogió a Ryan por el brazo—. Vámonos.

Tenemos trabajo que hacer. Es preciso limpiar esa condenada de ceniza y pensar en sembrar el terreno.

—¿Sembrar? ¿Para cosechar?

—Pues claro. ¿Para qué sino sembrarías?

Ryan se apartó.

—Dejad que me entere de esto. La guerra ha terminado. Ya no hay peleas. Vosotros no sabéis nada acerca de los zarpas. ¿De ninguna clase de arma llamada zarpas?

El rostro del oficial se contrajo.

—¿Qué quieres decir?

—Asesinos mecánicos. Robots. Como armas.

El círculo de soldados se retiró un poco.

—¿De qué diablos está hablando?

—Será mejor que te expliques —dijo el oficial, su cara, de pronto, endurecida—. ¿Qué es esto de los zarpas?

—¿No quedó ninguna arma siguiendo estos conceptos? —preguntó Kastner.

Hubo silencio. Por último uno de los soldados gruñó.

—Creo que sé lo que quiere decir. Se refiere a la Mina Dowling.

Ryan se volvió.

—¿Qué?

—Un físico inglés. Ha estado experimentando con minas artificiales que se gobiernan a sí mismas. Minas robot. Pero las minas no podían repararse a sí mismas. Así que el gobierno abandonó el proyecto y aumentó en su lugar su trabajo propagandista.

—Por eso la guerra ha terminado —dijo el oficial. Comenzó a andar—. Vámonos.

Los soldados desfilaron tras él, bajando por un costado de la elevación.

—¿Venís? —El oficial se detuvo, volviéndose a mirar a Ryan y Kastner.

—Iremos más tarde —contestó Ryan—. Tenemos que reunir nuestro equipo.

—De acuerdo. El campamento está carretera abajo, a cosa de un kilómetro. Hay un puesto allí La gente regresa de la Luna.

—¿De la Luna?

—Habíamos comenzado a trasladar unidades a la Luna. Pero

ahora ya no es necesario. Quizá sea bueno. ¿Quién diablos desea abandonar la Tierra?

—Gracias por los cigarrillos —gritó uno de los soldados. Los demás se amontonaron en la caja del camión. El oficial se colocó tras el volante. El vehículo se puso en marcha y continuó su camino, marchando por la carretera.

Ryan y Kastner le vieron alejarse.

—Entonces la muerte de Schonerman nunca quedó equilibrada —murmuró Ryan—. Todo nuevo o pasado…

—Quisiera saber hasta dónde alcanza el cambio. Me pregunto si ha llegado hasta nuestro propio tiempo.

—Sólo hay una manera de averiguarlo.

Kastner asintió.

—Deseo saberlo ahora. Cuanto antes mejor. Pongámonos en marcha.

Ryan afirmó con la cabeza, ensimismado en sus pensamientos.

—Cuanto antes mejor.

Entraron en la nave, del tiempo. Kastner se sentó con su maletín. Ryan ajustó los mandos. Al exterior del ventanal la escena desapareció de la existencia. Se encontraron otra vez en el flujo del tiempo, avanzando hacia el presente.

El rostro de Ryan estaba serio.

—No puedo creerlo. Toda la estructura completa del pasado ha cambiado. Una nueva cadena se ha puesto en movimiento. Se extiende a través de cada continuo. Alterando más y más el torrente.

—Entonces estará en nuestro presente, cuando volvamos. Es imposible decir lo diferente que lo veremos. Todo partiendo de la muerte de Schonerman. Una historia nueva por completo, puesta en movimiento desde un incidente.

—No desde la muerte de Schonerman —corrigió Ryan.

—¿Qué quieres decir?

—No desde su muerte, sino desde la pérdida de sus papeles. Porque Schonerman murió el gobierno no obtuvo un método probado por el que construir el cerebro artificial. Por tanto, los zarpas jamás cobraron existencia.

—Es lo mismo.

—¿De veras?

Kastner alzó la vista rápidamente.

—Explícate.

—La muerte de Schonerman carece de importancia. La pérdida de los papeles por el gobierno es el factor determinante —Ryan señaló el maletín de Kastner—. ¿Dónde están los papeles? Ahí dentro. Nosotros los tenemos.

Kastner asintió.

—Eso es verdad.

—Podemos restaurar la situación regresando al pasado y entregando los papeles a alguna agencia del gobierno. Schonerman no tiene importancia. Lo que importa son sus papeles.

La mano de Ryan se movió hacia el interruptor de puesta en marcha.

—¡Aguarda! —dijo Kastner—. ¿No queremos ver el presente? Deberíamos advertir qué cambios han llegado hasta nuestro propio tiempo.

Ryan dudaba.

—Cierto.

—Entonces se podrá decidir lo que podemos hacer. Si conviene o no que devolvamos los papeles.

—Está bien. Continuaremos hasta el presente y luego tomaremos una decisión.

Los dedos que cruzaban el mapa del tiempo habían regresado casi a sus posiciones originales.

Ryan los estudió largo rato, su mano en el interruptor. Kastner agarró con fuerza el maletín, envolviéndolo con sus brazos, el pesado bulto de cuero descansando en el regazo.

—Ya casi estamos —dijo Ryan.

—¿En nuestro propio tiempo?

—Dentro de unos cuantos momentos —Ryan se puso en pie, sin soltar el interruptor—. Me pregunto qué es lo que veremos…

—Probablemente reconoceremos muy poco.

Ryan tomó una profunda bocanada de aire, notando el frío del metal bajo sus dedos. ¿Qué diferente sería su mundo? ¿Reconocerían algo? ¿Habrían borrado de la existencia todo lo familiar?

Una vasta cadena se había puesto en marcha. Una ola del tiempo moviéndose a través de los siglos, alternando cada continuo,

despertando ecos a través de todas las edades que vendrían. La segunda parte de la guerra jamás había tenido lugar.

Antes de que los zarpas pudiesen ser inventados, la guerra terminó. El concepto del cerebro artificial jamás se transformó en algo práctico y utilizable. La máquina más potente para la guerra nunca vio la luz del sol. Las energías humanas se habían volcado desde el conflicto bélico a la tarea de reconstrucción del planeta.

En torno a Ryan los manómetros y diales vibraban. Dentro de pocos segundos habrían regresado. ¿Cómo sería la Tierra? ¿Habría algo igual a como lo dejaron?

Las Cincuenta Ciudades. Probablemente no existirían. Jon, su hijo, sentado tranquilo en su habitación, leyendo. USIC. El gobierno. La Liga y sus laboratorios y oficinas, sus edificios y sus campos techados y guardias. Toda la complicada estructura social. ¿Habría desaparecido sin dejar rastro? Probablemente.

—¿Y qué encontraremos en su lugar?

—Lo sabremos dentro de un minuto —murmuró Ryan.

—No será mucho —Kastner se puso en pie y avanzó hacia el ventanal—. Deseo verlo. Será un mundo nada familiar.

Ryan accionó el interruptor. El navío se sacudió, saliendo del flujo del tiempo. Fuera del ventanal, algo vagó y dio vueltas, mientras el navío se enderezaba. Los controles automáticos de gravedad entraron en funciones. El navío volaba sobre la superficie del terreno.

Kastner se quedó boquiabierto.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó Ryan, ajustando la velocidad de la nave—. ¿Qué hay ahí fuera?

Kastner no dijo nada.

—¿Qué es lo que ves?

Al cabo de largo rato, Kastner se apartó del ventanal.

—Muy interesante. Míralo tú mismo.

—¿Qué hay ahí afuera?

Kastner se sentó despacio, recogiendo el maletín.

—Esto abre toda una nueva línea de pensamiento.

Ryan avanzó hasta el ventanal y miró al exterior. Debajo de la nave yacía la Tierra. Pero no la Tierra que ellos dejaron.

Campos infinitos, campos amarillos. Y parques, Parques y campos amarillos. Cuadrados de verde entre el amarillo, hasta

donde la vista podía llegar. Nada más.

—No hay ciudades —dijo Ryan con voz espesa.

—No. ¿No recuerdas? La gente vive en los campos. O camina por los parques. Discutiendo la naturaleza del universo.

—Eso es lo que Jon vio.

—Tu hijo resultó en extremo exacto.

Ryan volvió a los mandos, su rostro inexpresivo. Sentía torpeza en la mente. Se sentó y ajustó el mecanismo de aterrizaje. La nave descendió más y más, hasta quedar sobre los planos campos. Hombres y mujeres alzaron la vista hacia el navío, sobresaltados. Hombres y mujeres con túnicas.

Pasaron sobre un parque. Un rebaño de animales se alejó frenético. Alguna especie de ciervos.

Este era el mundo que había visto su hijo. Esta era su visión. Campos y parques y hombres y mujeres con largas túnicas flotantes. Caminando por senderos. Discutiendo de los problemas del universo. Y el otro mundo, el otro mundo de ellos, ya no existía. La Liga había desaparecido. Todo el trabajo de su vida estaba destruido. En este mundo no existía. Jon. Su hijo. Eliminado. No volvería a verlo jamás. Su trabajo. Su hijo, todo lo que conociera había desaparecido de la existencia.

—Tenemos que regresar —dijo Ryan de pronto.

Kastner parpadeó.

—¿Qué dices?

—Tenemos que devolver los papeles al continuo que pertenecen. No podemos recrear la situación con exactitud, pero sí entregar los papeles a manos del gobierno. Eso restaurará todos los factores relevantes.

—¿Hablas en serio?

Ryan se puso en pie inseguro, avanzando hacia Kastner.

—Dame los documentos. Esta es una situación muy grave. Debemos trabajar con rapidez. Hay que volver a colocar en su lugar todas estas cosas.

Kastner retrocedió, desenfundando su aniquilador. Ryan dio un salto. Su hombro chocó con Kastner, haciendo caer al pequeño hombre de negocios. El aniquilador resbaló por el suelo de la nave, chocando contra la pared. Los papeles se esparcieron en todas direcciones.

—¡Maldito loco! —Ryan cogió los documentos, poniéndose de rodillas.

Kastner trató de recuperar el aniquilador. Lo alcanzó, su rostro redondo mostrando una terrible determinación. Ryan le vio por el rabillo del ojo. Durante un momento la tentación de reír casi le dominó. El rostro de Kastner estaba enrojecido, sus mejillas parecían de color rojo vivo. Trasteó con el aniquilador, tratando de apuntar.

—Kastner, por Dios…

Los dedos del pequeño comerciante se crisparon en torno al gatillo. Un brusco miedo dominó a Ryan. Se puso en pie. El aniquilador rugió, la llama cruzando la nave del tiempo. Ryan se apartó de un salto, chamuscado por el reguero de fuego.

Los papeles de Schonerman se inflamaron, brillando en llamas mientras se esparcían por el suelo. Ardieron durante un breve segundo. Luego las llamas se apagaron, chisporroteando hasta quedar todo convertido en negras cenizas. El fino olor acre del disparo llegó hasta Ryan, punzándole en la nariz y haciendo que las lágrimas asomaran a sus ojos.

—Lo siento —murmuró Kastner. Dejó el aniquilador en el tablero de control—. ¿No crees que será mejor que bajemos? Estamos muy cerca de la superficie.

Ryan avanzó mecánicamente hasta los mandos. Al cabo de un momento ocupó su asiento y comenzó a ajustar los diversos controles, decreciendo la velocidad del navío. No dijo nada.

—Empiezo a comprender lo de Jon —murmuró Kastner—. Debía tener alguna especie de sentido del tiempo paralelo. Consciencia de otros futuros posibles. Mientras progresaba el trabajo en el navío del tiempo, aumentaba sus visiones, ¿no es verdad? Cada día estas visiones se hacían más reales. Cada día el navío del tiempo se convertía en algo más actual.

Ryan asintió.

—Esto abre toda una serie de líneas nuevas de especulación. Las visiones místicas de los santos medievales. Quizás eran de otros futuros, de otros flujos del tiempo. Las visiones de infierno serían de flujos de tiempo peores. Las visiones del cielo serían flujos del tiempo mejores. El nuestro debe de estar en algún lugar, en el centro Y la visión del eterno mundo inmutable, quizás es una

consciencia del no tiempo. No otro mundo, excepto éste, visto desde fuera del tiempo. También tendremos que meditar más en eso.

La nave del tiempo aterrizó, viniendo a posarse en el borde de uno de los parques. Kastner cruzó hasta la portezuela y miró por el ventanal a los árboles que quedaban más allá del navío.

—En los libros que mi familia salvó habían algunas fotos y dibujos de árboles —dijo pensativo—. Esos árboles de allí, junto a nosotros. Son árboles de pimienta. Aquellos son los que se llaman árboles de hoja perenne. Están así durante todo el año. Por eso reciben ese nombre.

Kastner recogió su maletín, apretándolo con fuerza. Avanzó hacia la escotilla.

—Vamos a buscar a la gente. Así podremos empezar a discutir de cosas. De cosas metafísicas —sonrió a Ryan—. Siempre me gustaron las cosas metafísicas.

FIN

TODO PARA EL GANADOR

Ross Rocklynne

El comandante Joseph Marker estaba enamorado del Planeta Tierra. Consideraba perfectos a su esposa, a sus hijos y a su casa. Tenía predilección hacia las violetas que quedaban debajo de los opulentos tilos de su jardín trasero. Además sentía un gran afecto y una profunda comprensión por todos sus vecinos; no encontraba defecto alguno en el más bajo ser humano. Nada en la Tierra podría ser imperfecto de ordinario a su benévola mirada. Había una excepción: el Coordinador de navío, Whitsey.

En una palabra, Marker, su tripulación y la nave «Apollo-I» de la Corporación Colonial de Inspección de Planetas llevaban lejos de la Tierra tres años.

La Tierra se había convertido en un inexplicable cielo, el espacio en una pesadilla negra.

—Consigue un planeta —le estaba diciendo implacable a Marker su odiado Whitsey por el «Saltador», el aparato que permitía tenues comunicaciones entre la nave y Tierra—, y podrá volver a casa.

—¡Es que no hay ninguno! —respondió Marker—. ¡Se lo digo, éste es el original barril de manzanas vacío!

—En alguna parte estará el fondo —observó con voz meliflua Whitsey—. Cruzará el sistema solar. Quizás. Y encontrará un planeta. Quizás. Y además…

Resultaba notable lo fácil que era para el coordinador Whitsey, rodeado por las benditas comodidades de la Tierra, mostrarse duro.

—… La Corporación Colonial de Inspección Planetaria no puede hundir una fortuna en una expedición sin sacar beneficios. Eso es axiomático. Le sugeriría que encontrase un planeta…

Marker echaba chispas. Antes de comandar el Apollo-I fue

coordinador y durante ocho años dirigió los ciento y pico de navíos de Inspección en su recorrido de la esfera interestelar buscando nuevos planetas en donde verter la superpoblación que inundaba el sistema solar. Esos planetas, dependiendo de su utilidad, eran vendidos por diversos precios a grupos de población, o a otras corporaciones para el desarrollo y subsiguiente reventa.

Porque había más dinero en el trabajo directo y porque necesitaba unas vacaciones de la Tierra (pensó) y por su familia (pensó) y porque (pensó) podía ganar rápidamente dinero y regresar a la Tierra después de unos cuantos meses en el espacio con un planeta y una gran prima —porque esas cosas se las había dicho el resbaladizo comandante del Ursus—, el propio Whitsey, llegó a tener humor para hacerse cargo de un navío.

La Oficina había sido agradable y se le dijo a Marker que ocuparía su puesto de coordinador cuando regresase. Pero habían transcurrido tres años. Whitsey había tenido la oportunidad de instalarse de manera sólida. A pesar de esto, Marker seguía considerándose a *sí* mismo coordinador *in absentia*. Tenía el presentimiento de que Whitsey también hacía lo mismo.

Hacía mucho tiempo que decidió que no le gustaba el coordinador Whitsey. Miraba con desagrado aquel rostro más joven, más liso, en cierto modo más burlón, la única cosa despreciable de la Tierra.

—No sé porqué le dejé convencerme para que mandase un navío —gruñó malhumorado—. Ya lo tenía usted arreglado con el Viejo para ocupar mi trabajo de coordinación. Bueno, le concedo dos o tres meses más aquí fuera. Para ese tiempo sabré que se las ha arreglado para meterme en un saco vacío… en donde no hay, nunca hubieron y jamás habrá, planetas. Luego volveré a mi viejo trabajo.

—Y a las violetas de su jardín posterior —comentó Whitsey con sequedad, después de oír los detalles de la creciente nostalgia de Marker por la Tierra. Entonces apretó los labios—. No se olvide, comandante, si usted regresa sin mi autorización, será expulsado de la Oficina. Y si regresa con autorización, pero sin un planeta, será degradado hasta el puesto de oficinista.

Marker lanzó un respingo, queriendo demostrar una confianza que no sentía.

—Cuando el Viejo comprenda que usted me engañó —afirmó—,

arreglará las cosas. Saldrá usted trasquilado.

Todo lo que hizo Whitsey fue sonreír burlón.

En aquel momento, el intercomunicador del navío lanzó un corto y suave pitido. Marker cogió el micrófono con un puño nudoso. El segundo de a bordo, Alex Jorey, desde la Sala de Navegación, comenzó a hablarle con algo más que su indolencia habitual.

Los ojos de Marker, sobresaliendo desde debajo de la densa cortina de sus cejas, brillaron de satisfacción. Por último colgó y mirando a Whitsey hizo una mueca.

—Aquí se disipa su pequeño ensueño de mantenerme en el espacio siempre —dijo—. Alex Jorey acaba de localizar una estrella G-2.

Hay un retazo de polvo en el Saco entre nosotros, pero la estrella está emitiendo los mismos ruidos estáticos que el Sol… con un batir interesante que probablemente significa la existencia de un planeta.

Whitsey sorbió su aliento de manera casi imperceptible. Luego recobró la compostura en su joven rostro.

—Le felicito —dijo con sequedad—. Llámeme si consigue un planeta —cortó la comunicación.

* * *

Un planeta, alegre, asombrosamente verde, formando un mundo que recibía la energía vital de su poderoso pariente.

Marker, mirándolo con ojos asombrados, tuvo la sensación de que esta pareja audaz existía el uno para el entretenimiento del otro. Además experimentó una débil beligerancia y una más débil premonición. Aquellos dos poseían el Saco… no el Apollo. Gruñendo, ordenó que la nave volviese a la impulsión de espacio libre y sin ninguna exaltación más ordenó un corte atmosférico:

El Apollo-I subió pesadamente en su campo de repulsión. Las brisas suaves del viento saludable del planeta azotaron el navío. No se necesitaron muchas horas de viajar por las latitudes y longitudes para ver que aquí había un mundo hecho para la colonización humana y para su explotación.

Para profundo desencanto de Marker, el planeta tenía habitantes inteligentes. Sombrío, Marker volvió a llamar a Whitsey.

Whitsey asintió, con un leve rastro de alivio.

—La presencia de habitantes —dijo con suavidad—, extiende un poco su tarea. Dice usted que sus ciudades son de un tipo rural no mecanizado, que practican la agricultura y que cuidan pequeños rebaños de animales domésticos. Muy bien, será necesario establecer contacto con los representantes del gobierno, si los hay; será necesario abrir las comunicaciones. Se efectuarán los pasos necesarios para asegurar su cooperación en la apertura del planeta para… ejem… recibir los beneficios de la colonización humana.

—De acuerdo, me aseguraré su cooperación —gruñó Marker.

—Usted no usará armas, comandante —dijo muy serio Whitsey —. La táctica de eliminar una población para ocupar un planeta ha originado últimamente un furor considerable por parte de la prensa popular.

Los ojillos de Marker miraron a Whitsey con disgusto.

—Eso es nuevo —gruñó—. Cuando usted tenía el Ursus le di carta blanca. Cualquier cosa por conseguir nuevas tierras. Ahora se han vuelto las tornas, usted se rompe el lomo por impedir que regrese con un beneficio y le quite el empleo. No le resultará, Whitsey —cortó.

Seguía estando muy enamorado del Planeta Tierra, que parecía un paraíso suficiente para cualquier hombre que estuviese cuerdo. Durante un momento jugueteó con la idea de limpiar el planeta con el Tipo
A-12…
o quizás el
A-13,
para hacer un buen trabajo… un gas psíquico, que de manera selectiva convertiría a los seres inteligentes en bestias. La Oficina, siempre ansiosa de incrementar los dividendos de los accionistas, acallaría el escándalo y echaría a Marker una reprimenda, pero en particular le extendería una prima considerable por haber conseguido todo este beneficio.

Luego experimentó una punzada de culpa. Después de todo eran personas, probablemente tenían sus familias y un sentido de la belleza, si se podía juzgar por lo que se observaba en sus poblados peculiares, envueltos en una niebla azul. Y, Marker lo notó agitándose en su interior, incluso podían poseer algo análogo a las

violetas en sus jardines.

Dio órdenes para cortar los motores antigravitatorios y tomar tierra.

* * *

Nunca sutil, nunca dado a la acción indirecta, Marker aterrizó en la calle de un pueblo. Quedó plantado en el puente que sobresalía de la nave, lo que le permitía una buena visión en casi las cuatro direcciones principales. Las casas cataban uniformemente compuestas por algún material laminado y en su construcción poseían una identidad casi absoluta. Sentía antipatía por el sistema de canales de desagüe. No obstante, en las estúpidas enseñanzas, advirtió que se parecían a instalaciones idénticas salidas de Madre Hubbard, pudiendo advertirse una risueña y fascinante clase de belleza.

Habían algunos vehículos por las calles, tirados por bestias de un rojo vivo, con patas redondas, algunas de las cuales tenían cuatro patas, otras cinco y unas más de seis.

La ciudad, en extremo rural y parca por naturaleza, parecía inmóvil. Dos o trescientos habitantes mostraren gran interés por el Apollo-I y avanzaban con rápidos y ágiles pasos a rodear la nave. De vez en cuando uno saltaba utilizando una tercera o cuarta pierna que en apariencia surgía inusitadamente.

—En definitiva, no son humanoides —afirmó Jorey, mirando fascinado con sus ojos circundados por grasa—. ¿Quizás insectoides? ¿Qué hay de esos mandos de proyección? Quizá no puede haber comunicaciones. No, tienen boca… y caras capaces de expresión. ¡Son hermosos, Marker!

—Por favor, deme el tratamiento de «señor», señor Jorey —le reprendió Marker con creciente malhumor. Se daba cuenta de su propia irritación.

—Sí, señor —repuso Jorey, inclinándose y rascándose la cabeza —. Sí, señor. Sí, señor. Sí, señor. Y sí, señor —luego se detuvo para señalar con un grueso índice. Una carreta tirada por un cuarteto de bestias escarlata polípodas bajó por la calle. Cuando el polvo de su detención se disipó, una de las criaturas, con un jubón rojo y púrpura que le comenzaba en el cuello y le caía por la cintura,

apareció plantada en el asiento y agitando rápidamente sus brazos hacia la nave.

—Nos han recibido —suspiró Marker—. Presumiremos que se trata de un oficial, quizás el alcalde. Sígame, señor Jorey. Vamos a precipitar las cosas. Tengo el presentimiento de que no estaremos aquí mucho tiempo.

—Hay muchos modos de interpretar eso, señor —dijo el gordo y humilde señor Jorey, pero Marker con suavidad desechó aquella prudente respuesta. Olisqueó. La escotilla del Apollo-I estaba abierta. En el aire había el aroma de cosas creciendo, cultivadas. El recuerdo de Tierra volvió a apuñalar a Marker. Pero ahora estaba presente el problema de la comunicación.

* * *

Fue a descubrir que la comunicación no era problema en absoluto. En el momento en que la gran puerta corrediza de la escotilla del costado del Apollo-I se abrió rechinante para mostrar a Marker y a la multitud de tripulantes, el ser del vehículo saltó al húmedo polvo de la calle y se acercó presuroso. Marker descendió por la pasarela, respirando con dificultad el aire que, con un aroma terrestre, daba a sus pulmones una sensación de calor tipo solar.

Con muchos movimientos rápidos y una serie de jadeos, la criatura se plantó ante Marker, sus pequeños ojos planos moviéndose rápidamente en las enormes órbitas. El jadear aumentó de ritmo, mientras una media docena de lisos tallos con globos blancos lechosos en sus extremos, apareció.

—Los dispara bajo una presión de aire mecánica —se maravilló Jorey, hablando con los labios entrecerrados. Marker asintió. Cada tallo crecía desde un tosco semiglobo que se fundía con el cuerpo de la criatura. El mecanismo contenía un elemento de comedia, pero a Marker le recordó tan sólo los juguetes con que jugaban sus hijos, los lanzaserpientes; excepto, pensó con tristeza, que habían transcurrido tres años y ya no eran niños en absoluto.

Marker sospechó en el equivalente de un apretón de manos cuando los lechosos globos blancos se pusieron en contacto con sus manos y cabeza. Lo soportó durante varios minutos, mientras el populacho, en apariencia muy impresionado, y accidentalmente

excitado, emitió tallos propios o desarrolló nuevos brazos y piernas… para acompañar al ansioso jadear.

Por último los tallos de la criatura se retiraron en su cuerpo, las bolsas se contrajeron con un suspiro de aire al escaparse. El rostro expresivo y casi transparente mostró lo que Marker consideró que era delicia. Los labios rosados se movieron experimentalmente, emitiendo confusos sonidos que gradualmente adquirieron la equivalencia del inglés.

—¡Por fin! —exclamó ansioso aquel ser—. ¡Nos han descubierto! Desde hace tiempo sospechábamos que había más creación que nuestro desagradable mundo.

Marker se negó a mostrarse desalentado.

—Es cierto —afirmó—. Pero su mundo es, por el contrario, muy agradable, muy parecido a nuestro planeta. Pero necesita desarrollarse. Por este motivo les hemos venido a ver —aquí se presentó a sí mismo, a Jorey y a unos cuantos más. El nombre de la criatura, según averiguó, era Fashono, el planeta en sí se llamaba «Lain», palabra equivalente a «polvo». Marker tuvo otro presentimiento. Cualquiera pudo haber llamado a su propio mundo «polvo», excepto por el infortunado significado de la palabra.

Jadeando ansioso, Fashono escuchó la descripción que Marker hizo de la Tierra, sus ojos encantados mientras Marker hablaba y describía con viveza cómo la colonización terrestre aumentaría el nivel de vida lainiano hasta una altura fantástica. Saltó arriba y abajo sobre una pierna mientras extendía la parte inferior de su cuerpo según la intensidad de su excitación. Marker sugirió entonces quizás una rápida conferencia se pudiese organizar con los gobernantes de Lain…

—Tendremos tal conferencia —exclamó Fashono—. ¡Inmediatamente! ¡No podemos perdernos una oportunidad tan gloriosa! ¡Pero, primero, debemos alojarles a usted y a sus hombres! ¡Están ustedes cansados de verse recluidos en su potente nave!

Después dio media vuelta y habló con un rápido murmullo al jadeante populacho. Instantáneamente se dispersaron y con movimientos rápidos desaparecieron dentro de sus sorprendentes casas azul niebla, que parecían sujetarse unas con otras por milagro. Momentos más tarde salieron, con sus posesiones. Luego, más de la mitad de la población de la ciudad se alejó fundiéndose con unos

matorrales extensísimos que rebordeaban el pueblo.

Marker estaba confuso.

—No deseamos causar incomodidades a su pueblo —dijo, haciéndose de rogar—. Ya gozamos de bastante comodidad en nuestra nave…

Pero Fashono insistió.

—¿Compadece usted a esas personas? ¡Bah! ¡No son nada! Que duerman en el bosque y ustedes se pueden instalar lo mejor posible. Algunos de ellos quizá se vean atacados por las bestias «slor», pero esto, claro, no tiene importancia.

—¿No? —pensó ceñudo Marker. Ahora que había entrado en contacto con un pueblo tan simple, sentía culpabilidad y una simpatía suprema. Después de todo, no podían ser muy distintos en pensamiento, sensaciones y deseos a los de su propia especie. Era una cosa considerar destruir una civilización desde un punto lejano en el espacio y otra distinta hacerlo desde cerca. Con toda evidencia, estas personas se veían tiranizadas por sus gobernantes. La conciencia de Marker comenzó a aclararse. De ordinario, la colonización humana distorsionaba las culturas extrañas. La colonización de Lain arrancaría a sus habitantes de la esclavitud.

De mala gana, Marker se dejó llevar y vio cómo se dispersaba su considerable tripulación distribuyéndose en nuevas habitaciones individuales. Marker encontró su casa limpia, alegremente amueblada con colgaduras y acolchados sillones. Curioseando, se vio profundamente sorprendido al notar una ausencia completa de uso de metales. Sin embargo, las pruebas habían demostrado que el planeta era abundante en tales recursos.

La conferencia tuvo lugar una hora después, en la casa de Marker. Fashono escuchó ansioso las propuestas de Marker y entusiasmado extendió sus diáfanos brazos.

—Les daremos la bienvenida —gritó—. Aquí tienen el planeta para que hagan lo que gusten. A nuestro estúpido pueblo acaba de ofrecérsele una nueva era. ¡Cuánto he ansiado conocer este día!

Marker dijo precavido:

—¿Pero usted representa a los otros gobernantes de Lain?

Fashono explicó que él todos los representantes oficiales de Lain.

—No es que yo lo sea yo mismo —le explicó presuroso—. Pero nosotros… ¿Cómo le podré expresar el pensamiento…? Estamos

unidos. Nos encontramos… en comunicación. Piensan igual que yo. ¿Y cómo podría ser de manera distinta? ¡Vaya oportunidad gloriosa!

Fashono, para demostrar lo que quería decir, emitió varios tallos que colocó contra la cabeza de Marker. Y Marker comprendió. Se encontró tocándose con las mentes de por lo menos setecientos lainianos. Salieron fácilmente de direcciones distintas, eran diversas en personalidad y poseían cargos Estos cargos no resultaban más definidos que los de Fashono. Marker asintió. La gente tenía unos sorprendentes poderes mentales; con toda evidencia, eran, capaces de inculcar en el cráneo de una persona un nuevo idioma.

—Muy bien —dijo—. Estoy satisfecho. Entonces tenemos su permiso para hacer que vengan nuestros tecnólogos a Lain. Podemos hacer planes para traer millones de seres terrestres aquí y que vivan en compañía de ustedes, con sus pueblos, para que podamos elevar su civilización a nuestro nivel.

—¡Permiso! —insistió Fashono, sus diminutos ojos saltones reluciendo—. ¿Le gustaría informar a su Oficina de este hecho?

—Sí —dijo Marker decidido, y se trasladó al Apollo-I y al Saltador, que, por medio de siete partículas distintas subfotónicas que virtualmente brincaban una sobre otra en orden ascendente para incrementar la velocidad de un rayo de luz, permitía la comunicación interestelar instantánea. Whitsey pareció asombrado, incrédulo y considerablemente trastornado.

—Siento recelos —gruñó—. Será mejor que tenga cuidado. Se les ve demasiado ansiosos.

—Es su carácter —repuso Marker con aire beligerante—. No trate de enredarme, Whitsey. Le gustaría mantenerme aquí fuera durante otro año. Le molesta a usted saber que tengo el planeta sembrado… y, además, jugando limpio.

Whitsey se frotó calculador su puntiaguda barbilla. Dijo con indiferencia:

—Cree usted que ha dado un buen golpe haciendo que esos lainianos se vean obligados a abandonar sus casas, ¿no? Pero piense un momento, comandante. ¿Ha oído usted hablar de lo que la gente del servicio psicológico llama «Identificación»?

—Me interesa sólo asegurar un planeta para la Corporación de Inspección Colonial —contestó Marker agresivo—. ¡Coordinador Whitsey, no me importan sus intentos de desviarme de la mira que

me he fijado en beneficio puramente suyo!

—Bueno, no diga que no se lo advertí —comentó melifluamente Whitsey. Una sonrisa provocadora asomó a sus labios—. Tiene mi permiso para seguir adelante con los documentos, Comandante. Parece que ha tenido usted una navegación excelente. Que tenga suerte —cortó con una semisonrisa. Marker regresó alegre a su casa, aunque un poco conturbado por las observaciones de Whitsey. Por fortuna, era lo bastante astuto para comprender la hipocresía de Whitsey.

Explicó a Fashono que ahora poseía permiso oficial para extender los documentos necesarios, para lo que Fashono rogó a Marker que fuese a su casa a cenar. Marker aceptó de mala gana, llevando consigo a Jorey. Él y su rechoncho oficial de navegación siguieron al saltarín Fashono.

—Mire —dijo Jorey, señalando—. ¿No es esa la casa de Fashono, a la otra parte de la calle?

Marker observó que sí lo era.

—Entonces —preguntó Jorey—, ¿por qué vamos hacia el otro extremo del pueblo, siguiendo esta calle secundaria, para llegar hasta allí?

Marker, perdido en sus agradables pensamientos acerca de su reunión con su familia en la Tierra, se encogió de hombros indiferente.

—Será una costumbre —explicó—. No nos molestemos con detalles insignificantes, señor Jorey, cuando hay asuntos de interés de los que cuidarse.

—Soy muy estúpido —murmuró el autocompasivo señor Jorey —. Y hubiese pensado que un cuchillo afilado está hecho de moléculas —con lo cual guardó silencio con tristeza.

Mientras Marker seguía dando zancadas a través de una abandonada mitad del pueblo, se vio arrancado de su abstracción. Un nativo, ligeramente jadeante, se sentaba ante un montón de tierra, delicadamente aflojando esta tierra en torno a una flor tan enorme y brillante y decorativa que Marker la miró con interés. Murmuró un sonido admirativo tan brusco que resultó duro. Los ojos relucientes de Fashono se volvieron hacia la cuidada flor.

—¿Le molesta? —preguntó, luego emitió un bufido de desdén—. ¡Un mero hierbajo, comandante, que, por fortuna, virtualmente se

ha extinguido! ¡Nuestro pueblo estúpido algunas veces se dedica a cuidarla como si estas flores fuesen una deidad!

Dio una patada a la planta, desenraizándola.

El nativo sumiso bajó la cabeza. Marker sintió un enfado instantáneo e irrazonable. Recogió la magnífica flor, mirando a la caverna púrpura del cáliz en donde las semillas se habían desparramado a causa del golpe del pie de Fashono. La flor tenía seis pétalos, tallo largo y una perfección tan profundamente aterciopelada que Marker no podía creer lo que veían sus ojos. Empezó a transformarse su cólera en una dolorida nostalgia.

—Seguro, Fashono —dijo acremente—, ¿verdad que tenéis cierto desprecio hacia la belleza?

—¿Belleza? —Fashono jadeó azorado—. ¿Pero dónde está la belleza excepto en el progreso? Nosotros en Lain necesitamos la ciencia de ustedes, sus máquinas, sus grandes edificios, sus libros. Hasta entonces, no somos nada.

Marker examinó la flor con el brazo extendido, estudiándola.

—No obstante —dijo con rigidez—, puede que os beneficie saber que la Tierra os traerá belleza… si es que llegamos a venir. Para daros alguna idea del papel que representa la belleza en nuestras vidas, debo empezar insistiendo de que esta planta sea protegida y cultivada allá donde crezca. Se trata, claro, de un pequeño favor.

Los labios rosados de Fashono chasquearon.

—Muy bien —dijo con igual rigidez—. Creí que no habría condiciones en su oferta para ayudarnos. Quizá dé lo mismo, comandante. También tengo una pequeña petición que hacerle. Venga —entonces cruzó la calle y luego avanzó de regreso en dirección a su propia casa.

Mientras entraban, Jorey dijo *sotto voce* a Marker:

—Comandante, no nos preocupemos de asuntos insignificantes, cuando hay que resolver los problemas graves, ¿eh?

Marker se limitó a mirarle llameante. Por un motivo que apenas podía precisar, la conservación de las especies casi extintas de la planta le parecía de la máxima importancia.

En su casa, las diversas esposas de Fashono y los niños se mantuvieron discretamente a distancia. Fashono sacó un gran rollo en donde había un mapa y lo abrió. Respiraba ansioso. Varios dedos extra salieron de sus abultados nudillos. Siguió el rastro del mapa,

describiendo un territorio en forma de diamante, que Marker se imaginó tendría varios centenares de kilómetros en su dimensión más larga.

—Esta es la casa de nuestros antecesores —explicó Fashono reverente—. Casi podemos determinar que nuestra especie tuvo aquí su origen. Este parque, nuestra Tierra Sagrada, cubre grandes terrazas de impresionantes y espléndidos árboles pibber y según la ley no puede ser violado, a causa de la existencia de ciertas tumbas históricas. Sin embargo… —Sus ojos destellaron coléricos—, ha sido invadido. Millares de lainianos impíos viven allí, construyen sus pueblos a la sombra de las tumbas y no quieren marcharse pese a las veces que les repetimos lo que dicen las leyes.

»¡Pero si tuviésemos armas! Mas, no, no, no las tenemos… y quizá no se nos suministre ninguna hasta que lleguen sus gloriosas máquinas. Pero usted, comandante Marker, sí que las tiene. Le rogamos, como pequeño favor, que limpie nuestro sagrado parque de esos impíos.

Marker notó cómo se le removía el estómago. Pero guardó silencio durante unos cuantos segundos, meditando. Luego explicó a Fashono alguno de los principios democráticos de la Tierra.

—Esa gente tiene derecho a su felicidad —dijo—. Las tumbas históricas, aunque tengan su importancia, no sobrepasan en importancia a la gente. Quizá sea esto algo que habrá que enseñaros cuando nuestros sociólogos lleguen. Sí —añadió, en tono de amenaza—, si es que venimos.

La amenaza tuvo el efecto deseado. Fashono balbuceó, rogó, se excusó y luego mostró ciertas esperanzas.

—¿Pero qué se puede hacer con esa gente invasoras? —preguntó.

—Serán protegidos —aclaró Marker—. Así se hacen las cosas en Tierra. Por tanto, haremos cumplir las leyes de Tierra, declarando vuestra Tierra Sagrada y dándola el carácter de Parque Planetario, protegido perpetuamente contra toda destrucción humana o interferencia. Vuestras propias leyes permanecerán como están, con la excepción de que los habitantes de la zona puedan vivir sus vidas en paz.

Además, pensó Marker solapadamente, están los árboles pibber. Deben ser parecidos a los sequoia, los abetos Douglas…; no se

puede dejar que entren los seres humanos allí y se sientan comerciantes.

Fashono parecía muy desgraciado.

—Muy bien —suspiró—. ¿Y ustedes insisten también en conservar y cuidar a la flor gitso allá donde crece?

—Eso también.

—Son ustedes necios —suspiró Fashono; pero pareció abrillantarse—. Sin embargo, vengan, no debemos perder el tiempo expresando nuestras diferencias. Ahora han entrado en una fase en donde terminarán zanjándose. Mientras, ¿no podríamos dejar la redacción del acuerdo hasta mañana? ¡Debemos consumir la cena de hoy; después habrá diversión!

Se sintió considerablemente abatido cuando Marker insistió en redactar el acuerdo en aquel momento. Sacó el formulario del bolsillo, colocándolo en la mesa en forma de yunque que servía a Fashono de escritorio. Fashono bufó con tristeza, luego tornó a iluminarse. En apariencia decidió aceptar el deseo de Marker de darse prisa porque, utilizando la pluma de Marker, escribió con tan cegadora velocidad que cubrió de escritura una página del formulario en menos de un minuto.

Luego pareció caer en profundo trance. Aproximadamente setecientas firmas distintas aparecieron rápidamente con precisión microscópica. Luego Fashono entregó el papel a Marker.

Los ojos de Marker mostraron asombro ante la precisión de lo manuscrito… en inglés. Todavía se desorbitaron más cuando leyó el acuerdo, que al principio pensaba redactar por sí mismo. El contrato no tenía escapatorias, daba a la Corporación de Inspección Colonial Interplanetaria la propiedad exclusiva de un planeta entero. También mencionaba las flores gitso y la Tierra Sagrada lainiana, no dejando dudas de que los férreos acuerdos se tomaron sin precipitación alguna protegiendo la existencia de ambas cosas. En su sueño más frenético, Marker no pudo imaginar éxito total. Con indiferencia se guardó en el bolsillo el documento, con la misma indiferencia dio gracias a Fashono y luego, con Jorey, siguió al Lainiano hasta un porche fresco y sombreado en donde pasó por las amenidades de consumir una cena vegetal insípida. En cuanto pudo regresó a escape al navio.

Whitsey alzó su angosta cabeza después de leer la fotocopia del

acuerdo que Marker le envió por el Saltador.

—Muy bien —dijo con algo de vaguedad—. Un documento notable. Pero sigo sin ver el motivo de su entusiasmo por esas flores gitso, comandante —había una nota provocativa y maliciosa de sarcasmo que Marker decidió ignorar.

Marker frunció el ceño. Sí, ahora sabía la respuesta.

—Es una mina de oro para la Corporación —dijo ambicioso—. Esas flores gitso son mejores que las orquídeas. De colores profundos y hermosos, con tonos violeta como jamás se vieron. Si podemos hacer que la planta florezca adecuadamente, la Oficina podrá añadirla a la lista de futuros provechosos, por ejemplo, póngase un retrato a todo color de la flor gitso en el Folio de Ventas de Lain…

—No importa —le atajó Whitsey sin humor—. Deje la cuestión de Ventas al Departamento de Publicidad. ¿Qué hay de ese parque? Comprenderá usted perfectamente que ocupa una decimosexta parte de la extensión de Lain, según la longitud y latitud especificadas en el acuerdo, ¿no?

—¿Y eso qué? Hay cosas sagradas, Whitsey… ¿o no lo sabe? —Marker estaba irritado—. He conseguido un planeta. Voy a volver a Tierra tan pronto como pueda y me quedaré allí… ocupando la silla en que usted se sienta.

Whitsey se encogió de hombros.

—Muy bien, comandante. Comprenda que debo mandar una copia de este acuerdo a cada miembro de la Comisión para que lo aprueben.

—Lo aprobarán.

—Estoy seguro que sí. Pero también debe recordar que una vez el acuerdo esté aprobado, entrará en vigencia en todos sus detalles. Rescindir el acuerdo o cualquier parte de él sería una proposición cara y una pérdida de tiempo.

—No será rescindido.

Whitsey volvió a encogerse de hombros y, a insistencia de Marker, accedió a avisar al Apollo-I nada más le llegase la aprobación. Hizo honor a su palabra. Varias horas más tarde, llamó.

—El acuerdo ha sido codificado —dijo con sequedad—, y ahora está vigente. Felicidades comandante. Que tenga mucha suerte en su viaje de regreso —desde el punto de vista de Marker, Whitsey

parecía el hombre más infeliz del mundo.

Marker estaba triunfalmente decidido a partir para la Tierra inmediatamente, pero en aquel momento apareció Jorey en el Apollo-I llevando a remolque a Fashono. Jorey estaba un poco borracho. Fashono excitado afirmó que un gran entretenimiento del pueblo consistía en un desfile, en música, en bailes populares, en una bebida deliciosa llamada
«f'has»
que les había sido preparada.

—Ya —exclamó Fashono feliz—, han probado sus hombres el «f'has»…
especialmente el señor Jorey. De hecho estamos agotando las existencias hasta el punto de que el pueblo vecino nos envía mayor cantidad de ella. ¡Vaya juerga que nos estamos corriendo!

Todos se la corrieron, excepto Marker. Después de que terminase la francachela por su propio peso en las primeras horas de la mañana de lainiana, Marker era la única inteligencia consciente del pueblo. Sus hombres estaban borrachos en sus casas, los nativos igualmente ebrios en las suyas. Había sido una celebración estupenda… para todos menos para Marker.

Mientras paseaba sombrío por el suelo poco más allá de la abertura de la escotilla de aire, notó que la atmósfera, con un viento que soplaba insistente, estaba llena de partículas volantes. Las sacudió de su guerrera y penetró a escape en la nave. Cuando despertó varias horas más tarde, una mirada indiferente al exterior de su cabina le mostró algo asombroso. El suelo, en la calle del pueblo y la jungla de matorrales más allá formaban una masa sólida con la púrpura salvaje de las magníficas flores gitso.

¡FLORES-GITSO!

Casi temblando de sorpresa, Marker se colocó la americana y, brioso, fue hasta la escotilla. Apenas estuvo en el exterior empezó a enfurecerse internamente. El Apollo-I estaba enguirnaldado, pero con mucha menos densidad que el terreno. Zarcillos febriles estaban firmemente embutidos en el mismísimo casco de la nave.

Las flores gitso podían comerse el metal. ¡Por tanto, no había nada metálico en Lain! ¡Por tanto, no había cultura terrestre!

En casa de Fashono tuvo que pasar bastante tiempo antes de que la serena tercera esposa del propietario consintiese en despertar a

su amo y señor. La tarea, sin embargo, se cumplió. Salió Fashono, frotándose sus grandes cuencas oculares y sin apariencia de sufrir resaca gritó entusiasmado de alegría al ver otra vez tan pronto a Marker.

—¿Qué es esto? —gritó Marker, arrastrando al lainiano hasta la puerta y señalando con gesto violento que abarcaba todo lo que se veía de Lain—. ¡Dijiste que la planta estaba extinguida!

—No, no —gritó Fashono—. Se lo ruego. Mis palabras… las recuerdo bien… fueron «virtualmente» extinguida. Y así es. La planta constituye una gran rareza. Claro, cada nueve días cubren las zonas templadas… pero ya no es, ni mucho menos, lo que solía ser, comandante. ¡No es nada! Antaño estas plantas casi extintas cubrían todo el Lain cada tres días. Los historiadores afirman que el efecto anulador de esas plantas en nuestro mundo fue la causa principal de nuestra lastimera falta de desarrollo.

La sangre de Marker se convirtió en helio líquido. Dejó que Fashono hablara. Pronto vendrían los pájaros goshe, dijo Fashono, a comerse las flores gitso hasta que quedasen unas pocas y luego se retirarían a sus guaridas en los polos Norte y Sur respectivamente. Claro, permanecen volando durante su periodo de sueño; eso requiere muy poco esfuerzo, considerando la virulencia del sistema de vientos planetario. Al cabo de seis días las semillas gitso serían evacuadas y los vientos planetarios consumirían tres jornadas más para depositarlas de nuevo en zonas templadas, los vientos laterales las apartarían del resto del planeta.

»Hubo un tiempo —continuó Fashono, jadeando nervioso y accidentalmente emitiendo innecesarios tallos y piernas—, en que preparábamos una campaña para matar a los pájaros goshe eliminándolo como especie. Resultó imposible. Ahora se han convertido en sí mismos en una partida principal para nuestro suministro alimenticio.

Maliciosamente, Marker comprendió. Aquí había una ecología de tres sistemas, flor gitso a lainiano. Durante un rato su mente masculló frenética en diversos niveles. Terminó murmurando un insulto a Fashono y luego volviendo presuroso al navío, en donde hizo que Whitsey se pusiese en el Saltador. Por fortuna, Whitsey acababa de llegar a la Oficina desde su casa. Escuchó impasible, luego sacudió la cabeza.

—El acuerdo, como le dije, no se puede rescindir a corto plazo. Además, si convocase una reunión inmediata del Consejo de Administración, tendría que explicarles cómo su estupidez nos metió en este callejón sin salida.

—No importa —gruñó Marker—. Podría ayudarme si quisiese. Pero no lo hará, así que emplearé mis propias medidas.

—Comandante.

Whitsey pronunció la palabra con suavidad, para llamar la atención de Marker.

—Se ha metido usted en un agujero, comandante —continuó, acercándose a la pantalla Saltador desde su extremo—. No tiene ningún planeta, no si se consideran sacrosantas a esas flores gitso, y lo son según el acuerdo.

—¿Cuál es su solución? —rezongó Marker.

—Olvídese de Lain. Salga y busque otro planeta.

Marker estalló. Cuándo hubo terminado, Whitsey se había arrellanado en su silla, tamborileando con los dedos y casi sonriendo.

—Mi consejo sigue siendo el mismo a pesar de ese arranque infantil de mal genio —observó—. Mire, comandante. Usted ha hecho el tonto y no lo sabe. Recuerde que le previne contra esa cosa llamada «identificación». Fashono es un embustero. Cuando escarbó en su mente captando el lenguaje, también captó muchas cosas más.

Whitsey comenzó a contar con los dedos.

—Primero, echar del pueblo a la mitad de la población nativa. Eso fue un truco de plana simpatía, comandante, destinado a provocar su reacción emotiva. Después de tres años de ausencia, identificó sus emociones y deseos y pensamientos tan entero con Tierra con cualquier vaga similitud entre algo en la Tierra y en un planeta extraño se convirtió en idéntico. Usted comenzó a sentir compasión por esos lainianos ¡Cielo santo!

«Los lainianos no son humanos, comandante. Dudo que les hubiese importado haber tenido que dormir en la jungla. Quizá ni se preocupen si lo hicieran porque, por telepatía, o algo por el estilo, viven uno en otro hasta cierto punto. Y yo dudo de si los lainianos sienten el menor interés por las máquinas o por el “progreso”».

«¡Una flor gitso no es ninguna de las violetas de su nostalgia con

jardín posterior! Pero Fashono jugó con su tendencia a identificar y logró que protegiese usted una adorable planta que es quince veces mayor que una violeta.

»Similarmente, su tendencia a identificar a los lainianos con los humanos terrestres le condujo a considerar la llamada Tierra Sagrada… un área que es el dieciséis por cien del planeta… fuera de nuestro alcance por completo. Sería menester las zonas templadas como otra tierra perdida a causa de las flores gitso, podemos decir que, poco más o menos, poseemos el cincuenta por cien del planeta restante. ¡Una buena cosa… para los lainianos!

»Mi sugerencia sigue en pié Márchese del planeta. Que alguien más salga allí y limpie todo ese jaleo. Pero si se deja usted meter más profundamente en ese mundo perderemos el planeta definitivamente.

Marker se puso en pie, temblando de cólera. Vio la intriga. Y había sido traicionado. Whitsey, desde su punto de ventaja en Tierra, había visto la sutileza de Fashono desde el principio; dejó que Marker se hundiese en la trampa, o esperó que lo hiciera. Todo esto para que Marker no regresase tras un viaje triunfante y desplazase a Whitsey de su cómodo empleo.

—Sé cómo arreglar esto —gruñó Marker—. No se meta, Whitsey —cortó la comunicación, llamó al ingeniero y ordenó el despegue de inmediato.

Marker suspiró con alivio cuando mataron al último de los pájaros goshe. Las criaturas, flotando en una nube oscura con las grandes y plumosas alas extendidas por encima de los polos Norte y Sur, estaban muertas en apariencia o dormidas cuando Apollo-I cayó sobre ellas. El Apollo-I utilizando amplios rayos en abanico de fuerza submolecular, bajó por encima de las masas densas, barriéndolas con amplias líneas de calcinante destrucción. Los cuerpos cayeron a millares. Los pájaros goshe jamás volverían a distribuir las semillas gitso.

De vuelta al pueblo, Marker henchido de satisfacción buscó a Fashono. El nativo le escuchó con educación y luego emitió unos grandes resoplidos de felicidad.

—Eso es estupendo —gritó—. Pues claro, destruyendo a los pájaros gotse ha reducido usted drásticamente nuestros suministros alimenticios. Pero cuando lleguen las gentes de la Tierra con sus

máquinas, estoy seguro de que esta penuria quedará remediada.

Pensó un momento, luego lanzó un suspiro pesado.

—¡Pero me temo que se ha cometido otro error, comandante! ¿Puedo decírselo mientras tomamos un vaso de
«f'has»
en mi desagradable casa?

Una gran comezón comenzó a nacer bajo la piel de Marker. Se cernió sobre el traicionero lainiano.

—¡Cuéntamelo ahora!

Pero Fashono escapó hacia su casa con el pretexto de que le siguiesen Marker y Jorey. En el hogar de Fashono, pasaron dos horas completas mientras éste observaba meticulosamente ciertas costumbres sociales. Luego fue al grano, ya que el momento importante había llegado.

—Ahora —explicó—, los pájaros goshe estarían despiertos y el aire se vería lleno de ellos al empezar a instalarse para su festín. ¡Por fortuna o por desgracia…! Los han matado a todos y así ya no pueden distribuir las semillas de la flor gitso. Pero las flores gitso no era la única comida de los pájaros goshe. También consumían las moscas porbo.

—Oh, oh —exclamó Jorey, apartando los ojos de Marker.

Marker trató de dominarse.

—¿Y esas moscas porbo, qué son?

—Escuche y lo oirá —repuso Fashono.

Marker escuchó: un zumbido, un creciente y lejano zumbido.

—Mire y verá —añadió Fashono. Les condujo a una ventana tetraédrica que estaba puesta en la pared según las reglas de matemáticas desconocidas. Viniendo del norte llegó una nube fiera y roja, pulsante de actividad que tapaba la mitad de la luz del cielo. La nube atronaba, zumbaba, comenzaba a dividirse en sus componentes mientras descendía sobre el pueblo. Marker vio mariposas escarlata.

Evidentemente, la parte inferior de la nube estaba rozando los oblicuas flores gitso. La nube decreciente siguió, los insectos porbo aterrizando y esparciéndose contra el navío y contra las casas del pueblo. Durante varios minutos continuó esto. La nube entonces pasó alejándose. Fashono comenzó sus nerviosos jadeos cuando Marker se volvió hacia él.

—Si al menos me hubiese escuchado —se quejó—, o si acaso me hubiese hablado de su intención de matar a los pájaros goshe. Porque, mire, la época de reunir miel de las moscas porbo corresponde con la época de comer de los pájaros goshe. Los pájaros goshe llegan a por su comida momentos después de que las mariposas porbo hayan comenzado su tarea de reunir miel. Los pájaros goshe, en su gran hambre, se comen las moscas porbo y las flores gitso al mismo tiempo. ¡Pero ahora no hay pájaros goshe!

—¿Y entonces qué? —preguntó con mucha suavidad Marker.

Fashono tristemente entrelazó sus frágiles manos, representando su papel hasta el final.

—Las moscas porbo involuntariamente se llevarán las semillas gitso a todas las áreas del planeta. De nuevo nuestro pobre mundo se verá cubierto de esas hierbas mientras que las moscas porbo aletearán enloquecidas en número crecientes cada vez, porque no desaparecerán.

—¿Y luego? —preguntó Marker con una voz que parecía salida desde una gran distancia.

—Luego las moscas porbo se retirarán a su lugar de reproducción para poner los huevos.

—¿Lugar de reproducción?

Suavemente Marker cogió los tenues hombros lainianos con sus manos nudosas. Sacudió un poquito a Fashono.

—¿Dónde ponen sus huevos? —Le sacudió un poco más fuerte.

—En el árbol pibber —gritó Fashono—. ¡Bajo la corteza del poderoso árbol pibber! ¡Y qué hermosos y hogareños son esos árboles, comandante Marker! ¡Se alzan hasta las nubes en su real belleza! ¡Algunos tienen diez mil años de antigüedad! ¡Unos cuantos poseen antiguas habitaciones labradas en sus bases… nuestras tumbas históricas!

—Comprendo. Según recuerdo, esos árboles pibber crecen exclusivamente en vuestra Tierra Sagrada.

—¡Sí, sí! En el parque que ustedes accedieron a proteger. ¡Pero le ruego no haga caso a esto, comandante! ¿Cómo puede venir la gente de la Tierra a nosotros con su cultura superior si ustedes no destruyen estas poderosas creaciones de la naturaleza? ¡Le ruego que no dejen a nuestro pobre pueblo tan estúpidamente satisfecho con su miserable solar!

Marker le dirigió una pálida y serena sonrisa.

—Adiós, Fashono —dijo, e inmediatamente se fue al Apollo-I, Jorey trotando tras él.

—Cierre las escotillas —ordenó Marker a Jorey—. Nos vamos de aquí antes de que perdamos la camisa.

—Ya las hemos perdido —observó Jorey—. De hecho, sentí escalofríos nada más aterrizar.

Marker ya no podía reaccionar ante los comentarios de Jorey. Hizo que Whitsey se pusiese en comunicación con el Saltador y describió con detalle las nuevas circunstancias.

—Así que ha perdido el planeta —contestó con suavidad Whitsey.

—Para siempre —repuso Marker—. Usted ha fallado en su trabajo, Whitsey. Le van a despedir de una patada. Fue culpa suya lo que ha ocurrido. Debió procurar que no hubiera enredos. Voy a contar la historia a la Oficina.

—No hubieron enredos… excepto los que usted causó —dijo con suavidad Whitsey—. Sin embargo, pasaré eso por alto, si usted sigue adelante y busca otro planeta. En cuanto a Lain, reclamaremos ese mundo. Convocaré una reunión del Departamento dentro de pocas semanas y haré que rescindan el acuerdo y luego enviaremos un Inspector más capaz para obligar a los lainianos a firmar otro contrato permitiendo la destrucción de los árboles pibber.

—Los árboles pibber no serán destruidos —dijo con llaneza Marker.

—¿Por qué no? —rezongó Whitsey—. De nuevo identificando, ¿eh, Marker? ¿Pensando quizás en los árboles Sequoia de Tierra…? ¿Cuándo los árboles pibber no son Sequoias?

—Está bien —contestó con docilidad Marker—. Identifico. Lo mismo hará el resto de la humanidad en todos los mundos poblados por los humanos. Hay algo verdaderamente sentimental en los Sequoias, Coordinador. Así que daré publicidad a esos árboles en la prensa. Traeré fotos. Las expondré a Inspección Colonial. La prensa y los noticiarios armarán jaleo sobre un rebaño de salvajes científicos que quieren destruir lo que sólo Dios puede crear, etc., etc. ¿Que qué me importa? ¿Que qué sacaré? Me quedaré sin empleo… como usted.

Whitsey se mordió el labio.

—Es usted un estúpido. Fashono también planeó esta reacción.

—Claro que lo hizo —repuso Marker con aire infeliz—. Como me observó el señor Jorey hace breve tiempo. «El cliente sigue diciendo sí hasta que el vendedor se ve absorbido por su aspirador». Ese fui yo. Así que vuelvo a casa, Whitsey. ¡Los únicos ganadores en este trato son los lainianos!

FIN

PARAÍSO II

Robert Sheckely

La estación espacial giraba en torno a su planeta, aguardando. Hablando de manera apropiada lo hacía sin inteligencia, porque la inteligencia era innecesaria. Tenía consciencia, sin embargo, y ciertos tropismos, afinidades, reacciones.

Estaba lleno de recursos. Su propósito lo tenía estampado en el mismísimo metal, impreso en los circuitos y en los tubos electrónicos. Y quizá la máquina contenía parte de las emociones que nacieron en su creación… las esperanzas frenéticas, los miedos, el frenesí de la carrera contra el tiempo.

Pero las esperanzas habían sido en vano, porque la raza se había perdido y la gran máquina pendía en el espacio, incompleta e inútil.

Pero tuvo consciencia y ciertos tropismos, afinidades, reacciones. Estaba lleno de recursos. Sabía lo que necesitaba. Así que escrutaba el espacio, en espera de las partes componentes que le faltaban.

En la Región de Botes él llegó a un pequeño sol rojo cereza y mientras la nave giraba, vio que uno de los planetas tenía la rara belleza del color azul verdoso de Tierra.

—¡Mira esto! —gritó Fleming, volviéndose desde los mandos, su voz rota por la excitación—. Tipo Tierra. Es tipo Tierra, ¿verdad, Howard? ¡Con éste ganaremos una fortuna!

Howard se adelantó despacio desde la sala de máquinas de la nave, mordiendo un pedacito de comida. Era bajito y calvo y lucía una panza digna del tamaño de una pequeña sandía. Estaba irritado, porque estuvo profundamente absorto haciendo la cena. La cocina era un arte para Howard y de no haber sido hombre de negocios, hubiera llegado a chef. Comía bien en todos sus viajes,

porque Howard tenía gracia con el pollo frito, servía sus asados con salsa Howard y era especialmente partidario de la ensalada Howard.

—Podría ser tipo Tierra —dijo, mirando con frialdad al planeta azul verdoso.

—Pues claro que lo es —insistió Fleming. Fleming era joven y más entusiasta que cualquier hombre debería serlo en el espacio. Era delgado, a pesar de la cocina de Howard y su pelo color remolacha caía alborotado sobre su frente. Howard le toleraba, no sólo porque Fleming era experto con naves y máquinas; por encima de todo, Fleming poseía una actitud comercial. La actitud comercial era muy necesaria en el espacio, en donde costaba una pequeña fortuna simplemente elevar un navío.

—Si al menos no estuviese poblado —estaba rezando Fleming en su entusiasmo, de un modo comercial—. Si al menos fuese todo nuestro. ¡Nuestro, Howard! ¡Y un planeta tipo Tierra! Dios, podríamos vender el terreno por una fortuna por no decir nada de los derechos minerales, de los de reaprovisionamiento y todo lo demás.

Howard tragó el último pedacito. El joven Fleming tenía todavía mucho que aprender. Encontrar y vender planetas era un negocio, exactamente cómo cultivar y vender naranjas. Había una diferencia, claro; las naranjas no son peligrosas y los planetas a veces sí. Pero es que las naranjas no permiten los beneficios que produce un buen planeta.

—¿Aterrizaremos ahora en nuestro planeta? —preguntó Fleming ansioso.

—Sea como sea —contestó Howard—. Sólo que… esa estación espacial de delante induce a creer que los habitantes podrían considerarlo que es su planeta.

Fleming le miró. Con bastante seguridad, una estación espacial, previamente escondida por la masa del planeta, aparecía a la vista.

—Oh, maldición —exclamó Fleming, su rostro pecoso distorsionándose en un pucherito—. Entonces está poblado. ¿Supones que podríamos…? —dejó la frase sin terminar, pero miró de reojo a los mandos de la artillería.

—Hmm —Howard contempló la estación espacial, apreció su tecnología que le había construido, luego miró el planeta. Con pesar

sacudió la cabeza—. No, no aquí.

—Oh, bien —exclamó Fleming—. Por lo menos tendremos los primeros derechos comerciales —tornó a mirar por la portezuela del ojo de buey y cogió el brazo de Howard—. Mira… la estación espacial.

En la gran superficie metálica de la esfera brillantes luces parpadeaban en una secuencia fija.

—¿Qué supones que significa? —preguntó Fleming.

—No tengo idea —contestó Howard—, y nunca lo descubriremos aquí. Puedes aterrizar en el planeta, si nadie trata de impedírtelo.

Fleming asintió y cambió el sistema de control de automático a manual. Durante unos momentos, Howard estuvo mirando.

El tablero de control estaba cubierto de diales, interruptores y calibradores, que estaban hechos de metal, plástico y cuarzo. Fleming, por otra parte, era de carne y hueso. Parecía imposible que cualquier relación existiese entre ellos, excepto las más superficiales. En vez de eso, Fleming semejaba hundirse en el tablero de control. Sus ojos escrutaban los indicadores con precisión mecánica, sus dedos se convirtieron en extensiones de los interruptores y botones. El metal parecía haberse hecho dúctil bajo sus manos y flexible a su voluntad. Los indicadores de cuarzo se pusieron rojos y los ojos de Fleming brillaron también en rojo, con un fulgor que no parecía enteramente una reflexión luminosa.

Una vez se entró en la desaceleración espiral, Howard se instaló cómodamente en la cocina. Desde allí pudo calcular tranquilamente el combustible y los suministros alimenticios que llevaba, más la depreciación del navío. A esta suma añadió una tercera parte y lo registró todo en un libro. Resultaría útil más tarde, cuando tuviese que calcular su impuesto sobre la renta.

* * *

Aterrizaron en los aledaños de una ciudad y aguardaron a que viniesen los oficiales locales de aduanas. Nadie vino. Efectuaron las pruebas normales de la atmósfera y microorganismos y continuaron esperando. Siguió todo igual, sin venir nadie. Al cabo de mediodía, Fleming abrió la escotilla y ambos empezaron a dirigirse a la

ciudad.

Los primeros esqueletos, esparcidos en el suelo de cemento roto por las bombas, les turbaron; todo parecía desaliñado. ¿Qué gente civilizada dejaba esqueletos en sus caminos? ¿Por qué nadie lo limpiaba?

La ciudad estaba poblada sólo por esqueletos, a miles, a millones, amontonados en ruinosos grupos, caídos en los umbrales de los almacenes, desparramados por las calles destrozadas a balazos.

—Deben haber tenido una guerra —dijo brillantemente Fleming.

En el centro de la ciudad encontraron unos terrenos de maniobras y desfiles en donde fila tras fila de esqueletos uniformados yacían sobre la hierba. Los estrados de honor estaban repletos de esqueletos de oficiales, esqueletos de funcionarios, esqueletos de esposas y parientes. Y detrás de estos estrados estaban esqueletos de niños, agrupados para ver el desfile.

—Una guerra, recuerdo —dijo Fleming, asintiendo decisivo con la cabeza—. Perdieron.

—Evidentemente —murmuró Howard—. ¿Pero quién ganó?

—¿Qué?

—¿Quiénes fueron los victoriosos?

En aquel momento la estación espacial pasó por encima, proyectando una sombra sobre las filas silenciosas de los esqueletos. Ambos hombres alzaron la vista intranquilos.

—¿Crees que todo el mundo ha muerto? —preguntó Fleming esperanzado.

—Me parece que deberíamos averiguarlo.

Regresaron a la nave. Fleming comenzó a silbar en el mejor humor del mundo y dio una patada al montón de huesos que se le interponía en su camino.

—Hemos dado con un filón de oro —dijo, sonriendo a Howard.

—Todavía no —respondió precavido Howard—. Pueden haber supervivientes… —Captó la mirada de Fleming y sonrió a su pesar.

—Esto parece un viaje comercial beneficioso.

Su vuelta al planeta fue breve. El mundo verde azulado estaba salpicado de bombas y tumbas. En cada continente las ciudades contenían sus decenas de millones de huesudos habitantes, las grandes urbes a millones. Las llanuras y montañas estaban

esparcidas de esqueletos y había también esqueletos en los lagos y esqueletos en los bosques y junglas.

—¡Vaya porquería! —dijo por fin Fleming, mientras volaban a baja altura—. ¿Ové número supones que era el de su población?

—Calcularía nueve mil millones, millar más o menos —contestó Howard.

—¿Qué supones que pasó?

Howard sonrió con sagacidad.

—Hay tres clásicos métodos de genocidio. El primero es el envenenamiento de la atmósfera mediante el gas. Añado a eso está el envenenamiento radiactivo, que mata también la vida vegetal.

Y por último están los gérmenes de laboratorios mutados, creados únicamente con el propósito de atacar a poblaciones enteras. Si se escapan de la mano, pueden barrer todo un planeta.

—¿Qué crees que pasó aquí? —preguntó a Fleming, con animado interés.

—Creo que lo último —dijo Howard, limpiando una manzana con la bocamanga hasta darle brillo y mordiéndola—. No soy patólogo, pero las señales de esos huesos…

—Gérmenes —dijo Fleming. Tosió involuntariamente—. No supongo que…

—Si estuviesen activos ya estarías muerto. Todo esto debe haber ocurrido hace varios centenares de años, a juzgar por el color de los esqueletos. Los gérmenes murieron por falta de alimento humano.

Fleming asintió con énfasis.

—Eso está mejor. Oh, las cosas iban mal para la gente. Las fortunas de guerra y todo lo demás. ¡Pero en realidad este planeta es nuestro! —Miró por el ojo de buey a los ricos y verdes campos de allá abajo—. ¿Cómo lo llamaremos, Howard?

Howard examinó los campos y los crecidos pastos que bordeaban las carreteras de cemento.

—Podríamos llamarle Paraíso II —dijo—. Este lugar sería un paraíso para los granjeros.

—¡Paraíso II! Eso está muy bien —contestó Fleming—. Supongo que tendremos que contratar a una brigada para que limpie esos esqueletos. Parece todo demasiado fantasmal.

Howard asintió. Había muchos detalles a los que dedicarse.

—Lo haremos después de…

La estación espacial pasó encima de ellos.

—¡Las luces! —exclamó de pronto Howard.

—¿Luces? —Fleming miró a la esfera que se alejaba.

—Cuando venimos. ¿Te acuerdas? ¿Aquellas luces destellantes?

—Bien —contestó Fleming—. ¿Supones que hay alguien viviendo en la estación?

—Lo descubriremos ahora —repuso Howard con aspereza. Dio un bocado decidido a su manzana mientras Fleming hacía girar la nave.

* * *

Cuando llegaron a la estación espacial lo primero que vieron fue al otro navío, aferrado al metal pulido de la estación como una araña se agarra a su tela. Era pequeño, una tercera parte del tamaño de su nave, y tenía una de las escotillas abierta.

Los dos hombres, con traje espacial y casco, se detuvieron delante de la escotilla. Fleming la cogió con sus manos enguantadas, terminando de abrirla por completo. Con precaución apuntaron hacia el interior sus linternas y retrocedieron bruscamente. Luego Howard hizo un gesto con impaciencia y Fleming comenzó a entrar.

Estaba allí el cuerpo de un hombre, medio caído a la silla de pilotaje, congelado para siempre en aquella posición inestable. Su cara tenía bastante carne para mostrar su agonía mortal, pero la piel había sido recomida hasta el hueso en ciertos lugares por alguna enfermedad. Formando montones altos en la parte posterior del navío había docenas de cajas de madera. Fleming rompió una y la exploró con su linterna.

—Comida —dijo a Howard.

—Debió tratar de esconderse en la estación espacial —murmuró Fleming.

—Eso parece. No lo logró —dejaron la nave rápidamente, algo disgustados. Los esqueletos resultaban aceptables; eran de por sí entidades autosuficientes. Pero aquel cadáver resultaba elocuentemente muerto.

—¿Y quién encendió las luces? —preguntó Fleming, sobre la superficie de la estación.

—Quizá sean de funcionamiento automático —respondió dudoso Howard—. No debe haber supervivientes.

Cruzaron la superficie de la estación y encontraron la entrada.

—¿Debemos? —preguntó Fleming.

—¿Por qué molestarse? —Fue la rápida respuesta de Howard—. La raza está muerta. Podríamos volver y redactar nuestra reclamación.

—Si existe todavía un superviviente aquí —le recordó Fleming —, el planeta es suyo según la ley.

Howard asintió de manera involuntaria. Sería mala cosa efectuar el largo y caro viaje hasta la Tierra, regresar con sus equipos de exploración y encontrar que alguien íntimamente vivía en la estación espacial. Sería distinto si los supervivientes se escondían en el planeta. Legalmente, podrían presentar una reclamación válida. Pero un hombre en la estación espacial, que ellos descuidaron al examinar…

—Supongo que debemos hacerlo —dijo Howard y abrió la escotilla.

Dentro se hallaron en la total oscuridad. Howard enfocó su linterna a Fleming. A su resplandor amarillo, la cara de Fleming quedaba completamente sin sombras, estilizada como una máscara primitiva. Howard parpadeó, un poco asustado ante lo que vio, porque en aquel momento, el rostro de Fleming quedaba por completo despersonalizado.

—El aire es respirable —dijo Fleming e inmediatamente recuperó su personalidad.

Howard echó hacia atrás el casco y encendió la luz. La viva masa en las paredes pareció caer sobre él. Rebuscó en su bolsillo, encontró un rábano y se lo metió en la boca para adquirir moral.

Comenzaron a andar.

* * *

Durante media hora caminaron por un corredor estrecho y serpenteante, sus linternas haciendo retroceder a la oscuridad por delante de ellos. El suelo metálico que había parecido tan estable, comenzó a crujir y a chirriar por ocultas tensiones, poniendo de punta los nervios de Howard. Fleming no parecía afectado.

—Este lugar debió haber sido un puesto de bombardeo —observó al cabo de un rato.

—Eso supongo.

—Aquí simplemente hay toneladas de metal —continuó Fleming con aire conversacional, dando unos golpecitos en una de las paredes—. Supongo que tendremos que venderlo como chatarra, a menos que podamos utilizar parte de la maquinaria.

—El precio del metal procedente de desguace… —comenzó Howard. Pero en aquel instante una parte del suelo se abrió directamente bajo los pies de Fleming. Fleming desapareció de la vista tan rápidamente que no tuvo ocasión de gritar y la sección del suelo volvió a ocupar su posición primitiva.

Howard retrocedió tambaleándose, como si le hubiesen dado físicamente un golpe. Su linterna pareció llamear maniáticamente durante un momento, luego se desvaneció. Howard permaneció perfectamente inmóvil, las manos alzadas, la mente captada en el torbellino de aquella sorpresa inusitada.

La sorpresa retrocedía despacio, dejando a Howard con un torpe y batiente dolor de cabeza.

—… No es particularmente bueno ahora —murmuró estúpidamente, acabando su frase, como si desease que no hubiese pasado nada.

Avanzó hasta cerca de aquella parte del suelo y llamó:

—¡Fleming!

No hubo respuesta. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Gritó:

—¡Fleming! —Lo hizo a pleno pulmón, apoyándose en el hermético suelo. Se incorporó, la cabeza batiéndole dolorosamente, como una profunda bocanada de aire, dio media vuelta y regresó trotando a la entrada. No quiso permitirse ni pensar siquiera.

La entrada, sin embargo, estaba cerrada y sus bordes todavía parecían calientes. Howard examinó con el máximo interés. Estaba cerrada y sellada. Soldada. Tocó toda la zona, le dio golpecitos, patadas. Luego se dio cuenta de la oscuridad que caía sobre él. Giró en redondo, el sudor corriéndole a raudales por la cara.

—¿Quién está ahí? —gritó hacia el pasillo—. ¡Fleming! ¿Puedes oírme?

No hubo respuesta.

Gritó.

—¿Quién dijo esto? ¿Por qué destellaron las luces de la estación? ¿Qué le han hecho a Fleming? —Escuchó durante un momento, luego prosiguió, jadeando—. ¡Abran la entrada! ¡Me iré y no diré nada a nadie!

Aguardó, enfocando con su luz el corredor, preguntándose que él yacía detrás de la oscuridad. Por último bramó:

—¿Por qué no abren debajo de mi ninguna trampilla?

Se apoyó contra la pared, jadeando. Ninguna trampilla se abrió. Quizá, pensó, no habría trampilla alguna. El pensamiento le dio un valor momentáneo. Muy serio se dijo a sí mismo que tenía que haber otra salida. Regresó por el corredor.

Una hora más tarde seguía todavía andando, su linterna cortando en la oscuridad por delante, una oscuridad que luego sumía rápidamente su espalda. Ahora se controlaba a sí mismo y su dolor de cabeza se había reducido en intensidad hasta convertirse en algo sordo. De nuevo comenzó a razonar.

Las luces podían haber sido automáticas. Quizá la trampilla también fue automática. En cuanto al cierre y soldadura de la entrada… quizá fuese una precaución en tiempo de guerra para asegurarse que ningún agente enemigo podría penetrar.

Parecía que este razonamiento no era demasiado sólido, pero sí lo mejor que podía hacer. Toda la situación completa resultaba inexplicable. Aquel cadáver en la espacionave, el hermoso planeta muerto… había alguna relación, en cualquier parte. Y si se pudiese descubrir dónde.

—Howard —dijo una voz.

Howard se sobresaltó confuso, como si hubiese tocado un cable de alta tensión. Inmediatamente le nació su dolor de cabeza.

—Soy yo —dijo la voz—. Fleming.

Howard enfocó la linterna frenéticamente en todas direcciones.

—¿En dónde? ¿Dónde estás?

—Unos sesenta metros abajo, por lo que puedo calcular —contestó Fleming, su voz flotando áspera pasillo abajo—. La comunicación por radio no es muy buena, pero sí lo mejor que puedo lograr.

Howard se sentó en el pasillo, porque sus piernas se negaron a sostenerle. Sin embargo, se sentía aliviado. Había algo cuerdo en que Fleming estuviese a sesenta metros por debajo, algo muy

humano y comprensible en una imperfecta comunicación por radio.

—¿Puedes levantarte? ¿Cómo te puedo ayudar?

—No puedes —dijo Fleming, y hubo un ruido de estática que Howard creyó que era una risita—. Me parece que no me queda mucho cuerpo.

—¿Pero dónde está tu cuerpo? —insistió Howard muy serio.

—Se fue, se destrozó en la caída. Queda sólo lo bastante para poder entrar en circuito.

—Comprendo —dijo Howard, sintiéndose ligeramente inquieto —. Eres ahora sólo un cerebro, una pura inteligencia.

—Oh, hay un poco más mío que eso —repuso Fleming—. Tanto como necesita la máquina.

Howard comenzó a soltar una risita nerviosa, pero que tenía una imagen del cerebro gris de Fleming nadando en un charco de agua cristalina. Se contuvo y preguntó:

—¿La máquina? ¿Qué máquina?

—La estación espacial. Me imagino que es la máquina más complicada que jamás se ha construido. Destellaron las luces y abrieron la puerta.

—¿Pero por qué?

—Espero averiguarlo —respondió Fleming—. Ahora soy parte de ella. Quizás ellas parte de mí. De cualquier forma, me necesitaba porque no es en realidad inteligente. Yo suministro eso.

—¿Tú? ¡Pero la máquina no podía saber que tú vendrías!

—No me refiero a mí, específicamente. El hombre al exterior del navío era probablemente el verdadero operador. Pero yo se lo haré. Acabaremos los planos del constructor.

Con un esfuerzo Howard se calmó. Ahora no podía pensar de manera adecuada. Su único interés era salir de la estación, volver a su nave. Para hacerlo, tenía que trabajar con Fleming; pero con un nuevo e impredecible Fleming. Parecía bastante humano… ¿Pero lo era?

—Fleming —murmuró Howard tentativo.

—¡Sí, viejo!

Eso resultaba animador.

—¿Puedes sacarme de aquí?

—Eso creo —repuso la voz de Fleming—. Lo intentaré.

—Volveré con neurocirujanos —le aseguró Howard—. Te

pondrán bien.

—No te preocupes por mí —repuso Fleming—. Ya estoy bien ahora.

* * *

Howard perdió la cuenta de las horas que caminó. Un estrecho corredor siguió a otro y se disolvió en todavía más corredores. Empezaba a cansarse y sus piernas comenzaron a ponérsele rígidas. Mientras caminaba, comía. Había bocadillos en su mochila y los masticó de manera mecánica, para recuperar fuerzas.

—Fleming —llamó por último, deteniéndose a descansar.

Tras una larga pausa oyó un sonido apenas reconocible, como metal frotando contra metal.

—¿Está todavía muy lejos?

—No mucho más —dijo la voz metálica—. ¿Cansado?

—Sí.

—Haré lo que pueda.

La voz de Fleming era aterrorizante, pero el silencio era mucho más terrible. Mientras Howard escuchaba, oyó un motor, en el mismo corazón de la estación, cobrando vida.

—¿Fleming?

—¿Sí?

—¿Qué es todo esto? ¿Una estación de bombardeo?

—No. No conozco todavía el propósito de la máquina. Aún no me he integrado por entero.

—¿Pero tiene un propósito?

—¡Sí! —La voz metálica sonó tan fuerte que Howard parpadeó —. Posee hermosos aparatos que funcionan entrelazados. Sólo en cuanto a la temperatura son capaces de alcanzar centenares de grados en un microsegundo, por no decir nada de mis almacenes de mezcla química, de fuentes de energía y todo lo demás. Y, claro, mi propósito.

A Howard no le gustó la respuesta. Sonaba como si Fleming se estuviese identificando con la máquina, fundiendo su personalidad con la de la estación espacial. Con un esfuerzo preguntó:

—¿Por qué no sabes todavía para qué es?

—Falta un componente vital —respondió Fleming, después de

una pausa—. Una matriz indispensable. Además, todavía no poseo el pleno control.

Más motores comenzaron a cobrar vida y las paredes vibraron con el sonido. Howard pudo notar cómo el suelo temblaba bajo sus pies. La estación parecía estar despertando, desperezándose, recobrando su vitalidad. Notó como si estuviese en el estómago de algún gigantesco monstruo marino.

* * *

Howard caminó durante varias horas más y dejó Tras él un reguero de corazones de manzana, de peladuras de naranja, de migajas de carne, una cantimplora vacía y un pedazo de papel de encerado. Ahora comía constantemente, de manera compulsiva, su hambre era sorda y continua. Mientras comía se sentía a salvo, porque comer era propio de la espacionave y de la Tierra.

Una sección de la pared se descorrió de pronto. Howard se apartó de ella.

—Entra —dijo una voz que a tientas identificó como la de Fleming.

—¿Por qué? ¿Qué es? —Enfocó su linterna hacia el agujero y vio una franja continua en el suelo desapareciendo en la oscuridad.

—Estás cansado —dijo la voz parecida a la de Fleming—. Por aquí se va más de prisa.

Howard quería correr, pero no tenía sitio donde ir. Era preciso que confiase en Fleming, o que afrontase la oscuridad a ambos lados de la linterna.

—Entra.

Obedientemente Howard entró y se sentó en la pista móvil. Delante, todo lo que podía ver era negrura. Se acostó.

—¿Todavía no sabes para qué sirve la estación? —preguntó en la oscuridad.

—Pronto —respondió una voz—. No les fallaremos.

Howard no se atrevía a preguntar a qué se referiría Fleming con lo de no fallar. Cerró los ojos y dejó que la oscuridad se cerrase en su torno.

* * *

El viaje continuó largo rato. Howard tenía la linterna apretada bajo el brazo y su rayo iba recto, hacia lo alto, reflejándose contra el pulido techo metálico. Mordió automáticamente un pedazo de bizcocho, sin saborearlo, apenas dándose cuenta de que lo tenía en la boca.

A su alrededor, la máquina parecía estar hablando y era un lenguaje que él no comprendía. Oyó el trabajoso crujir de partes móviles, protestando mientras se frotaban una con otra. Luego se oyó el chirrido líquido del aceite y las partes apaciguadas se movieron en silencio, perfectamente. Los motores rezongaron y protestaron. Dudaron, tosieron, luego zumbaron probablemente al entrar en marcha. Y de manera continua, a través de los otros sonidos, se oía el clic clac de los circuitos, cambiando, reajustándose a sí mismos, sincronizándose.

¿Pero qué significaba? Acostado, los ojos cerrados, Howard no lo sabía. Su único contacto con la realidad era el bizcocho que había estado masticando y que pronto desapareció y sólo quedó en su lugar una pesadilla.

Vio los esqueletos, marchando a través del planeta, todos los millares de millones en sombrías líneas, avanzando por las ciudades desiertas, cruzando los llanos campos negros y saliendo al espacio. Desfilaban más allá del piloto muerto en su pequeña espacionave y el cadáver les miraba con envidia. Pidió unirse a los otros ahora, pero los esqueletos sacudieron la cabeza lastimeramente, porque el piloto seguía todavía cargado con el peso de la carne. ¿Cuándo se pudrirá la carne y se hará polvo, cuándo se verá libre de su carga?, preguntaba el cadáver, pero los esqueletos se limitaban a sacudir la cabeza. ¿Cuándo? Cuando la máquina esté lista, cuando se aprenda su propósito. Entonces los millares de millones de esqueletos serían redimidos y el cadáver libertado de su carne. A través de los estropeados labios, el cadáver suplicaba que se lo lleven ahora. Pero los esqueletos sólo perciben su carne y su carne no puede abandonar la comida amontonada en la nave. Con tristeza siguen marchando y el piloto espera dentro del navío, aguardando a que se le funda la carne.

—¡Sí!

Howard despertó con un sobresalto y miró a su alrededor. No había esqueletos. Ni cadáver. Sólo las paredes de la máquina, muy cerca en su torno. Buscó en sus bolsillos, pero toda la comida se había acabado. Los dedos rascaron algunas migajas y se las puso en la lengua.

—¡Sí!

¡Había oído una voz!

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Lo sé —exclamó la voz triunfante.

—¿Lo sabes? ¿Qué sabes?

—¡Mi propósito!

Howard se puso de pie de un salto, enfocando su linterna a cuanto le rodeaba. El sonido de los ecos de la voz metálica se cernía por todas partes y se vio lleno de una amenaza sin nombre. De pronto, le pareció horrible que la máquina supiese su propósito.

—¿Cuál es tu propósito? —preguntó, con mucha suavidad.

Como respuesta, una luz brillante se encendió, apagando el débil rayo de su linterna, Howard cerró los ojos y dio un paso atrás, casi cayendo.

La faja móvil del suelo estaba ahora parada. Howard abrió los ojos y se encontró en una gran habitación brillantemente iluminada. Al mirar en su torno vio que estaba completamente forrada de espejos.

Un centenar de Howard le miraba y él les devolvió la mirada. Luego giró por completo.

No había salida. Pero los Howard de los espejos la buscaron con él. Para quedarse plantados, en silencio.

Howard alzó su mano derecha. Los otros Howard la mantuvieron en sus costados. No eran espejos.

Los centenares de Howard comenzaron a caminar hacia adelante, en dirección al centro de la habitación. Avanzaban inseguros sobre sus pies y ninguna inteligencia se mostraba en sus torpes ojos. El original Howard se quedó boquiabierto y les enfocó con su linterna, luego la arrojó. Se estrelló en el suelo.

Instantáneamente, un pensamiento completo se formó en su cerebro. Este era el propósito de la máquina. Sus constructores habían previsto la muerte de la especie. Por eso montaron la máquina en el espacio. Su propósito… crear humanos, para poblar

el planeta. Necesitaba un operador, claro, y el verdadero operador jamás llegó hasta ella. Y necesitaba una matriz…

Pero estos prototipo Howard carecían evidentemente de inteligencia. Se arremolinaron en torno a la habitación, moviéndose automáticamente, incapaces de controlar sus miembros. El original Howard descubrió, casi tan pronto como naciese ese pensamiento, que se había equivocado terriblemente.

El techo se abrió. Ganchos gigantescos descendieron, cuchillos reluciendo con sus filos amenazadores bajaron. Las paredes se abrieron, mostrando ruedas gigantes y mecanismos y engranajes, hornos ardiendo, congeladas superficies blancas. Más y más Howard entraron en la habitación y los grandes cuchillos y ganchos hicieron presa en ellos, arrastrando a los hermanos de Howard hacia las paredes abiertas.

Ninguno de ellos gritó, excepto el original Howard.

—¡Fleming! —vociferó—. ¡A mí no! ¡A mí no, Fleming!

Ahora todo encajaba; la estación espacial, construida en un tiempo en que la guerra diezmaba al planeta. El operador, que había llegado a la máquina sólo para morir antes de que pudiese entrar. Y su carga de comida… que como operador, nunca hubiese consumido.

¡Pues claro! ¡La población del planeta había sido de nueve o diez mil millones! El hambre debió conducirles a esta guerra final. Y todo el tiempo los constructores de la máquina lucharon contra el paso de los días y la enfermedad, tratando de salvar a su raza…

¿Pero es que no pudo ver Fleming que él era una matriz errónea?

El Fleming-máquina no podía, porque Howard cumplía todas las condiciones. Lo último que vio Howard fue la superficie esterilizada de un cuchillo destellando hacia él.

Y el Fleming-máquina procesó la fabricación de Howard, les cortó y les hizo rebanadas, los congeló profundamente y los embaló con limpieza, en grandes pilas de Howard frito, de Howard asado, de Howard con salsa a la crema, de Howard en salchichas, de Howard hervido en tres minutos, de Howard despellejado, de Howard en embutido y especialmente de Howard en ensalada.

¡El proceso de duplicación de comida era un éxito! La guerra podía terminar, porque ahora había más que suficiente para todo el

mundo. ¡Comida! ¡Comida! ¡Comida para los millares de millones de hambrientos en Paraíso II!

FIN